EDITORIAL
UNIVERSITARIA
DE
BUENOS AIRES

COLECCION ARGENTINA

Carlos B. Quiroga

La raza sufrida

La raza sufrida

LA RAZA SUFRIDA

COLECCIÓN ARGENTINA

Carlos B. Quiroga

La raza sufrida

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

Presentación de ROBERTO F. GIUSTI

© 1968
Editorial Universitaria de Buenos Aires - Rivadavia 1571/73
Sociedad de Economía Mixta
Fundada por la Universidad de Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

CARLOS B. QUIROGA

En 1955 prologué con un bien merecido elogio la novela de Carlos B. Quiroga, Lázaro resucitado. *Por primera vez, en su vasta y múltiple obra literaria, el escritor argentino se apartaba en aquella brillante reelaboración de los temas evangélicos de Lázaro y Judas, del mundo en que se habían inspirado sus descripciones de la naturaleza, narraciones, biografías heroicas* (La forja de una raza), *ensayos críticos y sociológicos y también un largo poema,* La Mulánima, *en cuyos versos aspiró a oponer la poesía de la montaña andina a la tradicionalmente señera de nuestras letras, la poesía de la llanura. Ha vuelto el escritor, recientemente, al pasado, con otra resurrección del mundo antiguo,* Aspasia en Atenas

En verdad, a estas reconstrucciones de famosas circunstancias y figuras históricas en donde el narrador despliega sobresalientes virtudes de artista, yo, respetando su inquietud intelectual, les prefiero las evocaciones que le han inspirado la propia tierra y su gente, aquel mundo que uno de sus libros ha llamado El cerro nativo, *otro,* La montaña bárbara y misteriosa, *esa gente que en la afortunada novela que hoy se reedita definió el autor* La raza sufrida.

Mi preferencia tiene un fundamento y es el juicio crítico que recae comúnmente sobre la novela dicha histórica, cuya suerte suele ser pasajera salvo contadas e ilustres excepciones. No son pocas entre las famosas aquellas a las que ha alcanzado justa o injustamente la calificación de pastiches, *con mayor fundamento cuando la evocación del pasado retrocede siglos y aun incluso milenios.*

Por lo que me toca, si bien apreciando, como sabe, la versatilidad del talento de Carlos Quiroga y reite-

rando la admiración con que leí y releo muchas páginas de Lázaro resucitado, *me siento más cerca con el corazón, y también diré, con la imaginación, de los hombres rudos arrancados por él directamente a la vida real, recreados, desde luego, por el arte.*

Quiroga, en muchas de sus creaciones entre novelescas y poemáticas anteriores y también posteriores a La raza sufrida, *así como en sus ensayos, ha dado vueltas pertinazmente en torno a su montaña, el Ambato catamarqueño, sus valles, la fauna y la flora, la vida de los pobladores, sus costumbres, las supersticiones; pero donde con mayor amplitud y riqueza de materia descriptiva ha aprisionado todo aquello es en esa su obra maestra que hoy se reedita por tercera vez.*

En las ediciones anteriores y en otros libros suyos el autor nos ha hecho conocer los juicios que sobre su arte narrativo han dado autorizados críticos americanos, españoles, franceses y de otras naciones. Todos ellos vieron perspicazmente que hay en La raza sufrida *algo o mucho que la singulariza en las letras hispanoamericanas. El prólogo más elocuente a esta reedición sería un collar que enhebrase de esos juicios los más densos y significativos. No he de repetirlos, pues entonces holgarían mis palabras. Cuando me dispongo a examinar el arte de un escritor prefiero hacerlo con mi propio juicio; pero las observaciones que yo proponga serán en lo sustancial parecidas a las expuestas por los franceses Francis de Miomandre y Manoel Gahisto, por el chileno Francisco Contreras y por mi ilustrado colega y amigo el cubano Manuel Pedro González, para no citar sino a unos pocos publicados* in extenso.

El hilván de la acción novelesca es en La raza sufrida *lineal y sencillo. Ventura Quinteros, abogado y periodista cordobés, se ha establecido en la aldea de Fiambalá, en el valle catamarqueño de Tinogasta (esto ocurre medio siglo atrás), en procura de la salud perdida. El supuesto Quinteros lleva un libro de memorias en el cual expresa sus sentimientos, narra sus andanzas y recoge sus observaciones. El autor de la novela lo descubre y publica. Con este socorrido pro-*

cedimiento, Quiroga, asimismo laureado en Córdoba, nos lleva a su provincia natal para hacérnosla ver y sentir tal como él la vivió en su mocedad. Un tierno, casi callado amor con una doncella noble y dulce, y su previsible ruptura, son el asunto estrictamente novelesco. Pero el cañamazo que forma la entera materia de la novela es rico en personajes, escenas y sucesos pintorescos y dramáticos.

Lo que importa en esta rectilínea narración son el paisaje y los seres que lo animan, hombres y bestias. En cuanto evocación telúrica, así como de cierta gente montañesa de fuertes rasgos individualizadores, La raza sufrida *debe ser apareada con las novelas más representativas de esa peculiar literatura hispanoamericana surgida en los últimos decenios a partir del colombiano José Eustacio Rivera, el mexicano Mariano Azuela y el venezolano Rómulo Gallegos.*

Sin embargo, si bien La raza sufrida *es una novela de proyecciones sociales, en ella no grita la protesta iracunda, ni siquiera implícita, que surge de las narraciones trágicas —no pienso agotar la lista— del guatemalteco Miguel Angel Asturias, del ecuatoriano Jorge Icaza, del peruano Ciro Alegría, del argentino Alfredo Varela, del paraguayo Augusto Roa Bastos y de la obra más reciente,* Todas las sangres, *de José María Arguedas, también peruano.*

La raza sufrida *no denuncia una servidumbre racial y de clase; cuenta y pinta, sencillamente, con amor y con admiración, y en tal aspecto tiene más analogía con* Don Segundo Sombra, *novela de la pampa argentina, que con algunos de aquellos conmovedores alegatos.*

El drama, en La raza sufrida, *más que social y político es simplemente humano, yo diría mejor telúrico; el hombre, en la montaña de Carlos B. Quiroga, es mostrado, por más que en la novela haya algún asomo de sátira política, antes que esclavo de otros hombres, en lucha heroica y resignada con las fuerzas telúricas. Así hay que verlo, ora vencido, ora invencible, confiado en su energía llevada a la obstinación o en su resignación no menos heroica.*

Atravesar la montaña andina a lomo de mula cuando no a pie, arriesgando la vida a cada paso, al borde de hondas quebradas o vertiginosas simas; afrontar en las altas cumbres el frío, cruelísimo, el viento huracanado, la nieve, "el viento blanco", poco menos que invencible, las fieras y las aves rapaces, tal es su destino. Quiroga no tiene por qué contar cuántos han sucumbido, devorados por los cóndores, cubiertos por siempre por el manto del hielo; por él conocemos algunos de los vencedores, si tales pueden decirse estos hombres sacrificados al destino que se les impuso desde la infancia, casi sobrehumanos por la voluntad heroica y la resistencia física. El lector irá encontrándolos a lo largo de estas páginas, al pie de los altos picos cordilleranos, con estupefacción.

Por supuesto, a la experiencia agrega lo suyo la imaginación en estas evocaciones dramáticas, ciertas veces hasta lo espeluznante; pero nadie le pedirá cuentas a Quiroga de si lo que vio Ventura Quinteros, su sosías, lo supo por experiencia directa, por relatos ajenos o por justificada invención sobre hechos sabidos e indudables. La montaña de Joaquín González, el descubridor de "nuestras" montañas para la literatura argentina, no se muestra, por cierto, de alfeñique, cuando el escritor riojano la pinta en su desnuda pétrea majestad; pero aquélla en donde Quiroga pone a sus criaturas en sus cuadros más escalofriantes no ha tenido hasta ahora en nuestras letras un pincel de tintas más dramáticas. Ninguno de los demás descriptores de nuestras montañas del norte —recordaré particularmente a Juan Carlos Dávalos y Fausto Burgos— lo iguala en riqueza de estampas. Allí los arenales sobre los que han soplado vientos de desolación bíblica: allí los vientos bramadores, entre los picachos, como leones o espíritus infernales; allí los huracanes de nieve que convierten en estatuas marmóreas a hombres y cabalgaduras; allí el famoso "viento blanco", "oscuridad blanca", como la califica con audaz paradoja Quiroga, cuyo horror excede toda descripción. Ello no pintado con fáciles trazos generales, sino pormenorizado con encarnizamiento hasta la crueldad.

Las escenas bravías, bárbaras, violentas —una riña de gallos, una jauría de perros en celo, el vuelo del cóndor (escribí a propósito en otra ocasión)—, embravecen su ojo agudo de montañés; su pincel las acomete, valiente, y las devuelve hechas coloridos cuadros que conservan el tumultuoso movimiento del modelo vivo o imaginado.

Uno de sus libros lo tituló Los animalitos de Dios. *Es el testimonio de una aguda observación directa y de una información extensa y precisa, ambas ayudadas, por supuesto, por la imaginación poética. Sus personajes, permítaseme llamarlos así, son los pájaros, evocados con exquisitos toques líricos, los perros, las vizcachas, los pumas y los cóndores. Esa misma ciencia, en no poca parte infusa, porque solo la hace completamente suya quien ya la lleva en la sangre al nacer como predisposición a observar la naturaleza con rigor y simpatía, está volcada libremente en la novela que prologo. Atroces páginas pintan en uno y otro libro el festín de "los perros alados", como los llamó el escritor, al menos que, apartando la mirada de la inmunda voracidad, no nos describa el vuelo altísimo, sublime, no igualado por ninguna otra ave, del "calvo señor de la montaña".*

Pero mi afición a la mera pintura de la naturaleza no es tanta como para celebrar fervorosamente un libro donde no sienta palpitar el corazón humano. Si los repetidos viajes de Ventura Quinteros hasta la cordillera, a lo largo de valles y cerros, no fueran sino el pretexto —que, sin duda, lo son— para tales descripciones del paisaje y los sufridos moradores de la montaña, juzgo que el artista, con ser excelente, habría alcanzado a medias su propósito. No animado el paisaje por el hombre, después de contemplado, resulta muerto y espectral. Pues en La raza sufrida, *no por ser sencillo el procedimiento escogido por el narrador para meternos en el corazón de la naturaleza, el hombre domina el escenario. Están presentes, no solo los valientes montañeses cuya estampa de piedra se impone a nuestra admiración, así como nos deleita su expresivo lenguaje rústico, sino las* dramatis personæ

encarnadas en el supuesto narrador, en Alicia, la dulce lugareña en cuya alma combaten fuerzas contrarias, y la recia, turbadora figura de Inocencio Quipildor, el forajido, obsesivo como un íncubo en el relato desde el comienzo.

Juzgo una de las virtudes literarias de esta novela —ya lo apunté de paso— el que la naturaleza no despliegue ante los ojos del lector su hermosura, su grandeza o su horror, pintada en anchos lienzos, estáticamente, sino vista desmenuzada en sus innumerables cambiantes aspectos por los ojos de los hombres, desde luego, en primer término, por los del narrador. Entre esos aspectos, y las cosas, los animales y los hombres, hay una constante penetración. Ésta es declarada por Quinteros al definir sus sentimientos más íntimos:

"La sola vista de un tamarindo joven y airoso me emociona; y no puedo negar que experimento por él un sentimiento de fraternidad.

"Cuando bajo las viñas ando despaciosamente, o a la sombra que proyectan, reposo en las horas de mayor rigor solar, mi vida se infunde en las hojas, en los tallos, en los sarmientos tendidos, en la savia circulante; y hasta converso, en pensamiento solo, con las buenas cepas, en vegetal fraternidad. Un gallo garboso, un pájaro que canta, un ave cualquiera que cruza el espacio, encienden mi sangre en animosa simpatía, como si fuese la primera vez que se abren mis ojos al espectáculo verdaderamente mágico del mundo.

"El hecho solo de ver andar una mujer con su paso lleno de gracia me produce una armonía interna que me induce a mirar las cosas como si fueran cuerdas de un inmenso instrumento musical que va a romper en un himno a lo creado.

"¿Las formas de la mujer y de las cosas son, en efecto, musicales? Porque yo siento que los contornos de un tamarindo 'suenan' en mí armoniosamente, y de distinto modo que las formas tendidas de un viñedo.

"Para mí un árbol joven y verde es un canto gozoso entre el aire y la esplendidez solar; una viña de claro verdor es una modulación íntima, una sonatina que

sólo anhela embriagarnos un momento y sumergir nuestro espíritu en el aroma de un ensueño tranquilo y sedante.

"Un pájaro, un árbol, la ribera de un río, las líneas limitativas de una montaña, cantan en mí sin necesidad de alzar la voz.

"Los colores son sonidos y los sonidos son colores. Y las formas son (o al menos así las siento) musicales. La música tiene contornos como los objetos visibles."

Arturo Marasso, poeta él también de origen montañés, en el excelente prólogo a Mis montañas *publicado en la edición Estrada de los "Clásicos Argentinos", señala entre las influencias que obraron en Joaquín González la "insistentemente sentida" de Dante, y, agrega, "con las ilustraciones de Doré". Recordaba esta observación mientras leía la lista de los libros famosos preferidos por el protagonista de* La raza sufrida, *buen escogedor de lecturas como lo es Quiroga. Sobre la memoria de la* Biblia *y sus imágenes tremendas, épicas, en ciertas descripciones, no cabe duda; sobre la proyección en otras, del horror de los círculos infernales dantescos, tampoco. Pero se equivocará quien piense que las solas notas que suenan en estas descripciones son las de la sublimidad o el espanto. También las hay apacibles. Escojo al acaso un pasaje:*

"De pronto, poco antes de un faldeo distinguí una barranca de arena finamente, pulcramente cernida en el violento cedazo del huracán.

"Entre tanta energía, entre tanta torpeza de los elementos, medio a medio de los instintos desatados de esa tierra sañuda, contemplé el trabajo delicado, la filigrana prolija del espíritu proteico y caprichoso del mundo.

"Porque no todo es áspero y bárbaro en el reino del huracán y de las arenas. Éstas púlense, se acicalan, se ciernen, coquetas, finas al tacto, como un mimo mujeril.

"Construyen ondulaciones de tan delicada y blanca harina, mientras el toro del ventarrón muge, que son un descanso, una caricia, un delicado deleite para la vista y el alma. Nadie podía sospechar que el huracán

espolvorizase tan delgada harina con sutiles y prolijos dedos.

"Finas aristas, ángulos diedros perfectos, espirales líneas y superficies ondeantes, juego, movimiento pulido y gracioso brinda al deleite del pasajero, con contoneos de fémina, la arena insinuante y artista.

"Arrojad una piedrecilla casi imperceptible en lo alto de los delicados taludes y la veréis descender, llevada por una leve porción de esa harina en movimiento, con el más suave desliz que pueda imaginarse.

"Y esta estela blanca y nimia indica la trayectoria de la imperceptible lapidación.

"Porque allí tiene la arena una sensibilidad delicadísima; es poetisa y escribe en la inmensa página blanca sus delicados y sutiles poemitas.

"Allí los arenales no son desolados, negadores, sarcásticos.

"El páramo se entretiene en jornadas prolijas, en trabajos de orfebre, en puras filigranas.

"Además, noto la rastrera sisamora, que se extiende, besando con cariño la arena, dorada de tallo, roja en la florecilla... y amarga en el pequeño fruto.

"—¿La come el ganado, don Juan de Dios?

"—No la come, don.

"En la delicadeza de la arena, en su capricho, en su encanto blanquísimo y sutil, he creído sospechar que se deslizan sin dejar rastros las plantas luminosas de la divinidad..."

Ya lo dije en el prólogo a Lázaro resucitado: *Quiroga es mucho más que un pintor naturalista de colores crudos o sensuales. Por lo que toca al pintor hay en su paleta muchas gradaciones. No le reprochemos ciertos neologismos, ciertas invenciones sintácticas. Yo se los concedo cuando pienso en este juicio de Unamuno: "Jamás se podrá expresar el sentimiento de la montaña en una lengua hecha por los hombres de las llanuras".*

La evocación de la divinidad en la página transcripta me lleva a otro orden de consideraciones. A un poeta de la naturaleza, de su calidad, no puede faltarle ese "sentimiento de la vida cósmica" examinado

por Höffding en su Moral. *No debe sorprendernos que tal sentimiento, el cual en ciertos momentos, por la propia indefinición de sus límites y sustancias puede ser calificado de religioso, identificándose con el corrientemente llamado panteísmo, lleve al novelista por momentos, ante el desencadenamiento de las fuerzas cósmicas, a la blasfemia, ciertamente inútil en la total irreligiosidad, así como en otras páginas él inclina la frente en muda adoración.*

No hace muchos decenios se preguntaban los críticos —y aún hay quienes se lo preguntan— cuáles caracteres específicos definirían una literatura iberoamericana diferenciada de las europeas.

En mi opinión, y ya la he dado en otras ocasiones, tales caracteres existen, si no totalmente diferenciadores (porque el espíritu creador del hombre es esencialmente el mismo en todas las latitudes), sí suficientemente característicos. Sin salirnos de la literatura narrativa hispanoamericana son muchos los ejemplos que se nos ofrecen de tal peculiaridad. Así lo son las novelas antes recordadas en este prólogo, pero no será solo entre las que se definen por la protesta racial o, para mayor precisión, en la novela sin asomo de tesis. La raza sufrida, *cuadro de la gesta anónima del hombre de la montaña andina, esclavo de la naturaleza a la vez que su heroico y sufrido antagonista, es una inequívoca novela americana.*

Lo cual no pasaría de una calificación ajena a los positivos valores estéticos si no los reuniera y de calidad indudable.

ROBERTO F. GIUSTI

I

PRIMAVERA

Cuando visité, hace pocos meses, el Departamento de Tinogasta, se relataba de distinto modo en sus villas la muerte del famoso bandolero Inocencio Quipildor.

A mi llegada averigüé algo sobre su vida; pero muy luego el asunto perdió interés para mí, en tanto que lo cobraban, y muy grande, las aldeas y la naturaleza donde éstas se extendían.

Después de recorrer el Departamento de sur a norte, me quedé a pasar unos días de descanso en la más próspera de sus villas, en mi concepto, Fiambalá.

Eran una atracción para mí el paisaje en que la villa se asienta, la mera sonoridad de su nombre, las construcciones caprichosas de las arenas, removidas, hostigadas en su sueño gris por un viento persistente que soplaba sin piedad, seco, de aletazo rudo como el revuelo del gallo de riña, y que molestaba a las bestias, a las plantas, a los hombres.

Todo el gran valle de Tinogasta es escueto y sobrio como el rostro de un indio calchaquí maduro en años.

El rastro ausente del indio en la arena movediza está impreso, no obstante, en la expresión conjunta del valle. La tierra habla un idioma autóctono y está impregnada de duros y amargos recuerdos.

Muy grato es ver en ese reinado de la arena, entre tanta aridez, las viñas generosas de la aldea de Fiambalá (que reditúan con largueza el trabajo del hombre) y los graciosos tamarindos jóvenes alzados a la vera de las acequias, y las tupidas alfalfas, y las higueras de hoja cubierta de polvo, y la vida del hombre, activa, emprendedora, enérgica y trashumante. Porque, por virtud de las aguas de la cordillera de los Andes que

afloran en el valle de Fiambalá, la arena florece en vida múltiple. Sobre su faz gris cuelga el racimo ubérrimo, o abre la enorme corola del girasol de pétalos monstruosos, obsceno en la pubertad de su florescencia.

En los callejones retumba el casqueteo de los potros que jinetes mozos lanzan a la carrera; casqueteo que de cerca suena como tempestad y de lejos como el clamor confuso de un anhelo de tragar distancias.

La cordillera de los Andes está presente en el agua de riego y en el tartamudeo enérgico del viento que, a través de veinte leguas, se deja oír con trepidación de motor, durante el invierno, al dar clamorosas costaladas en la roca andina.

En este pueblo me cupo en suerte ser huésped de doña Petrona Cativa, que vivía sola, con una criadita de once años de edad.

Ella me atendía con especial esmero, y hasta creo que a vuelta de pocos días me cobró cariño. A pesar del desmedro consiguiente a los años era activa como escoba vieja aún en servicio;y así como ésta, a pesar del empeñoso afán, deja trazos de polvo en el piso barrido, doña Petrona olvidaba detalles de dueña de casa en su atención a mi persona.

"Si se me hace que usté es él", me dijo un día. Y le contesté, no sin curiosidad de saber quién se me parecía tanto: "¿cuál es ese «él»?" Y me respondió así: "el doutor, qué sería, el letrau que estuvo en este mesmo cuarto que usté, ¡tan güeno qu'era!", añadió, suspirando.

Y, sin darme tiempo a interrogar más, me condujo a la pieza que ella ocupaba. De un baúl de madera extrajo un rollo de manuscritos bien ordenados, y, entregándomelos, me dijo: "lea todo esto. Yo lo vua oír. A naides loi mostrau. Pero usté es letrau también, y muy güeno hay ser, comu'él. Léalo prontito. Cuántas cosas dirá... A mí me cuesta tánto ler, que ya no puedo. Noi querío que conozca esto nenguno de aquí."

Leí los papeles.

Los manuscritos empezaban con una carta interesantísima como expresión de una rara psicología y, sobre todo, de un estado de alma original.

Transcribo al pie de la letra esos apuntes que completan un libro.

Seguidamente a la carta aparece la descripción de lo que contemplara y el relato de lo que ocurriera, con visión e interpretación objetivas, según él.

A continuación va todo ello.

Fiambalá, diciembre... de mil novecientos...

Sr. Héctor Fuensalida.

Córdoba.

Querido y admirado amigo:

La misma razón por la cual no le he escrito durante los varios meses que llevo de residir en ésta, me determina a escribirle ahora; una razón fundamental en mi vida, a la cual en estos meses he obedecido intuitivamente y que sólo ahora conozco con plenitud de conciencia.

Cuando llegué y pude contemplar, siquiera fuese de paso, el valle de Tinogasta, presentí que su naturaleza mordiente y árida me reservaba algo definitivo para mi alma y mi vida.

Con cierto sobresalto esperaba poder razonar lo que confusamente presentía. ¿Cómo escribirle en semejante estado de espíritu? ¿Qué cosa clara y neta hubiera podido decirle? ¿Y cómo dejar de decir, al mismo tiempo, si le escribía, lo que sentía yo con tanta fuerza? Resultaba lo mejor no escribirle.

En cambio ahora, que lo comprendo, que lo razono, experimento la imperiosa necesidad de comunicarme con usted. Con motivo de comprensión del paisaje no le escribí. Por motivo de esa comprensión ahora le escribo.

Esa comprensión no se ha producido de súbito; se ha ido infiltrando en mi conciencia. Pero ahora resplandece a la luz de mi vida como una fuente en plenitud bajo el sol.

Me quedo aquí para siempre.

Esta tierra me ha devuelto a mí mismo. ¿Podría pedir a nadie un beneficio mayor?

Y yo amo y pertenezco a una tierra que me ha otorgado nada menos que la conquista de mi persona, hecha por mí mismo.

Como una cepa de viña estoy ahora adherido a sus arenas, y pronto daré fruto de realidad.

Sí, de realidad. Ése es el asunto. Porque yo he adolecido de ensueño, de ilusiones, más que del trastorno físico de que padezco y de que tal vez por siempre padeceré.

Esta tierra extraña y hosca me ha dado la comprensión de mi vida.

Yo he padecido el mal de los ensueños.

Yo he padecido de despegamiento de la realidad, de haber sido una sombra, un reflejo, una cosa de segunda mano. Bueno es amar los sueños si uno se queda injerto en la realidad. Pero yo me iba con los sueños...

Primero fue el ensueño de la belleza.

Compuse, desde la primera juventud, versos, prosas que se alimentaban de mi propia imaginación.

Y a mi ensueño de belleza di un color de melancolía.

Expresé un dolor, una tristeza, que no eran amargura de mi carne.

Concebí mi visión de belleza como apenas salida de un baño de melancolía.

Y fue mi juventud triste por imaginación, por concepto estético. Casi puedo decir, no sin alguna vergüenza, que he sido triste por retórica.

Pero lo he sido, sí. Triste por concepto, triste por fantasía, triste de segunda mano, he sido triste al fin, siquiera fuese por posición de espíritu, con una tristeza refleja pero que partía de mi propio ser.

Cuán cierto es que la desgracia nuestra es casi siempre un concepto, una opinión, una posición de espíritu...

Mi mentalidad era la que hería de luz triste mi propia sangre.

Usted no ha de haber olvidado que también hube el ensueño de la ciencia —porque en mí la ciencia fue un ensueño— y que aprobé dos cursos de medicina, uno de derecho y otro de ingeniería.

No me llevó a ello el afán desinteresado, brotado de mi propia sangre, de estudiar. Me imaginé, me soñé un doctor, un sabio... y eso fue todo.

Abrigué la ilusión de la justicia humana y me convertí en periodista y en político. Pero caí del ensueño cuando comprendí lo inorgánico de nuestra política y la ficción de nuestro republicanismo federal.

Y en suma, creo que lo único que me han producido los sueños es esta dispepsia nerviosa, terrible y quizá incurable, que tanto me molesta. La tensión de mis nervios ha enfermado, de reflejo, mi estómago, así como mi concepto melancólico de la belleza entristeció, de reflejo, mi espíritu.

Veinte años he sufrido la consecuencia de mi despego de la realidad; y, a los treinta y ocho pasados, vivo aún con la esperanza casi perdida de curarme.

El organismo que no está en contacto con las cosas por medio de un concepto real de ellas, sufre, amigo, y termina por desquiciarse y enfermar.

Nuestros órganos de hombres cultos viven también de filosofía. Y no solamente el cerebro, sino hasta las vísceras. Pero ha de ser una filosofía no despegada de la realidad de la vida. Al hombre no culto, le bastan sus instintos.

El estómago, sobre todo, no sólo pan necesita.

A mí me ha penetrado el ensueño hasta los órganos y me los ha enfermado.

Ahora, amigo, como una expresión de mi nueva vida y mis nuevos conceptos, no extrañe si me defino así: "yo soy el hombre que no sueña".

Quiero ser hombre real.

Aunque un poco tarde, he llegado a una de esas crisis que definen una vida.

Esta tierra estéril, este paisaje fiero y áspero me han ayudado, ¡quién lo creería!, a comprender mi vida.

Y quizá, curado mi intelecto, curaré mi estómago. Pues la relación de lo espiritual con lo visceral es muy estrecha.

¿Cree usted, por ejemplo, que sólo amamos con el cerebro, o con el corazón, o con el sexo?

Yo creo que amamos también con el estómago, con el hígado, con la sangre, con algunas glándulas, con los nervios, con la piel.

Y creo que pensamos en alguna medida con el estó-

mago, con los demás órganos, con nuestras células.

Y bien. Esta tierra no solamente me ha enseñado a comprenderme sino también a determinarme.

Ella respira resolución.

No es tierra metafísica; no es de ensueño su paisaje; sino que es tierra de acciones, tierra de actos categóricos.

Aquí las montañas son ásperas; y el paisaje desolado, fuerte, no es cuna de ensueños sino escenario de leones.

Estas planicies arenosas entre escuetas montañas se tienden para recibir el desgarro de las zarpas o el rastro penetrador del avestruz.

La selva mece engaños en su ramaje. Brinda equívocos en las flores.

Un paisaje acuoso, verde, bordado de fronda, mece el alma en dulces mentiras.

La arena, la piedra, la aridez, la ladera sobria, la cumbre sólo exuberante de luz, no engañan, amigo; dicen la verdad.

Aquí se respira un aire que hinche pechos decididos; y las soluciones se presentan siempre fáciles.

Éstas son tierras propicias al ejercicio de la voluntad; y por eso es que han madurado la crisis de mi vida y me han incitado a ser lo que debo ser y a hacer lo que debo hacer.

Por eso ahora le escribo; porque ya sé lo que debo saber y lo que presentía.

Aún más; siento como necesario el comunicarle el estado de mi alma, pues el hombre es un animal verbal.

Cuando hay algo en el hombre de grande, de fuerte, de resuelto, no sólo lo hace sino que también lo dice.

Las proclamas de los grandes guerreros no tienen por objeto sólo el de entusiasmar a la tropa, sino incluso el de desfogar el espíritu del héroe.

La diferencia entre los distintos temperamentos consiste en que el hombre de acción habla poco y realiza mucho; pero siempre habla; así como el verbal hace poco y habla mucho. Mas todos los hombres, en distinto grado, son verbales.

Pues bien. Yo, animal verbal, experimento como

indispensable el deseo de hablar con usted, y le comunico mis resoluciones.

Estas resoluciones mías quieren el verbo que las exprese, así como las grandes crisis de la naturaleza suelen ser anunciadas por el canto de los gallos, por el vuelo de las águilas, por el aullar de los perros.

Yo he determinado cambiar la orientación de mi vida, dejar de ser un hombre de ensueños y empezar a ser un hombre de realidades, maguer no asuman ellas grandes proporciones.

Esta tierra es demasiado nervuda y terrible, si ambas cosas pueden decirse de una tierra, para que en ella continuemos soñando. Es demasiado "real".

Nada o casi nada puedo leer aquí, sino en la misma naturaleza. En ésta he leído lo vanidosos y fugaces que somos los humanos y nuestras cosas y creaciones.

Poetillas que antes admiraba hoy los detesto.

Por los versos de amor experimento desdén, por encontrarlos superficiales, pues aquí, si se ama, me parece que ha de ser a lo Dante, una vez en la vida, con amor único y solo, capaz de llenar toda una existencia.

¿Cómo va a decir usted, por otra parte, una frase bonita a una mujer, aquí, en el instante en que el viento levanta piedrecillas cuyos golpes en el rostro duelen?

Aquí se comprende lo vana que es la literatura con la cual, en días pasajeros y activos, días traficantes, pobres de alma, queremos conseguir la inmortalidad.

No sé qué pueda permanecer de toda la literatura actual.

Para mí, en este paisaje áspero y mordiente, no hay más literatura que la grande y sobria como las montañas que al este, norte y oeste me limitan la visión.

Casi no puedo leer otra cosa que la Biblia, el Ramayana, los Nibelungos, los salmos védicos, parte del Poema del Cid, El Infierno del Dante, El Quijote y alguna otra obra más.

Autores modernos, aun de los mayores, apenas por breves trozos soporto.

De Ibsen, por ejemplo, leo con gusto Los Guerreros en Helgeland. No me hable de... ¿para qué citar los pobres nombres?

¡Cuánto me consuela el no haber yo publicado ningún libro, a pesar de lo mucho que llevo escrito! Me despreciaría, con más razón que a tantos otros, ahora.

(Resulta que las cosas no sólo son relativas al hombre, sino también al lugar donde él se muda y al tiempo en que las considera.)

Puedo leer también a Shakespeare, en no pequeña parte.

La Biblia es un gran libro, simple, fuerte, terrible como esta tierra, "artificioso" como el viento e "hipócrita" como el amor de las bestias en el campo... (Y usted dirá si el viento es artificioso e hipócrita el amor de las bestias en el campo.)

No carece de alguna retórica, pero ella es la retórica de lo simple y grande, la retórica del huracán en la cordillera de los Andes, que hace sentir a treinta leguas de distancia su declamación, como un áspero bramido.

Aquí uno se despoja de vanidades y falsedades, y aun de tristezas que son, en la mayoría de las veces, si bien se mira, vanidades y falsedades.

Yo ya no soy triste ni precisamente alegre, sino un hombre como debe ser un hombre, como el león es él, como el águila y el guanaco son lo que son.

Quizá le parezco poco claro en algunas expresiones de esta carta, pero estoy seguro de que, si usted viniese, me comprendería.

En fin, amigo, me he dado un baño de realidad y certidumbre.

Comprendo, sí (escucho sus serias objeciones), que cierta "relatividad" y cierta "ensoñación" hay en todo y en todos; pero ése es el ensueño natural, el de nuestras entrañas, el ensueño necesario y útil, "biológico", le diría.

Pues sé muy bien que en el momento de mirar un objeto lo hemos idealizado, desde que pasa por nuestros sentidos, a través de nosotros, y lo "vemos", es

decir, lo contemplamos impregnado de humanidad, lo interpretamos, lo "soñamos". Pero ese sueño primario, es para nosotros la realidad a que me refiero.

Yo quiero vivir instintiva, y sobre todo "objetivamente", de primera impresión, sin artificios.

Quiero saturarme de realidad; y, para inmergirme más y más en la realidad de las cosas y de la vida, escribiré lo que vea, me lo contaré a mí mismo tal cual lo vea de primera intención, como un pintor que trasuntase un árbol al lienzo tal cual él lo viese (cada cual lo vería de distinto modo), sin pensar siquiera en embellecerlo y en "presentar" con él un cuadro.

Y conforme haya descripto toda esta vida interesante y fuerte que palpita a mi alrededor, guardaré en cualquier mueble los manuscritos para releerlos cuando vacile alguna vez en el mundo, o me desoriente del sentido objetivo de la vida y empiece a soñar de nuevo. Pues conozco ahora que la vida es, ante todo, un conjunto de cosas, circunstancias y actos; un conjunto de "extra yoes". Y entre esas cosas, circunstancias y actos, la vida es ante todo una lucha.

Y ahora comprendo, amigo, que esta carta será, como dicen los comisarios de policía y los secretarios de juzgado, cabeza del proceso de la vida real, que estoy compaginando, foliando según los días de mi vida, practicando, describiendo.

Ya ve usted si tenía necesidad de escribir, ahora, esta carta.

Ya ve usted cómo es cierto que antes no debí ni, psicológicamente, pude escribirle.

Y comprenda también, como yo, que más que para usted he escrito esta carta para mí mismo.

Por eso, guardo copia.

No espero contestación.

De salud creo estar mejorado.

Su amigo que mucho lo aprecia.

Firmado: *Ventura Quinteros.*

P. D. — Todos los papeles inéditos de mi juventud y todos los recortes de trabajos posteriores, inclusos los que usted admiraba, los he reducido a ceniza; es decir, he quemado lo que había escrito durante toda

mi vida. He quemado mi vida falsa construida con falsos ensueños.

Ahora estoy libre hasta de mí.

Hombre nuevo en medio nuevo, me emancipo del pasado para forjar mi vida también nueva.

Vale.

*

Permanecer al margen de la vida en ninguna parte, ni siquiera en una aldehuela, es imposible.

Al principio pasaba mis días enteros en mi habitación, sin curiosidad por nada.

Verdad es también que el frío seco de montaña, con viento y arena, no predisponen a la comunicación con la naturaleza ni con las personas.

Pero a los pocos días de mi arribo a Fiambalá, comenzó a iniciarse la primavera.

Yo la noté a ella, a la primavera, ante todo, en el florecer de los durazneros y en el acento del cantar del gallo.

El color rosado vivo de la flor del duraznero salpicaba como mancha de alegría la naturaleza, entre las ramas sin hojas.

Al verla me parecía que, rodeadas por la tristeza general de la vegetación, algunas plantas ebrias con ocultos filtros reventaban de risa.

Y al propio tiempo el canto de los gallos dejó de ser tan alargado y tristón como antes. (En el canto de invierno no se presentía la presencia de la gallina.)

Una nota enérgica comencé a percibir en él.

Había ya algo de reto a los gallos y algo de fanfarrón cortejo a las gallinas en este segundo canto.

Era él una profecía de riñas y de profusión de huevos.

Poco a poco se fue generalizando, despertando el nuevo espíritu.

Yo imaginaba ya tibias las yemas de las ramas.

Algún colorista invisible abría ojos somnolientos a la luz del día y comenzaba a enverdir el paisaje.

El joven verdor de las plantas me fue como una

comunicación largamente expansiva de la naturaleza que no se limitaba a extenderse de aldea en aldea, sino que pretendía relacionarse también con el alma de las bestias y de los hombres.

Era el alma de la tierra la que reverdecía. Y, por comunicación con ella, enverdecían también las plantas, los hombres y las bestias.

Las mujeres contestaban al enverdecimiento expansivo del alma de la tierra con miradas dulces y alegres.

Los terneros balaban con más vigor a las madres. Un tierno encrespamiento de plumas producía el amor en el cuerpecito suave de los pájaros.

Los burros rebuznaban en los callejones y en las quintas con ansiedad de compañía obscena, y escandalizaban a los simples por la proporción de los orgasmos.

Los gallos, siempre fanfarrones, hacían crujir plumas nuevas en la espuela, al pasito arqueado y ladeado de conquistar hembras.

Las gallinas, eternas mozcorras, picaban en el suelo granitos paradojales que rodaban siempre junto al gallo, y hasta doblaban los miembros, invitándolo.

Zumbaba ya, con monótona requisitoria, el insecto de oro.

Como fruta pintona al sol coloreábase, por efecto de un simple mirar, la mejilla de la doncella.

Y el aire, entibiado y mensajero de ecos de amor, invitaba a recorrer los callejones tendidos en sinuosa alegría.

Sentí una de esas tardes deseos de pasear a caballo por la villa y hasta me avergoncé de no conocer sus barrios principales.

Monté, di un breve paseo y, al regresar, noté casi con asombro que por una o por dos horas había olvidado mi dispepsia, mi hiperclorhidria sin cesar presente, que me restaba sueño en largas noches, que amortiguaba los músculos de mi cuerpo, que hacía fracasar en agraz, muchas veces, mis mejores propósitos, me disminuía simpatías de los hombres y apesadumbraba mis soledades.

Y vi y sentí durante el paseo que las viñas se

habían cubierto de pámpanos, los aires de vuelos y los árboles de cantares. Pensárase que el canto de los pájaros era el fruto armonioso de los árboles en la primavera.

Rumoreaba con cierto ahínco el agua en las acequias; y mientras de día golpeaba los corazones una verdadera marea solar, por la noche sonreían picarescamente las estrellas.

Hasta la luna llena se levantó durante un crepúsculo con rostro de cura malicioso que cree descubrir simpáticos pecados.

*

Advierto que nunca había presenciado la primavera en una aldea.

El cambio que yo mismo experimentaba lo atribuí a una mejora de salud. Ello y la primavera debieron influir en mi pequeña transformación.

El hecho es que sentía que se me alegraban las entrañas, y como si mi sangre quisiera también remozarse, y mis brazos, cual las ramas, retoñar y florecer.

Y comprendí que uno no se alegra sólo con el cerebro y el corazón, sino también con el hígado con la sangre, con la piel, con el estómago. Pues mi alegría naciente y en mí bastante rara, era ante todo de cuerpo y de sangre.

*

Un son de guitarra atrajo una tarde mi atención por lo profundo y elemental que era.

¿Yo, cultor de Wagner, de Beethoven, de Mozart, de Schubert, de tantos y tantos otros divinos artistas, podía gustar y hasta admirar la música "cimarrona" de una aldea montañesa?

Al día siguiente oí cantar por primera vez en la aldea con acompañamiento de guitarra, y comprendí que la belleza es don que de distinto modo anda por el mundo, y que no ha sido negado ni a las bestias.

*

Por fin se dejó notar francamente la tibieza del aire. Hasta molestaba la temperatura cuando al sol se caminaba por un espacio más o menos extenso.

El aire y el sol libertaban a los hombres del reducido espacio en que los constreñía el frío.

Vi parejas de mozos a la sombra de las viñas sentados al borde de las acequias. Y pensé gravemente en la soledad de mi vida.

Sí. ¿Por qué ni siquiera con doña Petrona conversaba yo? ¿Era conveniente, era lógico pasarme la vida estérilmente leyendo libros que ni siquiera podía admirar, informándome de lo que en realidad no me interesaba? ¿Era conveniente en manera alguna, pasar, otras veces, largas horas tendido en la cama, con inmenso desgano de todo, entre cuatro paredes?

■

Una tarde, a "la hora del mate", doña Petrona y su hija Alicia estaban sentadas en la amplia galería de la casa que miraba al poniente.

Yo me aproximé a las mujeres conduciendo una silla de asiento de cuero mal apelambrado y de maderamen de algarrobo, y me senté junto al brasero, frente a ambas.

Era la primera vez que entraba en sociedad con ellas.

Y mientras ellas tomaban su mate, yo ingerí mi acostumbrada infusión de yerbas esenciales.

Una linda muchachita como de once años de edad, Juana, cebaba por momentos el mate, cuando doña Petrona, distraída con la conversación, se lo entregaba. Otras veces lo cebaba doña Petrona misma.

Entonces, por primera vez, pensé cómo vivían, de qué vivían los seres de mi propia casa, donde yo era "pensionista", cuáles eran sus gustos, qué proyectos abrigaban y con qué conceptos cruzaban por la vida.

Juana, la criadita, pisaba el suelo con descalzo pie, y en forma tan breve y con tan leve paso, que me pareció que andaba como una calandria.

Su piernecita delgada y lisa de duraznero joven, no

conocía, fuera de toda duda, la caricia cálida de la vida, tanto por la corta edad de aquélla, cuanto por la perfecta inocencia con que la muchacha miraba y sonreía.

En eso, sobre la parte saliente de un tirante de una de las habitaciones que daba a un patio de tierra abierto hacia el fondo, como la galería, dos gorriones se amaron iteradamente.

La hembrita, esponjada y con las patitas encogidas, recibía el arrimo fecundante del compañero, mientras los dos piaban quedamente, con dulzura, cual si se dijesen para ellos solos palabras íntimas y simples como sus instintos.

Cinco, seis, siete veces se repitió el acto de amor, hasta que el machito retiróse a la extremidad saliente de otro tirante.

Pero ella, insatisfecha, se esponjaba más, piaba fuertemente, deseosa, llamando al compañero.

Él contestaba con píos cortos y miraba a lo lejos, como si intentase emprender el vuelo...

Entonces ella fuese a donde él, le rozó el pico con su piquito, dobló las patitas, esponjóse otra vez y pió tiernamente de nuevo.

La caricia honda de la especie alada se repitió por tres veces aún, hasta que ambos volaron cortada y onduladamente y se perdieron de vista.

Aquellos seres pequeños se amaban con furia.

Hasta entonces no había visto amar con ardimiento semejante.

La pequeñez de los amantes acrecentó en mi criterio la grandeza del amor.

Yo quedé sobrecogido.

Comprendí que las pasiones del hombre son también fuerza del polvo planetario.

Comprendí que la inteligencia del ser humano es parte infinitesimal de la energía inteligente del orbe.

Comprendí que el hombre vive entre fuerzas infinitamente superiores a las suyas, y que un día una racha de pasión, un leve aliento cósmico, pueden llevarlo al abismo o a la cumbre, a la vida victoriosa o al silencio eterno.

Y el triunfo, la derrota, la vida y la muerte se me presentaron como una identidad de cosas.

Observé a Alicia, la hija de doña Petrona, a ésta, a la criadita, y comprendí que de los cuatro habitantes de la casa, nadie sino yo, daba importancia, o juzgaba siquiera como amor, aquel amor de gorriones.

Pensé luego si Alicia, joven como de veintiséis a veintiocho años, había alguna vez amado; y, a juzgar por su rostro, deduje la negativa. Pero en ese momento una gran mariposa blanca bajó a la galería en ondulado y lento vuelo, como duda en alma serena, revoló sobre la cabeza de abundante cabellera oscura, larga y trenzada de Alicia; y no sé por qué (quizá por lo ondulado del vuelo que se me ocurrió comparar con la hesitación del pensamiento), dudé, dudé si la ola inmensa del amor había espumeado y rumoreado un instante, que suele parecer eternidad, en la pequeña playa de esa vida.

En eso ella me miró; y observé con gran sorpresa mía que se ruborizaba levemente. Una lenta rosa comenzó a aflorar en su piel, pero no surgió del todo. Y yo me dije interiormente: "sí; ha amado alguna vez esta linda muchacha".

Se ocultó el sol detrás de los árboles del fondo. Una onda de aire tibio con olor de flor silvestre y de campo abierto me hizo henchir el pecho para respirarla con plenitud. Un canto callejero llegó a mis oídos. Y... un grito de doña Petrona, que acababa de quemarse con el mate, retrajo mi espíritu de la ondulada placidez con que vagaba.

Me volví a mi pieza. Apenas había hablado con las mujeres unas pocas palabras. Pero comencé a conocer a la gente de la casa, a interesarme en ella, a participar en algún grado de su vida.

Ya no era con la existencia aldeana como el que, parado a la vera de un arroyo, ve cruzar con indiferencia sus aguas, mientras otros se zampuzan en ellas, juegan y ríen.

La vida de Fiambalá me había rozado apenas el flanco del espíritu.

Ahora estamos a principios de verano o, mejor, en una primavera madura y jugosa.

Corre caudaloso, en su primer tercio, el mes de diciembre.

Mi enfermedad continúa, como siempre, pero ya no pienso tanto como antes en ella.

Conozco toda la villa.

Mi sangre se enriquece entre la atmósfera cálida que la rodea.

Un tráfico agrícola se advierte en todos los callejones.

Se oyen cantos y cuchicheos en el silencio de las noches.

Durante todo el día vibra la voz asoleada del coyuyo, como un resol hecho canto.

Otras variedades de cigarras salidas a la fiesta del mundo chillan interminablemente.

Al alba dejan oír su silbo húmedo en rocío los zorzales.

En la misma rama de un tala viejo que se levanta retorcido de años frente a mi casa, se posa todos los días una calandria, a la puesta del sol, y con su canto multísono resume los ecos de la vida aldeana.

Escucho variados rumores, sones en discordancia. Y a mí me parece que la inmensa vida desacorde en detalle y sinfónica en conjunto, redobla apremiantemente a la puerta de mi vivienda siempre silenciosa, frente a mi corazón solitario que apenas con una casi indiferente palpitación le responde.

II

LA MINGA

Casi todas las tardes concurro en casa a lo que se llama "la rueda del mate".

Nadie ceba el solo mate que yo ingiero ahora, sino doña Petrona, mi buena, mi excelente amiga.

Como sabe que soy enfermo, me cuida, y a la vez trata de infundirme ánimos.

¿Abriga la anciana algún cariño por mí?

Debe de serlo, porque se ha alegrado cuando le he dicho: "soy capaz de quedarme en su casa durante mi vida toda".

Además, multiplica sus cuidados, me proporciona cada vez más comodidades. Parece tener gusto en limpiar y planchar mis trajes. Y todo ello, sin que yo aumente en un centavo la mensualidad correspondiente a mi estada en la casa.

¿Sabe —me ha dicho— que mañana a la tarde termina la minga de don Justo?

¿La minga? —le he contestado— ¿qué es eso de "minga"?

—¿No sabe lo qu'es la minga el doutorcito?

—Muchas veces le he dicho que no soy doctor, señora.

—Si'es, hombre. ¡Qué gusto de achicarse! Todos le dicen ya "el doutor".

—Es que aunque fuese "doutor" no sabría lo que es la minga.

—Vaya a ella mañana y lo sabrá. Váyase con la Alicia y la Juanita.

—Podemos ir, si gusta, don Ventura —me dice Alicia— pero que vaya mamá también.

—Pero yo ya soy vieja. Nunca salgo, pues.

—Y porque usted siempre está en la casa, yo jamás salgo, tampoco —repone, medio quejosa, Alicia.

—¿Y quién te dice que no salgás? —agrega en tono algo amoscado, doña Petrona.

—Y al fin y al cabo, no voy yo tampoco —termino.

—Bueno, hombre, vayamos todos —dice la buena vieja—. Voy a salir por este niño, por est'hijo nuevo que vive haciéndose el enfermo, toito el santo día echau, dale ler que ler.

—¿Me va a sermonear, doña Petrona? —digo con amistosa ironía, sonriendo.

—Vua salir —prosigue sin contestarme, y algo irónica, también, y algo cariñosa— vua a salir por este hombre qu'espera morir pronto y sin embargo no se queja nunca; que sabe todo y sin embargo pregunta lo qu'es una minga; que vive pensando, a pesar de tenerlo pensáu al mundo entero...

—Pero, doña Petrona...

—Sí, señor —prosigue con cierto énfasis—. Vua salir por este doutorazo que estudia la lición toito el día.

—¿Pero qué "lición", doña Petrona? —la interrumpo.

—¿Quién lo obliga estudiar tanto, a ver? —prosigue—. ¿Qué gana con eso? ¡Qué gusto, por Dios, de consumir la vida!

*

Las cuatro personas de la casa hemos ido, pues, a la minga de don Justo Pedraza.

La tarde es menos cálida y menos ventosa que las anteriores.

El sol no se ha ocultado todavía, pero sus rayos oblicuos, interceptados por los árboles, soslayados, disminuyen su rigor y casi no molestan.

Los callejones están polvorosos.

A veces tenemos que acercarnos a los cercos porque dos caballeros que pasan a todo escape rebosan de peligro el callejón.

Yo me cubro la boca y la nariz con un pañuelo para resguardarlas del polvo.

El polvo levantado en pesada nube y hasta salpicado

por la violencia de los cascos, cae sobre [illegible] puntería orilleras y sus hojas quedan terrosas, como [illegible]nudos sucias.

Yo no había visto nunca plantas como aquéllas, lozanas, vigorosas, y tan maculadas por el polvo, que tomaban un tinte gris verdoso.

—¿No llueve hace cuántos años, doña Petrona? —pregunto.

—¿Años? Unos días antes que vino usté cayó una lluvia de invierno, menudita, y hasta unos copos de nieve —me responde.

¡Meses sin llover! Más de un año pasa a veces sin llover en Fiambalá. Y, sin embargo, las acequias están siempre llenas de agua.

Al pasar se veían las viñas terrosas cargadas de racimos lozanos, de grano enorme, que apenas comenzaba a enverar.

Bien surtidas de agua las aldeas por abundantes deshielos cordilleranos infiltrados que afloraban aquí y allá en el valle, daban excelente fruto, de lo mejor de la República: trigo, maíz, cebada, uva, duraznos, sandías, zapallos, alfalfa, en fin, casi todo lo que produce un rico pueblo agrícola.

Pero en cuanto se salía fuera de las poblaciones era el páramo, el desierto, la terrible reverberación solar, los fríos mortales en invierno, siempre la inclemencia desnuda y vigorosa de la naturaleza.

La naturaleza se agestaba fuera de las aldeas como un viejo espiritado.

Allá afuera eran los campos asaeteados en el hígado amargo por la inmensidad perversa y estrujados hasta la entraña por la sequía inmemorial.

Dentro de los prolongados cercos, en Fiambalá, a los lados de callejones de hasta dos leguas de largo, se levantaba en todas partes el vegetal productivo; pero un polvo arenoso le invadía las hojas, le apagaba su verdor, penetraba en las rugosidades de los tallos, subía hasta las altas ramificaciones... Dijérase que quería atacar en cada brizna, en cada arteriola, en cada célula, a la vida audaz y creadora.

De camino pasamos por una finca donde se trillaba

el trigo segado y amontonado en innumerables haces alrededor del piso duro y circular de la trilla.

En el centro del limpísimo círculo de tierra como de siete metros de radio, enterróse sólidamente un poste de algarrobo.

Seis mulas atadas en ristra y sujetas al poste, daban vueltas interminables acuciadas por un muchacho jinete en una de ellas, mientras que otro, de pie, las estimulaba también a látigo, ambos a la voz de: -ye - héee, ye - héee, ye - héee...; o de: - ala - hó - ala - hó, ala - hó...

Arrojaban otros con un bieldo de madera las espigas al piso sobre el que las mulas describían al trote largo vueltas y vueltas como si practicasen a conciencia un pesado oficio impuesto por el amo implacable.

Ellas trabajan todos los días, brindan al hombre el máximo provecho que les permite su sangre aguantadora y, al fin, ciegas, inmóviles casi de un cansancio eterno, flacas, esqueléticas, no se pueden levantar un día de donde se echaron la noche anterior, y agonizan con apagados quejidos.

No sé si la vida de esas pobres bestias o los gritos prolongados de entonación indígena, entristecieron mi ánimo. O era tal vez que la hiperclorhidria, al morder con dientes de roedor la mucosa de mi estómago, me apocaba y ensombrecía.

El hecho fue que al ver la polvareda que cubría mulas y jinetes y al oír los gritos de "ye - hé", y de "ala - hó", cundió el desánimo por mis miembros y mis músculos.

Tuve deseos de volver a mi pieza; pero continué el camino por no oír los rezongos cariñosos de doña Petrona, y porque, muchas veces, va uno porque va...

Recuerdo que por la noche sentí aún, dormido, el eco del "ye - hé", y que vi en sueños bestias tristes, enormes, llorosas, que daban vueltas sobre un círculo hiriente.

Pronto llegamos al cercado de don Justo Pedraza. Nuestros botines estaban cubiertos de polvo.

Juanita corría, sumamente alegre, de un lado a

otro del callejón, apedreaba pajaritos con una puntería tan mala que la llenaba de risa, daba saltitos menudos y andaba, en fin, variadamente, con pie descalzo, dejando leves rastros en el suelo arenoso.

Alicia caminaba llevando, para ofrecer menos frente al polvo, la falda sucinta.

Doña Petrona iba con paso franco, sin recoger la falda.

Yo, bastante trascendental, veía en nuestra andanza un símbolo que compendiaba la vida y el mundo.

Alicia, joven, graciosa (me pareció así aquella tarde) se cuidaba del polvo, de los menores desniveles del camino y asentaba su piececito en el suelo, como si fuese algo delicado, digno de estimación, ligero y amado quizás por alguien... ¿O era todo eso una natural coquetería que no dejaba de herir los sentidos? ¿Por qué en cada paso de ella había algo así como una posibilidad de amor? ¿Qué lenguaje de movimientos y modos tan sutil poseen las mujeres, las cuales con un ademán, un paso, un "estilo" especial de tomarse la falda, sugieren un mundo de amor y poesía?

Sería por eso, sería por alguna otra cosa; el hecho fue que en Alicia veía claramente el epítome de la juventud y del amor.

Juanita era la niñez llena de la alegría inconsciente del pájaro.

Doña Petrona conocía la vida y sus amargas realidades. A pesar de su cariño por mí, de su afabilidad, yo descubrí desde el primer día, en ella, un fondo muy oculto de tristeza. ¿Por qué no se recogía la falda; por qué no se cuidaba del polvo; por qué no ponía los pies en el suelo como una cosa delicada; por qué...?

Y yo... ni era la juventud, ni el dolor exclusivo, ni la vejez. A los treinta y ocho años de edad creo que un hombre no es viejo, especialmente si se posee una sensibilidad comprensiva y un raciocinio claro. Yo era lo real; un hombre, nada más que un hombre que vivía sobre y entre las cosas como ellas son. Iba

de camino toda la vida humana en doña Petrona, Alicia, la Juanita y yo.

Llegamos al cercado y vimos una multitud de gente que trabajaba como en un festival, llena de briosa y alegre energía. Era un trabajo conjunto, colectivo; pero no un trabajo de una porción de esclavos que se ganan precario sustento. No era el trabajo del proletario, que había observado en las fábricas de Córdoba y de Buenos Aires. No era el trabajo dividido por individuos que se ganan, cada uno, su salario. Lo era de todos por la alegría de todos; un trabajo con personalidad en sí, que adquiría encarnación, que se convertía en entidad alegre y fecunda.

Era la producción que no pide gasto de sangre humana, humillación, esfuerzo penoso. Era la fecundidad que pide bríos y contento y produce mayor alegría y bríos mayores.

Yo quedé sorprendido ante ese movimiento. Ya iba a contagiarme del entusiasmo general, cuando me retraje. "Es el sueño del trabajo", pensé. Apuré el paso, alcancé a Alicia, y llegamos a la vivienda de don Justo Pedraza.

Tuvimos que pasar uno por uno el alambrado de postería de quebracho bien tallado que, a tres metros de las murallas, las protegía.

La puerta giratoria del alambrado sólo daba paso a una persona.

La puerta principal de entrada de la casa estaba abierta de par en par.

Por un amplio zaguán entramos doña Petrona primero y después Alicia y yo, y al fin la chica.

No llamamos. En la galería, en que desembocaba el zaguán, nos recibió alegremente, con un contento sano contaminado de mieses, doña Jesús, la esposa de don Justo. Dio un abrazo a doña Petrona. A Alicia le tomó la mano con las dos suyas y a mí me saludó con cierta ceremonia nada rebuscada.

—¡Doña Petrona! —dijo la dueña de casa—. ¿Qué milagro es éste? ¿De cómo usted en la calle? ¿Qué buenos vientos la han traído por aquí? ¿Cuánto tiempo ha no toma el aire de la calle esta señora? ¡Fuera

de ir a misa, la rara vez que viene el cura, nadie ve esta bondad andante! ¡Qué ingrata; y sabiendo qu'es tan estimada! ¡Siéntese, Petronita, siéntese!

Una lluvia de preguntas ahogaban a doña Petrona, que no podía contestar ni explicar nada, ni agradecer las atenciones y amabilidades que recibía.

—¿Éste es, dijo luego, don Ventura Quinteros, el doctor de quien tanto he oído hablar? ¡Tampoco sale nunca! ¡Qué costumbre, Dios mío! Lo habrá contagiado seguramente doña Petrona. ¡Qué lástima para los pobres aldeanos que quisieran aprender algo de usted! ¡Un sabio, un gran hombre, tan encerrado, sin trato con las gentes!

Mis protestas sobre mi falso doctorado, sobre mi presunta sabiduría, no fueron escuchadas; naufragaron, se perdieron en la turbamulta de la verbosidad de aquella buena ama de casa.

—Siéntese, Alicia, continuó, siéntese usted también, doctor. ¿Se sirven alguna cosa? ¿Toman mate, café, un vasito de cerveza, de aguardiente, un refresco, o qué es lo que desean? Hay un poco de todo. Justo es muy previsor. Su mayor contento es obsequiar con algo a las gentes como ustedes que lo honran con su visita. Lo voy a hacer llamar para presentárselo a usted, doctor.

—Le repito, señora, que no soy doctor, ni sabio, ni nada —le dije con cierto imperio y medio amoscado.

—¡Qué no ha de ser! ¡La modestia, la modestia! ¡Se mata estudiando y después niega que es un sabio, un gran doctor, un gran hombre! ¡Jacinta! —siguió— andá llamalo a Justo; dile que la casa está honrada...

—Por favor, señora —le repliqué— deje a su marido atender el trabajo. Nosotros preferimos ir allá, si nos permite. La tarde está espléndida y el trabajo que se realiza me parece muy interesante.

—¿Prefieren ver trabajar? Cuánto mejor; vayan ustedes; allá verán a Justo. ¡Qué alegría le van a dar!

Nos despedimos rápidamente. Pude librarme así de los agasajos verbales que me tenían mareado.

—Siempre es así. Activa, trabajadora, ella es el

alma de la casa y la que hace progresar todo —dijo doña Petrona.

—Había oído que don Justo se lo pasaba casi todo el año en Saujil —advertí.

—Allá tiene sus principales propiedades. Casi todo el pueblecito es de él. Viene a Fiambalá por dos o tres meses al año y lo deja todo al cuidado de doña Petrona el resto del tiempo.

—¡Qué torrente de palabras!

—También es —dijo Alicia— un torrente de actos. Siempre contenta, siempre activa, no hay nada que desatienda. La finca, de vez en vez más extensa, produce cada año mejor rendimiento. Los capataces y los peones obedecen y respetan a doña Jesús como si fuera el mismo don Justo.

Seguimos unos instantes en silencio. Yo pensaba en que doña Jesús era una de esas personas que han nacido "para ser felices". Sin misterios en su vida y en su espíritu, en dos minutos se dan a conocer. Doña Jesús era, toda ella, lo que se había visto. Su psicología era una fachada. No tenía precisamente un fondo. Franca, honrada, activa, jamás pensaría, sin duda, en la humanidad, en el destino del hombre, en el significado de la vida. El trabajo le bastaba para llenar su alma. Tomaba las cosas como las había encontrado y las hacía prosperar en el sentido que esas cosas tenían.

Jamás las personas como ella, se imagina uno, conocen un contraste. No es posible imaginarlas desgraciadas. La muerte de un ser amado las contrista unos instantes y, como se bastan a sí propias, forman un nuevo equilibrio y en él siguen viviendo como antes. Infunden confianza, son realmente buenas, pero no realizan otro bien que el de un progreso vegetativo, se podría decir.

Su complexión física es inseparable de su temperamento. Tienen una salud inalterable, firme, que todo resiste; una contextura sólida.

Jamás se preocupan de su cuerpo. No sienten la vida de sus órganos sino para satisfacer sus sanas y francas exigencias.

En eso pensaba, cuando el espectáculo del trabajo lleno de movilidad sorprendió nuestra visión.

Tuve que levantar uno de los hilos del alambrado y bajar el inmediato inferior para que pasaran doña Petrona y Alicia con comodidad y sin que ésta mostrase demasiado su linda pierna.

Bajo un tala, junto al alambrado, en un espacio limpio de vegetación, estaba don Justo, parado.

Algunas muchachas, hijas de los principales propietarios de Fiambalá, miraban aburridas el trabajo, como cosa ya muy conocida. Dos señoras estaban sentadas en sillas con asiento de suela y maderamen de algarrobo. Una sirvienta cebaba mate y lo invitaba a don Justo, a las dos señoras y a las tres o cuatro señoritas presentes.

Fui presentado a todos. Noté que todos se interesaban por mí y que sin duda me tenían por un ser raro o extravagante. Las muchachas, especialmente, me miraban con extrañeza y me trataban de "doctor".

Por primera vez sentí que el tal título pesaba hasta molestarme —y no poco— en mi vida. Protesté de ello; expliqué que no era doctor ni nada que se pareciese. Si escribía algo, era porque mandaba colaboraciones a diarios y revistas de Buenos Aires con el solo fin de ganarme la vida. Cuando ya había reunido algún dinero, dejaba de escribir por temporadas de varios meses, hasta que la costumbre de realizar alguna tarea o la necesidad me ponían la pluma en la mano. Escribía sobre tipos y costumbres del norte argentino desde que lo había conocido. Eso era todo. Nada de ciencia. Nada de arte siquiera. Yo no era más que un enfermo que había llegado a Fiambalá en busca de salud.

Las señoras me miraron incrédulamente. Dos de las muchachas se distrajeron de mis explicaciones. Don Justo seguía el trabajo con mirada atenta.

Yo estaba bastante displicente. En seguida de llegar a una reunión cualquiera, mi doctorado se me presentaba y me dejaba serio, seco, nada comunicativo. No me atraía, de tal modo, simpatías, ni las buscaba, ni las deseaba, al fin.

Me puse yo también a mirar el trabajo, que me interesaba vivamente.

—Véalo al doctor cómo observa —oí a mis espaldas.

"Dale con el doctorado", pensé yo, y resolví tratar de no hacer más caso del contumaz título.

Todo el cercado, como de siete a ocho hectáreas, presentaba un aspecto de suma movilidad.

Muchos hombres de a caballo y jóvenes lujosamente montados sobre aperos a la chilena y en cabalgaduras nerviosas, andaban siempre al galope, saltando sobre montones de gavillas de trigo, describiendo ágiles vueltas que efectuaban los potros sustentados en las solas patas traseras.

Mujeres del pueblo y hasta señoritas conocidas de Fiambalá, lanzaban a los hombres de a caballo gavillas de trigo reunidas en haces por largos vencejos, haces que ellos tomaban al aire con una sola mano, sin parar el galope del caballo. Recibían otras y otras gavillas, y cuando ya no podían cargar más, pasaban junto a las parvas en formación, arrojaban a los parveros (que en número de cuatro construían las parvas), las gavillas recibidas, con la mayor presteza posible, y volvían a recibir otras nuevas.

Los jóvenes propietarios del pueblo pasaban con frecuencia a la vera de las muchachas, sus iguales, a quienes cortejaban o, por lo menos, de quienes deseaban hacerse admirar como elegantes y diestros; y ellas, con donaire y risa que a la vez era un aplauso impreso en el rostro, lanzaban las gavillas acompañadas siempre de algún grito que indicaba temor de haber arrojado aquéllas con desacierto, o aplauso a la destreza del joven caballero, o mera simpatía, en fin. El hecho era que ellos entendían en sus modalidades ese lenguaje inarticulado, esa risa, el femenil donaire y la expresión de las caras sonrientes.

Los parveros, acosados por la lluvia de gavillas que constantemente recibían, trabajaban con ahínco, con singular urgencia y habilidad; y, por instantes, se levantaban sus cuerpos doblados por el trabajo a medida del crecimiento de las parvas.

Me dijeron que se había trabajado desde la mañana, temprano. Almorzaron después apetitosos asados, locro, empanadas, pan, vino, y volvieron de nuevo a la tarea.

Las señoritas grandes propietarias que formaban parte de la "sociedad distinguida" de la villa, trabajaban por algunos momentos solamente, sudaban un poco y volvían a la reunión presidida por don Justo, tomaban mate o lo que deseaban y recibían el cortés agradecimiento del patrón.

Las "mujeres del pueblo" que habían ido atraídas por la fiesta del trabajo y el buen almuerzo, lanzaban a los jinetes con gran esfuerzo y a dos manos, conjuntos de gavillas unidas por soga de tallos, al cual conjunto denominaban "amarros".

Pronto terminó la conducción de los amarros por los caballeros.

Algunas mujeres se fueron, para volver en seguida, llevando gruesas brazadas de gavillas a sus casas.

Quedaron los rastrojos pálidos, huecos, como muertos en posición vertical, amarilleando sobre la tierra.

Todo el mundo descansó unos instantes, menos los parveros, que asentaban y emparejaban las parvas.

Entonces se organizó una "jugada de gallo".

Ocho o diez jinetes, divididos en grupos iguales, tiran siempre de a caballo, de los extremos de un cordel, hasta que uno de los grupos vence y se queda con el lazo.

El mejor "sentado" de los vencedores (el que monta potro más fuerte y animoso), toma el cordel por un extremo y huye, siendo perseguido por vencedores y vencidos.

Ello es una carrera desenfrenada y tumultuosa. Cada uno quiere que se note su agilidad, su arrojo y fuerza, la velocidad del potro que monta.

Los jinetes se convierten en caballeros alocados y salvajes. Imagina uno un tropel retumbante de centauros que luchan por la posesión de una ninfa arrebatada en una playa clásica, en latrocinio de amor ilustrado por el testimonio del mar cercano.

A veces corrían en línea recta, a veces según un

arco muy cerrado, con peligro para el jinete, siempre a toda carrera.

Las cabezas de los caballos se imponían fieras y musculosas en el aire removido. Un viento de proezas rozaba nuestros nervios, levantaba el ritmo de nuestra sangre.

La imagen del malón de los indios, ululante y frenético, se me presentó a la mente, porque aquellos jóvenes vigorosos gritaban también con júbilo cuando conseguían rozar siquiera con la mano el lazo tendido que, mediante un fuerte tirón de quien lo detentaba, escurríase de nuevo, luyendo la piel del que pretendía arrebatarlo.

Algunos caballos sueltos, asustados, se dieron a correr en locas fugas, arrastrando las riendas. Otros habían echado a las ancas las monturas y, con la cincha en la verija, cosquilleaban con fiereza, corcoveaban como poseídos, lanzaban nerviosas coces y al fin se libraban de los aperos de montar para correr más veloces y más fieros.

El conjunto era un cuadro tumultuoso, una batahola de casqueteos, de carreras locas, de gritos varoniles, de risas y de interjecciones enérgicas que lanzaban los hombres sin reparar ya en la presencia de las damas.

Otras veces se me antojaba esa turbamulta cubierta de polvo un asalto de la antigua montonera, porque el cuadro tenía sin duda un fondo belicoso. Comprendí que esos jóvenes eran tan bravos y animosos como los que habían maculado por todas partes de sangre el suelo argentino. Y lo que en sus antepasados fuera guerra, en éstos era varonil deporte.

De repente pasaron persiguiendo siempre al tenedor de la cuerda muy cerca de nosotros. Y yo sentí que un viento bravo me golpeaba el pecho. Se me coloreó el rostro; y no dejé de avergonzarme al ver la tranquilidad de las mujeres de la rueda que, complacidas, se daban vuelta, para mirar, sin mover siquiera las sillas.

La mirada relumbrante de don Justo Pedraza, llena

de entusiasmo, me dio a entender que él había sido también un mozo fuerte y decidido.

De repente llegaron hasta la rueda cuatro mozos sonrientes, agitados, a galope corto, con el cordel asido por los robustos puños. Habían asido tres de ellos el cordel, mas, sin haberlo soltado el primero, los cuatro caballeros, triunfadores, lo traían.

Resonó un unánime aplauso de las mujeres.

Ellos descabalgaron, saludaron y, con la mano temblorosa, se arreglaban el pegujón revuelto de cabello negro y brillante. O bien, con grandes pañuelos de seda, se enjugaban el sudor.

Mientras tanto los caballos, todos sudados, se movían sobre sus cuatro miembros de delante atrás, jadeantes, como un péndulo vivo. La punta del cuadril les sobresalía y se les hundían las ijadas. Caían al suelo gotas de sudor de la cincha empapada.

Ellos se habían asociado con entusiasmo a los mozos temerarios.

El peligro mayor fue el de las bestias. De ellas casi todo el esfuerzo. Pero casi todo el placer, todo el aplauso y toda la fama fue para los caballeros. Porque el hombre es el animal glorioso.

Mucho me sorprendió ver que las mujeres, a pie, tiraban de largos lazos divididas en grupos de veinte o treinta. Y tiraban con ingente entusiasmo las buenas mujeres plebeyas.

Algunas encontrábanse medio ebrias, daban falsos pasos, caían, y eran pisadas por sus compañeras, sin que por eso soltasen la soga.

Por fin uno de los grupos se dejó vencer. Soltó la cuerda; y las vencedoras, llevadas de su propio empuje, cayeron amontonadas, muchas de ellas con las faldas altas y los muslos descubiertos.

La risa y la alegría fueron generales. Un olvido de todo, un olvido de la vida y de sus males, de la carne y de sus dolores, de las almas y de sus tribulaciones reinó en la concurrencia.

Pero el polvo sutil de la tierra, como una advertencia del mundo, envolvía las almas contentas y olvidadizas...

Los concurrentes bebieron inmediatamente sendos vasos de vino.

Por invitación de don Justo pasaron a la casa los que lo acompañaban, menos doña Petrona, Alicia y yo, que preferimos quedar allí un momento más.

Resultó que la ausencia de don Justo fue una incitación a beber. Algunos mozos amenazaban levantando el brazo y desafiando a quienes quisieran pelear contra ellos. Otros, borrachos también, los contenían abrazándolos y pronunciando palabras fraternales. No hubo entre ellos sangre, sino gresca de palabras.

Pero algunas mujeres ebrias que los imitaron, más ligeras de genio que los hombres, arremetiéronse y cayeron a tierra en remolino de ropas, cabellos, injurias y botaratadas. Difícil fue desasirlas, pues se tenían con gran fuerza de los cabellos. Muchas hebras de pelo quedaron en las manos de las hembras belicosas.

De la "gente distinguida" de la población, solo Alicia y doña Petrona contemplaron en parte las torpes escenas y, corridas por ellas, nos pusimos en marcha a las casas de allí muy cercanas.

(Pregunté quién pagaba los fuertes gastos de la minga. Me contestaron que era costumbre los pagase el dueño de casa. En cambio, nadie era remunerado por su trabajo.)

Conforme cruzamos el alambrado nos dio alcance un jinete que, montado en una mula alazana, iba de camino. No podía dejarse de notar en él tres cosas: que era fuerte, rubio-rojo y de impresionante mirada.

Saludó a doña Petrona y a Alicia, fijando en ésta unos instantes una mirada serena y poderosa.

Ella palideció visiblemente al contestar el saludo.

Yo no dejé de intuir que aquel hombre llevaba en sí un poder excepcional; y lo miré con antipatía, fruncido el ceño.

—¿Quién es? —le dije a Alicia.

—Inocencio Quipildor —me contestó. Y en su voz apagada y ligeramente temblorosa, presentí los latidos de un corazón agitado.

De modo inesperado conocí al famoso bandolero,

que parecía todo un señor. Sin embargo, algo repulsivo emanaba de su ser fortísimo.

Silenciosos y un tanto pensativos llegamos Alicia y yo a la casa de don Justo.

El sol había caído ya detrás de la cordillera de los Andes. El poniente estaba clamoroso de roja luz.

En la casa de don Justo vibraban ya dos guitarras y circulaban el mate y el vino. La cena prometía ser espléndida. El baile subsiguiente estaría rociado de coplas nativas.

—¿Nos quedamos? —me dijo Alicia, con cierto deseo. Y resolvimos los tres ceder a las invitaciones de los dueños de casa.

De más está decir que todo el mundo cenó con hartura, aunque sin comodidades, lo que hacía más pintoresco aún el festival, cuyo conjunto semejaba una reunión de rancho en un campamento, después de una victoria. Y la verdad es que la jornada del día fue una victoria espléndida de trabajo alegre y vigoroso.

Tuvimos que ubicarnos, después de cenar, en el gran patio de la casa, abierto hacia el fondo y colindante por el norte, el este y el oeste, con amplias galerías. La casa respiraba fraternidad y hospedaje, pues sus galerías laterales semejaban dos brazos tendidos que ofrecieran un pecho generoso.

Los concurrentes aumentaban por momentos, como acrece la banda de pájaros que atrae más y más seres alados con su movimiento de picos aprehensores del grano y de alas activas y semiabiertas que dan a la busca un aspecto de ansiosa diligencia.

Entre hombres, mujeres y niños, contábanse bastante más de doscientas personas.

De más está decir que todos olvidamos nuestros pequeños males. Las conciencias individuales estaban sumergidas en la alegría general.

Un ingenio grosero y seguro culebreaba en los espíritus sanos que acababan de dejar el contacto de los surcos y olían aún a gleba y a mieses.

Y como la muchedumbre trágica o contenta siempre se coloca en círculo, éste apareció muy pronto en el

centro del patio, en forma de espacio libre para la copla y la danza. Una franja de rostros locuaces era la circunferencia que limitaba aquel espacio, como el gran arco de la voz final de la canción envuelve y abraza el mundo de sentimientos concitados por el espíritu en vibración artística. Pues en el círculo en apariencia vacío del centro del patio, convergía toda la espiritualidad del pueblo.

Dos cantores se sentaron próximos, con sendas guitarras.

No sé por qué el que manejaba el bajo en las cuerdas llevaba el alto en la voz, y viceversa.

El hecho fue que las vibraciones se unieron tan estrechamente, que a mí me parecía verlas abrazadas, danzando en el espacio libre. Las notas hondas, gruesas, robustas de las bordonas, tomaron personificación de machos; y ellas, las vibraciones claras, nítidas, delgadas, de la prima y de la segunda, eran las hembras, ondulantes, graciosas, de cimbreante cintura.

Era un remolino, una ventolina de amor y esperanza el baile de las notas.

De repente, las cuerdas crujieron en un rasco enérgico como una interjección musical lanzada al unísono por ambas guitarras; y las manos abiertas en contacto sólo con las fibras mágicas, acallaron, repentinas, la loca vibración.

Las notas danzarinas huyeron, aterradas. Con la falda alzada todavía por los aires de la danza, ellas se hundieron en las cajas por las bocas de las guitarras a veces confundidas, pues las de un instrumento se refugiaron en el otro. Ellos, menos ágiles, entraron a la zaga de ellas en la oquedad que sordamente vibraba aún como un rezongo.

La introducción a la zamba había terminado.

De la circunferencia exaltada partió este reforzado grito: "¡que baile don Justo!", "¡que baile con doña Jesús!"

Y ellos ocuparon el espacio libre. Y fueron los primeros en danzar.

Ella movía con agilidad su cuerpo robusto y volu-

minoso de esa grosura firme que algunos organismos muy vitales adquieren en el trabajo.

Fugitiva se zafaba de la persecución de su esposo en seguida de, promisoria, parecer entregarse. Pero él la perseguía, sereno, con la convicción de alcanzarla.

Ella, mujer al fin, se libertaba "en la danza" del lazo conyugal; pero él, tranquilo y seguro, danzaba maritalmente, envolviéndola con su vínculo de esposo.

A pesar de los arrestos danzantes de doña Jesús, se comprendía que don Justo Pedraza ejercía un dominio caballeresco, natural, sin ostentación, sobre ella, sobre la casa, sobre la misma concurrencia.

Él bailaba ante todo como esposo y, después, como señor. En sus pasos de danza se me reveló don Justo todo un hombre; y por eso, y por su estilo caballeresco, decidí amistar con él.

Cuando terminaron, todos aplaudieron, vitoreándolos.

Pocas fueron las "personas bien" que asistieron al baile, pues las mingas, a pesar de la animación que aún conservaban, a pesar de su colorido y de su espontánea ostensión de vida, estaban algo decaídas ya, según me lo explicó don Justo.

Al ver que no tenía rol en tan caracterizado cuadro de costumbres, me acerqué al dueño de casa y comencé a charlar con él. Y noté, con alegría, que mutuamente nos inspirábamos confianza.

Yo observaba con curiosidad y contento, indagando de don Justo detalles pintorescos de la vida de los aldeanos, con la solicitud simpática con que un naturalista inquiere las costumbres de especies interesantes como los termítidos y los abejorros. Pero, poco a poco, una onda de tibieza humana me fue invadiendo la sangre, hasta el punto de que mi alma comenzó a enverdecer de pasión y de alegría.

El conjunto era abigarrado y rico de contrastes de color. Me daba la impresión de una sinfonía en imágenes realizada con motivos de la tierra.

Con pañuelos rojos y verde-subidos se ajustaban la cabellera en trenza las mozas; y mientras revolaban en la cueca pañuelos menores y de colores vivos, como pájaros, con la mano derecha, ajustábanse con la iz-

quierda la falda, graciosas y algo promisorias y picarescas.

En todos los ojos brillaba la alegría: en los de los mozos, una alegría pronta a agredir, audaz, alegría de conquista; y en los ojos de ellas asomaba un contento picaresco que ofrecía y reía del engaño.

Los mozos también vestían de varia manera; unos a la ordinaria usanza; otros con botas y bombachas tan abundantes de tela, que se abrían y cerraban en grandes pliegues, dando al paso de danza un aspecto alado, libre y varonil. No faltaban algunos que, vestidos con "briches", chaquetas y polainas, desentonaban en aquel cuadro movible y suelto.

La música de los gatos alivianaba los pies. Éstos participaban de la condición ligera de las alas.

Una alegría franca, audaz, que nada temía y que no pensaba en la muerte que nos llevará en severa procesión, movía en los gatos los cuerpos ágiles y optimistas, con acelerado ritmo, con regocijado compás.

En las cuecas la música era, sin embargo, más entrañable. En ellas una dulce muerte aparecía estilizada en lo remoto del espíritu...

Una pena sutil, de fondo, una pena de amar, denunciaba en la cueca tristezas ancestrales, tristezas de la célula que trabajó durante años y años por unirse en lazo de amor con otra célula hasta formar el ser primigenio... Pero no era una tristeza clara, intelectualizada, aquélla, sino subconsciente, asida al barro primordial, cubierta por un torbellino de notas.

La cueca, como ninguna danza del Noroeste, expresa el dolor de amar; pero lo expresa con una manera oculta, sutil y dulce, con una manera "barnizada" de alegría.

Esa música, y la danza respectiva, me tonificaron y levantaron el ritmo cardíaco. Me pareció que me exponía a mí también al trance de amar, y que saborearía, como tantos otros, queridas angustias.

Y me puse, de repente, alegre. Iba a embriagarme con esencia de vida, con jugo destilado de pasiones, con fermentos alquitarados de barro cósmico...

Me puse alegre, indescriptiblemente alegre por las penas de amor que sin duda iba a gozar y a sufrir.

Le hablé a don Justo en forma animada, con un tono raro en la voz que yo mismo desconocía, como si esa voz no fuese mía, o como si naciera en mi entraña, pero ya del hombre renovado.

Don Justo mismo me miró con cierta extrañeza, aunque complacido. Comprendí que le parecía extraño descubrir en mi persona un rapto de contento expansivo y franco.

En ese momento, nos cambiamos una mirada con Alicia. Ella estaba frente a frente de mí, en el extremo del diámetro que cruzara el círculo abierto a la danza.

Yo me aproximé a ella, pasando con una agilidad insospechada en mi cuerpo por entre las figuras de una cueca; y, sin pensar qué le diría, le dije no obstante trivialmente como quien habla de cualquier cosa:

—Si yo supiera bailar...

—¿Qué? ¿Una cueca? —me contestó, sonriente.

—Sería para bailar solamente con usted.

—¿Usted, usted bailar? ¡Qué raro está usted esta noche!

—De modo que yo no puedo bailar; no puedo alegrarme; no puedo...

—¿Qué? —me dijo, animándome a sacar de mi boca las palabras que había detenido.

Pero no las dije, aunque me pareció un buen augurio la pregunta.

Entonces alguien me ofreció una silla al lado de ella.

Le iba quizás a decir cualquier cosa vana, cuando, con una verdadera explosión de alegría, estalló la música de un gato.

Era una alegría irreflexiva.

Yo sentí un sobresalto en mi corazón.

Aquella gente ignoraba lo que hacía.

Me pareció una provocación a la suerte, un reto loco al dolor de la vida esa manera de olvidar las penas propias y las del resto del mundo.

Y me alarmó verdaderamente el sentirme envuelto por semejante ola de olvido y de placer, como el na-

dador que llega con fresco brío sobre lo hondo, en el mar, experimenta un repentino temor al notar en su piel la recia caricia de la inmensa masa acuosa.

Y pensé en el engaño de la vida, en las tristes realidades de la decrepitud, en los contrastes de la suerte, en el derrumbe final de la alegría.

Mi poción de contento se me volcó a mis pies al estrépito alegre de la música, de la danza, de los dichos ingeniosos que entre unos y otros se cruzaban, de la risa general que jugaba en los rostros como un retozo de la entraña.

Y no dije nada más al fin, a Alicia. Y me puse cabizbajo. Y mi estada al lado de ella me pareció embarazosa, por lo que, con algún pretexto, fuime de nuevo a continuar mi conversación con don Justo.

—¿Qué le parece el baile? —me dijo conforme llegué a su vera.

—Muy bueno —le contesté con cara ensombrecida.

—Nunca ha bailado usted una cueca, ¿no es verdad?

—Nunca.

—A usted le ha de parecer esto un espectáculo torpe. Esta confianza... esos dichos ingeniosos pero algo procaces... ¿no es así?

—¿Por qué ha de serlo? —le contesté—. Hasta me he sentido un momento arrebatado por la cálida onda de alma humana que aquí aventa toda reflexión sobre la vida y toda pena.

—Pero ha pasado ya ese arrebato, ¿no es cierto?

—Completamente.

—¿Y por qué, amigo? —me dijo interesándose cariñosamente por mí.

Y yo "sentí" esa palabra "amigo". Y me hizo bien. Comprendí que era verdaderamente mi amigo Justo Pedraza. ¿Por qué? ¿Tan pronto? No lo sabía; pero así era...

—Porque... —le dije con confianza— es un sueño. Es el sueño de la alegría irreflexiva, amigo. La música del gato es una música desenfrenada y peligrosa. Su alegría torrencial me ha alarmado primero; me ha entristecido, después.

—Vaya, hombre, —contestó—. No veo la causa para ello. De todos modos, lo siento mucho.

Esa alarma, esa tristeza, esas reflexiones, me desvincularon de la alegría colectiva. Mi alma era sola.

Miré a Alicia, y creí notar que estaba contenta, pero con un contento moderado que no se dejaba sobreexcitar por la música del gato y el desenfreno verbal de todos.

Sin que decayera el entusiasmo, como dicen los cronistas sociales, pasaron más de dos horas.

Pensaba ya en invitar a doña Petrona y a Alicia a que nos retirásemos, cuando, de repente, se produjo un raro silencio. Luego hubo un cuchicheo y, acto continuo, volvió a imperar la algarabía de dichos, risas, bailes y música.

Iba a interrogar a don Justo, cuando éste me dijo:

—Inocencio Quipildor —en voz baja.

—¿Cuál? —le contesté algo sorprendido.

—Aquel rubio grueso —me indicó.

No lo hubiera reconocido. Vestía correcta y elegantemente un rico traje de saco.

No me dio la impresión de tanta fuerza, como por la tarde, seguramente porque lo veía desmontado y con un traje suelto que le disimulaba el resalto de los músculos.

El hombre que vive sobre el caballo su más fecunda e intensa vida, manifiesta lo que es, cabalgando.

Su apariencia suele ser engañosa, descabalgado.

Pero, de todos modos, no cabía duda de que Inocencio Quipildor era un hombre fortísimo.

—¿Lo ha invitado usted? —pregunté a don Justo, afectando sorpresa.

—A un baile de minga no se necesita ser invitado —me dijo.

Recordé, algo corto, que yo mismo no había sido invitado a la fiesta popular.

Pareció advertir que hablábamos de él, y se aproximó, saludando con modales desenvueltos a mi interlocutor. Éste hizo el ademán de presentarnos cuando Quipildor me tendió la mano, dirigiéndome esta frase

de común cortesía, mientras me miraba a los ojos con alguna fijeza: —¿el doctor Quinteros, no? Tanto gusto...

—No soy doctor —le dije secamente, dándole la mano, y prestando en seguida una atención muy marcada a la danza.

Sin embargo, le oí decir que esa tarde había llegado de Chile, y que había ganado varios miles de pesos en sus últimos negocios... "de cazador furtivo", añadí yo en pensamiento solo, mientras simulaba observar el baile.

Pronto nos separamos porque él fue a saludar a algunos amigos asistentes al festival.

A Crisóstomo Vargas, mozo festivo, amante del vino, del amor pagano y de la danza, le dio un fuerte abrazo, levantándolo por breve espacio, mientras le dijo con efusión: "¡compañero!"

De pronto se sintió una voz alegre: "¡que baile don Inocencio!"

Y repitieron muchos: "¡que baile, sí, que baile!", golpeteando a la vez las manos.

Él dirigió una mirada entre infatuada y mimosa a las mujeres, sin decidirse por ninguna, hasta que se encontró con los ojos grandes y un algo tímidos de Alicia, que los bajó inmediatamente.

Pero él ya se había decidido. Avanzó, resuelto, sonriente y, sin invitarla siquiera de palabra, la tomó de la mano y salió con ella al centro del redondel.

Se pararon frente a frente.

No sé por qué me sentí excitado; y, sin preocuparme de no ser oído, dije con cierta impetuosidad a don Justo:

—¿Bailan aquí los asesinos con las damas principales? —sin reparar siquiera en que quizá Alicia no fuese en Fiambalá una "dama principal". Y como además accioné como si quisiera impedirlo, don Justo me tomó suavemente del brazo, diciéndome:

—Permita, amigo; en un festival de minga, la más bella mujer puede bailar con el último peón, porque la minga, ante todo, es una fiesta democrática.

—Demasiado, según veo —le contesté.

—Y además, añadió sin reparar en mi observación, nadie puede afirmar con certidumbre que Inocencio sea, en efecto, un asesino.

—Pero... ¿y la muerte de los "chinchilleros"; y el robo consiguiente de las chinchillas?

Ésas son escenas que tienen lugar en la soledad cordillerana, si acaso ciertas, libres de todo testigo. Nadie puede asegurar que Inocencio haya asesinado a ningún chinchillero.

—¿Y los chinchilleros desaparecidos?

—¿No han podido desaparecer bajo la nieve y los frecuentes derrumbes?

—Hum...

—Sea como sea, puede caber la duda, mas no la certidumbre. Pero debo advertirle que en Fiambalá, donde pasa hasta dos o tres meses seguidos Inocencio Quipildor, lleva él una vida tranquila.

—Y al parecer es hasta estimado —le dije con alguna ironía.

—Por el pueblo, sin duda lo es; y hasta es admirado.

Justo Pedraza hablaba, sin duda, con convicción y conocimiento del personaje, que era un probable bandido y a la vez un probable caballero.

Sin embargo, mi instinto me decía que no me engañaba al juzgarlo criminal y ladrón.

Por ello, sin duda, no podía menos de indignarme al verlo bailar con Alicia, por quien yo experimentaba estimación y aun respeto.

Nuestra conversación era sostenida casi a voz natural, porque la algarabía de la fiesta la disimulaba.

—De todos modos —le dije— creo que sería mejor que Alicia danzase con otro compañero. Y al respecto no deja de extrañarme que no la soliciten los dos o tres jóvenes distinguidos aquí presentes. ¿No implica eso una descortesía o, por lo menos, una equivocación?

—¿Una descortesía, dice, señor...? —me contestó, con voz suspensiva, en que parecía caber una reticencia.

—Si no es descortesía, estoy equivocado respecto de Alicia... ¿No es una excelente mujer?

—Y tanto, que no me atrevería a afirmar que haya en todo el Departamento otra mejor.

—¿Entonces?...

—Pues se lo voy a decir. Usted me inspira confianza. Por otra parte, no lo dejaría usted de saber; estoy seguro de ello.

—¿Pero qué es lo que hay? —le dije con esforzada calma.

—Alicia es de apellido Nouguet. Así fue bautizada.

—Pues ya lo sabía; y ¿qué hay con ello?

—... Y Nouguet, el padre, un francés muy estimado, se fue del pueblo (sin que se conociera su paradero), al saber que había llegado a la policía orden de aprehenderlo, por el delito de bigamia.

—¿Era ya casado?

—Así parece. Aquí vivió algún tiempo como soltero. Halló testigos más ingenuos que culpables; y se casó por segunda vez, en vida de su verdadera esposa, con doña Petrona Cativa.

—¿Y doña Petrona?...

—Vive desde entonces como si purgara un delito.

—Ella parece una mujer sin cultura.

—Sin ninguna cultura. Apenas ha de leer —y creo que no—, si lo sabe, como tantas otras de su tiempo. Pero su posición social ha sido buena y su conducta nunca dejó nada que desear.

—¿Y no le parece a usted una injusticia, una anomalía, y hasta una estupidez, que esa desgracia pese en la consideración social de Alicia Nouguet, en su suerte, en su felicidad? —dije con cierto énfasis.

—Desde luego. Pero el caso es que pesa menos de lo que usted cree.

—Pero los jóvenes...

—Sí. Sin embargo, el significado no es el que usted imagina, justamente.

—¿Otro misterio? —dije algo alarmado.

—Nada de eso. Los jóvenes saben que Alicia nunca tendrá un desliz con ellos. Su situación la hace muy cuidadosa de su persona. Cree sin duda que a fuerza de virtud podrá hacer olvidar la circunstancia desgraciada de su filiación.

—Pero, por lo visto...

—No, señor. No interesa porque es virtuosa, con una virtud que, al ser la defensa de su vida, se la supone heroica, sin posible quebranto.

—Pero de eso a no sacarla a bailar...

—El hombre joven y soltero siempre mira con algún interés a la mujer. Bailar significa galantear, cortejar, garzonear, como decía Nouguet. Y ello es una esperanza...

—¿Y?...

—A ella no le agrada el simple cortejo. La mujer que de antemano sabe que nada cederá, se vuelve fría y hasta displicente. Las muchachas juegan a caer, en la vida social; pero resisten, luchan por perder en el juego, esto es, por sucumbir. Cuando son vencidas, ganan en ese juego embriagador, obtienen lo que en lo recóndito de su espíritu deseaban, aunque luchando contra eso mismo, con gran tesón.

—Aceptado. Pero ellos, ¿lo saben, acaso?

—Lo presienten, sin duda, y, además, conocen la desgana de Alicia para tantas y tantas frivolidades como las que exigen la vida y la sociedad.

—Tal vez... quién sabe. —Y terminó nuestro diálogo.

Una racha fresca, casi fría, agitó el aire. Nubes pardas avanzaban lentamente en el cielo, como una sospecha que empieza a cuajar en la conciencia.

Sin embargo, la naturaleza no estaba alborotada, nerviosa, como cuando se va a desahogar en tormenta.

Lejanamente había zigzagueado el rayo, reventado el trueno, latigueado el suelo la gruesa gota de lluvia.

A nosotros sólo nos llegaba la racha fresca, que comentaba, como hembra gárrula, los incidentes de la batalla aérea librada en atormentados horizontes.

Desde los talones hasta la cabeza, bifurcado en la espalda en centenares de fibras, me culebreó un calofrío, desafinándome los nervios.

Faltaban pocos minutos para las doce de la noche.

Alicia, doña Petrona y yo nos despedimos de los dueños de casa con palabras francas y amables y nos fuimos a la nuestra.

No nos fue posible evitar a don Justo la molestia de acompañarnos un buen trecho, con un farolillo de mano.

Adelante íbamos Alicia y yo. Don Justo, doña Petrona y la Juanita iban zagueros.

Me pareció que Alicia estaba un poco pálida y que tenía una mirada profunda.

Caminaba en silencio.

Yo, ya en el callejón solitario, en la plenitud de la noche, comprendí que la tristeza se me había alojado en la entraña.

Después de caminar calladamente como cincuenta metros, me dijo Alicia con un acento no desprovisto de ternura:

—¿Qué le pasa, Quinteros; está enfermo?

Su voz desató un nuevo calofrío que borrajeó en mi piel garabatos infantiles cual si los trazaran los dedos juguetones de la racha fresca.

—Posiblemente empiezo a estar más enfermo que de costumbre, le contesté. Los calofríos que experimento son en mí un mal signo.

Y callamos de nuevo.

A la luz del farolillo debíamos parecer, sin duda, dos fantasmas enrojecidos y trémulos.

Me incomodó el farolillo, pues parecióme que con su rojo alarde perturbaba el sigiloso silencio de la medianoche.

Como almas que se buscasen en vano, nuestras sombras, trémulas, se perdían en la oscuridad.

Producían un temblor ligero en la noche y se sumergían en la sombra mayor, nuestras dos sombras.

El temblor de las sombras y la luz del farolillo causaban una aflicción en el ambiente, una zozobra en la noche.

Afortunadamente, don Justo volvió a la casa, y dejóme el farol para alumbrar yo el camino.

Seguimos.

De repente nos llegó un eco del baile, apagado un momento, seguramente para descanso de los músicos.

Un palmoteo, un vibrar de cuerdas, un resonar de tacones machos cabalgaron en corceles elásticos del

aire pasando por nuestra vera para caer en los derrumbaderos del flanco de la noche.

Yo recibía con antipatía el eco del festival, pues pensaba que siempre había salido triste o desengañado de las reuniones donde se canta, se musicaliza, se baila y se ama.

Las fiestas son, como el mar, espumantes y multísonas en la superficie, pero silenciosas y oscuras en el fondo.

De repente la luz se apagó.

Venteaba.

Apresuramos el paso. Íbamos callados.

Éramos tres ecos apartados de la fiesta, silenciosos y opacos.

Ya en la casa, recobramos nuestra personalidad. Nos deseamos buenas noches y fuimos a sendos dormitorios.

Con su ala de plumas de sombra y de silencio nos cubrió la noche.

*

Mi sueño fue lleno de imágenes.

Todo fue alguna variación de lo pasado en el día fecundo en impresiones.

Los caballos del juego del gallo en la corrida sin freno se me presentaron innumerables en una llanura inmensa, con la cabeza alzada y medio torcida, la nariz violenta, sonoro el respiro, fieros y desmesurados los ojos.

Los jinetes, con ponchos terciados y sujetos con gruesos nudos a la espalda, pasaban a mi vera sin reparar en mí, con la mirada hipnótica en la distancia, como si quisieran aprehender y fijar el horizonte huyente en la tierra que sufría el flagelo de la alzada casquetería.

Unos llevaban mozas afligidas en las grupas.

Aquéllos conducían a sus respectivas madres, flacas, viejecitas, pálidas.

Éstos iban solos, con gestos rudos, alzadas las ramas del azote en el viento.

Figuras humanas a pie evitaban el chocar con los jinetes que nada veían en su carrera fantástica.

De repente la vi a Alicia a mi lado. Cada uno era una seguridad para el otro. No nos arrollaría la fuga frenética. Doña Petrona, siempre con su criadita, nos miraba tranquilamente, como aliviada, al fin, del dolor que era el pan cotidiano de su alma.

Entonces pasó en su mula alazana, tranquilo, seguro, cubierto con un poncho rojo, al paso natural de la bestia, Inocencio Quipildor.

No lo preocupaba el desenfreno de centauros que perturbaba toda la adyacente naturaleza.

"Es el único fuerte", pensé yo, pero no se lo dije a Alicia.

Al pasar al frente de nosotros torció apenas el pescuezo taurino y nos saludó con naturalidad, deteniendo una mirada tranquila y profunda en los ojos vencidos de Alicia.

Entonces desperté.

Una acidez intensa que me producía un ardor insoportable, parecía haberme reducido a una sola llaga el estómago y el vientre.

Miré el reloj. Eran las cuatro menos cuarto de la madrugada. Afortunadamente amanecería pronto.

A grandes tragos sorbí tres copas de agua y a los cinco minutos la volví cargada de ácido clorhídrico.

El ácido pasaba por mi garganta como si fuese fuego, irritándola y hasta lastimándomela, a lo que concurría el esfuerzo del vómito.

Por fin comencé a echar una sangre oscura, medio digerida. Era sangre gástrica. Yo la conocía ya.

La hiperclorhidria me había lesionado una vez más el estómago.

Experimenté un inmenso desengaño.

¡Para qué esforzarme por nada en la vida, si todo estaba perdido!

Resumí en dos palabras mi existencia.

Primero fue el soñar.

Después fueron los sueños y el dolor, juntamente con los males físicos.

Últimamente fue el no soñar: un esfuerzo sostenido

con heroica voluntad, por arrancar a cercén el ensueño de mis órganos... ¡Trabajo vano!

El pretender no soñar, el no soñar mismo, ¿no es también, acaso, un sueño?

Si lo era, ¡qué inútil, qué vano, qué estúpido resultaba mi esfuerzo!

"Pretender no soñar, también es un sueño", me repetía.

La úlcera en formación, formada ya posiblemente, me despertaba del último de mis sueños.

¿No era mejor abandonarlo todo?

Pero no...

Fue cual si de mi propio estómago inflamado, herido, se levantase hasta el cerebro, como un vaho, la voluntad siempre renaciente.

Mi voluntad podía estar transitoriamente enferma, pero no se anulaba jamás.

Para lo único que me había faltado siempre voluntad, era para dejar de hacer, para abandonarme definitivamente, para ser ante todo y sobre todo, un vencido. Alguna vez me propuse ser un vencido; y no lo conseguí. Siempre me alzaba de nuevo a la lucha.

Sin esfuerzo me serené completamente y pensé, como un hombre, en mi situación.

De achaques del estómago sabía poco menos que un médico especialista.

Comprendí que mi estado no era desesperante, ni mucho menos.

La úlcera no era, probablemente, más que una amenaza; no se había formado aún.

Todo consistía en quedarme quieto, en la cama, en el mayor reposo posible, durante tres días.

Me alimentaría, con exclusividad, de leche y de caldo enteramente líquido. Tomaría tres veces al día una mezcla alcalina con una buena dosis de subnitrato de bismuto.

Pasados los tres días, podría levantarme ya, y me sostendría con leche, sopas, purés, etc., no sin dejar de ingerir polvos alcalinos que contuviesen subnitrato de bismuto. Y en quince días habría desaparecido la lesión, completamente.

Todos esos remedios los tenía al alcance de mi mano, además de saberme de memoria las respectivas recetas.

No me había tomado, pues, desprevenido el contratiempo.

E ingerí la primera dosis de mezcla alcalina que yo mismo preparé sin necesidad de levantarme de la cama. Tenía en la mesa de noche polvos de magnesia, de bismuto, de creta, y algo de extracto de belladona.

Dando por hecho lo pensado, acordé meditar y resolver sobre mi situación en Fiambalá.

Todo consistía en haberme creído en mejor estado de salud que el real, que era, sin embargo, bastante bueno.

Un golpe de frío, la traición de una racha en mi cuerpo desabrigado, excitó la hiperproducción ácida en la glándula gástrica. Ello no significaba un mal grave.

Si me hubiese recogido temprano, o abrigado convenientemente, no me habría ocurrido otra cosa, a lo sumo, que un malestar pasajero.

El clima de Fiambalá era inmejorable y debía permanecer allí.

Un mes más, y estaría en mejor situación física que antes del accidente.

Además, tomaría un baño tibio todos los días y recibiría una fricción de alcohol para preservarme de los resfríos y equilibrar mi sistema nervioso. Ya llegaría el momento en que una simple racha fresca no alteraría mi organismo.

Y me pareció no tener más en qué pensar, por entonces.

Cerré los ojos. Me quedé muy quieto un buen rato.

Me fue imposible dormir. La excesiva acidez, con la consiguiente excitación nerviosa, me impidieron el sueño.

Seguí absolutamente quieto.

Por todas las rendijas y pequeñas aberturas de la pieza, entraban puntos y aristas del día.

Un rumor de trabajo, de escoba en faena de barrer, llegó a mis oídos.

Los hombres volvían a agitar sus anhelos después de unas horas de descanso bajo el gran sombrajo de la noche.

Alicia empezaba su día con un afán de limpieza; estaba barriendo la casa.

Esa idea me fue grata, y hasta sonreí en mi pensamiento solamente.

La noche anterior supe de ella lo no imaginado, como sucede, al fin, siempre que se "saben" las cosas. ¿Quién llega al conocimiento de algo, en identidad con lo prejuzgado o preconcebido?

La realidad supera en variedad de cosas a la mente más fecunda y la sorprende a menudo con lo inesperado.

¿Quién podía pensar que Alicia viviese cumpliendo todos los días un afán hijo de un infortunio?

¿Quién podía imaginar en el fondo del alma de doña Petrona el dolor que ponía detrás de su mirada una tristeza irremediable?

¿Y quién, que me viese andar por la calle, podía concebirme a mí mismo, en fin?...

¿Pero qué me importaba a mí lo que no me fuera asunto personal, sino como interés o caridad meramente humanos?

¿Qué podía interesarme personalmente que Inocencio Quipildor bailase o no, tuviese o no tuviese una relación cualquiera con Alicia?

¿Qué podía interesarme personalmente que Alicia se apellidase Cativa o Nouguet?

¿Qué importaba a mi persona que los jóvenes la considerasen de tal o cual manera?

Decidí, en consecuencia, despreocuparme de todas esas cosas, para siempre.

¿No había sido una estupidez el haber estado a punto de producir un incidente con un bandolero por lo que no me interesaba?

¿Qué había pasado por mí la noche anterior? ¿Qué significaba una conducta que jamás la hubiera esperado en mí?

¿Hasta dónde llega nuestra ignorancia de la realidad de las cosas, que nos hace obrar, a nuestro juicio, como si fuésemos otra persona?

Me era necesario comprender por qué estuve tan exaltado y tan estúpido. Me era necesario saberlo para pisar con pie firme en esta tierra nueva y en esta vida nueva.

Un enfermo como yo, debía cuidarse mucho más de todo que un hombre sano y en la plenitud de sus recursos.

Sin duda todo dependía de que me dejé llevar por un entusiasmo pasajero. Yo no fui "yo" el día anterior.

Seguramente mi sistema nervioso estaba débil, todavía.

La carrera desenfrenada del juego del gallo me predispuso a dar a las cosas una importancia exagerada, porque sobreexcitó mis nervios desgastados.

La música, el canto, el entusiasmo, la pasión, vibraron sin duda en mí con inusitada fuerza.

¿De cómo me vi convertido en un aristócrata, en un moralista meticuloso, rutinario, cursi? ¿Qué ideas, (que no eran las mías), fueron las que expresé a don Justo Pedraza? ¿No he sido yo desde mi primera juventud un hombre de espíritu amplio, de inteligencia nada mezquina?

¿Un soplo de emoción, acaso, es suficiente para cambiar nuestras teorías?

El hecho es que necesito —me dije— continuar siendo lo que soy desde mi arribo a Fiambalá: "el hombre que no sueña". ¿Y acaso era esa proposición, esa voluntad en largo ejercicio, nada más que un estado duradero de alma?

Fuera como fuera, yo había mejorado de salud y producídome una situación social segura con mi conducta y con mi voluntad de librarme de los sueños.

Y si pretender tal cosa es un sueño, "soñemos —pensaba— con ello, porque es lo que me conviene".

Comprendí que estaba en lo cierto. Que mi verdad era emanciparme de la ilusión.

Porque la verdad también me resultaba circunstan-

cial y acomodaticia. La frialdad y la serenidad convenían a mi salud quebrantada.

¿Pero por qué comencé a filosofar, en el estado en que me encontraba? ¿Qué introspecciones psicológicas eran aquéllas?

Nada más... nada más que un estado de alma; nada más que una necesidad de mi organismo; nada más que una defensa biológica que se valía de mi raciocinio... nada más.

Pensé en seguida que al ver a las mujeres de mi casa, vería a otras personas.

Vería en doña Petrona su dolor.

Vería en Alicia su infortunio y su voluntad.

Y yo, ¿sería quizá distinto para ellas?

Fuese lo que fuese, sólo era dable no dudar de que un corazón inseguro y un raciocinio indeciso, fueron mi parte en la fiesta de la minga.

III

SANGRE, MÚSICA Y AMOR

Ahora me siento fuerte; y, sobre todo, sano más que nunca. Me siento casi completamente sano.

Y estoy alegre.

Paréceme que mi posición en el mundo es, al fin, firme.

Hace muy pocos días, rebosaba contento mi corazón. Y me parecía que ello no era precisamente obra de la vida que me rodeaba, sino de mi propia voluntad.

En efecto. Aquel amanecer consiguiente a la noche del festival de la minga, yo había resuelto mi situación como un problema de voluntad.

Me tracé mi programa de enfermo, arrojé de mi vida el pesimismo abrigado en un momento de debilidad, y cumplí aquel programa con matemática certeza.

Estuve tres días casi inmóvil en la cama, como al borde de un precipicio, con la consigna de no moverme para no caer en él.

Un movimiento más o menos brusco podía significar para mí la agravación de mi mal y quizá la muerte misma.

Pasados los tres días me levanté.

Caminaba poco, lentamente, como para no interrumpir la precaria cicatrización de mi lesión interna.

Quince días más pasé sometido a estricto régimen alimenticio, y tomando siempre polvos alcalinos que contenían subnitrato de bismuto.

Poco a poco la animación me volvía al rostro.

Y noté que no sólo me curaba de mi lesión gástrica, sino también que la vieja hiperclorhidria que la causaba, cedía.

La esperanza de sanar completamente agregaba luz a mis pupilas y, con ella, miraba el mundo con la

alegría de un ser renovado que alcanzara, con el andar del tiempo, una nueva juventud.

Había algo de redivivo en mi cuerpo.

Encontrábame liviano, ágil, dispuesto a la acción, a la lucha, y convencido del triunfo.

No dudo de que, después de la voluntad férrea que puse en curarme, debo este feliz estado de mi cuerpo y de mi espíritu, además de al clima de Fiambalá, a los prolijos, a los cariñosos cuidados de doña Petrona y de Alicia. ¿Y por qué no decir también que a Juanita?

Alicia y doña Petrona se disputaban el privilegio de atenderme.

¡Cuánto afán maternal! Cuánta caridad triunfante y alegre ponían en sus manos prolijas, en sus palabras consolantes, en el trajín diario que la atención de mi persona había menester.

En la dedicación de Alicia creí descubrir más de una vez un principio de amor.

Ella gozaba, sin duda, en atenderme, y me cuidaba con ternura.

Acudía invariablemente dos veces al día a mi habitación a preguntar por mi salud, por la mañana temprano, poco después de levantarse, y a la noche, antes de retirarse a dormir.

Yo había encontrado madre y hermana lejos del mundo por mí transitado, que no me ofreció sino trabajos, lucha, contradicción. Y, precisamente, madre y hermana, en su sentido tierno, espiritual, no había tenido yo jamás.

Por una rara mala suerte, yo no había probado siquiera, ni en mi infancia, el sabor único e inolvidable del cariño maternal.

Yo no había tenido madre nunca, en la acepción sentimental del término.

Cosas son ellas íntimas de mi ser y de mi vida de que no tengo para qué dejar constancia aquí. Además, no corresponden en estos apuntes de lo que veo y observo, con carácter objetivo, para hallar así, mejor, un sentido real de la vida.

Pues bien. Yo fui a conocer el bien supremo, el

deleite único del cariño maternal, en una casucha, casi un rancho, de una aldea catamarqueña que ni siquiera en la geografía del país la había oído o visto figurar jamás.

Cierto sentido fatalista de la vida me comenzó a penetrar en el espíritu.

¿Acaso yo fui un enfermo, había padecido durante veinte años, para, al buscar salud en un pueblecillo ignorado, encontrar el bien que la naturaleza no niega ni al ser más humilde, las bestias incluso, el cariño maternal?

¿No era ésa la inmensa, la irremediable falla del mi vida?

¿No había contemplado con humildad infinita, en la hipertrofia de la sensibilidad que tal condición me producía, el cachorro cuidado y amado por la madre, con el amor elemental de la especie?

¿Y mi estada providencial en Fiambalá, no tendía, acaso, a subsanar ese defecto, a llenar ese vacío irreparable de mi vida, para ser después lanzado al gran mundo a aplicar el saber que me habían dado mi dolor y mis silenciosas lecturas?

En fin, el hecho es que sentía lo que nunca.

Yo me reía interiormente, sonreía también a solas con los propios músculos de mi cara, al pensar que el fatalismo se abría camino en mi vida. Lejos estaba de creer en él, conforme lo meditaba; y sin embargo, a pesar de mi raciocinio, lo sentía.

Mientras mi instinto y mi sentimiento afirmaban ese fatalismo en la esfera misteriosa de la subconsciencia, mi intelecto, no solamente lo negaba, sino que se burlaba de él.

¿Esa rara providencia se me había presentado en la forma de doña Petrona, de Alicia, de una hiperclorhidria, de una lesión gástrica? ¿No era la cosa para reír?

¿Qué cambio sentimental se operaba en mi persona? ¿Qué transformación inesperada me sucedía?

¿Por qué se me había metido en mi sangre la profecía intuitiva de que yo estaba destinado a grandes cosas?

Y como siempre tuve la tendencia a razonarlo todo, inclusive mis propios estados de alma, llegué a pensar que toda esa irrefrenable ideología sentimental nueva, no era sino una defensa de mi organismo, un mandato biológico de mi entraña.

Si lo ocurrente era obra del destino, si estaba la fatalidad preparándome para grandes acontecimientos, ¿no resultaba indispensable cuidar con prolijo esmero mi órgano atacado por la enfermedad, para no malograr aquellos misteriosos y superiores fines?

Ésa era la cuestión. Mi intuición me engañaba para obligarme a conservar un organismo que había menester de prolijos cuidados.

¿Pero ese engaño de la subconsciencia, ese sutil embuste biológico, no era tan raro, tan improbable como el fatalismo oculto en mi vida?

¿No era tan absurdo creer en lo uno como en lo otro?

Fuera como fuera, y aunque a la luz de la conciencia no creía ni en una ni en otra cosa, lo cierto es que me trabajaba ocultamente el alma, desde la sombra roja de mi sangre, la idea del fatalismo o del destino.

Cada día estaba más agradecido a las mujeres de la casa.

Al fin y al cabo, la transformación de mi alma resultaba, en apreciable parte, una obra de caridad.

Por eso, no pasó ni por un instante por mi mente la idea de engañar a Alicia simulando un amor que no sentía o no creía sentir.

Cuando la veía conmigo tan diligente, tan tierna, tan cariñosa como era, llegaba a temer que todo ello no fuera sino manifestaciones de amor por mí, que estaba dispuesto a no soñar más, a no ilusionarme más, a contemplar objetiva y realmente la vida y el mundo.

A pesar de parecerme muchas veces hermosa, jamás le dije, mientras me cuidaba como a enfermo, ni la menor galantería.

¿Para qué ilusionar, pensaba, tan amable y bondadosa criatura?

¿Podía pagar con engaño la obra de caridad de ella misma y de doña Petrona?

De pensarlo sólo, me parecía que toda Fiambalá se rebelaría contra mí, me desterraría con ignominia de su amplio y generoso fincado.

"¡Ni el menor daño le causaré jamás!", me decía.

Y la miré (más de una vez) como a un ser perfecto, como a una criatura inasible por la humana perfidia y por el deseo del varón.

*

La lesión, fuera de toda duda, ha cicatrizado.

Una marea de ilusión hinche mi sangre.

Respiro efluvios de una gran esperanza difusa en los aires.

Un nuevo y poderoso aliento discurre por mis arterias.

Dijérase que cada célula de mi organismo ha sido perfeccionada.

Cada gota de mi sangre recibe un lampo de luz del mundo y de la vida.

Estoy casi triste de sentirme alegre, potente.

Estoy casi triste porque desearía abarcar el espacio, y no puedo. Porque desearía volar cual un cóndor, serenamente, como una cruz de plumas negras y brillantes, de cumbre a cumbre.

Estoy casi triste porque siento el ritmo del universo en mi entraña. Porque hay un chapoteo de barro caliente y cósmico en mi sangre. Porque el todo está en mí; y yo no puedo abrazar con mis exiguos brazos la creación entera.

Sí; estoy triste de vida y triste de alegría.

*

Hoy es domingo, día cálido y, por excepción, sereno.

La pobre arena, la arena intensamente removida, la arena sacudida en su sopor de siglos, todos los días, por la violencia casi huracanada del aire, ahora reposa.

Descansa en un sueño gris, color de siglos, la arena soñolienta.

El sol brilla sobre ella caldeándole el alma, lanzando en todas direcciones una algarabía brillante y cegadora de reflejos; pero la arena reposa ciega y sorda, en gris mutismo, en toda la extensión del inmenso valle.

Vienen a buscarme mozos que se alegran con mi compañía.

Ellos son plenos, forjados sin mezquindad, de rostro espléndido de vida, de mirada alegre.

Todos han llegado sobre briosas cabalgaduras.

Crisóstomo Vargas y Rufino Cuello descabalgan.

Los otros quedan montados al solazo.

Tienen el rostro, el dorso de las manos, las muñecas, madorosos.

—Venimos a invitarlo, doctor, para unas riñas —me dice apenas salgo a recibirlos, Crisóstomo Vargas, con voz alegre.

—¿A unas riñas? ¿Riñas de qué, o contra quién? —le respondo, algo risueño.

—¿Cómo "contra quién"? ¿Cree que lo invitamos a pelear? —añade riendo a carcajadas—. A unas riñas de gallos de mi flor, lo invitamos. Todos hemos venido a eso, doctor; no nos desaire.

—Muchas gracias, jóvenes. Iré. ¿Quieren bajarse un momento los de a caballo, y pasar todos, hasta que me traigan el mío? —les digo.

—Estamos bien acá no más. Mande por el caballo, doctor —responden dos al mismo tiempo.

En eso, siento dentro de la casa la voz de doña Petrona:

—¡Andá, chinita, traé el caballo pal doutor; prontito!

Camino hasta la acera del frente y me coloco entre los caballeros, bajo el viejo tala.

Vargas y Cuello tienen sus cabalgaduras por las riendas.

Yo me afirmo familiarmente, con el codo derecho, en el apero del potro de Vargas, y apoyo la cara en la mano.

Tengo ya, sin duda, cierto aire de criollo. Me he acostumbrado a usar la cómoda y varonil bombacha tinogasteña, confeccionada en Fiambalá; y creo que no la llevo mal.

Me he vestido, casualmente, de bota y de bombacha, que es el traje que uso cuando me siento animado y alegre.

—Lindas van a estar las riñas, doctor —me dice Cuello.

—¿Y adónde son?

—En lo de don Edmundo Cerrero —contesta César Vargas, hermano de Crisóstomo, bastante más joven que éste.

—Entonces... Yo no conozco a ese señor.

—No importa, doctor. Nosotros hemos dispuesto que allá sean las riñas. Hemos hecho construir allá el brete para que no vaya mucha paisanada.

—¿Y sabe Cerrero que también voy yo?

—Aunque no lo supiera. Pero lo sabe y es gustoso.

—A mí me ha encargado que lo invite especialmente, además —dice Crisóstomo—. Es hombre muy bueno, y tiene dos niñas de pura uva. ¿No es cierto, che, Rufino?

—Pero él no puede garantir más que de una de las Cerrero —afirma César con alguna malicia y un guiño de ojos.

—¿Yo? ¿Por qué? —dice el aludido, ruborizado.

—Este muchacho se nos va, doctor, se nos casa pronto —agrega Crisóstomo, dándole una palmada en el muslo.

El potro se encabrita y obliga a Rufino a recoger todo su cuerpo de la suelta postura en que descansa, a ceñir las pantorrillas y a tirar de las riendas; y lo hace con presteza y rigor de macho vigoroso.

—Así l'has de sujetar a la morocha, hermano, cuando te cases —agrega Crisóstomo.

—Medio difícil es, porque el hombre es blandito para las muchachas —interviene de nuevo César.

—Bueno, hombre, dejen de macanear —dice Rufino.

En ese momento aparece la Juanita tirando del ron-

zal el caballo que me ha prestado don Justo Pedraza "por todo el tiempo que quiera".

Crisóstomo entra en la casa sin pedir permiso, saca a la calle la montura "chilena" que he comprado, y comienza a ensillar él mismo el caballo.

—Es bueno que vayamos pronto. Ya nos están esperando —dice.

En menos de cinco minutos, ensilla.

Monto a caballo portando, en el azote y el tacón, decisión y alegría.

"¿Por qué no he de ser yo también alegre, si Crisóstomo Vargas, que cuenta el mismo número de años que yo —pienso ya a caballo— lo es en grado sumo, y parece en él bien el contento?"

"¿Por qué no he de disputar yo también —sigo pensando— mi parcela en la inmensa porción de contento que la vida ha lanzado al azar sobre la tierra?"

En tanto, vamos al galope.

Somos diez personas, todos hombres jóvenes y animosos.

Las cabalgaduras galopan con entusiasmo y, tascando el freno, cabecean hacia abajo estirando el pescuezo para que les demos más rienda. Levantan bien en alto los miembros delanteros y hieren con casco nervioso la tierra sobresaltada.

Un retumbante casqueteo vuela como una bandada de chingolos y se asienta sólo muy lejos, en las copas de árboles soporosos bajo el sol, de hoja meditativa.

Un polvo luminoso nos envuelve.

Imagino que galopo en el espacio estelar, entre la arena cósmica de la Vía Láctea, porque cada gránulo de tierra cobra luminosidad, forma y trascendencia científica de asteroide microscópico sobre el que gravitan las leyes del universo.

De repente, frente a una porción recta del callejón, aflojamos en tácito acuerdo las riendas con que llevamos sujeto el brío de los caballos; y un clamoroso desenfreno de potros cubre todo el camino.

Tengo deseos de gritar.

En ese mismo instante, escalonado, enérgico, acro-

bático, castiga el aire como un latigazo un grito que corcovea en el ambiente y al fin se lanza de punta, como una flecha, sobre los remotos aledaños del valle.

Es Crisóstomo Vargas el que ha gritado.

"¡Bravo!" le digo, estimulando aún más mi excelente cabalgadura.

"¡Sujete, doctor!" me indica.

Sujeto. Mi caballo acorta la disparada, corvo el lomo, levantado el galope.

Los otros se lanzan como cetáceos sorprendidos en una acequia amplia, rebosante de agua, en zampuzaso violento.

Chispea en todas direcciones el agua golpeada, atropellada, sorprendida.

Los caballos se mueven torpes y ásperos como si tuviesen los miembros ligados por sogas.

El de Rufino Cuello cae de pecho al otro lado de la acequia, y luego de costado.

Cuello se escapa al apretón en un trote oblicuo y trabado y apóyase en el cerco de alambres para no caer.

Al tiempo que el caballo se levanta, vuelve y le toma la rienda y salta sobre la montura, vigorosamente.

Todos han sujetado, riéndose.

Solamente yo he cruzado el agua al trote, después de ellos, sin mojarme más que las botas.

Ellos están por entero chispeados de agua y barro.

Cuello se disculpa, no sin alguna vergüenza, por no haber salido de la montura con la rienda en la mano; y se dirige a mí especialmente.

—Amigo —le respondo —si hubiera sido yo, ya estaría muerto. En cambio usted no ha perdido ni siquiera el equilibrio.

—No lo alabe, doctor; es flojazo pa jinetear —dice riendo César Vargas.

—¿Y vos —le replica Rufino Cuello— ya te has olvidado del porrazo que te dio el rosillo?

—Si hubiera sabido que el potro era mañero y se boleaba... —contesta César.

En ese momento, oímos la armonía de un piano.

Estamos a treinta metros de la casa de Cerrero.

Todos se ocupan de limpiarse del barro, con pañuelos.

Yo les ayudo, con el alma exultada por la carrera y por la música.

Pienso un instante en el espíritu rico y complejo de Beethoven.

"¡Quién me hiciera escuchar, digo para mí mismo, un trozo de la Novena Sinfonía!"

Sólo dos pianos, me informan, hay en todo Fiambalá. Ha costado mucho trabajo y mucha paciencia hacerlos llegar en buen estado.

Avanzamos despacio.

Oigo el desgaire meneado y compadresco de un tango; y mi tonta esperanza de música beethoviana, se esfuma...

Llegamos frente a la casa, pintada de azul, limpísima, sombreada, rozada por el ensueño de la fronda.

Al borde del piso levantado de la acera, que sólo abarca el frente de la casa, una fila de tamarindos jóvenes, de un verdor muy subido, alegra la vista.

Frente a la puerta de calle, a uno y otro lado, dos tamarindos mayores se levantan como ofreciendo hospitalidad con su lenguaje verde y simpático.

Cesa el piano y asoman por la puerta de la sala las dos muchachas de la casa, que nos invitan a bajarnos de las bestias y a entrar.

—Gracias, señoritas —dice César Vargas— vamos a pasar al galpón, derecho al reñidero; es un poco tarde.

—Pasen, no más.

Aseguramos las cabalgaduras y entramos por un costado de la casa.

Bajo un galpón amplio está construido el brete.

Un círculo de dos metros y medio de diámetro encerrado completamente con un entablillado de sesenta centímetros de altura, acolchado con paja ajustada por un forro de arpillera para que no sufran golpes los gallos, es todo el diminuto redondel donde en breves momentos más se va a librar el drama sangriento.

Ese entablillado acolchado tiene una inclinación hacia fuera.

Una sucesión de asientos de tabla circularmente colocados, unos encima de otros, como una gradería, sube hasta tres metros de altura, admitiendo así, en un pequeño espacio, gran número de concurrentes, que pueden converger sus miradas, cómodamente, hacia el círculo de tierra donde disputarán supremacía los gallos.

Esa sucesión de asientos tiene posición oblicua de adentro hacia afuera, de modo que la circunferencia marcada por los asientos más altos, es de mayor diámetro que la del entablillado acolchado, y además concéntrica.

En resumen, un brete de gallos es una arena circular de pelea rodeada por una gradería de anfiteatro.

No menos de veinte paisanos estaban reunidos en el galpón.

Se veían varios gallos en jaulas portátiles de madera, serios, tranquilos, familiarizados ya con las voces y los movimientos de la paisanada.

Casi todos los hombres tenían al cuello pañuelos negros, y uno que otro se sujetaba la greña avanzadora sobre la frente, agresiva como una sombra espesa que bregara por nublar la luz de los ojos, con pañuelos encarnados, sangrientos.

En un balancín de brazo pesó el juez de riña los gallos, y anotó a lápiz, en un papel mugriento, los respectivos pesos.

Los gallos eran sostenidos bajo el brazo del balancín por una camisa pequeña de lienzo, como corpiño o como calzón de mujer, por cuyos agujeros sacaban aquéllos los miembros inferiores, quedando cubierto el pecho y las alas.

El pescuezo y la cabeza pelados les daba aire de machos cínicos cubiertos en las partes vergonzosas con calzones de mujer.

Miraban a uno y otro lado, confiados, completamente tranquilos, familiarizados con el trato de los

hombres en el largo entrenamiento que tuvieron que soportar.

Ya en las jaulas se veía que eran gallos atléticos, dispuestos a toda clase de peligrosas y viriles aventuras.

Después de mucho alegar se concertaron dos riñas.

Yo jugué "adentro" veinte pesos.

La riña primera (en la que intervenía yo como apostador), se jugaba por ochenta pesos. De esos ochenta, veinte eran míos. Eso era jugar "adentro".

Jugar "afuera" era apostar individualmente en cualquier momento o circunstancia de la riña.

Ya sentados en las gradas circulares, el gallo a cuyo partido pertenecía yo (porque el gallo era un caudillo y nosotros sus partidarios), se paseaba con importancia por la arena del brete.

Era colorado, de dorados ojos, perfecto de formas, de cabeza y cresta rojas, de un rojo vivo, como si estuviese por reventar en sangre, de cola oscura y plumas remeras blancas.

Limpísimo y de pluma bien peinada, parecía arrancado del lienzo de un pintor.

A una simple piedrecilla le hizo la corte. Caminó a su vera de costado, con paso tenoriante, rascando con las plumas gruesas del ala derecha el muñón de la espuela.

Lo levantaron. Le calzaron las puntas de acero con cuidado de "no ligarlo". Lo calzó el mismo Crisóstomo Vargas, en quien todos teníamos confianza.

Entonces se oyó la voz del juez:

—¿Quién corre con el bataraz?

—Yo —dijo un criollo de bombacha negra.

—¿Quién corre con el colorau?

—Yo —dijo Vargas.

—¡Listos! —ordenó el juez con energía.

Ambos "corredores" se sentaron frente a frente.

—¡Larguen!

Y largaron los gallos.

A mí me palpitaba el corazón con violencia, como si con la sangre de dos héroes estuviese por jugarse la suerte de dos naciones.

Los gallos se aproximaron.

Pico contra pico, lo bajaban y lo subían, observándose brevemente. Y en consecuencia de un movimiento que nadie pudo ver en su desarrollo, sonaron dos aletazos enérgicos, secos.

Volvieron a quedar parados frente a frente los gallos.

—¡Veinte pesos al bataraz! —gritó inmediatamente el criollo de la bombacha negra.

Había visto en la púa de acero de su gallo un plumón enrojecido.

—Nos han herido en el cuerpo —me expresó al oído Crisóstomo Vargas— pero no importa.

Se siguieron una serie de aletazos violentísimos.

—¡Cien pesos contra veinte al bataraz! —dijo el mismo criollo, mirándome.

—¡Pago! —le contesté maquinalmente, por la sola razón de que estaba excitado.

—¡No juegue! —me indicó César Vargas— el gallo está mal herido.

—¡Qué puntas de mi flor! —gritó alguien.

Pero yo ya había apostado.

En un momento de relativa calma vi que el ojo izquierdo de nuestro gallo era una mancha roja.

Siguieron otros revuelos.

El colorado fue nuevamente herido en el cuerpo.

Entonces, abandonó la lucha de golpe y contragolpe de revuelos, y comenzó a trotar, algo torcido, alrededor del brete, a la redonda.

Yo me di por perdido. Pero oí con sorpresa la voz llena de entusiasmo de Crisóstomo Vargas:

—¡Ahora empieza el juego!

—¡Cincuenta pesos a treinta al bataraz! —gritó un viejo fuerte, de aire engreído.

—¡Pago! —le contestó Vargas.

—Diez pesos derecho al bataraz, doutorcito —me dijo una voz aflautada, con cierta ironía.

Levanté la cabeza y contestéle algo amoscado:

—¡Veinte, si quiere!

—¡Pago! —me respondieron tres al mismo tiempo.

—¡Jugado a los tres! —les dije yo.

—Valiente pal peligro había sío... —dijo alguien.

—¡No moleste, amigo! —le contestó César, con imperio.

No tuve tiempo de recoger la burla porque, de repente, dejó de correr alrededor del brete el gallo colorado. Dióse vuelta y, rápidamente, embistió al bataraz, que lo seguía, lo mordió en la cabeza, desde una posición oblicua, y le asestó un poderoso golpe.

El bataraz gritó, cayó al suelo de lomo y quedó inmóvil, patas arriba.

—¡Cien pesos contra veinte al colorado! —gritó con brío Rufino Cuello; pero nadie le contestó.

—¡Bravo, m'hijito! —aplaudió el dueño del gallo.

Varios soltaron una carcajada.

—¿No dije que empezaba el juego? —advirtió Crisóstomo.

—¿No apostaban al bataraz, señores?... —insistió.

—¡Haga respetar, señor juez! —prorrumpió con rabia el dueño del bataraz.

—¡Silencio, señores, que un gallo está en golpe! —ordenó el juez.

—Ése ya sia golpiáu en el trono e Dios, patroncito —dijo un peón con una burla ofensiva.

Varios sonreímos.

—¡Haga respetar, señor juez, le digo!

—¡Silencio, señores, o suspendo la riña —exclamó el juez.

Y todos nos callamos.

El juez miraba el reloj que tenía en la mano.

—Una nuqueada feroz —me dijo al oído Crisóstomo Vargas.

Yo sonreí de satisfacción.

—Heroico el coloradito —le contesté por lo bajo. Y confieso que mentalmente saqué la cuenta de lo que tenía ya ganado.

—¡Levanten el gallo y a cuatro dedos los picos! —ordenó el juez.

Así lo hicieron.

Con gran sorpresa mía, ambos gallos se embistieron con furia.

—Todavía hay mucho que ver —observó alguien.

Pero nadie apostaba al bataraz que, de repente,

desorientado, daba dos o tres pasos atrás, medio perdido el equilibrio.

En cambio, el colorado, aunque tuerto para toda la vida, combatía de firme, bien derecho ya el pescuezo y, al parecer, en la plenitud de sus energías.

El bataraz fue entonces el que ofreció la nueva sorpresa.

Mordió rápidamente y asestó un golpe que no sonó secamente como los otros. Era un golpe "blando".

El colorado lanzó un grito bajo y breve, tambaleó, pero no cayó.

—¡Cien pesos a cincuenta al bataraz! —dijo el que me había aludido con burla.

—Cien pesos derecho le juego; no quiero ventaja de usted —le respondí, con desprecio.

—¡Jugado, señor!

—Jugado —le contesté con calma.

—¿Pero qué hace, doctor; no ve que el gallo está ciego? —me dijo, despacio, César Vargas.

—¿Ciego?

—¡Hasta la ese, le ha sío! —observó un paisano.

—¡Güenazo, el bataraz! —respondió otro.

—¡Tiene que pagar el máiz, amigo! —dijo el dueño del gallo.

El colorado se lanzó a la pelea, con la cabeza y el pescuezo enrojecidos con su propia sangre, pero no dio con el cuerpo del otro gallo.

Mordió la arpillera del acolchado y asestó un recio golpe. Se comprendía que aún se encontraba en toda la integridad de su bravura y de su fuerza.

Pero estaba completamente ciego.

El bataraz no por eso le otorgaba cuartel. Mas aún estaba torcido y daba, de vez en cuando, pasos desorientados hacia atrás.

Cuando sentía el contacto del contrario, o siquiera su acezo sangriento, el colorado lanzaba golpes feroces.

—El gallo está bien. ¡Den usura y juego, señores! —dijo Crisóstomo, después de uno de esos "golpazos de ciego".

—¡Treinta a veinticinco, si quiere! —contestó el dueño del bataraz.

—¡Pago! —respondieron los dos Vargas.

—A usté no más, don Crisóstomo.

—Juegue colmigo, don César —dijo un criollo de la gradería.

—¡Pago!

Al colorado le chorreó nuevamente la sangre del lado izquierdo de la cabeza.

Se afirmó en el acolchado y allí quedó unos instantes, respirando con agitación.

El bataraz tiró unos revuelos al cuerpo, de atrás.

Ambos gallos tenían un respiro agitado y las alas despegadas del cuerpo.

El juez miraba su reloj.

—¡Arrimen los gallos! —ordenó.

En cuanto los tocaron, el colorado lanzó picotazos al aire y tragó, rabioso, la sangre que le llegaba al pico.

En eso, se trabó una lucha de cogote.

El colorado mordió en el tronco del pescuezo, por encima, y lanzó dos puñaladas desde abajo.

El bataraz, mudo, se asentó suavemente, de pecho, en el suelo.

—¡Cien pesos a veinte al colorau!

—¡Silencio, señores!

Y hubo silencio.

El juez miraba su reloj.

—¡Levanten al cáido! —dijo a los breves minutos.

El corredor mantenía parado al bataraz, tomado del tronco de la cola.

—¡Largue ese gallo, amigo! —dijo con imperio el juez.

El "corredor" lo soltó. Se mantuvo un instante de pie el gallo y luego se asentó de pecho en la arena, donde dejó una mancha de sangre.

—Le ha roto el buche; no hay caso —sonó una voz, como una sentencia fúnebre.

Nadie contestó ni apostó.

El juez contó de nuevo los lentos minutos.

El corredor del ciego le tomaba las plumas a su gallo, simulando mordeduras del contrario y el gallo lanzaba picotazos al aire, fieramente.

—No le tome el pelo al gallo, amigo —se oyó, con general risa.

—Levanten otra vez al cáido —dijo el juez, riendo a su pesar.

El corredor lo levantó, sosteniéndolo de la cola; pero ante la orden del juez, lo soltó, y cayó inmediatamente, moribundo el gallo.

—¡Riña!

Era sentencia definitiva e inapelable.

Gané muchos pesos, que me los pagaron en el acto. Sólo a un perdidoso, que era muy pobre, le devolví el dinero ganado.

Los corredores alzaron sus gallos.

El bataraz, en las manos de su dueño, perdió toda tensión de músculos, dejó caer, laso, el pescuezo, y expiró.

El colorado, ciego, rojo de sangre, en manos de Crisóstomo, prorrumpió en un breve y enérgico canto, como una clarinada.

Sin duda, se conocía vencedor en el heroico lance.

Nos paramos y salimos del brete comentando las sangrientas peripecias.

Yo tenía chispas de la sangre belicosa en los puños de la camisa, en el chaleco, en la mejilla. Me las limpié bastante mal con el pañuelo.

Me sentía fuerte, aunque levemente mareado, sudoroso, alegre. Había cierta resolución inmanente en todo mi organismo.

De repente, recordé con vergüenza el paso de la acequia con agua. ¿Por qué había sujetado mi sillonero?...

En eso, llegó don Edmundo Cerrero a invitarnos a la mesa.

—Ya va a ser la una de la tarde, amigos; pasen a la mesa —dijo.

Miramos nuestros relojes.

—El doctor Quinteros —dijo César Vargas, presentándome al señor Cerrero.

—Tanto gusto, señor.

—Es un honor para mí tenerlo en mi casa.

—Gracias.

—¿Y? —me preguntó, cambiando de tono súbitamente, con familiar confianza: —¿li'ha gustau la riña, doctor?

—Es un gran espectáculo. He quedado satisfecho, saciado —le contesté con entusiasmo.

—¡Pero ustedes deben tener un hambre bárbara! —dijo riéndose, cambiando el tema.

—Y cómo no, don Edmundo, si ya es casi la una —le respondió Crisóstomo poniéndole la mano derecha sobre el hombro.

—¡Vamos, vamos, entonces!

Y fuimos.

Pasé antes al tocador de las niñas y me lavé cara y manos, refrescándome con deleite.

Me sentí tranquilo, plácido. Mis nervios estaban calmados, y una sensación de bienestar experimentaba en mis órganos, en mi sangre, en mis músculos.

Ya en el comedor, me presentó don Edmundo a su esposa, doña Encarnación Garrido, y a sus dos hijas, Laura y Sofía.

Me invitaron asiento a la cabecera de la mesa, que daba al norte, frente a doña Encarnación, la señora de la casa, que ocupaba la otra cabecera.

Tenía a mi derecha a Alcira Figueredo, invitada, y a Sofía Cerrero a mi izquierda.

Tuve el placer de saludar, antes, a doña Jesús de Pedraza, la esposa de don Justo, invitada también, la que me recordó, con su sola presencia, de la minga, de la cabalgata desenfrenada, del baile, del gaucho Inocencio Quipildor, como de escenas muy lejanas. Y era que había cambiado yo muchísimo, en tan breve tiempo.

Sirvieron un vino blanco que olía a uva fresca y gustaba a moscatel. Su olor alegraba la sangre.

Y sirvieron también un vino tinto, sabroso, recio, de "mucho cuerpo", fabricado, como el blanco, en las bodegas de la casa.

El blanco era dulzón.

El tinto era un vino "seco".

Yo me atreví, apenas, a saborear dos tragos de cada

uno, por temor a despertar mi mordedora hiperclorhidria, que no se daba por vencida aún.

Alta, se oyó la voz feliz de doña Jesús de Pedraza:

—¿No digo? ¡El vino mejor que se fabrica en todo Tinogasta es el de don Edmundo Cerrero! Este blanco es un regalo, una caricia; ¿no les parece así, doctor? ¡Y el tinto!

—Efectivamente, no he probado nada mejor en vinos del país.

—¡Pero si apenas lo prueba, doctor! ¡Tome siquiera para saber que es bueno! ¡Qué moderación, Dios mío! ¡Así son estos hombres sabios, admirables en todo!

En vez de fastidiarme el elogio, que bien lo hubiera podido considerar como ironía salido de boca menos zalamera y locuaz, me causó gracia y lo tomé a broma.

—Mil veces más admirable es usted, doña Jesús, porque de una sola vez ha creado el primer industrial del Departamento, y un sabio. Me parece que a la segunda vez que hable, va a saltar de entre nosotros un genio, un héroe o un santo.

Todos dieron soltura a la risa, menos Rufino Cuello, que hablaba en voz baja con Laura. Ésta rio también.

—Y el santo voy a ser yo, de fijo —añadió Crisóstomo Vargas.

—¡Jesús, con el santo! Si le hacen la señal de la cruz... revienta —dijo doña Jesús.

—¿Jesús con el santo? —insistió en sus gracias Crisóstomo, jugando con las palabras—: Jesús con don Justo Pedraza ha de ser.

—¡Vaya la gracia!

Volvió a reír Laura Cerrero, que además de escuchar a medias la voz amartelada de Rufino Cuello, no dejaba de atender, como podía, la conversación general.

Rufino, tenaz, seguía con su carga erótica. Sin duda tomaba el asunto a lo serio, el hombre.

—Y usted, doctor, ¿no tiene devoción especial por alguna santa? —me dijo, con intención, Alcira Figueredo.

—¿Santa de la laya de San Crisóstomo? —le pregunté a la vez, subrayando las últimas palabras.

—No tanto...

—Pero un poquito, sí, ¿no es cierto? —terció, riendo, Crisóstomo.

—Sí, un poquito...

—Como para entusiasmarlo al doctor, claro...

—No esperen —advertí— que yo me ilusione. Soy un hombre escéptico en materia de santas. Necesitaría manifestaciones de aprecio muy elocuentes, enteramente elocuentes...

—Pero la santa de su devoción es muy seria; no da, creo yo, esas muestras —intervino, de repente, Laura Cerrero.

—¿Conque ya se me adjudica una "santa"? —contesté—. ¡Qué adelanto en la fe de Cristo!

—Santa Alicia, sí, señor, Santa Alicia. ¿Le gusta que se la nombren? —atacó a plena voz Sofía Cerrero.

—Caramba, señorita; eso es mucho adelantarse —respondí, bastante ruborizado.

—Conque se ruboriza, ¿eh? ¡Ahora sí que lo creo! —me dijo, burlesca, Laura.

—Advierta que por atender mi rubor está usted perdiendo un dulce secreto. Apuesto a que no ha escuchado lo último que le ha dicho el amigo Rufino —le contesté, vengativo.

—¡Pero si no me ha dicho nada!

—No creo que él mueva tanto los labios, sin decir palabra.

—Al menos yo nada le he oído.

—No todos tenemos su verba, doctor, para hacernos escuchar —intervino, medio resentido, Rufino.

—El verbo del amor es la juventud. Los viejos como yo no conjugan ya el divino infinitivo.

—¿Viejo? ¡Bah! A sus años las ilusiones de amor tienen un perfume de realidad, un perfume de "mucho cuerpo", como el sabor del vino tinto —terció con gracia Crisóstomo—. Y no repliqué, porque "sentí" que decía la verdad.

—¡Qué bien dicho, Crisóstomo! —aplaudió doña Encarnación de Cerrero.

—¡Muy bien! —adhirió don Edmundo Cerrero a la opinión de su esposa.

—Sí, señora; ustedes lo saben porque han pasado por ello —insistió, satisfecho, el aplaudido.

—Y usted, ¿qué opina del amor? —me interrogó Alcira Figueredo.

—Ya sabe que soy escéptico...

—Pero, ¿qué opina, a ver?

—El amor... es un engaño de la carne.

—No comprendo bien. Pero si es así, debe de ser un dulce engaño.

—¿Pero nunca el amor es realidad? —inquirió súbitamente y con cierta alarma Laura Cerrero.

—No se altere, señorita. El amor que le han jurado a usted, es, como engaño, una realidad.

—¿Y como realidad?

—... El engaño, es una realidad también.

—¿Quiere decir que el amor, como realidad, es un engaño?

—Pero el engaño, he agregado, es una realidad también.

—Explique, doctor. Yo siento que es así, pero no lo entiendo —me pidió César Vargas.

—Yo mismo no lo comprendo bien, amigo César; pero también lo siento. Me sería difícil explicarlo.

—¡Que lo explique, que lo explique! —intervino Sofía Cerrero.

—Sí; explíquelo, doctor —añadió Alcira Figueredo.

—Me piden que lo explique ustedes, las muchachas, que no tienen mucha experiencia en amor. En cambio, noten que no me lo piden doña Encarnación ni doña Jesús...

—¿Y qué quiere decir con eso, a ver? —me interpeló doña Jesús.

—Nada, señora, nada, absolutamente nada...

—Bueno, doctor, explique de una vez —intervino Laura.

—¿Había dicho?...

—Que el amor, como realidad, es un engaño; pero que el engaño es también una realidad.

—El amor en los jóvenes, es como el perfume de

una flor; un perfume de "poco cuerpo", como diría Crisóstomo, o don Edmundo. Pero la flor pasa, es de un día, y el perfume se acaba. Los que creen en el amor como perfume, se engañan, porque, en cuanto el amor se "realiza", pasa el perfume. Por eso he dicho que el amor es un engaño. Y como nosotros —nuestra carne— amamos, había dicho antes que el amor es un engaño de la carne. Pero el perfume del fruto es de "mucho cuerpo". El fruto perdura. Es él nuestra vida en compañía. Es nuestro dolor. Es nuestra realidad. Y ese perfume de mucho cuerpo, ese sabor de lágrimas y vida, mejor dicho, nos indican que la fragancia de "poco cuerpo" de la flor, era un engaño. Este desengaño es la realidad del amor, es decir, este perfume de mucho cuerpo, este sabor de lágrimas y vida. Los que aman el perfume de la flor, y en su permanencia cifran su felicidad, se engañan, y pueden ser muy desgraciados. Los que aman el sabor de lágrimas y vida serán, al menos relativamente, felices. Ésos no se equivocan. No caerán en los fondos oscuros del desconsuelo. No cifran su felicidad en la perduración de un perfume que pronto se desvanece.

—¿De modo que el amor conduce a la desgracia? —pregunta Laura, dudosa, algo temerosa.

—Sin duda. El amor como perfume de flor; el amor ilusorio que aspira al encanto perpetuo, conduce a la decepción, a la desgracia, porque es un falso concepto.

—¿Quiere decir que la felicidad no se funda en el amor, es decir, en el amor-juventud, en el amor-ilusión?

—Justamente. Ésta es la pregunta que esperaba. Si no se cambia de conceptos, ese amor no sólo no produce la felicidad, sino que causa la desgracia. Y si se cambia de conceptos, se puede llegar a la felicidad, mas ya no es por virtud del amor, sino de los nuevos conceptos y del nuevo estado de ánimo correspondiente. El amor, en la acepción común de la palabra, tiende más a producir la desgracia que la felicidad.

—Entonces, ¿para qué sirve el amor? —objetó Alcira, que parecía entender mis palabras.

—Para producir el dolor. Para sazonar la vida. Para madurar la realidad. Es decir, para perpetuar la especie. Con ese fin la carne nos engaña.

—¿A costa nuestra?

—Justamente. El amor es una mentira de la carne... o, mejor, una mentira de la especie. Un engaño a costa nuestra, y muy especialmente, a costa de la mujer. La mujer ama para tener el dolor sagrado de ser madre.

—Entonces la especie es muy egoísta...

—Conseguido su fin, no le importan los trabajos, los dolores, la muerte misma del individuo.

—¿Y todo el ideal, todo el romanticismo, todo el ensueño...?

—Es el engaño de la carne; el engaño de la especie; el perfume de "poco cuerpo" de la flor de la vida; el cebo con que el cuerpo nos lleva a cumplir su designio de perpetuidad.

—Usted tendrá razón, doctor; habrá estudiado y observado mucho; pero yo no creo que no sea el amor la base de la felicidad. El amor, los sueños, la ilusión, son la felicidad del hombre. La realidad es mezquina. Los sueños son generosos —afirmó con énfasis Rufino Cuello.

—Es usted parte interesada, amigo. Usted vive embriagado con ese perfume de la vida. Habla en voz baja, de amor, por cierto; y, cuando la levanta, es para defender el amor.

—Porque es la felicidad de los hombres.

—Si es amor por los hombres, por todos, sí. Si es amor egoísta, individual, no.

—Yo lo que digo es una cosa, doctor: ¡pobre la mujer que lo quiera a usted! ¡Usted, con esas teorías, no puede querer a nadie! —expresó Laura Cerrero.

—¿Cree usted que las teorías dirigen la vida? ¿Cree usted que a pesar de mis teorías no me puede a mí engañar la carne, la especie?

—¿Cómo se va a dejar engañar a sabiendas?

—¿No podía el engaño hacerme cambiar de teorías en un caso particular? ¿No ha visto usted mil veces a las teorías ponerse de parte de los sentimientos y cambiar con ellos? ¿Cómo es posible que las teorías dirijan

la vida siendo ellas una mínima parte de esa vida misma?

—Yo lo que sé —intervino Sofía Cerrero— es que ahora no creo ya en lo de Alicia. Usted no es devoto de Santa Alicia, ni de ninguna santa, como decíamos al principio.

—No le digo lo contrario... Ni el contrario del contrario tampoco... Son cosas de la vida.

—Pues ya que hablamos de amor, yo les declaro que mi amor del momento es este asado de cabrito. Y a él me aplico —declaró Crisóstomo Vargas.

—Es por lo menos —aprobó Alicia Figueredo— una carne que no engaña.

—Y si engaña —volvió a decir Crisóstomo—, yo la he de probar hasta encontrarle su verdad oculta.

—No es raro, Crisóstomo, porque usted pasa la vida probando... —dijo con malicia doña Encarnación.

—Cada cual busca la verdad a su modo, señora —contestó el aludido con afectada seriedad.

—La verdad ha de ser lo que busca con Inocencio Quipildor. Por eso son tan amigos —terció en tono de reproche César Vargas.

—A mí no me reprenden mis hermanos menores.

—Pero le hace falta. César, con ser mucho más joven, es el doble más serio y más caballero que usted. Yo se lo puedo decir, porque soy Alcira Figueredo, no su hermanita menor.

—Cada uno vive su vida, ricura. Porque soy amigo de Inocencio Quipildor...

—Es que nada sería que fuese amigo...

—Eso es. Ahora va a creer el doctor que yo asesino, que robo a los chinchilleros; ¿qué sé yo qué más le cuelgan a ese pobre Inocencio?

—¿A que no dice lo que hace con Inocencio, a ver?

—¿Por qué no? Cierto es que cuando Inocencio está en Fiambalá casi todas las noches vamos a bailar a los ranchos. ¿Y qué hay con eso?

—¿Bailan, no más, los niños, eh?

—Agregue un poco de vino y un poco de amor: baile en suma.

—No insista, Alcira; es en vano —interviene de

nuevo César— para mi hermano la vida es un baile. Es una *jetta*, sí. El único bien preparado de todos nosotros, dale baile que baile, no más.

—Lo mismo que vos, hermanito: bachiller y gracias.

—¿Y los cuatro años de derecho? ¿No estabas ya para recibirte de abogado cuando te viniste a pasar unas vacaciones aquí... y estás de vacaciones desde hace catorce años?

—¡Es imperdonable, Crisóstomo, imperdonable! —refuerza Alcira.

—Amén —termina cómicamente Crisóstomo.

—¿Y qué es lo que aprecia en Inocencio Quipildor, para quererlo tanto? —le interroga Sofía Cerrero.

—Lo quiero porque es fuerte de alma y de cuerpo. Porque es buen amigo. Porque es hombre y medio. Lo quiero yo como hombre. Y usted lo querría como mujer si la cortejase.

—¡No faltaba más!

—Así dicen todas; y, sin embargo, ¿cuál es la mujer que lo ha rechazado a Inocencio Quipildor?

—¿Y en qué clase de mujeres anda siempre metido Inocencio?

—Y a propósito, ¿saben ustedes —informa don Edmundo Cerrero— que Inocencio ha llegado anoche de Los Cantizales?

—¿Pero no estaba en la Cordillera? —pregunto con interés.

—Sí. Pero uno de los chinchilleros que llevaba, dicen que de miedo de él, se le ha vuelto de la Cordillera, ha seguido por la falda hacia el sur, ha doblado el Cerro Largo, ha tomado para el norte... todo inútil.

—Y le llevaba robada una de las mejores mulas a Inocencio —cuenta Crisóstomo— el tuerto Varela, ese asesino que ya debía dos muertes.

—Y cuando Inocencio se ha dado cuenta del robo, lo ha seguido al peón al rastro... Y a los cuatro días lo ha alcanzado en Los Cantizales. Y lo ha degollado.

—¡Dios mío! —dice Sofía Cerrero— ¡al tuerto Varela! ¿Cuándo lo ha sabido, papá?

—Hace un rato.

—¿Pero cómo lo ha degollado? ¿Han peleado?

—Es decir —explica Crisóstomo— hubo de haber peleado. Cuando el Tuerto se dejó alcanzar y reconoció a Inocencio, ya sabía lo que debía pasarle. Se desmontó y lo esperó.

—¿Y por qué no huía?

—Porque ya estaba a tiro de winchester. Él sabía que a Quipildor no le fallaba esa arma.

—¿Y él no tenía arma de fuego?

—Sí; pero era inútil. Inocencio tira en un segundo; pone la bala donde quiere. No hay duda de que lo mejor era esperarlo. El tuerto Varela no es ningún niño y conoce los hombres.

—¿Y?

—Llegó Quipildor. Se bajó. Se le fue encima sin decirle palabra. Cuando el Tuerto echó mano al cuchillo, pues a esa corta distancia el arma de fuego le era inútil para habérselas con Inocencio, éste lo saltó y lo tomó del puño. Lo atrajo hacia sí, lo dio vuelta, le tomó el otro brazo y, con las riendas del mismo Tuerto, lo ató por los puños. Lo derribó, lo maneó y lo degolló. Recuperó su mula y anoche ha llegado. Cierto es. Él me lo ha contado así. Y no dudo que ha de ser exacto. Lo mismo le ha dicho al comisario que pasaba por La Ramadita.

—¿Y la policía?

—Ha ido a traerlo.

—¿A traerlo del barrio de La Ramadita a la comisaría?

—No, doctor. Ha ido a tomar... al muerto, a traerlo de Los Cantizales.

—¿Y Quipildor?

—Ahí está en su casa, muy tranquilo.

—¿Y qué hace ese comisario?

—Vea, doctor, tomar preso a Inocencio... sólo muerto. Y matarlo es difícil. Él tiene jurado que nunca entrará más en la cárcel.

—¿Ya estuvo en ella?

—Dos días estuvo preso, en Antofagasta.

—¿Y por qué le dieron soltura?

—Porque hasta entonces no había hecho nada. Nada más que cazar chinchillas en la Cordillera.

—Y fue la policía, doctor, la que lo instó a cometer la primera muerte —me informó don Edmundo.

—¿Cómo fue eso?

—Había un bandido terrible, también cazador de chinchillas, asesino declarado, al que no se animaba a apresar la policía de Antofagasta. Se llamaba Pedro Churquil. Cuando cayó preso Inocencio, el comisario, después de dos días, le dijo: "Si te comprometís a traerme a Churquil, te largo". "Bueno", contestó Inocencio, riéndose. Y lo largaron. Y se fue a buscar a Pedro Churquil. Él conocía su guarida, en la Cordillera. Llega allá y pregunta a la mujer de Churquil por éste. "Ha ido a traer unos cueritos —contesta— ya va a volver". Vuelve a poco Churquil, deja los cueros y entra donde está Inocencio. "¿Qué tal, amigo?" le dice Quipildor, alegremente. "¿Qué se le anda ofreciendo, señor?", le contesta Churquil. "He venido a llevarte preso, hermano", le responde a su vez. Los dos sacaron el puñal al mismo tiempo. Cuando Churquil le largó un hachazo a la cabeza, Inocencio le entró mucho, le levantó el brazo armado, medio de abajo, descubriéndole así el pecho, y le enterró el puñal en el corazón. Al minuto estaba muerto.

A la mujer la ató (y algunos dicen algo más, aunque yo no lo creo), echó por delante el cadáver y se fue a la policía de Antofagasta. "Aquí está Churquil", le dijo al comisario. Entró a caballo. Tiró el cadáver del bandido desde el caballo al piso del patio de la comisaría, y se volvió, despacito, silbando, para la Cordillera.

Así narró don Edmundo Cerrero cómo fue la primera muerte cometida por Inocencio Quipildor.

Nada replicó su amigo Crisóstomo Vargas, por lo que deduje que todo aquello debía de ser cierto.

No puedo negar que la narración sencilla y terrible me impresionó profundamente.

Lo mismo debió ocurrirles a los demás, hombres y mujeres.

La conversación decayó.

Sirvieron los postres y pasamos a la sala, donde las dos chicas Cerrero ejecutaron al piano valses y tangos,

música esta última que se difundía ya en la campiña del norte argentino.

Yo me senté al lado de Alcira Figueredo, en un diván.

Ambos estábamos pensativos. No se apartaba de mi imaginación el tuerto Varela, que estaría maneado con sus propias riendas, desangrado, cara al cielo, rodeado por la inmensa soledad, como un hecho terrible, irreversible, frente a frente de todas las teorías y de todos los sueños. O quizás —y era lo más probable— se lo habrían comido ya los rapaces.

—¿Qué le parece el tango? —me dijo Alcira.

—Tiene sus inconvenientes, pero es una significativa danza —le contesté.

Se me presentó a mi pesar, a la imaginación, la figura de Pedro Churquil, muerto, desangrado, color de cera, cruzado sobre la montura, formando una cruz extravagante, grotesca, con el caballo que lo conducía...

Sofía Cerrero tocaba un tango con cabal expresión de esa música sensual, profunda, realista.

Y Rufino Cuello bailó con Laura pausadamente, mudos los dos, muy próximos. Sus alientos se confundían; sus almas se enlazaban, como sus cuerpos.

Eran un solo deseo, una sola alma, el alma hombre-mujer, cuyo dolor florece en el mundo; eran un beso que los labios, sin embargo, no se daban.

Era el amor, el ensueño, el perfume de la flor de la vida... a pesar de la sugestión del tango.

Se borraron de mi mundo interior las imágenes de los dos cadáveres, de la sangre extravasada, de la cruz grotesca...

El ensueño revoló como una mariposa en los campos de mi alma.

—¿Está triste, Quinteros? —sentí la voz de Alcira.

—Triste, ¿por qué?

—Por lo menos, su pensamiento vuela muy lejos de aquí.

—Observaba, precisamente, la danza.

—Es algo triste el tango, ¿no es cierto?

—Es triste porque es profundo.

—Tiene usted respuestas inesperadas. ¿Y sabe? A

usted lo imagino también así; perdóneme: algo triste, soñador, profundo.

—¿Y a usted le gusta el tango? —dije para cambiar de conversación.

—Sí; pero creo que me gusta más el valse... Cuán diferentes son, ¿no es verdad?

—Mucho.

—¿Sabe? ¿Me quiere hacer el gusto en una cosa?

—Y en más de una.

—Usted explica muy bien. ¡Cuán ciertas han sido sus palabras sobre el amor! Yo siento esa verdad. Ha tocado usted el corazón de la vida.

—Y ahora, ¿quiere usted que toque el corazón del tango?

—Y del valse.

—¡Tanto tocar corazones!... El corazón de una mujer es lo que yo debía de rozar con mi palabra, fecundar con mi afecto y con mi vida.

—Depende de usted solo. Pero explique, ahora; ya tendrá tiempo para lo demás. ¿Cómo interpreta el tango y el valse?

¿Me ha tomado usted por pedante o por disertador de oficio?

—¡Jesús!, doctor, disculpe.

—No, de nada. Pero, ¿cómo voy a explicar lo que no entiendo? ¿No será mejor que entre los dos lo expliquemos? ¿Qué dice usted del tango?

—Sé que es triste; pero hay algo, quizás mucho, de verdad en él. No termino de comprenderlo. ¿Qué cosa expresa el tango? ¿Cómo lo interpreta usted?

—El tango, a mi modo de ver, despojándolo de la parte localista, de suburbio, que contiene, expresa y llora el drama del amor y su fatalidad. Llora, más bien, la absorción del amor por la materia, por la carne...

—Por eso debía de ver yo en el tango algo que se abisma. ¿Y el valse?

—El valse es la ilusión de la vida y la ilusión del amor. El valse es idealista y el tango es realista. El uno es el ensueño feliz, que vuela, fugaz y vertiginoso. El otro es el sueño caído, que aletea herido de muerte, en la materia, y mancha de polvo de la tierra su plumaje.

Por eso el ritmo del valse es ligero, alado, girante. El valse sube en espiras al cielo. Desconoce el rigor y la verdad de la fuerza centrípeta de la materia. Es el ensueño puro.

—¿Y el tango?

—Llora el ensueño caído. En él el ritmo es lento. Ondula hacia el abismo. Cae al corazón de la tierra. En él he visto muchas veces el color de la sangre. Destila sangre del corazón. En cambio el valse es de color de cielo.

—Pero ahora me parece distinguir algo de semejanza en ellos.

—Es porque los dos tienen su realidad. También había dicho, a la mesa, que el engaño es una realidad. Los ideales no deben realizarse. Como engaños, son reales. Y tienen su fuerza, y ejercen su función en la vida. El valse encierra el perfume de "poco cuerpo" de la flor. El tango, el olor sustancioso de la fruta.

—Pero no percibo bien la semejanza.

—Antes que semejanza ello es una continuidad. En términos matemáticos le diría que el valse es al tango como la flor a la fruta.

—Tienen, pues, algo de común.

—¡La vida! El tango muestra, dolorido, lo que con velos ilusorios ocultó el valse.

—Por eso el valse es feliz; pero no completamente...

—¿No ha sentido entre nota y nota del valse (como quien dice entre líneas), cierto zumo sutil de melancolía?

—Es algo que pocas veces se percibe.

—Justamente. Las pocas veces que profundizamos. El valse lleva el vértigo del que va a caer...

—Sí; es cierto... ¡Cuán cierto es todo lo que ha dicho! Usted debe de bailar muy bien. Mejor dicho, usted "debería" bailar muy bien.

—Baile, doctor —dice Sofía Cerrero.

Pero yo no sé bailar.

Crisóstomo invita a bailar a Alcira.

Asomo afuera un momento. El sol se inclina ya bastante al occidente.

Sopla un viento del sur, como casi todos los días, que levanta polvo en el callejón.

Yo estoy algo pensativo. Deseo encontrarme solo. Entro. Manifiesto a Cerrero la necesidad de retirarme. Debo terminar, le digo, unos apuntes.

Él manda, en consecuencia, traer mi caballo.

Me despido. Agradezco la reunión.

Los jóvenes quieren acompañarme, pero resisto a todo trance el dejarme acompañar.

Salgo. Monto a caballo, y parto.

Voy despacio, a pesar del viento y del sol.

He pasado un día magnífico; es cierto. Pero, sus surcos hondos: el cruce de la acequia, la riña, el diálogo sobre el amor, las muertes relatadas por Cerrero, me parecen lejanos ya...

Sólo conservo en el alma, como una cosa cercana, un ritmo de tango...

IV

IDILIO

Corría aún, como un río de sosegadas aguas, el mes de enero.

Más era un mes placentero que activo.

La recolección de la semilla de alfalfa había terminado completamente en la primera decena del mismo.

Casi toda ella fue exportada a Chile, a lomo de mula; parte, a Córdoba; y el resto, vendida al comercio de la localidad por los pequeños propietarios, se exportó también, al sur del país.

A uno y otro lado de los callejones, detrás de los cercos de rama viva o de alambre, se veían las columnas erguidas de las chacras levantarse vigorosamente, tintas de un verde denso, de hoja caída en elegante arcada.

Parecían madres vegetales. El sol, esposo de cada una de ellas, las rigoreaba, tiránico; pero ellas defendían con innumerables hojas la columna erguida en que sustentaban como a niño blanco y rubio envuelto en verdes pañales, el choclo de húmedas guedejas.

Mocitas promisorias ya de amor, de doce a trece años, se internaban en los cercados con una cesta al brazo desnudo, abrían la vestidura verde de los choclos con dedos inquietos, y los arrancaban del tallo, que gemía y crujía, como a niños del regazo materno.

¡Qué dulce me era la vida!

Ver pasar las mozas con *tipas* rebosantes de semilla de alfalfa (de que aún quedaban porciones mínimas), a la cabeza, para venderlas por kilogramos en los negocios; oír coplas indecisas por la distancia cantadas sin acompañamiento de música por transeúntes alegres; escuchar los ecos lejanos del trabajo que llegaban desde

una que otra trilla rezagada en el tiempo, y donde trotaban incesantemente las mulas dóciles, para ganarse, las pobres, la gracia de Dios industrializada en las plantitas negociables por el hombre, que ingerían; oír los gritos prolongados de los zagales que acuciaban la sarta de bestias; ver, como un eco de la visión, el polvo sutil que se levantaba en el centro mismo del laboreo de las tierras; recibir en la onda acústica de una atmósfera simple y cordial un parloteo de calandrias, el silbo albo y triple de los zorzales, un mugido vago como desahogo de la extensión abierta, o el arpegio de dos guitarras cuyas notas imaginaba siempre abrazadas y en danza en el ambiente propicio; todo eso cobraba en mi alma un redoblado encanto, acrecentado más aún porque, al morir la tarde, una onda de melancolía ensoñadora y estética estilizaba las cosas, poetizando la región y la vida que se remansaba en ella.

Todos los días, a eso de las nueve de la noche, los aires mansos y perfumados con hierbas esenciales se poblaban de coplas nativas y de sones de guitarras. Éstos parecían brotar del mismo ambiente, cual si el aire fuese de por sí un músico nativista.

Los sábados a la noche, especialmente, no bien se caminaban tres o cuatro cuadras en cualquier dirección, desde el centro de la villa, comenzábase a percibir rumores de zapateo, resonancia fantástica de bordonas y ecos prolongados de cantos.

Un día sábado, después de la hora del mate y de la conversación cotidiana con doña Petrona y Alicia, monté en el caballo que me prestara mi amigo Justo Pedraza, y fuime bajo el solazo, a andar solo, como casi siempre.

Me agradaba el sudor que, lentamente, afluía de mis poros. Me imaginaba, así, más fuerte de lo que era. (No sé por qué, el sudor no muy copioso, bajo el sol, me ha dado siempre sensación de fuerza y de salud.)

Me creía tan fuerte como cualquiera de los mozos de Fiambalá, amigos míos, como uno de los Vargas, o como Rufino Cuello.

Anduve por toda la población. En parte iba al *mar-*

chao [1] de mi caballo, bajo el fuego astral. A veces galopaba.

Acostumbrado a percibir el color de las cosas, imaginaba que el sol no sólo me tostaba la piel, sino que también me doraba el alma, vigorizándola para la lucha de la vida y para afrontar "mi destino".

Recorrí toda la villa. Comprendí, palpé una vez más cuán próspera era. Sin duda, Fiambalá era población propicia para formar fortuna.

"Bastará el ferrocarril a Chile, pensaba, que tendrá que hacerse por la facilidad y la relativa baratura de su construcción, para que muchos propietarios que ahora apenas viven en un «regular pasar», se conviertan en hombres ricos."

Pensaba en lo conveniente que era comprar unas hectáreas de tierra de regadío, para cubrirlas con viñedos.

Entonces recordé haber dicho a doña Petrona que de buen grado me quedaría "toda la vida" en Fiambalá.

Me imaginé afincado allí, cosa no difícil dado la baratura del terreno y las ocasiones de comprar que casi a diario se presentaban.

El hecho es que al regresar a casa, a la oración, después de andar mucho, me sorprendí imaginándome vecino de Fiambalá, afincado allí, y pasando una vida apacible, dulcificada por el aliento agrícola, húmedo y suave, de una tierra removida con cariño y nobles esperanzas.

Y "vi" que mis fincados eran prósperos y mi casa sencilla, amplia, de enormes galerías, cómoda, y capaz de dar asiento a una firme y hospitalaria paz solariega.

Y ella, la infaltable, la imprescindible Ella, Alicia Cativa, pues, era la que dirigía y ordenaba las cosas en la casa con complacencia de su dueño y señor...

Detuve un instante el andar lento de mi caballo, sorprendido por la visión de mi hogar con Alicia. Lo había "visto", sí.

Sonreí con débil ironía, di soltura a las riendas de mi caballo, galopé entre las primeras sombras, y topé

[1] *Marchao* significa un andar suave de la cabalgadura, más veloz que el paso común.

con el sombrero las semillas de un arbusto que, arracimadas, pendían de los gajos.

Cayeron las semillas, y un vuelo sutil de vilanos que sentí en el rostro y en las fosas nasales, se extendió por el aire. "Es la respuesta de la tierra", me dije, ya completamente serio. "Me indica que multiplicará mis sementeras y que serán fecundos los pensamientos de mi frente."

Largué el azote con que estimulaba suavemente el caballo, me llevé la mano al rostro y pude percibir los vilanos entre los dedos.

Aunque casi impalpables, los reconocí al tacto; los acaricié, sí... Y acaricié en ellos con suma suavidad, con verdadera exquisitez y con pureza infantil, la tierra generosa que devolvía la salud a mi organismo vencido por los males, y que entre el rigor de la lucha y la racha de la desesperanza, me otorgaba una visión feliz y el último de mis sueños...

¿Sueño, acaso? ¿Pero no era yo, según yo mismo me había definido, "el hombre que no soñaba?"

"No, pensé, no es un sueño; los sueños ya pasaron. Es, por el contrario, la realidad buscada."

"¡Justamente —afirmé con entusiasmo dentro de mí mismo— es la realidad, la madurez de mi vida! Es la vida que, abonada por la alegría y el sosiego, al fin da su fruto."

Por algo, cuando volvía de lo de Cerrero, me parecieron lejanos los hechos que acababan de ocurrir. Porque ellos no formaban parte de mi realidad. Porque yo quedaba flotando en un ambiente irreal, como un fantasma. Y esos hechos se me presentaron como despegados de mi persona.

Había descubierto así la clave de ese vacío que solía suceder a mis horas de, al parecer, mayor plenitud.

Respiraba con felicidad un ambiente olor de salmo bíblico, de Cantar de Cantares, de labor agrícola, de verso bucólico.

Me afirmaba, sin duda, en la vida.

De repente apuré el caballo; y, pensando en mi descubrimiento, seguí al galope, sonriente, directamente a casa, cubierto ya por el infinito anochecido.

Interrumpieron esas felices imágenes unos perreznos que, súbitos, salieron de un rancho y, con gran algarada, me ladraron... Llegué a hora de cenar.

No pasarían tres cuartos de hora, después de cenar, cuando me acosté.

Apagué la luz.

Como las palomas de un palomar, cuando les llega la hora de recogerse, aletean, van de una a otra casilla, inquietas, entran aquí, salen, se introducen allá, entre una confusión de alas, reclamos y rumores; así revolaban los recuerdos de mi vida en Fiambalá, alrededor de mi cabeza.

Detalle por detalle de mi vida en la aldea se me presentaron a la memoria. Y los más insignificantes se magnificaban, cobraban relieve, súbita importancia. Hasta dichos ligeros y pasavolantes sin significación alguna, que creía para siempre olvidados, revivían en mi mente.

Mi imaginación estaba excitada. Y comprendí que me iba a ser difícil conciliar el sueño.

Entonces recordé que desde la adolescencia, en plena salud, solía ocurrirme pasar alguna noche insomne.

Resolví levantarme, y me vestí de nuevo. Anduve unos pasos en la pieza.

Me sentía algo debilitado, medio desjarretado por las visiones y el ensueño.

Me contemplaba a mí mismo en el centro de la soledad y del silencio nocturno, semirreal, semifantasma.

Comprendí que el aire de la noche me sentaría. Puse el revólver en el cinto; y salí.

Era ya tarde, muy tarde. Toda la villa dormía. No se veía ninguna luz.

La noche, sin luna, no estaba muy oscura.

Desde arriba, salpicaban la sombra con caprichos de luz, las estrellas, pueriles, juguetonas.

Se me ocurrió que los árboles también estaban soñolientos, cuando no dormidos y con las ramas y la copa cuajadas con las visiones del sueño, como frutos pendientes.

Como el humo de los candiles apenas apagados sube en espiras y borrajea los aires, imaginaba que las almas

dormidas humeaban también en el ambiente profundamente solo, y que ese "humo" psíquico, ese sueño del espíritu "apagado", se disociaba en visiones e imágenes distintas que poblaban los aires, los árboles, los caminos.

No andaba, pues, en la soledad, sino que me codeaba con las visiones de los durmientes, con los fantasmas cuajados, cual en Las Mil y Una Noches, entre la humareda de las almas apagadas por el apagavelas del sueño.

La caminata y la frescura roral de la noche me equilibraron completamente, tranquilizando el palomar interno.

Me placía distinguir, apenas, los racimos de enorme grano, pendientes de las viñas como las manos de los dormidos que cuelgan fuera de la cama, en el vacío, inertes.

Imaginé inmediatamente los granos en agraz, pero en apresurado enveramiento, como deseosos de madurar.

Y anduve, anduve, con el alma curada por el aliento bienhechor de la noche.

De repente, sentí a mi vera un arrufar amenazante, que no pasó de eso, e imaginé también las mandíbulas recogidas, hinchadas, de los perros, y su fiero mostrar de caninos que irrita el sistema nervioso.

El viento, que sudoesteaba, me trajo un bordonear de guitarra, ecos de taconeos, acentos prolongados de cantos. Y en aquella dirección, curioso, dirigí mis pasos.

Pronto distinguí una mancha de claridad que, como proyección luminosa de cinematógrafo, destacó varias imágenes en el lienzo de la noche.

Avancé y, al cruzar por la luz que atravesaba el callejón, distinguí adentro de un rancho, sentado, a Crisóstomo Vargas, cuyo brazo derecho rodeaba la cintura de una muchacha sonriente, no mal parecida.

Sorprendido, me detuve. Él me reconoció, me llamó, caminó hacia mí trazando algunas eses con las piernas y me tomó afectuosamente del brazo.

—Vamos, doctorcito —me dijo—, entre, entre.

Y yo entré pensando no obstante que había azarado mi paseo.

Una vez adentro, experimenté una nueva sorpresa. Vi a Inocencio Quipildor, sentado también al lado de

otra muchacha de grandes ojos, simpática, de mucha venustidad, con cierto aire de soñadora o pensativa. No estaba, como la otra, ridículamente emperejilada.

Saludé.

La madre de las muchachas, sentada en un rincón de la pieza, afirmaba la espalda en las dos paredes de adobe, donde ambas se unían formando ángulo, y dormitaba, bastante ebria.

Dos buenas palmadas de Crisóstomo la recordaron, y le fui presentado juntamente con las muchachas que, según manifestaron, me conocían ya de vista.

—El doctor Quinteros —dijo Crisóstomo, queriendo dar, en vano, alguna solemnidad a la voz.

—Doña Presentación.

La señorita Asunción.

La señorita Concepción.

Me parecieron bastante ridículos el conjunto de nombres y la escena.

—El padre de estas niñas debió de haber sido poeta —le dije a Crisóstomo, con súbita humorada.

—¿Por qué, doctor?

—Porque una vez en su poder la bella rima de doña Presentación, supo fabricar las encantadoras consonantes de Concepción y Asunción, y componer, así, un excelente terceto mono-rimo.

—No, señor; y disculpe.

—¿Cómo, "no señor"?

—¡No señor, pues!

—¿Y por qué?

—Porque a las consonantes las hizo primero, y sólo entonces tuvo la rima en su poder, cuando se casó.

—De todos modos, amigo —le dije en tono conciliatorio— el orden de los factores no altera el producto.

—Eso es. Y este producto es mío por ahora —añadió, señalando a Concepción.

—Y sin duda —le dije con malicia— usted le ha buscado ya a la muchacha nuevas rimas terminadas en *on*.

—Ya tengo casi agotado... el diccionario de la rima... pero los versos no salen.

—No está mal así, amigo, porque en el grado de ale-

gría en que usted se encuentra, los versos suelen salir... decadentes.

Sin duda, no le agradó mucho a Crisóstomo lo del "grado de alegría", porque se puso serio y cambió de conversación.

Y mientras le hablaba al oído a Concepción, entablé un diálogo, que me interesaba, con el famoso compañero de Crisóstomo.

Por indicación de Crisóstomo, los músicos se fueron, soñolientos, con sus guitarras ebrias.

Estaba Quipildor vestido de altas botas, bombachas que le sentaban a maravilla, y un saco de brin de inmejorable calidad.

Llevaba una camisa tipo "sport" de color crema, de amplio y abierto cuello que le descubría toda la garganta, tostada y robusta, y la parte superior del pecho. quemado por el sol y el aire rarefacto de la montaña.

Los miembros membrudos consonaban con la tranquila y a la vez vigorosa expresión de sus ojos verdeclaros, que alumbraban un rostro quijarudo y musculoso.

—Ya ve, doctor —me dijo— cómo me persigue la policía.

—Caramba, amigo —le contesté— parece que no lo persigue a usted mucho. Hace varios días, ha muerto usted un hombre.

—Y el comisario ha pedido refuerzo inmediatamente a la central, para tomarme, vivo o muerto.

—Pero no deben de haber llegado aún esos refuerzos, pues sólo he visto al comisario y al agente.

—Sin embargo, yo sé que anoche han llegado un sargento y dos agentes. Están ocultos en la comisaría.

—Sí, che, contale no más al doctor, que es hombre bueno, lo que le has mandado decir al comisario —dijo Crisóstomo.

—Ah, sí...

—Le ha mandado decir que sabe que está con refuerzos y que lo esperaba en la casa hasta las doce de la noche, de esta misma noche. Y las doce han pasado, y no han ido. Contale al doctor, che, contale.

—Pero ahora mismo, doctor, a las dos de la mañana,

me voy para la Cordillera. Tengo todo preparado. Sospecho que al amanecer han de ir a asaltar mi casa, en La Ramadita; pero yo les llevaré ya dos horas de camino, en buenas mulas. Y en el campo, en la Cordillera, ya es otra cosa... Ésa es mi vida, doctor.

—Es lamentable, amigo.

—Andar, andar. Pasar y repasar la Cordillera. Comerciar. Observar siempre si hay peligro, en el campo, detrás de las peñas, entre las nieves, en la propia casa de uno, de esa mujer que dejo allá, en La Ramadita.

—Ah, ¿es casado, usted?

—No, señor...

—Pero así, como si fuese no más... —dijo Crisóstomo.

—Y todo, ¿sabe?, porque uno caza unas chinchillas y vende los cueros. ¿Por qué han de prohibir cazarlas? ¿No ha sido esa gran montaña creada por Dios, para que en ella anden con libertad los hombres?

—Pero conviene, amigo, contemporizar todo lo posible...

—Yo ya tengo mi suerte tirada, doctor.

—¿Y desde cuándo comercia usted con cueros de chinchilla?

—Como a los treinta años empecé. Antes, ayudaba a mi padre, un hombre bueno, señor, muy manso, a cultivar los cercados. Pero yo era un muchacho muy fuerte que deseaba *rodar tierras*. Así como a los dieciocho años, comencé a recorrer las estancias comerciando con tabaco, yerba, harina, trigo y otros artículos que cambiaba por ganado y por cueros.

—¿Y viajó usted también a Chile?

—Sí, doctor; desde muy joven. Llevaba mi ganadito, y lo vendía. Y después, como era buen tirador y muy resistente para el frío, comencé a cazar chinchillas y vicuñas entre las rocas y las nieves.

—Y eso...

—Me trajo la desgracia. El destino, doctor. Me tuve que empezar a defender...

—Y tuvo usted que matar.

—Y me dicen asesino, como si yo, alguna vez, hubiese muerto a nadie a traición. Pelear de frente,

eso sí, doctor. Y ha sido mi desgracia, que cada vez que he peleado, he matado. Otros tiran a matar, y solamente hieren. Yo nunca he tomado mi cuchillo delante de un hombre, en pelea, sin matarlo. Nunca he desfundado mi revólver, nunca he levantado mi winchester, sin matar...

—Y...

—Yo sé que hay que ser bueno. Yo sé que hay que saber algo, que hay que estudiar, como usted, doctor. Yo no he tenido mala cabeza. He terminado toda la escuela primaria, he leído algo después, he comerciado, he tratado con personas respetables, como usted, y conozco el mundo como pocos...

—¿Y no podría?...

—Sólo yéndome a Chile, a vivir. Allá paso temporadas y nadie me persigue. Allá jamás he pegado a nadie. Pero yo amo esta tierra. Y no dejo de amar también esta vida de peligros, doctor. Soy fuerte, y nada temo.

—Pero esa vida...

—¿Qué le va a hacer uno? ¿Ha de ver usted una chinchilla, sin cazarla? ¿No es libre la soledad de la naturaleza para el hombre, mientras no se falte a nadie? Y ahí está, pues. Uno caza una chinchilla, y lo persigue la policía como si fuese un bandido. Y uno ya no es bueno. Si no es bueno, es malo ya. Si ya es uno un mal hombre, ¿por qué no ha de hacer su comercio? Y si a uno le faltan, ¿no está en su derecho haciéndose respetar?

—Ésa es la cuestión, amigo: hay distintos modos de hacerse respetar.

—Para un hombre como yo, sólo hay una manera: matando.

—¿Pero no recuerda usted de la policía, de los jueces?

—¡La autoridad! Es que usted no sabe, doctor; no conoce esta vida. ¿No sabe usted que la misma autoridad encargada de perseguir al cazador, manda cazadores por bajo el poncho a la Cordillera? ¿No sabe usted que el gobernador de Los Andes es un gran negociante de cueros? La caza de la chinchilla está

prohibida para nosotros, los criollos sin mando. Pero los que somos hombres, no nos dejamos burlar. Yo acepto la vida que se me ha presentado, como hombre; y soy libre; y si hay que matar para ser libre y hacer respetar los derechos que a uno le ha dado Dios, mato. Es claro que yo deseo ser bueno. Pero si para ser bueno hay que dejar de ser hombre, prefiero ser malo. Y es claro que hay que estudiar, que hay que saber... ¿Pero cómo saber nada con esta vida?

—Así es, por desgracia, amigo.

—Y yo, al fin, no sé más que matar, comerciar y defenderme. Pero sé muy bien que hay que ser bueno. Sí; hay que ser bueno... Hay que ser bueno...

Eran las dos de la madrugada.

Inocencio Quipildor, medio mareado aún por el alcohol ingerido, se fue.

Antes de irse me llamó aparte, y me dijo: "disculpe, doctor, la confianza. Ahí queda la Asunción; aprovéchela no más; no es mala".

Se había puesto el sombrero muy atraás, de modo que un pegujón rubio, retorcido, le caía sobre la frente, dando a su hermoso rostro una expresión varonil de ingente fuerza.

Quedamos con Crisóstomo Vargas.

—Todavía no le he preguntado, doctor, de cómo ha caído por aquí.

—Está la noche hermosa. Da ganas de pasear. Además, no he podido conciliar el sueño.

—¡Qué casual encuentro! ¿Cuál de las dos chicas le gusta más?

—Las dos son bien parecidas...

—No; diga. Diga cuál le gusta más, con confianza.

—Pues bien, amigo, me gusta más Asunción.

—Ya sabís, Asunción, ¿eh?

—¿Y qué quiere que sepa, pues?

—Eso mismo; eso. Lo mismo que con Inocencio, ¿eh?

—¿Y si se enoja Inocencio, y me mata?

—Andá no más; yo soy responsable.

—Además, Quipildor me ha dicho...

—¿Qué le ha dicho, doutor? ¿Cuando lo llamó solo le ha dicho?...

—Sí...

—¿Y qué le ha dicho?

—Eso, hombre, eso, ¡qué embromar! —insiste Crisóstomo.

—Me ha dicho que la aproveche, no más...

—¡Ah!... Eso ya es otra cosa.

—¡La misma cosa, te digo! —remarca de nuevo Crisóstomo—. Eso, eso mismo, pues.

—Bueno, hombre; si ya sé...

—¡Claro que lo sabías, desde el principio! Vení aquí, Concepción, —le dijo, levantándose y llevándola a otra pieza. Y ya en la puerta, mirándome con sagacidad:— la vieja está dormida; hagalé no más un versito, a la Asunción; pero no creo que será terceto...

—Ni siquiera verso pareado, amigo...

Lo dije por seguir la broma, nada más; pero Asunción había tomado a lo serio el permiso de Inocencio. Aproximó su silla a la mía, me echó el brazo a la espalda, y sentí en mi cara su cálido aliento, un poco vinoso...

Cuando volvió Crisóstomo con Concepción, tanto él como yo, estábamos sin entusiasmo, aburridos, con deseos de salir del rancho...

—Vamos, doctor. Ya nos hemos desocupado; vamos —me invitó Crisóstomo, oportunamente.

Nos despedimos de las muchachas.

Crisóstomo despertó con buenas palmadas a doña Presentación.

—¡Despídase del doctor, señora!

Ella abrió los ojos congestionados.

Nos despedimos también de la señora.

—Vea, doña Presentación —añadió, saliendo, Crisóstomo —dice el doctor que su marido fue un gran poeta. Y a usted le gustaban los versos, ¿no? Y a las niñas... ¡caramba, si les gusta!

Caminábamos por el callejón. Crisóstomo describía aún una que otra ese con las piernas. Sin embargo, su cerebro estaba fuerte. Sólo le noté locuacidad, como a

Quipildor, desaliño en el hablar y un exagerado afecto por aquél y por mí. Después de expresiones extremadamente amistosas, dice:

—Ya ve, doctor, que no es malo dar un paseo, de noche, porque a veces uno encuentra tal vez lo que anda necesitando...

—Así es, amigo; pero a veces también uno encuentra algo más de lo que necesita...

—No hay cuidado de eso, por ahora... Vuelva no más allá, cuando quiera. Yo la voy a hablar a doña Presentación para que no la deje trajinar a la chica.

—Y usted, ¿sale siempre de noche?

—Cuando está Inocencio salimos casi todas las noches. Cuando no, a veces. Aquí no es como en Buenos Aires o como en Córdoba. No hay más que hacer, doctor, no hay más. Y al fin y al cabo, es lindo. ¿Por qué ha de pasar uno la vida sin diversiones?

—Hay tantas maneras de divertirse, amigo...

—Bueno; a mí me gusta lo que me gusta, a mí.

—Siempre que uno no destruya la salud...

—La salud es muy caprichosa, doctor. Y, además, ¿no se destruye la vida con sólo vivir? ¿No mueren hasta las plantas, que sólo toman agua y respiran todo el día y toda la noche un aire puro?

—Si se ha de vivir únicamente por vivir, le encuentro bastante razón...

—¿Y para qué más se vive sino para vivir? ¿O han nacido los hombres para adorar a Dios o para preparar el alma para la otra vida?

—Hay quienes piensan en eso, aunque no con tanta exageración.

—¿Pero por qué no nos puso Dios derecho en esa otra vida, en vez de prepararnos en ésta?

—Y hay quienes viven para la ciencia, para el arte, para el progreso de la industria, para inventar máquinas y comodidades... Si todos viviesen para vivir, nada más, ¿tendríamos luz eléctrica, ferrocarriles, grandes palacios, barcos, ciencias, música de Wagner, Ilíadas y Quijotes?

—Pero los que realizan todas esas cosas excelentes,

divinas si usted quiere, viven también para vivir, porque eso es para ellos la vida.

—Y bien. Quiere decir que hay distintas maneras de vivir. Unos viven para el progreso de la humanidad y han inventado, por ejemplo, el barco de vapor, el ferrocarril, la nave aérea...

—Para mí valen más, doctor, el que inventó el vino y el que inventó el beso, o mejor, el que inventó ambas cosas, pues debió ser uno solo...

—Pero supongo que usted ha de creer en la ciencia, en el progreso de la humanidad, en fin.

—A fuerza de oírlo... me parece que creo. En cambio, creo completamente en el vino, en el amor, en la alegría, en la amistad.

—Así como los pájaros creen en el aire, en la luz y en el canto; ¿no es eso, don Crisóstomo?

—Así como nosotros —dijo con actitud y voz recoletas, tocándose el pecho— así como *nosotros*, los pecadores, creemos en Asunción y en Concepción... Hasta —agregó cambiando de tono— hasta que se acaben la energía y la vida. ¡Y es eso todo, amigo Quinteros!

—¿Y el profundo sentido de la vida?... ¿Y su belleza? ¿No debemos cifrar esperanzas en ello?

—Qué podemos esperar de la vida, don Ventura, si hasta el amor es una cosa sucia.

Nos despedimos con mucho afecto, ambos.

Yo simpatizaba con ese hombre alegre, dicharachero, inteligente y profundamente escéptico.

Entré por la puerta callera [1] de mi habitación.

Me encontraba completamente equilibrado y tranquilo. Un canto de gallo en la noche inmensa ahondó la paz de mi alma.

Me acosté y al instante me dormí profundamente.

. . . . . .

* * *

1 Como escribo para mí solo he inventado este neologismo. En vez de decir "puerta que da a la calle", digo "puerta callera"; y conste que no es lo mismo una simple "puerta callera" que una "puerta de calle". Ésta es la puerta principal de entrada en la casa, a la cual llama el visitante.

. . . . . .

Decíanme todos, tiempo hacía, que fuese a las termas fiambalenses, donde, me aseguraban, terminaría de sanar.

En vano yo les argumentaba que los baños termales de Fiambalá, cuya agua también era necesario beber, tenían que resultar nocivos para un enfermo de hiperclorhidria por la gran cantidad de azufre que contenían esas aguas, como también de arsénico.

Para el reumatismo, las enfermedades de la piel (por lo menos para algunas) y la sífilis, son, sin duda, excelentes; tal vez irreemplazables.

Pero, según los tinogasteños, los tales baños son una verdadera panacea.

El hecho es que me convencieron de que debía probarlos, por lo menos, durante cuatro o cinco días.

Los baños de Fiambalá están situados en plena montaña rocosa, en una quebrada de gran declive, que desemboca en los arenales cuajados de cantos del valle fiambalense.

Hay que recorrer de dos a dos leguas y media a montura de mula o de caballo, hacia el sudoeste de la población, para llegar a ellos.

Desde la villa aparece, por cierto, la ingente masa de rocas donde los baños están situados.

Corta áspera, agestada, el horizonte.

Bajo el sol de mediodía los roquedos aparecen grisáceos, confusos de resoles como ecos de la luz difundidos en toda dirección, locos.

Pero cuando el astro los soslaya semioculto ya en el laberinto de cadenas del poniente, el ingente roquedo de las termas fiambalenses se consolida en masa compacta de cobre que reposa con gran pesantez en la tierra.

Entonces toda la sierra es una concreción metálica con una hoguera por dentro.

Escalonada, marcada en secciones por el cataclismo geológico, se tiende de sur a norte, espinal, empedernida, solitaria, sin el tierno engaño de la vegetación, sin la mentira gárrula del pájaro, sin la gran sombra del vuelo del cóndor. Es sola y desolada.

Ella es la verdad desnuda, sin ornamento y consolación, la verdad de la piedra.

Tiene, pues, un corazón roquero.

Dispusimos ir allá, con una carpita, a pasar unos tres o cuatro días.

Iba a ser mi primera salida de la villa de Fiambalá.

Y salimos un día más o menos a las siete y media de la mañana, hacia el sur.

Conforme traspusimos las últimas casas de la población, comenzamos a ver restos de ranchos y árboles mutilados, descortezados algunos de éstos, que mostraban la carne blanca o roja de los troncos.

Lo indiscutible era que esos restos de árboles y de viviendas en el inmenso y enarcado arenal, frente a la sierra rocosa, ofrecían seguro testimonio de fuerza desencadenada, de catástrofe y de dolor.

Se dijera que Dios mismo había flagelado la tierra rebelada.

Esa sabana quebrantada, de ondulado y enarcado lomo, que recogía su vasto cuerpo hacia la sierra, se me presentó como una página bíblica; y frases del libro de los libros que había releído muchas veces en Fiambalá, se me ofrecían a la memoria para interpretarla: "maldita será la tierra por amor de ti"...

Porque aquella tierra parecía, en efecto, maldita.

A juzgar por los árboles desgajados, se comprendía que sobre esa tierra el huracán había soplado como un aliento destructor de Dios.

"Los consumiré, y los heriré, y no se levantarán; y caerán debajo de mis pies."

Y allí están, en efecto, caídos. Hay muros que han sido derribados.

Hasta los árboles, inocentes, han sufrido el quebranto del furor divino. Porque aquí se ve un largo brazo vegetal ya sin corteza, tendido en el suelo, largo y penoso, triste para siempre, cubierto casi entero por el manto cruel de la arena. Y un torso que fue sin duda tronco de un individuo vegetal espléndido, está aún de pie en una altura de metro y medio, desastillado, anguloso en su parte superior, mostrando todavía la

herida, la fibra violentada, la carne donde se alojó el tormento...

"Yo los desmenuzaré como polvo de la tierra, hollarélos como lodo de las plazas, y los disiparé."

Y en efecto; ¿dónde están los que vivieron aquí? No veo de ellos sino dos o tres huesos blancos entre la arena. Han sido desmenuzados. Han sido disipados. Han sido esparcidos, sin duda, por el movimiento continuo de estas tierras bajo la acción de los huracanes y de las crecidas de arena.

Han sido derribados como ruinas resquebrajadas, perdidos entre el rodar de un tiempo breve pero violento.

"Enviaste tu furor, el cual los tragó como hojarasca."

Alicia me explicó que el huracán había mutilado los árboles y que enormes crecidas de médanos llegadas del norte habían sepultado las viviendas. "Todo esto fue el viejo pueblo —me dijo—, trasladado ahora adonde vivimos."

Me pareció que ella había sido apenas rozada por tanta violencia. "Y quién sabe —pensé— si un día la violencia la consumirá como hojarasca."

Seguíamos siempre sobre la arena, bajo un sol ya rudo.

Alicia y doña Petrona se cubrían con sombrillas, y ésta me ofreció una que había llevado para mí. No la acepté porque, acostumbrado al solazo, apenas si me molestaba. Me había adaptado tanto al rigor general de aquella tierra, que la amaba y me placía tal cual era, fuerte y ruda.

Cuán solos, cuán desamparados parecíamos entre el hosco arenal.

Si él abriera sus fauces cual las de una fiera monstruosa, imaginaba, si se desencadenase la violencia inmanente de esta región, no quedaría de Alicia ni un gemido flotante en el aire.

De repente comenzamos a ascender un desierto corvo, una bóveda pedregosa, un cantizal hinchado, cuyos cantos de color castaño rojizo, parecían haber retenido, haber petrificado resplandores del sol poniente.

Las arenas participaban allí de ese mismo color sombrío y violento.

No hablábamos. Todos íbamos doblados bajo el sol y cual absorbidos en parte por la tierra porosa.

Cruzamos al fin el lomo corvo del cantizal y entramos en el lecho de un río seco y enteramente pedregoso. Creo que, sudorosos, caldeados, todos evocamos el frescor de las aguas abolidas, inclusive las bestias, que instintivamente estiraron el hocico, como para beber.

Ya estábamos muy cerca del cerro, por cuyos faldeos ascendíamos.

Pasamos por la vera de un promontorio aislado cubierto de pedregullo negruzco, que imaginé un adoratorio del terrible dios ancestral que había aniquilado toda la región.

Por fin pisaron las cabalgaduras una arena gruesa y aguanosa, y, muy luego, un chorrito de agua cristalina.

Hacia dentro de la montaña vimos ondular un listón muy sostenido (y único en la serranía) de arbustos verdes y lozanos.

Entrábamos en la quebrada de los baños.

Poco a poco se borraban de la visión los detalles de la sobria y vigorosa página bíblica que habíamos atravesado.

Las lomas de ambos lados, todas pétreas, crecían a medida que avanzábamos hacia las vertientes por el fondo de la quebrada.

Las rocas asumían figuras diversas recortándose siempre nítidas en el cielo.

A veces eran centinelas de más de un centenar de metros que asomaban la testa por sobre la muchedumbre pétrea obligando con el gesto torvo a los horizontes circundantes a retroceder, tímidos como guanacos fugitivos, como guanacos azules.

A veces eran fósiles antediluvianos tendidos largamente con sopor terciario después de una vida multimilenaria que tuvo ocasión de conocer importantes transformaciones del globo.

No faltaban, a la distancia, figuras del hombre sal-

vaje que trepaba las laderas, flexible y débil, pero ya audaz, ambicioso, imaginador, y que se sentía, desde entonces, instintivamente, oscuramente, centro del universo, dueño y rey de lo creado.

Y en fin, para la mente predispuesta a las visiones, no era difícil, en aquella proliferación innúmera de formas y contornos, ver tallada la tragedia bíblica de Caín y Abel: Abel está allá, tendido, muerto; y Caín, rebelado, esgrime todavía con furia el hueso con que quitó la vida a su hermano. Y allá, muy en lo alto, ¿no veis, en las rocas superiores, un disco azul, como si la peña hubiese sido horadada a propósito para unir ambas laderas con un túnel de cielo? ¿Y no es ese disco azul resplandeciente el ojo de Dios que mira al primer matador de semejantes?

Y ese eco retumbante, largo, reproducido de ladera en ladera, ¿no es, acaso, el acento de la voz divina que pregunta a Caín qué ha hecho de su hermano?

En fin, la peña es variada, y sus construcciones tienden siempre a la grandeza y a lo trágico. Desconocen la gracia, la finura y la delicadeza.

Contrasta con las peñas el agua tibia y cristalina que va, humilde, por el fondo de la quebrada, siguiendo, obediente, el rumbo que le señala la configuración del lecho.

El camino cruza varias veces esa corriente.

Ya muy cerca de los baños entramos, sin descabalgarnos, en la propiedad de las señoritas Carranza, Juana y Rosa, que viven solas con la madre.

Viñas, sauces, nogales, dan a la casita una sombra espesa y refrescante; sombra que resulta un regalo precioso después del rigor solar del camino, y que parece más fresca y cordial aún cuando se experimenta el trato suave y hospitalario de las dueñas de casa.

Después de tomar un vaso de agua fresca, seguimos viaje.

La sombra de un águila que vuela bajo el sol, casi rozando los picachos, pasa y repasa el camino, delante de las bestias.

Alzo los ojos y veo al águila, serena. Aletea luego, sosteniéndose en el mismo punto del espacio.

De repente se lanza, oblicua, como un flechazo, sobre la loma de la derecha del camino, y se asienta, tranquila, en la ladera.

Empuña la roca nativa con seguridad de dueña.

En la pupila duerme la distancia infinita.

En el acolchado de plumas del pecho se amontonan los espacios sin límites.

En la uña feroz y aguda hay todavía fibras azules de horizontes desgarrados.

Pasa otra vez la Biblia por mi mente, y creo recordar que dice el libro de Los Números: "Fuerte sea tu habitación; pon en la peña tu nido".

Bueno fuera —pienso— poner el nido de los sueños en la roca de la montaña, como el huevo del águila, para que tengan también fuerte habitación y no los esparza el menor viento...

Estamos, por fin, en los Baños.

No sé por qué he ido silencioso casi todo el camino. Una que otra pregunta ha sido todo el hablar.

Pero la llegada nos torna algo locuaces.

Dejo a uno de los peones que baje a doña Petrona del caballo y, cuando voy por Alicia, ella desprende el pie del estribo y el muslo del gancho de la silla, y salta ligeramente.

Los dos peones se ocupan en levantar sólidamente la carpa, asegurándola en el tronco de un algarrobo de rala ramificación. Sólo tres árboles como él, desmirriados, se levantan en la quebrada.

Mientras instalan la carpa a tres metros del agua, muy caliente a esa altura, nos sentamos, con Alicia, sobre una peña de color rojo bajo, enorme, de corvo lomo, propicia al diálogo y a la confidencia.

Bullen en nuestras mentes las ideas, las imágenes; pero apenas nos hablamos.

No puedo dejar de admirar las enormes paredes de piedra, de hasta ciento cincuenta metros de altura, que en una sola masa, de un solo levante, se alzan ante nosotros.

Hacia el lugar donde nacen las aguas frente a las peñas más altas del límite de los filos, vaga una leve niebla azul como cielo pulverizado.

Ninguna vegetación ablanda la dureza de las laderas, salvo, en muy pequeña parte, los chaguares verde-grisáceos, casi empedernidos también, como si fueran peña vegetal, organizada, pegada a la peña inorgánica.

Un caminito recto como un hilo tenso en la ladera del frente (hacia el sur), se me ocurre que es el silbo de un águila, petrificado también en aquel reinado de la peña.

—¿Se ha cansado, doctor? —suena la pregunta trivial y obligatoria de Alicia.

—Casi nada. Estoy ya acostumbrado al caballo. Creo que un verdadero viaje no me cansaría mayormente.

—¿Y qué le parece el lugar?

—Hermoso, pero con una hermosura sin gracia, demasiado fuerte, demasiado poderosa, sublime casi, por no decir sublime del todo. No creo que aquí se pueda resistir mucho tiempo.

—¿Está ya con deseos de volverse, apenas llegado?

—Nada de eso. Yo sé muy bien que entre esta naturaleza formidable, hay quien suavice las horas. ¿Sabe? Porque hasta el tiempo, hasta las mismas horas me parecen aquí de piedra.

Pero Alicia me deja solo porque tiene que prevenir el almuerzo.

Yo me voy a pie, quebrada arriba, hacia el nacimiento de las aguas.

A no más de dos cuadras de la carpa, brotan las abundantes vertientes, vaporosas, con un calor que quema la mano.

Todo es profusión de peñas. Lo mismo en el fondo de la quebrada que en las laderas y en las cumbres.

Otra águila, curiosa, pasa por frente a las más altas peñas batiendo con las alas polvo de cielo.

Todo es fuerte pero rudo.

Deseo ver vida a mi alrededor; pero sólo distingo un zorzal.

Luego veo que, de lo alto, baja en ondulaciones una mariposa blanca y revuela sobre el agua vaporosa unos instantes.

Sin duda no ha observado el lugar. Desconoce la fuente a la que se aproxima. ¿Ha venido, acaso, de la quebrada contigua?

Comprendo que no es originaria de la quebrada en que estoy, porque se aproxima, confiada, al agua caliente, y sólo retrocede al sentir en su corpezuelo casi ingrávido los efectos del vapor de agua que se levanta de la vertiente.

Por desgracia hay, a cinco metros de donde las aguas vierten, un pocito en que éstas se remansan, y que casi no humea. Y ella, que se sabe leve como un silbo, se posa sobre el agua, y se quema. Revuela, desesperada; pero, incauta, se quema las alas y queda muerta, inmóvil, con las alitas abiertas, sobre la perfidia de la linfa.

Nada se altera a mi alrededor en el mundo de los insectos. Las hormiguitas que están cerca de mí, no parecen haber observado lo ocurrido y, en cuanto a las moscas, zumban indiferentemente. Una mariposilla menor que jugaba sobre el agua en ondulado capricho, continúa lo mismo que antes.

¿Por qué, pues, había de conmoverme yo ni en lo mínimo?

Sin embargo, pienso en la vida de los hombres, sus accidentes, sus penas, sus desgracias.

"¿Por qué nos conmueve tanto el riesgo de la muerte, y mucho más la muerte misma? ¿Qué son unas horas menos de vida?", pienso.

Comprendo que todo depende de que el hombre se da más importancia individual de la que tiene.

¿A qué quedan reducidos, cuando se contempla con espíritu generalizador lo creado, un golpe de fortuna o un amor infeliz?

He aprendido, pues, del insecto.

Si se enseñara al hombre, desde niño, a contemplarse con visión universal en el seno de la tierra creadora de infinitas formas, de las cuales él es una, se suprimiría el concepto del infortunio; se suprimiría, por consiguiente, la desgracia, que sólo es, al menos en gran parte, un concepto.

Medito entre el pedrerío innumerable. No estoy ale-

gre. No estoy, tampoco, triste. Me encuentro, más bien, insensible.

Luego doy en imaginar.

Si hubiera ojos para ver mi pensamiento, él no sería más que un leve vapor azulenco que se levantaría de la piedra ruda en aspiración de cielo.

Las imágenes han dado a mi pensar un ligero colorido de melancolía...

Siento voces que me llaman.

El almuerzo está preparado.

Cuando llego a la carpa, no están ya los peones, los cuales, según me informan, después de tomar un baño han regresado a Fiambalá.

Sólo hemos quedado los cuatro de la casa de doña Petrona, más una muchacha del pueblo contratada para trabajos domésticos durante nuestra estada en los baños. Es Asunción.

Un apetitoso asado de cabrito me revela que tenía hambre; y, al sentarme a satisfacer placenteramente la necesidad asimiladora del organismo, se disipa mi tristeza incipiente.

*

Doña Petrona y Alicia se instalaron en un pequeño pircado, cuyo techo eran ramas amontonadas sobre tres maderos que se cruzaban. Tenía el pircado una abertura amplia de entrada.

En otro pircado menor de esa naturaleza se instalaron Asunción y la Juanita.

Yo tenía, en la carpa, de muebles, una cama, una silla, una gran piedra plana y mi valija con ropas y libros.

Todas aquellas mujeres trabajaban por igual y parecían no distinguirse en categoría, salvo la "dueña de casa", doña Petrona, que era la única persona que daba órdenes.

Al día siguiente de la llegada me parecía estar adaptado a la nueva vida y, muy especialmente, cuando construí sobre una piedra plana un amplio sombrajo para pasar allí las horas más calurosas del día, pues

en la carpa la temperatura era sofocante e insoportable. Allá me iba con mis libros, y leía durante largas horas recostado sobre la piedra, cuyo asiento ablandaba con jergas dobladas.

Me acostumbré al ventarrón casi incesante, muy pronto.

Solamente los dos primeros días me perturbó el sueño la ventolina por espacio de una o dos horas.

En la noche el viento cobraba una personalidad fantástica.

Andaba por los picachos rugiendo entre las aristas rocosas, como un espiritado.

Aventaba la espesa noche con furia, como si quisiera ahuyentar las sombras, quitarles la posesión que éstas habían tomado del pedrerío innumerable.

Bajaba de los picachos y disputaba con las laderas, arrancándoles trozos pétreos que rodaban hasta el fondo de la quebrada y caían a veces cerca de nuestras habitaciones.

Estrujaba, humillaba implacablemente los tres algarrobos enjutos, cenceños, que adquirían humanidad atormentada entre el sobresalto de la noche llena de gemidos y baladros.

Era un viento infernal y dantesco que soplaba también en los campos de mi imaginación poblándola de visiones extravagantes.

Y los versos del poeta enormemente trágico se me presentaban a la memoria:

> "Per me si va nella città dolente;
> per me si va nell'eterno dolore;
> per me si va tra la perdutta gente"...

Y aquellos desmirriados algarrobos eran almas que en vida fueron violentas y que ahora estaban condenadas a sufrir, de día, un calor atormentador, y de noche, el sacudión y la injuria del huracán, en tanto que abrevaban la sed implacable en las aguas azufradas y casi hirvientes que a su vera corrían...

Bajaba de las laderas hasta el fondo de la quebrada con su mayor violencia el aire huracanado, y sacudía

los flancos de lona de mi carpa fuertemente ajustados con peñas, hasta el extremo de que muchas veces me parecía que iba a arrancarla y a llevársela como un ave fantástica por sobre los picachos ensombrecidos.

Otras veces imaginaba mi propia carpa como un enorme pájaro herido que aleteara desesperadamente por levantar el vuelo, y bajo cuya ala dolorosa había encontrado un triste refugio mi pequeña cuita humana.

Pero el viento veleidoso no terminaba jamás en parte alguna la obra emprendida. Mientras dejaba la carpa en relativa calma, se iba a la opuesta ladera y silbaba alardoso de fuerza o lanzaba a todos los ámbitos de la noche, con su instrumento aéreo, una llamada a sus legiones, que cabalgaban dispersas en sus potros nocturnos.

De repente, entre semejante violencia, me quedaba profundamente dormido, y sólo despertaba en pleno día, ágil, fuerte, deseoso de otorgar al músculo alegre la actividad que me solicitaba.

Hacia las diez u once de la mañana, y a veces hacia mediodía, solía serenarse el ambiente.

Y sólo cuando el valle, por la abertura de la quebrada, aparecía cubierto de polvo, confundido, en la plena oscuridad blanca de la arena soliviantada, solía soplar sobre nuestras viviendas un viento moderado y agradable.

El ventarrón clamoroso, irónico, maullador, se iba entonces a los valles y desfogaba su espíritu belicoso en el arenal removido y en la vida de las aldeas.

Desde el segundo día de estada en Los Baños leíamos con Alicia algunos de los libros que yo llevara.

Casi todas las horas serenas del día las pasábamos juntos.

Yo le explicaba, como a un escolar, la *Biblia, El Quijote, La Divina Comedia, El Ramayana, La Mesiada, El Rey Lear, Otelo,* etc., en forma sencilla y creo que no desprovista de algún encanto.

Ella comprendía con asimilación absorbente y ansiosa. Y leía yo para ella trozos de esas obras.

Me encantaba observar esa inteligencia casi virgen

abierta al mundo del pensamiento y del arte, con admiración sencilla y postración adoratriz de ser humilde ante la magia del genio. Y comprendía de una manera simple y profunda.

No había en su inteligencia huellas de mal gusto, prejuicios que arrancar a cercén, como la yerba perjudicial de entre las mieses.

Y en ese ambiente de soledad e inmensidad, me parecía que su espíritu era una tierra pronta para recibir en mi palabra la semilla de la belleza, del altruismo, del ensueño... y tal vez del amor.

Mi palabra no era inocente como lo era su comprensión, o como una voz simple de la naturaleza. Llevaba el designio de producir encanto y de despertar un eco sentimental en los ámbitos espirituales donde resonaba.

Yo comprendía que ella, poco a poco, cobraba a nuestras pláticas más afición y más cariño.

Una mañana tardé en salir de mi carpa, de propósito.

Y ella me mandó preguntar con Juanita si no íbamos a leer aquel día.

Cuando salí, me sorprendió su atavío.

Había encargado flores, el día anterior, al peón que todas las mañanas nos traía leche, carne fresca, pan, desde la villa.

Vestía traje bien ajustado a la cintura, suelta y plegada falda y blusa de manga corta y algo descotada, todo de color lila.

En el cabello negro, abundante, llevaba una rosa encarnada, y en la mano izquierda un ramo de claveles.

Acababa de asomar el sol, que salía muy tarde, detrás de los filos rocosos de la montaña, y la inundó con su mirar dorado.

Parecía muy blanca. En sus ojos negros, de mirada ingenua, había cierta simplicidad de corzuela y cierta timidez de torcaz, que por primera vez le notaba.

"¿Por qué esa expresión nueva de timidez en su rostro?" —pensé al aproximarme a ella—. Porque ya me había revelado en el trato continuo entera con-

fianza en mi bondad y en la nobleza de mis sentimientos.

¿Era, entonces, miedo a la vida? ¿Era miedo al amor? ¿Era miedo a lo inesperado, a los cambios de la suerte?

—¿Qué novedades son ésas? —le dije al llegar a ella—. ¿Usted ha estrenado vestido hoy? ¿De dónde ha sacado esas flores? ¿Se ha propuesto hoy dar remate al encantamiento de mi alma?

—¿Pero qué encantamiento, Quinteros?

—¿No sabe usted, acaso?...

—¿No soy yo la enamorada de sus libros?

—Pues a mí no son los libros los que me han encantado... —le dije entre serio y en broma.

—¿Qué leeremos hoy? ¿Seguiremos con las aventuras de *Don Quijote*?

—Vayamos a nuestra "sala" de lectura. Aquí están los libros. ¿Ha mandado colocar las jergas?

—Ya está todo pronto. Sólo usted, Ventura, ha tardado hoy, el día en que más he deseado sus explicaciones.

—¿Me va usted a regañar?

—Pues ya se lo he echado en cara. Está usted amonestado.

—Es una amonestación que me hace feliz. Con esos rigores, creo, no ha de haber fiereza que no se suavice.

—Y sin embargo, dicen que así no son los hombres. Dicen que los hombres necesitan verdadero rigor, y hasta un poco de ingratitud.

—Pues yo lo he sentido decir de las mujeres.

—Pero usted no necesita haberlo "sentido decir", porque, me parece, conoce mucho la vida y el corazón humano.

—Nunca se acaba de conocer el alma femenina.

—¿De veras? Y a mí tan sencilla que me parece.

—Porque no se conoce usted misma, Alicia ¿Sabe usted, acaso, lo que usted dirá, hará, sentirá, frente a determinadas circunstancias de la vida?

—Si conociera esas circunstancias...

—Pensaría que haría y diría tales y cuales cosas; pero, ya en el terreno de los hechos, su pensamiento

y su acción serían muy distintos de lo pensado; y usted misma, ante usted, fuera una sorpresa, un imprevisto. Así es la vida y así la naturaleza humana. Todos llevamos un semillero de acciones desconocidas y de actitudes raras en nuestra sangre.

—Pero yo he oído decir siempre que todos los hombres son ingratos...

—Según los hombres. Según la ingratitud. Según la vida.

Y fuimos a ocupar nuestros asientos bajo el sombrajo que yo había construido.

Mientras andábamos, pensaba que ni ella ni yo habíamos pronunciado todavía palabra de nuestro cariño, o, mejor dicho, de mi amor, en forma seria, porque, ¿qué podía asegurar de ella?

Y el mismo amor mío, ¿era acaso algo más que imágenes de un ser solitario necesitado de dar una base de afecto seguro a su vida?

Pero yo no estaba para razonamientos. Sentimientos, vida afectuosa era lo que el alma me pedía.

Aquella vez dejé los grandes poemas para leer poesías suaves, de sabor campestre y espíritu bucólico.

Primero leímos a Horacio, luego a Teócrito, a Mosco de Siracusa, a Virgilio.

Pero nada me satisfacía. Ella se encantaba cada vez más con las lecturas clásicas. A mí me satisfacían cada vez menos. ¿Por qué?

Yo necesitaba algo más complejo, más moderno, que estuviese más cerca de un amor de nuestros días... Yo buscaba interesadamente poesías que se aviniesen más a nuestro espíritu, que las leídas.

Abrí entonces un libro de Tagore, y leí:

"Cuando yo era joven, mi vida era como una flor; como una flor a la que nada le importaba perder una hojilla de su tesoro, cuando la brisa de la primavera venía a pedir a su puerta.

"Ahora que muere mi juventud, mi vida es como una fruta a la que nada le sobra, y anhela darse de una vez con su carga completa de dulzura."

—¿Ha comprendido, Alicia? —le dije.

—Creo que sí. Me parece tan sencillo como hermoso.

—Pero no; no es eso... ¿Ha comprendido usted cómo tenemos la tendencia a ponernos en el caso del que escribe y a comparar nuestras almas con la de él?

—A mí no me pasa eso. Ellos son grandes; sienten de otro modo.

—Fíjese bien. ¿No da usted más importancia a sus sentimientos, a sus afectos, ahora, que cuando era una niña de dieciocho años? ¿No le parece que un afecto puede ahora ser su vida entera?...

—Cuando una es muy joven, cree también eso.

—Pero en seguida se comprende que la vida es fuente inagotable, cuando al amor pasado sucede otro amor. Mientras que ahora...

—¿Ahora?

—Nos es difícil ya sustituir un amor con otro... Un afecto cobra estabilidad, pesantez, y huele a fruta madura y sabe a tranquilidad de hogar. Yo siento así, especialmente. Usted es joven todavía.

—No tanto. Y usted, ¿no es joven, acaso?

—Creo que el poeta contaba treinta y ocho años, como yo, cuando escribía: "Ahora que muere mi juventud, mi vida es como una fruta... que anhela darse con su carga completa de dulzura..."

—Yo pienso que contaría más. Usted parece muy joven.

—Debía de contar lo que yo, porque siento como él entonces. Yo también diera mi vida con su carga completa de dulzura... y de dolor.

—Todo depende de usted. Donde usted ha vivido, debe de haber mujeres hermosas y quizá dignas de merecerlo.

—Mi vida aspira a reposar en la paz y en la sencillez de una aldea...

—Es raro que un hombre aspire a encerrarse en una aldea, teniendo su talento.

—Demasiado conozco el mundo. Yo quiero plantar mi vida, como un tamarindo, en tierra fiambalense, para que, como el árbol, verdee tranquila bajo el cielo.

—¿Viviría usted aquí, de veras?

—Yo quiero sembrar sentimientos de amor en esta tierra para que crezcan con los trigales jóvenes.

Y confieso que, contagiado por los poetas bucólicos que habíamos leído, no sólo dije con sinceridad, sino también con algo de retórica, la frase anterior.

—¿Pero quién puede aquí merecer su cariño?

—El amor no se merece o desmerece. El amor nace como el agua de las vertientes, sin elegir adónde y desea fecundarse en la conjunción de otro amor, y florecer, primaveral, como el jazminero de los campos.

—Yo creía que ustedes eran distintos de nosotros...

—¿Cómo, "ustedes"?

—Sí; porque usted es de ellos...

—No confunda, Alicia. Yo a veces escribo lo que veo, por ofrecer a mi alma un baño de realidad; pero no soy un verdadero creador de belleza.

—Yo, desde el principio, cuando hablaba con usted, sólo podía comparar sus palabras con las que están escritas en los libros. Lo juzgo distinto de todos los hombres que he conocido.

—Porque no me conoce bien. Por lo pronto, advierta que yo deseo más o menos lo que ellos. Y cuando los hombres desean más o menos idénticamente, es porque son semejantes.

—¿Pues qué desean ellos?

—Acompañar su vida con otra vida aldeana.

—Con vidas semejantes. Siempre busca una lo que se le parece.

—Nadie sabe lo que le es semejante, sino después de haber vivido mucho. En Córdoba, es cierto, muchas veces he dejado germinar en mi sangre la ilusión del amor; pero siempre he encontrado, al fin, la desemejanza insalvable. Respecto de mí lo más preciado es lo sencillo, lo ingenuo, lo genuino, lo sin mezcla. Y en una gran ciudad, en el medio donde yo he actuado, eso es casi imposible. Aquí está lo que me es semejante.

—Es raro...

—Creo que no acierto a explicarme bien. Yo no quiero un amor condimentado, ¿me comprende? Yo no quiero un amor artificioso, con adornos y vani-

dades. Yo quiero que mi amor madure como las mieses al sol de los campos. Yo quiero proceder como uno de ustedes: plantar un buen día un muro, un árbol, una ilusión, un propósito de vida, y llevar allí la compañera de la jornada de mis días. ¿Me comprende?

—Creo que sería muy feliz la elegida...

—¿Y si fuese usted?

Ella enrojeció. Una contrariedad le arrugó el entrecejo.

—¿Qué le pasa? —le dije—. ¿Le han causado daño mis palabras?

—Quién sabe... A mí no me eligiría ningún joven distinguido del pueblo. ¿Puedo pensar en usted?

—¿Y por qué pueden considerar más a otra?

—Usted lo sabrá algún día; y, entonces, hasta se arrepentirá de sus palabras...

Pero yo lo sabía. Palpaba la evidencia de lo que me contara Justo Pedraza.

¿Qué me importaba a mí la tal circunstancia? ¿No era más bien favorable a mi delicadeza de hombre, por cuanto Alicia se había propuesto durante toda su vida compensar con su virtud aquella circunstancia?

Que los jóvenes de Fiambalá la pospusieran, era natural; pero nada más que hasta que alguno la tratase con espacio y se enamorase de ella, pues aquella contrariedad sólo era una desgracia en su vida.

Yo no me sentía absolutamente humillado amándola.

Pero, como quiera que fuese, el hecho fue que no leímos más aquel día.

*

En la tarde, mientras me encaminaba hacia la vertiente de las aguas termales (a cuya vera acostumbraba a leer solo, después de un descanso siguiente al almuerzo, desde que por las mañanas nos reuníamos con Alicia en la "sala" de lectura que yo había construido), más o menos a mitad de la breve jornada, encontré con sorpresa mía a doña Petrona, sentada en una silla baja de cuero, a la sombra de la ladera, desflocando un tejido de lana de vicuña.

Su expresión, al verme, me indicó que me esperaba.

—¿De cómo por aquí, doña Petrona? —le dije.

—Estaba por... es decir, quería hablarlo, doutor —me contestó con alguna agitación.

—¿Qué se le ofrece a la buena patrona?

—Siéntese aquí, en esta silla —me dijo levantándose— yo me sentaré sobre estos jergones.

Me senté en los jergones sin admitir la silla.

—¿Me está por iniciar algún proceso grave, señora?

—Yo soy la que me estoy por procesar, como usté dice, doutor... yo soy.

—Usted merece ser sumariada por los ángeles para que le den en seguida entrada en el cielo.

—Déjese de bromas, por favor —me dijo con una marcada expresión de pena.

—Bien, señora; la escucho. Diga tranquilamente y con confianza lo que quiera.

—Vea... es que yo, ¿sabe?... antes que lo oiga de otros, quiero decírselo yo...

—¿Qué cosa, señora?

—Usté me inspira mucha confianza, una confianza sin límites, doutor... Es tan bueno, tan noble... Alicia, le quería decir... Es necesario que lo sepa, porque usté es ya de nuestra casa, sí, como de la familia, si un hombre como usté pudiera... ¿No le han dicho, ya, acaso?...

—Oiga, señora: estoy seguro de que usted no tiene en realidad por qué decirme nada de esto. Yo las conozco a las dos y las estimo altamente. Y usted es como mi madre. Usted es la que me ha curado con cuidados y con cariño. ¿Qué más tengo que saber?

Alentada así, se calmó. Me miró con gratitud profunda, como un perro suele mirar a su amo la rara vez que lo acaricia, con ojos lacrimosos. Y suspiró, aliviada.

—De todos modos, yo quiero que lo sepa; que lo sepa por mí, aunque ya se lo haigan dicho otros... Yoi sío muy desgraciada, doutor... muy desgraciada... Si no fuera por Alicia, por la Juanita, por usté, que ha venío como mandau por Dios...

—Pero dígalo de una vez, señora, aunque yo sé de antemano que no tengo para qué saber más de lo ya conocido de ustedes: que son bondadosas, delicadas, pundonorosas; que poseen la más acabada delicadeza que puede exigirse a una mujer.

—Bueno, doutor, bueno... Ya le vu'a decir... Alicia, ¿sabe?, no es hija legítima... Yoi sío engañada, doutor... Aquí vino un francés llamado Pedro Nouguet... ¿sabe?, y se casó colmigo...

Las lágrimas le rodaban ya por la cara morena y rugosa de años y de penas. No me atreví a interrumpirla, a tratar de consolarla, a fin de que durase el menor tiempo posible su confesión.

—Y vino orden a la polecía de tomarlo, porque ya bia sío casau... Y él se jue... Se jue, doutor, pa siempre, por la Cordillera... Sé que anduvo por Bolivia... Habrá muerto, seguramente, ya... Y yoi quedau a sufrir...

Su voz brotaba empapada en lágrimas, cortada por los sollozos.

—Así qu'ella —continuó— la Alicia, no tiene padre. No tiene más en el mundo que yo, esta pobre vieja, más vieja por los sufrimientos que por los años...

—Bueno, señora —le dije— eso ya es cosa muy antigua. Tiempo es ya de consolarse. El dolor no debe durar toda la vida. Reflexione que la vida misma es pasajera. ¿Cómo no ha de serlo el dolor, que sólo es una parte de la vida? Además, yo le digo con la misma sinceridad con que usted me ha hablado, que para mí todo aquello es, respecto de Alicia, una ventaja. Yo sé que por eso ella ha tenido la permanente, la invariable determinación de ser siempre irreprochable como mujer; de ser y parecer así, para compensar con virtudes propias, efectivas, positivas, una circunstancia desgraciada en la que ni ella ni usted en nada tienen parte.

—¿Y usté piensa que?...

—Yo pienso que mucho más vale Alicia con su dolor, su virtud y su belleza que cualquiera de las otras muchachas de Fiambalá, con su vida más o me-

nos alegre y sus bondades de espíritu más o menos comunes. Además, Alicia es una muchacha inteligente, que asimila cuanto se le explica y lee, con suma facilidad. Se expresa bien, lee bastante y sé que ha cursado toda la escuela primaria y parte de la secundaria. ¿Qué más puede desearse?

—Gracias, doutor, gracias. Todo tiene que ser como usté dice. ¡Qué alivio siento! ¡Nu'haberle dicho antes todo esto! ¡Desde que usté se fijó en Alicia, desde que yo vi que le gustaba, vivía con la espina en el corazón. Pero no sé por qué, le tuve mucha confianza, siempre. Era lo que lo vía enfermo y siempre con sus libros, siempre triste. Si no había sío enfermo, si yo no lu'había tenío que curar, ¡qué l'iba a tener esta confianza! Y ya lo quiero comu'hijo; ya no quiero que se vaya de Fiambalá. Como vua querer, si'es el consuelo de mi vida, el premio de mi sufrimiento y la alegría de mi casa.

—Todo depende de Alicia, señora, de la suerte, de la vida. Yo estoy dispuesto a quedarme con ustedes para siempre.

—Dios quiera que así sea —dijo, tranquila, consolada, libre en gran parte de la pena de su vida.

Me separé de su lado, palmeándole cariñosamente la espalda y fuime, conmovido, con mis libros portadores del dolor, de las imágenes y de las ideas de tantas almas escogidas...

▪

A la mañana siguiente, en vano estuve, con mis libros, esperando a Alicia. Se pasaron las horas, hasta muy cerca del mediodía, sin que ella asomase.

Yo leía unas cuantas líneas con atención, cuando ya mi pensamiento volaba a ella, a doña Petrona, a la vida en Fiambalá que poco a poco me envolvía el corazón con insalvable malla.

Mis ojos seguían mecánicamente la lectura mientras mi imaginación recorría sendas de vida palpitantes de sentimiento a cuya vera se dibujaban cuadros y esce-

nas en los que Alicia, yo y doña Petrona éramos las principales figuras.

Cuando, de repente, me advertía recostado sobre las jergas, con el libro abierto y los ojos que seguían sus líneas de acuerdo con un primer impulso de voluntad ya agotado, constreñía de nuevo el pensamiento a la lectura; pero él se escapaba otra vez, como un genio impalpable, incoercible y rebelde, hacia las imágenes amadas.

Cuando fui a almorzar, no quise llamar a Alicia, ni pregunté por ella.

Pero, a eso de las tres y media de la tarde, ella, bastante corta, me llamó para invitarme los tres mates que yo desde hacía algunos días saboreaba.

Fuime contento pero ansioso.

Ella estaba pensativa y me miraba con rubor. Hablaba poco.

Doña Petrona, tranquila, con un baño de dulce tristeza en los ojos viejos, me miraba con la expresión de perro agradecido que le había notado la tarde anterior.

Hasta Juanita me contemplaba con curiosidad, como a un ser excepcional y con una manera que denunciaba claramente que por primera vez observaba con algún espacio una persona y pensaba en la vida y en el mundo. La chica era un pensamiento virgen que se abría.

Esa tarde doña Petrona cedió a Alicia su derecho de cebar los mates que yo ingería.

Todos esos pequeños pormenores me indicaban que mi situación con Alicia, a pesar de que aún no nos habíamos confesado un amor, sino sólo por mi parte y en forma indirecta; me indicaban esos detalles que había un acuerdo de familia favorable a mi unión con la muchacha.

Y de pronto, sin mediar explicación alguna sobre la ausencia de Alicia a las lecturas cotidianas, sentí completamente calmada mi ansiedad, y una paz profunda, bucólica, saturada de pureza de aire y de cielo, se derramó mansa y campesina en el torrente de mi sangre.

Unas cuantas palabras hablamos, de cualquier cosa, y nos entendimos todos tácitamente sobre el asunto principal.

Pronto me despedí, con la seguridad de que Alicia concurriría temprano a nuestra sesión matutina de lectura; y, con un libro en la mano, seguido del Alcón, perrillo joven y travieso que por detrás de mí llegara, con las patitas doloridas por el pedregal a Los Baños, fuime, como todas las tardes, hacia la vertiente.

Al pasar por la carpa dejé el libro y levanté, de sobre la valija, el revólver, que lo tenía muy limpio y envaselinado.

El perrillo me seguía corriendo de un lado a otro, saltando, prorrumpiendo de repente en ladridos alegres y sin alarma alguna.

La tarde estaba serena por excepción y no muy calurosa. La noche anterior había llovido hacia el este. A Los Baños sólo llegaron los truenos bifurcados en ecos innumerables. Un vientecillo moderado que apenas movía las hojas de los arbustos, en nada alteraba la serenidad de la tarde.

El Alcón parecía jugar con el vientecillo, alegre éste como él, jovenzuelo de los aires, danzarín feliz del espacio.

Otras veces el Alcón la emprendía conmigo. Saltaba hasta tocar mis manos, mordiéndomelas suavemente o lamiéndomelas.

Me parecía que íbamos los tres de camino, a "rodar tierras", como decían en Fiambalá, el Vientecillo, el Alcón y yo. Y era ella, sin duda, una grata compañía.

No caminaría a contar desde la carpa ochenta metros cuando vi a Asunción, que lavaba ropas con todo empeño en una batea cercana a la corriente del arroyo.

Al pasar, me clavó una mirada hostil, sombría y ardiente.

De pronto reconstruí toda la escena de la noche de la fuga de Inocencio Quipildor, cuando éste me dejó cesionario de sus derechos sobre la muchacha. Y le dije: "en seguida vuelvo; espéreme". Ella no

me contestó palabra. Seguí el camino con mis alegres compañeros.

A los pocos minutos estuvimos en la vertiente de las aguas termales.

Me detuve allí unos segundos solamente, porque ni el Vientecillo, ni el Alcón, ni yo, estábamos esa tarde para el sosiego. Especialmente el perrillo.

Observé cuál era la cumbre más baja, cuál la porción más tendida de la ladera, y por ésta me fui arriba, animoso y contento.

Mientras caminaba sobre la piedra, y entre piedras innumerables, di en imaginar, como siempre, aunque esa vez en cosas pequeñas, graciosas, leves. No se encontraba mi ánimo propicio a los figurones trascendentales.

—Caramba, amigo; es usted muy inquieto y pródigo de ladridos. ¿No comprende que a veces me asusta? —le decía el Vientecillo al Alcón.

—¿Y por qué diablos es usted tan cobarde? ¿Es usted, acaso, pariente de la liebre, de la corzuela o del conejo?

—¡No faltaba más, amigo! ¡Yo tengo alas! ¡Y tengo alas floridas, fragantes! Usted, que se precia de su buen olfato, ¿no siente en su nariz intrusa y aficionada a los malos olores, un perfume de arbusto silvestre?

—¿Y no suele usted también andar cargado de esos malos olores a que se refiere? ¿Con qué autoridad moral me puede echar usted en cara esa inocente costumbre?

—¡Con la autoridad de mis flores, de mis arbustos, de mi olor de lluvia!

—¡Mucho llueve por aquí! Usted suele sacar, solícito, de las quebradas, un olorcillo a suciedades de su pariente, el chancho del monte. ¡Ésa es su autoridad moral!

—¡Dale con los parientes! Es usted más testarudo que un perro viejo y gruñón. Yo no tengo más parientes que la grey alada. Muchas veces le he llevado a sus torpes orejas un silbo de zorzal. Pero usted parece no comprender nada, amigo. ¿Es algo tonto?

—No tanto como tu padre, el Viento Norte, ni como tu madre, la Ventolina del Sur, que se lo pasan toda una tarde profiriendo huecas fanfarronadas alrededor de un peñasco, de un árbol o de un rancho.

—¡Cállate, insolente! ¡Hijo de... perra!

El perrillo ladra, salta, mira hacia lo alto, gruñe... Y yo me encuentro a todo sonreír mientras mido pasos desiguales y ásperos por el inacabable pedrerío.

Asciendo cada vez más, fatigado y sudoriento. Pero mi cuerpo, en excelente estado, me pide aún más ejercicio y mi alma anhela espacio, horizontes dilatados, libertad.

Cuando me detengo a respirar, obligado por la fatiga, el Alcón mírame sorprendido, y con cierta expresión dudosa, como diciéndome: "Amito, usted parece que pretende rivalizar con los venados. Estas ascensiones no son para un hombre como usted. Ya sé que un hombre es capaz de todo, especialmente usted; pero, ¿a qué fatigarse? ¿Quién lo obliga a dar este paseo cansador y áspero? ¿No es mejor ponerse a tirar piedras desde la puerta de la carpa para que yo las busque, las distinga por el olfato y se las lleve?"

Sin embargo, asciendo siempre. La cumbre, relativamente baja, es mucho mayor de lo que yo había imaginado. El aire rarefacto y luminoso de las cumbres causa la ilusión de la brevedad en las distancias. El ojo, acostumbrado a mirar entre la espesura del aire de los valles, turbio por el polvo, distingue en las cumbres a gran distancia los detalles de las cosas. Lo que se alcanza a distinguir a doscientos metros en los niveles bajos, se domina a quinientos y aún más en las cimas.

Había sido, pues, engañado por la luz, por la esplendente belleza del día.

Por fin, sudoroso, llegué a la cima. Me senté en una gran peña y miré en todas direcciones. Hacia los lados, quebradas profundas, sin vegetación, sin un solo animalejo ni un arbusto. Era el reino de la piedra, de la sequía, de la aspereza, de la absoluta soledad.

Era esa región la morada del viento seco, silbador, irónico, quimerista.

Hacia el noroeste aparecía toda la villa de Fiambalá, con su arboleda y su caserío. Antes de ella, el arenal inmenso, blanco, gris, la "página bíblica", era tedio de la naturaleza.

No bien descansé, se me ocurrió hacer un disparo de revólver. Tiré sobre peñas de otras laderas, y los ecos caudalosos llenaron como una crecida sonora las quebradas y rebotaron en el ingente peñascal.

El Alcón huyó gritando como si lo hubiera castigado. Se olvidó de sus rencillas con la brisa, de sus saltos y ladridos alegres.

Volvió y se refugió a mi lado.

Cuando apunté de nuevo, se retiró algún espacio y me miró, ansioso y gemidor. "Caramba; es usted un hombre terrible" —imaginé que me decía— "¿No ve que me causa espanto, amito? ¿No nos podría aplastar esa fuerza enorme que retumba en toda la sierra? ¿Qué pedrada terrible es esa que lanza, con la cual rompe la roca de la opuesta cuchilla? ¿No sabe usted que toda la especie perruna le tiembla a la pedrada, pues ha sido lapidada desde que hay perros hasta hoy? Y usted lanza una piedra tan veloz que ni siquiera parece en los aires, y con un estruendo de todos los diablos."

A fin de hacerle pasar el temor al estampido, me senté, puse al Alcón sobre mis muslos y lo apreté sobre mi cuerpo con el brazo izquierdo, mientras con el derecho apuntaba a las peñas lejanas.

El Alcón temblaba entero. El corazón le latía con gran fuerza. Y cuando sonó el disparo, me fue imposible retenerlo. Gritó, bregó por desasirse, despavorido, y al fin lanzóse a la carrera por entre las piedras.

Cesó su juego. Dejó de ventear y volvió a mí, triste y abatido.

Tuve que acariciarlo un buen rato para que le pasara el temblor del cuerpo. Y una vez conseguido, emprendimos el regreso.

Para bajar se necesitaba no solamente una buena musculatura en las piernas sino también la precisión de la pisada, la educación del músculo.

Las piedras sueltas rodaban, rumorosas, a lo largo

de los taludes, chocando y arrastrando otras piedras menores en su caída. Yo tenía que proyectar rápidamente pasos largos, apresurados, trancos de gigante, apremiado por el peso hacia delante de mi propio cuerpo, sobre el pronunciadísimo declive de la ladera. Formaba conmigo un ángulo agudo, con la parte superior a mi cuerpo, la ladera, y uno muy obtuso, muy abierto, con la inferior. Esa posición me obligaba a andar con premura para conservar el equilibrio.

Muy pronto, con pies y musculatura de las piernas doloridos, llegué al fondo de la quebrada.

Pasé por las vertientes y seguí, despacio, cansadísimo, el camino de la carpa.

Se iniciaba el crepúsculo cuando llegué adonde Asunción me esperaba, siempre ardiente, celosa y rabiosa por mi pasada indiferencia.

—Sí —me dijo— vua dir, a eso del amanecer, pa la carpa...

Cené conforme llegó la noche. Me acosté muy temprano y me dormí profundamente.

*

Siete horas y media de un sueño profundo llevaba cuando, con las primeras luces de la aurora, llegó Asunción y me despertó, con voz queda, colocándome a la vez la mano en la cabeza:

—Doutor, doutor; yai venío...

Abrí los ojos.

Probé una vez más el instinto moreno, ardiente, franco, como un amor de potranca en la soltura campestre, de aquella hija de la tierra ingenua y cálida.

Creo que no transcurriría más de una hora desde la salida de Asunción de la carpa, cuando sentí un ruido de trebejos trajinados, entre el sueño profundamente suave que suele suceder al acto sexual.

Todavía me dolían los músculos de las piernas, a causa de la jornada cimera, como lo noté al desperezarme, pero me sentí deseoso de hacer algo, de caminar de nuevo, de leer, de escribir, de conversar

con Alicia, conjurando, a su lado, las tranquilas imágenes del hogar futuro.

Me levanté inmediatamente y tomé el baño, mina de salud, con que iniciaba mi día.

Volví a la carpa, desempolvoré mi ropa, lustré mi calzado, rasuré mi barba, me vestí con un claro y liviano traje de deporte, y salí de nuevo a beber con el alma y con los poros la luz del día.

En todo el tiempo de nuestra estada en los baños no había caído una sola gota de agua de lluvia en los resecos pedregales; pero la secura del aire no obstaba, en esa hora, a su frescor relativo.

Di una ligera caminata por entre los breñales del fondo de la quebrada, que la listaban de verde de arriba abajo, y que eran el único tocado con que la montaña austera se presentaba en la algarabía solar de la mañana.

Seguidamente, me senté, aunque no era aún la hora acostumbrada, sobre las jergas, en el lugar de las lecturas cotidianas con Alicia.

Aunque ya era muy avanzado el día, y se veía hacia el llano, abajo, el arenal cubierto de sol como una inmensa plancha de plata espolvoreada con un oro etéreo, allí, en la quebrada, ni un solo rayo podía penetrar, porque lo impedía todo el corpazo de la sierra.

Sólo a la hora octava y veinte minutos, asomó por sobre la última peña el borde superior del disco solar.

Las peñas más elevadas, de contorno coruscante, aparecían con un halo de luz, como los santos de las estampas.

Y el ojo solar, que bizcaba por entre las peñas superiores, me cruzó con uno de sus rayos, como una secante de oro, el círculo vibrador del alma.

Me encontraba tranquilo, plácido, seguro de que vendría Alicia sin perder un minuto.

En eso, Juanita me trajo el primero de los tres mates que acostumbraba gustar por la mañana y por la tarde.

Noté que me observaba con curiosidad pueril. Torcido el talle, y con un principio de audacia imagi-

nativa en la timidez de su mirada, me contemplaba con una coquetería ingenua, pura, subconsciente.

En cuanto la miraba con alguna detención, clavaba la vista en el suelo.

—¿No te molesta andar descalza entre las piedras? —le dije, por oírla hablar.

—No, señor; si estoy acostumbrada, ya.

—¿Y nunca te calzas?

—Cuando viene el cura me pongo los botines; pa la fiesta de San José.

—¿Y te gusta andar con botines?

—Sí; es muy lindo ponerse botines pa la fiesta.

—¿Y cuando no hay fiesta?

—No me gusta, doutor, porque me duelen los pies.

—Pero lo mismo te han de doler cuando las fiestas.

—Sí me duelen; pero entonces me gusta.

—¿Y qué hacen en las fiestas?

—Se oye misa. Se confiesan las mujeres y algunos hombres.

—Y tú, ¿no has confesado tus pecados aún?

—Este año, pa las fiestas, me vua confesarme —dijo con cierto orgullo.

—Entonces tú... has pecado ya. ¿O no has pecado, todavía?

—Todos somos pecadores, doutor.

—¿Yo también?

—No; usté no.

—¿Pero no dices que "todos" somos pecadores?

—Sí, pero usté, no.

—Y tú, ¿qué pecados has cometido?

Ella se retorcía entera y me miraba con un intenso rubor; pero no se atrevía a denunciar sus pecados.

—Tú has herido un pajarito de una pedrada, ¿no?

—Sí, doutor.

—Tú has roto huevos de los nidos, ¿sí o no?

—Sí, doutor.

—Tú has robado fruta el verano pasado, ¿no es así?

—Sí, doutor.

—Tú le mentiste a doña Petrona que esa fruta te la habían regalado, ¿no es cierto?

—Sí, doutor.

—Y cuando vas a juntar choclos a la chacra y te encuentras con los muchachos...

—No, doutor —me dijo con infinita vergüenza.

—Tú eres una santita, ¿sabes? Los pajaritos son menos inocentes que tú. Las flores son mucho más pecadoras que tú.

—Si los pajaritos y las flores no pecan, doutor —me respondió con los ojos muy abiertos y sorprendidos.

—Yo creo que pecan, hijita; pero no sé si se confiesan.

—Pero, ¡si no hay curas entre las flores y los pájaros! —me dijo cada vez más sorprendida y extrañada de mi simplicidad.

—Los pensamientos negros, son los frailes de las flores. Los tordos oscuros, lo son entre los pájaros. Los cardenales son obispos.

—¿Y los cuervos?

—Son papas.

—Nu'es cierto, bah, nu'es cierto —me dijo con una repentina confianza, comprendiendo, al fin que bromeaba—. ¿Y las palomas, a ver? —añadió, riéndose.

—Las palomas son monjas.

—¿Y los chingolos?

—Son sacristanes.

—¿Y los zorzales?

—Son los músicos del templo de la naturaleza.

—¿Y los gorriones?

—Son los mayores pecadores del mundo de los pájaros, con serlo todos ellos.

—¿Qué pecado hacen, a ver?

—Ponen sus huevos en los nidos de los afrecheros y arrojan al suelo los de éstos.

—Ese nu'es pecau, bah.

—¿Y no has pecado tú robando y quebrando huevos de pájaros?

—Yo, sí; pero ellos, no.

—Pues entonces, no te entiendo. Lo que tú haces, es pecado. Si lo mismo hacen los pájaros, ya no es pecado.

—Es que los pájaros no pecan, doutor.

—¿Y por qué pecas tú y no pecan ellos?

—Es que... Es que... —Y no acertaba a explicarme.

Se fue, llevando el mate vacío.

Vestida con su traje lila, ya sin flores, vino ella, la esperada. Y, luego de los saludos, me preguntó:

—Si le preguntasen a usted por el libro que más le gusta, así, de improviso, ¿qué contestaría usted?

—La *Biblia.*

—¿Y después de la *Biblia?*

—El *Quijote.*

—¿Y después del *Quijote?*

—Los poemas de Homero.

—¿No son antes que el *Quijote, La Ilíada,* e inmediatamente después *La Divina Comedia*?

—Así es el fallo de los siglos. Pero, para mí, después de la *Biblia,* el libro más atrayente que han escrito los hombres es el *Quijote.*

—¡Qué libro afortunado, Dios mío! ¿Y qué es mejor que la *Biblia*?

—Más que la *Biblia* es la vida en el Universo.

—¿Y por qué, dicho de una vez, la *Biblia* es el mejor libro creado por los hombres?

—Porque es el mayor compendio de la vida que se conozca. Casi podría decir que la *Biblia* es la vida misma convertida en libro.

—¿Y después?

—En mi concepto ningún libro contiene tanta esencia de humanidad como esa epopeya del idealismo humano, agradabilísima, profundamente ironista, que es el *Quijote.* No niego que también el *Fausto* es obra hermosísima y de gran sentido humano.

—¿Cómo podríamos admirar tanto, amar tanto, aquello de lo cual nos reímos?

—He ahí la maravilla. Yo siento que amo profundamente a ese caballero loco; y, sin embargo, en cada página de su libro me río de él.

—Pero, ¿sabe?, yo creo que para las mujeres no puede ser el *Quijote* el mejor libro.

—Sí; porque nunca han amado las mujeres a aquél de quien se ríen. Sólo la mujer verdaderamente inte-

lectual lo amará, porque ella deja de ser una mujer para asumir en sí la entidad Hombre.

—Y los hombres, ¿aman a mujeres de esa clase?

—Yo creo... que no.

—¿Duda?

—No dudo respecto de mí. Dudo de que así sientan los hombres verdaderamente superiores.

—Pues yo no lo dudo, entonces... Diga, Ventura, ¿qué es en su concepto lo más bello que hay en la vida?

—Lo que creo leer rara vez, ya que hablamos de libros, en sus ojos, cuando me mira...

—¿Cree usted, realmente, que eso?...

—Es la gran ilusión, la eterna poesía, tanto para los más humildes como para los más grandes...

—¡Cuán distinto debe de ser el amor en cada hombre!

—Dígame, Alicia; escúcheme: aquí estamos entre este inmenso pedrerío. Nuestras almas son como dos endebles columnitas de un humo azul que se levantan de entre las peñas. Aquí siente uno la inmensa soledad, la soledad del Hombre en el Universo. ¡Cuán infinitamente débiles, temblorosos, indecisos, susceptibles de disolverse al menor viento, serían esos leves alientos azules si, siquiera, no se uniesen en su tímido ascenso!... Pero antes es necesario que se digan su verdad... ¿comprende? Entre esta naturaleza formidable es imposible dejar de decir la verdad. ¿No siente usted lo mismo?

—Lo mismo, sí, Ventura...

—¿Y?...

—Temo. No sé por qué tiembla mi alma. ¿Quiere decirme por qué? Quizá por primera vez me doy cuenta de esa soledad del Hombre en el Universo. ¿Pero por qué hay hombres tan fuertes, Dios mío, que marchan con firme imperio sobre el mundo? ¿Y qué nuevo sentido leo en estas rocas?

—Lo que no leen esos que marchan tan fuertes por el mundo...

—¿Pero por qué temo? ¿Qué razón tiene para temblar mi alma?

—¿Qué razón? Yo también, muchas veces, temo... ¿No será la razón de su alma el saber inminente el momento de decir la verdad? ¿No tiembla siempre la Mujer, al sentir que va a decir la verdad, la verdadera verdad, al Hombre?

—Y, sin embargo, estoy dispuesta. Me siento tímida y resuelta...

—¿Usted ha amado alguna vez, Alicia? ¡Dígamelo!

—Amar... amar... ¡Quién sabe! Yo no podría decir: esto fue, esto es amor.

—Dígame, ¡dígame la verdad, Alicia!

—En absoluto. Tal como sienta.

—¿Qué experimenta usted por mí?

—Un sentimiento de confianza, apacible; un bienestar en su presencia; una seguridad. Sólo ahora he temido, pero no por su causa. Es como si me hubiesen infundido temor estas enormes peñas...

—Y en mi ausencia, ¿qué cosa siente?

—Deseos de verlo, de conversar con usted, de que me enseñe algo.

—Pero, ¿sufre?, ¿sufre con mi ausencia? ¿Ha experimentado pena, verdadero dolor, pensando que yo, alguna vez, puedo irme para siempre?

—Creo que no sufro. Creo que no he experimentado verdadero dolor, verdadera ansiedad.

—¿Y nunca ha sentido celos?...

—Nunca. Ya le he dicho que ante usted experimento un sentimiento de confianza, apacible... un cariño, sí, eso es...

—¿Nada más?

—Digo cómo creo sentir.

—Y ante otro hombre, ¿nunca ha sentido más?

—Nunca he sentido ese cariño por otro hombre. Sólo...

—¿Qué?

—Alguna vez un temblor, una opresión, una ansiedad pasajera...

—¿Y si ese hombre, el hombre *ese*?... —dije para mí, sin preguntárselo a Alicia. Ni ella me contestó. Y hubo un silencio.

—¿En qué piensa, Ventura?

—En... ¿sabe?

—¿Qué?

—Cuando se profundiza en un alma, al fin siempre se duda. ¡Nada se sabe de lo hondo, de lo muy hondo del ser! ¡Qué loco he sido! Perdóneme, Alicia.

—¿Pero de qué? ¿Por qué? Si yo le he dicho la verdad sin pena ninguna, sin contrariedad alguna...

—¿Pero por qué tembló? ¿Qué temor ha sido ése?

—Quién sabe... Nada. Un temor pasajero cualquiera, debe de ser. Pero... está algo raro, Ventura; ¿qué le pasa?

—Estoy un poco triste, sí. Yo creo que es porque no he sanado aún del todo. El otro día, porque vi quemarse una mariposa, allá, en la vertiente, ¿quiere creer que comencé a experimentar alguna tristeza?

—Sí. Yo lo he observado, Ventura. Usted, de repente, ya está triste...

—¿Y usted, ahora?...

—Es cierto; estoy un poco triste, porque usted me ha contagiado.

—De todos modos, cuán bien hemos hecho en conversar ahora. ¡Qué sinceridad, qué pureza, qué virginidad de alma! Nunca he observado nada semejante, en toda mi vida, en mujer alguna.

—¿Pero no decía usted que había algo, que dudaba, en fin?...

—Cuando se profundiza, cuando verdaderamente se profundiza, siempre se duda. La esencia se nos escapa. Pero sólo un necio, un estúpido, podría dudar de su sinceridad, de su absoluta pureza de alma. Y por eso la amo. Por su sinceridad, por su pureza, la amo. Y por esa duda de su misterio de mujer, en el que reside la suprema felicidad, la tragedia o el placer, el dolor o la feliz claridad de la vida, la amo. Sí; comprendo que ahora la amo. Antes había pensado en usted... como un apoyo de mi soledad, en forma acomodaticia, al fin, como un mandato biológico de mi organismo, que necesitaba curarse... Ahora lo comprendo, y se lo digo, correspondiendo a la nobleza de su alma.

—¿Había pensado en mí, realmente, desde antes?

—Sí. Soñé en dar estabilidad a mi vida en compañía suya, aquí, en esta villa. Y ese amor fue, más que amor, una composición de lugar. Y fue un amor un poco literario, un poco retórico, un amor que componía frases. Pero creo que, desde hoy, ahora, sí...

—¿Qué?

—La amo con mi sangre, Alicia. La amo con mis vísceras.

Y en seguida conversamos de cosas pueriles y suaves, hasta que la tristeza de ambos se disipó por completo.

Conversamos también de doña Petrona, de su tranquilidad naciente. Y, por fin, conté a Alicia mis andanzas con el Alcón, el susto que le di, el diálogo que había imaginado (suprimiendo lo más torpe) del perrillo con la brisa.

Doña Petrona llamó a Alicia.

Me quedé solo, y me entregué a la lectura, tranquila, profundamente.

*

En la tarde de ese mismo día nos visitaron las señoritas Carranzas, condóminas de Los Baños.

Vinieron a visitarme a mí.

Muy cerca de mi carpa nos sentamos todos, a la redonda, sin que faltasen ni Juanita ni el Alcón.

—¿Cómo lo pasa usté, doutor? —me dijo Juana Carranza.

—Muy bien, señorita. Estoy casi completamente sano. Sobre todo, me siento muy fuerte.

—Fíjese, Juanita —indicó Alicia— que anda por las cumbres, a pie.

—Cierto —intervino Rosa Carranza—. ¿Has visto, Juana? Yo lo vide, ayer; yo lo vide. Y yo ti dicho qu'era él. ¿Has visto, Juana?

—Yo no quería creer que estuviese tan bueno ya. Aquí estamos a sus órdenes, doutor. Disponga como guste de nuestra casa.

—Y cuando lo necesite al chico nuestro —insistió

Juanita— mandeló, no más; tendremos mucho gusto en servirlo.

—Mil gracias. He de ir a visitarlas. Tengo curiosidad de saber cómo es la vida de ustedes, tan solas, tan sin pasatiempos, por allá. Supongo que en la época aparente para tomar los baños se divierten ustedes bastante.

—Sí, doutor —expresó Juana— para abril y octubre.

—Qué animación —advierte Alicia— se nota en la quebrada en esos meses. Suelen contarse hasta doscientas personas en determinados días. ¿No es así, Rosita?

—Y más de doscientas también. Pero entonces no soplan tantos vientos, como áhura. Ni hace este calor insoportable. Áhura no se pueda vivir, aquí. No viene nadie.

—¿Y todos se van contentos? —pregunto.

—Todos —responde Juana— se van sanos o muy mejorados, y contentos.

—Y todos proyectan volver —confirma Alicia.

—¿Y qué vida se lleva por entonces?

—Jolgorio no más, doutor. Si viera usté —informa doña Petrona.

—Todas las tardes y las noches, guitarras, cantos, bailes que da gusto —amplía Rosa.

—¿Y cómo se alojan?

—Así, entre las piedras —responde Juana.

—Algunos train carpas, también —agrega, con importancia, Rosa Carranza.

—Es una vida, doutor, muy linda. ¡Qué vida la de Los Baños, en octubre! —dice Rosa con entusiasmo.

—Y sólo cobran ustedes cincuenta centavos por persona y por temporada, ¿no es así?

—Sí, doutor —informa Juana Carranza—. Ya nos han dicho muchos que aumentemos la entrada a los Baños, pero nosotras no querimos.

—¡Cincuenta centavos por temporada para tomar los baños termales sulfurosos mejores del mundo! —reflexiono—. Porque así están considerados, ¿no es eso?

—Sí, doutor —dicen las dos Carranzas a un tiempo.

—Un sabio que ha venío a estudiar las aguas —agrega Juana— y que ya bia analizau todas las mejores del mundo, ha dicho que nu'hay nada comu' esto.

—Son realmente minas de salud y fortaleza sus baños, señorita.

—Y nosotras vivimos par'ellos, no más. Para atender los bañistas. Para cuidar los Baños.

—Cierto —dice doña Petrona—. Estas niñas son muy buenas, muy diligentes, muy atentas. Viven pa servir a la gente.

Así continúa la conversación, hasta que las "niñas" Carranzas se despiden. Comprendo que las muchachas Carranzas son algo así como un accesorio de los Baños. Son casi tan útiles a los bañistas como los baños mismos. Son señoritas termales que viven a una alta temperatura de fraternidad humana.

Profesan un cristianismo sulfuroso.

Hablan de los Baños solamente. No saldrían ellas de Los Baños por nada del mundo. Su palabra, su pensamiento, su bondad, brotan con adherencias de sales azufradas.

*

Han pasado ocho días de estada en Los Baños. Hoy, día noveno, a la tarde, regresaremos.

Habíamos proyectado estar aquí solamente tres días.

Todo se cumple, al fin, como las circunstancias lo disponen.

Son las siete de la mañana.

Reviso, muy a la ligera, mis apuntes, y veo que todo está exacto, que corresponden íntimamente a lo sucedido, como una ropa interior a la realidad del cuerpo.

Pero, ¿corresponden exactamente a lo proyectado, al principio?

Yo me había propuesto anotar lo que viera a mi rededor, con criterio objetivo, y tal vez lo que estoy escribiendo es la historia de mi alma.

*

Realmente, los baños me han transformado. Estoy quemadísimo, casi negro.

Me siento verdaderamente fuerte, más liviano de cuerpo, más ágil, más resistente, más optimista, más recio de carácter, más soñador, pero de sueños de realidades, que son propósitos de vida perfectamente realizables, y no quimeras: sueños amasados con tierra y que fructificarán como las mieses.

En cuanto a mi espíritu, estoy completamente equilibrado y sano.

*

Pasan las horas de la mañana de hoy, plácidas, serenas. La serenidad y la plenitud son en mi sangre.

A pesar de haber llegado la hora undécima de la mañana, el aire apenas se agita. Habrá viento, sin duda, más tarde, pero no será el ventarrón de casi todos los días.

He pasado una temporada única en mi vida. Puedo decir que he sido feliz. He disfrutado de placidez y me he sentido optimista.

Tengo las manos llenas de proyectos.

Tengo la sangre sembrada con semillas de actos redituadores, de vida fecunda.

Como estoy rico de fluido nervioso, experimento a menudo necesidad de imaginar, de escribir, para satisfacer mi actividad interna.

Y... debo decirlo, puesto que lo he hecho:

La abeja homérica me endulzó la vida y compuse versos.

*

Las mujeres están ocupadas aún en preparar el viaje de regreso.

Todo ruido suena a despedida; yo estoy alegre y animoso, pues volveré a ver a Fiambalá, tan próspera, tan activa, y que yo amo tanto.

*

Creo que es conveniente dejar aquí constancia de mi última conversación en Los Baños con Alicia, en lo que puede interesar.

—¿Ha visto, Ventura, cómo las niñas Carranzas han celebrado su ascenso a pie, a la cumbre?

—He escuchado que lo han tenido en cuenta; nada más.

—En el Departamento no hay hombre que no haya trepado nuestras montañas, comerciando con Chile, afrontando viajes peligrosos.

—Aquí se experimenta la fiebre del viaje y de la empresa. ¿Quiere creer que yo he pensado también en una próxima jornada? —le he dicho, faltando a la verdad.

—¿Cierto? Aquí todos, todos lo han hecho. Lo primero que aprende el hombre de Tinogasta es a resistir largos viajes a mula, a trepar montañas, a afrontar la Cordillera y a comerciar.

—Pues yo tenía pensado lo mismo. Estoy sano ya y fuerte. Quiero cruzar los campos y hacer una entradita en Chile.

—No, Ventura, no vaya a Chile; la Cordillera es terrible.

He comprendido que teme por mí, pero que, en el fondo de su alma, desea saberme capaz de la resistencia física y del arrojo que se necesitan para cruzar, algo pasado ya el verano, como ocurriría en mi caso, aquella gran montaña.

Y, desde ya, proyecto ese viaje. Aquí no es hombre el que no ha soportado una tempestad de nieve en la cordillera de los Andes.

Y si he de vivir aquí, si he de ser fiambalense, me conviene desde todo punto de vista, ese viaje, ese bautizo de hombría para esta vida fuerte y emprendedora.

Pasarán mes y medio, dos meses, y habré emprendido la gran jornada.

Cruzaré la montaña única que se extiende de polo a polo, con distintos nombres, a través de las tres Américas.

Pisaré las vértebras de granito, recortadas por la eternidad, de la columna dorsal de la tierra.

Y con estos días de vida aquí, con este amor y aquel viaje, habré, como aconseja la Biblia, construido mi nido en las rocas.

V

LA RAZA SUFRIDA

Llevo ya quince días de estada en Saujil.

Mi viaje a la Cordillera está muy próximo.

Casi me había olvidado de Fiambalá; pero ahora, qué deseos experimento de volver allá, por dos días.

La jornada de Fiambalá a este pueblecillo raro y bello de Saujil, me impresionó mucho en el alma y en el cuerpo; mas ahora, después de haber andado por las cumbres circundantes, sería para mí un juguete ir a Fiambalá y volver a ésta de inmediato.

*

He comprendido que escribir lo que uno ve y vive es vivir dos veces o, mejor, concretar lo vivido, interpretarlo, encerrarlo en el marco del concepto y darle estabilidad en la propia alma para que los nuevos hechos, las idas y venidas del recuerdo, los matices que toman las imágenes del pasado a través de los cambiantes estados interiores, no transformen las cosas idas dentro de uno mismo.

Porque resulta que la "realidad" no es, como puede creerse, aunque haya pasado ya, algo estable, marcado con un signo permanente; sino que también es cambiante y borrosa, porque en el espejo del alma se transforma según las condiciones variables de ese espejo...

Confieso que antes miraba el pasado, la historia, como algo ya completo en sí, ajeno al devenir. Pero resulta que el pasado es movible como el presente y como será lo venidero. Las diferencias son de grado, no de esencia.

Pasado, presente y futuro participan de los mismos caracteres. Al fin y al cabo son la vida misma.

Y dentro de esa vida apenas aparecen como una relatividad en el devenir que los envuelve.

Comprendo que ha sido para mí un caso de intuición escribir estas observaciones. Quería empaparme de realidad; y ¿cómo la iba a "fijar" sin escribirla? ¿Cómo, si no así, podía evitar sus transformaciones a través de los estados del alma? Y ahora me pregunto: ¿aun lo escrito está fijado? ¿No cambia la interpretación de lo escrito según las propias transformaciones? Dejemos al tiempo este problema.

■

De regreso en Fiambalá, de Los Baños, tuve horas de meditación, como siempre las he tenido.

No puedo negar que me encontraba algo desconcertado.

¿Había pensado, al principio, meterme en un atolladero de pasión y de aventura? ¿No me habría parecido un disparate poco antes el imaginar siquiera por un momento que iba yo a atravesar la cadena de montañas más importante del globo?

¿Y por qué, por qué?

El hecho es que viví en Fiambalá unos días de reconcentración y de estancamiento de proyectos.

Traté de mirar a Alicia como a una mujer agradable cualquiera que encontraba en la vida.

Pero mi vitalidad reconquistada, fresca y "nueva", a la par del indudable don de simpatía de Alicia, me inducían a la sociedad con ella.

La mirada agradecida y a veces interrogante de doña Petrona era otro factor que concurría a que mi conducta fuese al fin condicionada por las cosas.

Los viajeros que llegaban de la Cordillera a cada momento, el relato de sus aventuras y negocios, galvanizaban las almas prestándoles arrestos de empresa y aventura.

De tal manera, imperceptiblemente comenzó a desvanecerse el raro estado de espíritu en que me encontraba. Como de una niebla difusa se forma al fin una nube de menor volumen, en mi estado indefinido y laso de alma comenzó a concentrarse un deseo.

Recuerdo bien la tarde y la hora en que se presentó, al parecer de súbito, la determinación concluyente y definitiva en mi espíritu.

—¿En qué quedó su viaje a la Cordillera? —me dijo Alicia.

Yo creí notar en la pregunta un principio de ironía. ¿Pensaba ella que yo temía la jornada? ¡Bah!...

Y le contesté inmediatamente, con un enardecimiento que a mí mismo me sorprendió:

—Está resuelto, Alicia; pronto partiré.

Ella se quedó seria, sin la menor duda de mi afirmación. Pues se lo dije de modo resuelto y firme.

En seguida pensé que no era aún mía aquella mujer. En ningún momento la había visto vencida por el amor.

Ambos habíamos dejado en tácito acuerdo entregado nuestro asunto sentimental a la elaboración cotidiana del tiempo.

No dejé de notar que la situación le era ventajosa, pues mientras yo me sentía bastante comprometido respecto de ella, ella no tenía motivo para lo mismo cerca de mí.

Recuerdo haber pasado una serie de días en que quizá vacilaba, o, por lo menos, en que no pensaba hacer nada, realizar cosa alguna.

Eran días parejos, sin alternativas, sin intensidad, fáciles, pero sin mucho sabor de vida, sin gusto de hombría y sin mayor sentido de humanidad.

Pero la sola pregunta de Alicia —"¿en qué quedó su viaje a la Cordillera?"—, me tocó la voluntad como una chispa eléctrica.

Yo creo que mi estado de alma esperaba un estímulo cualquiera para lanzar su anhelo y por detrás de él mi cuerpo.

Y para terminar de determinarme me llegó la carta de Justo Pedraza que transcribo a continuación.

Saujil, febrero 15 de 19...

Dr. Ventura Quinteros.

Distinguido señor y amigo:

Como me sería grato pasar una temporada con usted

en mi casa, me complazco en invitarlo a que me visite por algún tiempo, el que guste.

Ha de comprender usted que no puedo ofrecerle completas comodidades; pero, al menos, tendrá, además de lo indispensable, un saloncito biblioteca y escritorio para las labores de su espíritu.

Tengo nuevas de que ha sanado completamente de sus dolencias del estómago, lo que mucho me complace. Y también me han dicho que se encuentra fuerte y deseoso de conocer nuestra campiña, sus hombres y su vida.

Yo pienso ordenar un giro, realizarlo quizá yo mismo si usted me acompaña, por las estancias vecinas, así como conducir un buen conjunto de novillos a Chile. Quizá usted quiera acompañarme. ¿Qué más podría desear en tales andanzas?

Y si no lo quiere, puede quedarse en mi casa, que también es la suya, hasta que se aburra.

Lo saludo con mi mayor consideración.

Justo Pedraza.

Una tarde dije a doña Petrona que me venía a pasear a Saujil y, en efecto, un día domingo me vine.

Casi con orgullo mío, me tocó en suerte la compañía de un viajero famoso, "ño" Juan de Dios Chanampa.

Juan de Dios estuvo en la casa a las cuatro de la mañana; pero el hecho fue que yo me levanté a las ocho de un día cálido del mes de febrero. Tomé los tres mates que me brindara Alicia en persona, y salí —lo recuerdo muy claramente— al patio, en mangas de camisa, de botas y pantalón de montar. Me sentía brioso y capaz de grandes jornadas y aventuras. Yo mismo me notaba cierta viril gallardía criolla.

Me presentaron a mi compañero de viaje, que ya tenía las bestias listas.

—¿Desde cuándo espera, amigo? —le dije.

—Desde las cuatro y centavos hay ser, señor.

—Disculpe, entonces, la tardanza.

—Por mí nu'es nada, señor.

—En cuanto a mí, yo me preparo, para viajar,

durmiendo bien, primero. Ahora tomaremos alguna cosa, y en marcha.

Pero Juan de Dios no quiso aceptar nada. Ya había ingerido sus buenos mates.

Mientras yo gusté un sabroso chocolate con pan, él seguía sentado en su silla de cuero baja, con el talero, que colgaba entre sus rodillas, en las manos fuertes y nudosas.

El hecho fue que casi a las nueve partimos.

Conforme pasamos las últimas casas de Fiambalá hacia el Norte, rumbo de Saujil, se me presentaron a la vista las imágenes del desierto.

El valle amplio se extendía en todas direcciones, plano, arenoso, estéril. Hacia los cuatro rumbos se levantaban cerros como frontones del mar de arena que el viento caprichoso despertaba de su sueño gris.

Al principio traqueamos un pedregullo multicolor que bajo el casqueteo monótono de las bestias en paso de viaje producía un sonido ripioso.

Muy pronto el picor solar comenzó a poner madorosa la piel de la frente, del cuello, de las manos.

El mutismo de Juan de Dios, que se me antojó eterno, no dejó de parecerme grato.

Él iba algo encorvado, con la cabeza baja, movida al ritmo del *marchao* de su excelente mulita sillonera. Él era como una figura, como un signo que hubiera brotado del inmenso arenal.

Cualquier palabra me hubiese sido molesta porque yo conversaba con gran locuacidad por los ojos con aquella ruda naturaleza.

Un aplanamiento de arena y pedregrullo bajo la aplastante potencia del astro, reverberaba como un inmenso disco que recibía las innúmeras saetas del sol estival, tirano riguroso de esa tierra desolada.

Y sobre nosotros imperaba un esplendor duro, reseco y quebradizo como un luminoso cristal azul. Era una plancha celeste y cegadora todo el cielo. Abajo, la esterilidad gris. Arriba, el desierto azul.

No me era posible imaginar sobre ese cielo ninguno de los seres celestes creados por la fantasía mística de los hombres. Y en cuanto a Dios, cuán seguro

estaba de que nunca había dejado su rastro en la reseca y ceñuda sabana azul que ultrapasaba las cumbres.

De trecho en trecho se levantan arbustos heroicos de sequía no más de medio metro sobre el suelo; pero como ellos tienen que combatir contra la madrastra de la arena que los cría en la sed secante y los educa en el rigor bajo el desamparo de un cielo descariñado, pierden la blandura y la gracia del verdadero arbusto y son, más que eso, garras vegetales, duros miembros que el huracán, la arena y la ardentía del astro sacuden y flagelan.

Allí se ven pastizales rígidos y duros que la hacienda no come, de un color verde desleído, verde grisáceo que parece está por disiparse en el azul-seco imperante.

Ese pastito rudo se levanta en matitas diseminadas.

También se nota de vez en cuando una retama, cuyas hojas no son blandas, ensoñadoras, sino palillos como dedos entre los cuales silban los vientos.

El jume, el cachiyuyo, la totora, el junquillo, se aventuran a vivir allí su vida restringida, seca, rígida; y hasta moran vegetalillos como el pasto de perro, de veinte centímetros de altura, y la sisamora, de copa amplia y desteñida, que se atreve a florecer con evidencia, a simple vista, aunque con corola de aromas abolidos y de precario color.

Toda esa incipiente y a la vez aniquilada vida vegetal es allí diseminada, individualista, sin más amparo que su propio desamparo y sin más vínculos que la sequía y la decisión formidable de persistir.

De vez en cuando se levanta una colina de arena cubierta de pedregrullo oscuro desde cuyas alturas se dilata el oeste, porque se alcanzan a distinguir cumbres lejanas detrás de las primeras, limitativas del valle. Aquellas cimas aparecen semiveladas por una niebla azul que deja en el alma el presentimiento de creaciones grandiosas de la naturaleza.

¿Qué hay detrás de ellas? Más al oeste aún, a dos o tres días de viaje desde donde caminamos, se alza

la Cordillera, erizada de picos a cuya vera reposan muchos viajeros sepultos por la nieve.

Y luego se dilata el Océano Pacífico, cual si la naturaleza buscase la planicie acuosa como un descanso después de haberse fatigado en el infinito movimiento de las cadenas y sus hondonadas y sus laderas innumerables.

A poco andar entramos en la Pampa Blanca, donde el plano del valle se perfecciona corrigiendo sus desniveles y se blanquea con arenas más finas y casi carentes de ripios mayores.

Allí el reflejo del sol es más vivo e hiriente para los ojos, que han menester de resguardarse, si no son ojos de tinogasteño, con lentes oscuros o amarillos.

De repente, a unas cuatro o cinco cuadras de distancia, cruza tanta esterilidad y ardor astral una acequia ancha de agua premiosa y ondulada bordeada de feliz vegetación... Porque los espejismos allí también se entretienen en burlarse del viajero.

—¿Qué acequia y qué vegetación son aquéllas, ño Juan de Dios? —suena por primera vez mi palabra.

—Nada, señor... Cosas de la puna —me responde.

Y seguimos otra vez, silenciosos, nuestro diálogo mudo con las arenas y el sol.

El viento, que afortunadamente sopla del sur, aumenta a cada minuto. Como nosotros viajamos hacia el norte, nos empuja reciamente por las espaldas. Al principio no es sino una brisa, pero acrece con premura y gran fuerza.

Muy pronto inmensa niebla blanca cubre el cielo y la tierra. La arena soliviada viaja hacia el norte por los aires. Vamos sobre la arena, entre la arena, bajo la arena. Ella se acumula en nuestras fosas nasales, en nuestros oídos, en los ángulos bucales, en el cabello.

Apenas distingo la imagen de Juan de Dios, inclinada hacia adelante, tranquila, orientada sin vacilación alguna entre aquel infierno blanco.

Tengo el capricho de no hablar a mi impasible compañero; pero, al menos, me aproximo mucho a él. Experimento un deseo de no perderlo de vista.

Llega un momento en que me sostengo con dificultad sobre el caballo. Tengo que ajustar mis ropas sobre el cuerpo porque, si no, da el saco rudos aletazos como incitándome a volar.

Duelen y arden los ojos ásperos de arena.

Entre el huracán continuo siento todavía el latigazo chasqueante de una racha. Gruesas piedrecillas me dan en la nuca y me hacen doler la cabeza. Me dan en las orejas, que me arden. Creo que voy a caer del caballo.

—¡Don Juan de Dios! —digo.

Pero Juan de Dios sigue al mismo paso que primero.

Apuro mi caballo. Avanzo con los ojos cerrados envuelto por la inmensa oscuridad blanca y, casi al oído de Juan de Dios:

—¡Don Juan del Diablo! —grito.

Él se detiene.

—¿Qué hay, niño? —me dice tranquilamente.

(No me ofendo porque en la campiña se da a veces trato de "niño" al hombre relativamente joven al cual se conceptúa de superior condición social.)

—No puedo seguir; esto es insoportable —le grito entre la batahola del viento.

—Venga por aquí.

Se desvía hacia la derecha. Descabalgamos y nos guarecemos detrás de una retama. Noto que las bestias mueven la cabeza, baja, como si la quisieran esconder.

Me siento menos molesto. Me amparan la retama y el cuerpo alto y corvo y sobre todo tranquilo de Juan de Dios.

"Esta bestia alta y membruda no siente nada —penso—. Parece que su medio natural es el viento y la arena."

No sé por qué se me ocurre pensar en la edad de Juan de Dios. Su tiempo es incalculable.

"Esta bestia alta y paciente, este Job flaco y arenoso puede contar de cuarenta a setenta años de edad", pienso.

Pero la imagen de Job se va presto y se me clava en la mente la de Don Quijote. "Eso es; tiene la edad

del caballero de la Mancha este Quijote también fuerte, alto, huesudo, recio, enjuto, que se bate con igual impasibilidad contra las nieves de la Cordillera, contra los soles del desierto o contra los arenales y huracanes lapidadores de la Pampa Blanca."

De repente observo, no sin sobresalto, que las ramas inferiores de la retama, empujadas por el viento, dan en el suelo.

"Es como para temer que el huracán nos levante con retama, bestias y todo", pienso.

Pero me sereno al contemplar la figura impasible de Juan de Dios a cuarenta centímetros de mi cuerpo.

"He aquí el poder que emana de un silencio tranquilo", medito.

No hay duda de que el mutismo de Juan de Dios vale, para infundir confianza y ahuyentar recelos, más que diez mil argumentos.

Y al fin no sé, en minutos más, si es la seguridad mía la que se acrecienta o el viento el que disminuye...

Pero debe de ser el viento porque Juan de Dios me dice: —sigamos, Don— y me acerca la bestia.

Y seguimos. Aunque aún me molesta la arena, no hay duda de que el viento ha disminuido.

Y disminuye más aún.

Comienzo a sentirme alegre, y hasta satisfecho de lo que ha ocurrido.

"Ha sido una jornadita, sí." Y pienso un instante en Alicia. "Debe de estar preparando el almuerzo. ¿Acaso se acuerda en este momento de mí? Si se acuerda, estoy seguro de que no se imagina lo que acaba de ocurrirme."

El camino me prepara una nueva sorpresa, esta vez muy grata a mi espíritu.

Salíamos ya de la Pampa Blanca.

A lo lejos se distinguían los saucedales y las alamedas alegres de Saujil. "Alegróseme todo el cuerpo; sonreíme de corazón", como el Cid cuando en el juicio contra los malos yernos tuvo en sus manos, para examinarlas, las espadas Colada y Tizona.

A uno y otro lado se insinuaban caprichosa colinas de arena cubiertas de grueso ripio multicolor.

De pronto, poco antes de un faldeo, distinguí una barranca de arena finamente, pulcramente cernida en el violento cedazo del huracán.

Entre tanta energía, entre tanta torpeza de los elementos, medio a medio de los instintos desatados de esa tierra sañuda, contemplé el trabajo delicado, la filigrana prolija del espíritu proteico y caprichoso del mundo.

Porque no todo es áspero y bárbaro en el reino del huracán y de las arenas. Éstas púlense, se acicalan, se ciernen, coquetas, finas al tacto, como un mimo mujeril. Construyen ondulaciones de tan delicada y blanca harina, mientras el toro del ventarrón muge, que son ellas un descanso, una caricia, un delicado deleite para la vista y el alma. Nadie podía sospechar que el huracán espolvorizase tan delgada harina con sutiles y prolijos dedos.

Finas aristas, ángulos diedros perfectos, espirales líneas y superficies ondeantes, juego, movimiento pulido y gracioso, brinda al deleite del pasajero, con contoneos de fémina, la arena insinuante y artista.

Arrojad una piedrecilla casi imperceptible en lo alto de los delicados taludes y la veréis descender, llevada por una leve porción de esa harina en movimiento, con el más suave desliz que pueda imaginarse.

Y esta estela blanca y nimia indica la trayectoria de la imperceptible lapidación.

Porque allí tiene la arena una sensibilidad delicadísima; es poetisa y escribe en la inmensa página blanca sus delicados y sutiles poemitas.

Allí los arenales no son desolados, negadores, sarcásticos.

El páramo se entretiene en jornadas prolijas, en trabajos de orfebre, en puras filigranas.

Además, noto la rastrera sisamora, que se extiende besando con cariño la arena, dorada de tallo, roja en la florecilla... y amarga en el pequeño fruto.

—¿La come el ganado, don Juan de Dios?

—No la come, Don.

En la delicadeza de la arena, en su capricho, en su encanto blanquísimo y sutil, he creído sospechar que se deslizan sin dejar rastro las plantas luminosas de la divinidad...

Entramos en la aldea de Saujil casi en el extremo norte del amplísimo valle tinogasteño.

*

Buena vida es la que se lleva en esta villita de Saujil, en este oasis de blandura rodeado por la rudeza de la arena.

Como la puerta de calle, así como las puertas calleras, dan al sur, el viento de la Pampa Blanca las violenta todos los días. Sopla desde las once del día hasta una media hora antes del crepúsculo de la tarde.

Pero ello no es más que el aletazo del desierto.

Todas las mañanas, o casi todas, son serenas. A esas horas no hay necesidad de asegurar con puntales de madera las puertas para que el salvaje del viento no haga saltar las trancas.

Por el contrario, a menudo se las abre y se absorbe por ellas el cielo sereno y seco.

Es muy grato salir a pie en las horas matutinas y recorrer el pueblo de callejones gredosos que casi siempre están mojados por las aguas que rebosan del riego de las fincas.

Descender por caminitos que zigzaguean los barrancales castaños, a veces rojizos; internarse por entre los húmedos carrizales; asustar los "pollos del agua" que se hunden en lo tupido de los carrizos; salir por la ladera opuesta del barrancal por una senda angostísima que lo trepa en eses ágiles; bañarse en las aguas perennemente tibias que en medio del pueblo brotan a borbollones; sorber esa misma agua grata al paladar e inmejorable medicina del estómago y de todo el organismo: todo eso es mi placer cotidiano, el contento de mi músculo alegre y trepador, la serena delicia de mi cuerpo sano que, a los treinta y ocho años de edad, conquista con avidez la juventud de que nunca gozara.

Aquí no hay palmo de tierra que no parezca alegre y próspero gozador de las dulces aguas que jamás le faltan.

A la vera de los corrales el infaltable saucedal medita sobre el espejo soñoliento de los charcos.

En las calles producen las gallinas aparatosa algazara porque la sombra de un vuelo (que puede ser de rapaz), se desliza sobre la tierra. Ellas alteran con su hipócrita alarma la paz asoleada de la aldea.

Todo grito es disparado como un cohete entre la secura del aire.

En lo alto de una ondulación se yerguen casas sin blanquear, coloreadas por la greda de sus adobes, alineadas militarmente; y otras casas, oblicuas a las primeras, reverberan también el enervante solazo.

En los cercados bajos que siguen la configuración de las cañadas, bordean las acequias las alamedas alzadas como un valladar al empuje de los vientos.

Se goza de frescura en todas partes, a la sombra de un árbol, de un barranco o de un muro.

Y esas hondonadas, esos barrancales, así como los corrales construidos con enormes adobes, los bajíos mojados y llenos de tupido carrizal, las casas sin gracia alguna, los sauces vencidos por la somnolencia y el silencio, los álamos erguidos sobre todas las cosas como vigías del espacio circundante lleno de violencias; todo ello armoniza en una gracia, en una dulzura única en el valle tinogasteño.

Saujil es un rincón de blandura, un nido de ocultas caricias en una tierra áspera y violenta como pocas.

A dos pasos de sus orillas está recostado el desierto animado por impulsiones bárbaras como un león que asecha.

Porque Saujil vive dulcemente al margen de la incontenible violencia. Le llega el rumor de los baladros del huracán en la Cordillera y el viento de la Pampa Blanca la sacude con aletazos de gallo de riña; pero la buena aldea se recoge en sus hondonadas húmedas, en un caserío desgarbado, para entregarse confiadamente al nuevo día y a la frescura matinal como

un ave que se esponja entre la deliciosa tibieza de los aires.

Asentada y guarecida en un feliz rincón del valle tinogasteño, Saujil es como una paloma cuya pluma roza y riza, por momentos, el aliento poderoso de la naturaleza.

Allí terminó mi cuerpo de conquistar, para la entraña combatida por los males, la salud, esa felicidad de la víscera.

Después de almorzar, pasábamos con don Justo Pedraza al salón biblioteca, siempre limpito, fresco, cuidado con mimo.

Conversábamos por espacio de una hora, por lo menos; y entonces él se retiraba a las labores de la finca, mientras yo me aplicaba a la lectura de excelentes libros; y a veces escribía.

Él había leído mucha historia de la República Argentina, tanto los viejos como los nuevos maestros, aunque celebraba más que a éstos a López y a Mitre. Conocía bien los más famosos poemas de la literatura mundial y a menudo conversaba sobre ellos; pero yo desviaba siempre el diálogo cerca de la tierra donde reconquistara mi salud por tan largos años conjurada en vano en mi ya bastante larga vida.

Lo llevaba a hablar sobre todo de la Cordillera, de la vida nativa y sus aspiraciones, del carácter del pueblo serrano, de su inaudita fuerza vital, de Chile y sus costumbres.

Él había pasado y repasado la Cordillera muchas veces y soportado sus tempestades furiosas.

Se me llenaba la mente de imágenes, de "datos objetivos" de esa fortísima vida en esa formidable naturaleza.

Pero...

¿Por qué razón, conforme oía con deleite descripciones de la nieve, de los picos, de la fragosidad del monte, la imagen suave de Alicia me llenaba la mente?

Lo subjetivo me perseguía, se me adentraba entre imagen e imagen, y el amor suavizaba y sonrosaba las asperezas vistas en imaginación.

Comprendía que a la distancia amaba más a Alicia que en su presencia.

Hasta llegué a pensar que en todo ello se encerraba algún misterio.

Pasaba un día entero sin acordarme una sola vez de ella; pero no bien se me poblaba el alma de picos coronados de nieve, de laderas rocosas, de abismos, de senderos asechados por la muerte, ella se me aparecía, suave, femenil, entre el roquedal cordillerano.

Llegaba a la conclusión, a veces, de que no comprendía mi propia alma, mi vida en Fiambalá, ni a Alicia misma, ni los campos que me rodeaban...

Sólo sabía una cosa a ciencia cierta: había sanado, había hallado al fin la salud buscada en largos y atormentados años.

*

—Sí, señor —me dijo en la biblioteca en una siesta saujileña don Justo Pedraza— los americanos hemos defraudado las esperanzas de nuestros mayores.

—¿No será que las hemos excedido, amigo don Justo? ¿Cree usted que pudieron pensar Mitre, Belgrano, San Martín, el mismo Sarmiento, Urquiza, que en escasos años de paz tendríamos una urbe gigantesca como Buenos Aires y sería el nuestro uno de los países más productores del globo?

—Eso no lo niego. Yo también creo que ni Moreno ni Sarmiento, para citar los más clarividentes, han podido pensar en tanto esplendor; pero la gente, doctor, las almas...

—En todas las épocas, amigo don Justo, la gente cree corrompido el presente, que lo ve en detalles, y justiciero y virtuoso el pasado, que lo ve en recuerdo, o en historia, que es lo mismo. Y ese recuerdo evoca a veces épocas terribles de decadencia y corrupción.

—No digo eso precisamente. Su observación es muy justa, y hasta profunda, si quiere; pero yo me refiero al corazón, al sentimiento, doctor, a la grandeza de alma. Ahora hay muy poco corazón...

—No olvide que inmediatamente detrás de nosotros están la anarquía, la montonera, la violencia, la tiranía,

la sangre extravasada; y más allá, están Roma corrompida, Pompeya y Herculano...

—Pero un poco más lejos de nuestro pasado inmediato están las figuras nobilísimas, únicas, de Moreno y de San Martín, la figura de Washington y la de Bolívar. Mas dejemos a Estados Unidos. Vengamos a nuestra América, a la América hispana.

—Y bien; vengamos... ¿En qué defraudamos las esperanzas de nuestros mayores? Concrete, amigo, venga a esta vida, a la vida que ambos estamos contemplando. Aquí en el valle tinogasteño, ¿defraudamos esas esperanzas? ¿Qué hacemos, o qué es lo que dejamos de hacer, para defraudarlas?

—Usted puede ser que no lo vea, que no lo palpe, y se explica, por su corta permanencia en el valle. Pero yo lo siento en mi alma y lo experimento en mis negocios, en mis trabajos, en mi bolsillo, ¿sabe?

—Deseo saber cómo.

—Tomemos como ejemplo algo muy sugestivo a mi modo de ver. ¿Sabe usted cuánto pagamos los hacendados por cada toro que llevamos a Chile, por razón de impuestos?

—¿Cuánto?

—Dieciocho pesos oro nos cobra la aduana chilena, y se sabe que la tarifa se elevará mucho más.

—¿Y por cuánto se vende allá un toro, y cómo se realiza el negocio?

—Usted puede vender en conjunto una partida de toros, a tanto cada uno, "al barrer", es decir, como si cada toro tuviese el mismo precio. Se vende también muy comúnmente a "peso vivo", es decir, que al toro lo vende usted vivo según su peso.

—¿Cuál es en Chile la unidad de peso vivo, en la práctica, y cuál el precio de esa unidad?

—Se vende a treinta centavos chilenos la libra de peso vivo.

—¿Y cuál resulta el precio del toro?

—Cuatrocientos, quinientos, seiscientos pesos chilenos y aún más.

—Por cada vaca, ¿cuánto se paga por impuestos?

—Nueve pesos oro.

—¿Y cuánto gana un peón chileno?

—Según lo que trabaja.

—Un peón agrícola, ¿cuánto gana?

—Tres pesos sin la comida, más o menos.

—¿Y cuánto vale un kilo de carne en Chile?

—Vale más o menos cuatro pesos, habiendo llegado en época de encarecimiento, a valer hasta siete pesos.

—De modo que un peón agrícola...

—Eso es, doctor, y a eso quería llegar; un peón agrícola chileno no puede comer carne argentina. Y un peón minero gana más o menos diez pesos por día, de modo que un kilo de carne le llevaría la mitad de su jornal. ¿Y cree usted que un jornalero o un obrero de fábrica pueden comer nuestra carne? [1]

—Evidentemente no.

—Tenga además en cuenta la carestía de la vida en Chile durante todos estos años, la cual carestía se acentuará más aún. ¿Sabe lo que vale el fuego para cocinar y para calentarse en invierno en el norte de Chile?

—¿Cuánto?

—La leña llamada allá "de varilla" cuesta diez pesos la carguita a burro. Y la leña de pisco (que aquí llamamos tramontana) cuesta siete pesos la carguita. Y ni una ni otra son leñas de primera clase, o de altas calorías.

—¿Y qué otros productos se exportan a Chile?

—Se llevan ovejas, corderos, cabras, quesos, telas criollas, etc. Pero le debo advertir que cada vez el intercambio comercial (porque de allá también se trae), es menos importante a causa de los impuestos y de la menor actividad de la vida del norte tanto de Chile como de la Argentina. Nos hacemos la guerra económica, doctor. Y lo peor es que ni siquiera nos la hacemos nosotros, el pueblo, sino que nos la hacen los Estados chileno y argentino, sobre todo el Estado chileno, sea dicho en honor a la verdad.

—¿Y qué consecuencia saca usted?...

—Que no somos hermanos, ni siquiera amigos. Que

[1] Datos anteriores a 1929, año en el que se publicó la 1ª edición.

los ideales de nuestros mayores han fracasado. San Martín fue a Chile con un ejército argentino, a libertarlo. Y pasó al Perú. Bolívar vino del norte y se encontró con San Martín en Ecuador. Conforme surgió entre ambos la rivalidad irremediable, San Martín abandonó el teatro de su gloria, repasó la Cordillera y fuese a Buenos Aires, donde se le pretendió imponer que usara su espada de libertador para sofocar la anarquía interna.

—Pero él no consintió jamás en luchar contra un americano.

—Porque vivía en él el ideal americano, la fraternidad americana.

—Y Bolívar pretendió constituir la unidad hispanoamericana.

—Justamente. Y en la República Argentina han existido constituciones de Estados provinciales que hablaban del ciudadano americano, según las cuales constituciones el hombre de América gozaba en esas provincias de los derechos políticos del nativo.

—Así creo que es.

—Y ahora, doctor, los argentinos no podemos brindar a través de la Cordillera, al pueblo chileno, un pedazo de carne. Apenas se lo podemos llevar a los privilegiados de Chile, a los ricos. Allá los pobres, el pueblo, sólo se alimentan de porotos y harina gruesa.

—Antes les mandamos un héroe con cuatro mil hombres que iban a derramar por ellos su sangre, a sacrificar su vida y la felicidad de seres amados...

—Les mandamos la libertad a todos, a los ricos y a los pequeños... Y ahora no podemos llevar al pobre roto una libra de carne ni un poncho que lo abrigue en el invierno. ¿Qué significa esto, señor?

—Que no hay para los hispanoamericanos una Hispanoamérica. Sólo hay Estados hispanoamericanos egoístas, enemigos a veces hasta de sí mismos. No deberían de existir aduanas entre las naciones de Hispanoamérica. Y sobre todo, para los artículos de primera necesidad. América debe tener, tiene, amigo, un ideal económico, así como un ideal político.

—Pero ni uno ni otro se cumplen. El egoísmo de los

Estados cunde en el comerciante, en el traficante de la Cordillera, tan lleno de hombría y de briosas iniciativas. Y el que pasa la Cordillera sufre en país hermano.

—Pero, ¿por qué se va el argentino? ¿No tiene aquí asegurada una vida modesta? ¿No son acaso propietarios, por otra parte, casi todos?

—Sí, doctor. Lo son casi todos, si no todos. Pero los muy pequeños propietarios no pueden vivir de sus propiedades, y trabajan en las ajenas. Y aun así, tienen aquí asegurada una vida humilde y más o menos higiénica.

—Y, ¿entonces?...

—Se van llevados por la esperanza siempre vana, por un afán ambulatorio... Se van también para pasar la Cordillera, porque, ¿sabe?, la Cordillera atrae con irresistible fuerza al tinogasteño de toda condición social y económica. ¿Cree usted que los hombres acomodados tenemos necesidad de exponer nuestra salud y nuestras vidas? ¿Cree usted que nuestras ganancias son espléndidas? No, doctor. A veces perdemos miles de pesos, porque se nos hiela el ganado. O quedamos casi ciegos por las nieves. Sufrimos lo incontable. Juramos no volver... ¡Pero volvemos! La Cordillera es formidable. Y su amor es terrible...

*

Así eran nuestras conversaciones. A través de ellas y de lo que veía y observaba aprendí a amar la región, cuya fuerza, cuya vitalidad, cuya fiera energía me parecieron únicas entre todo lo que llevaba conocido en el país.

*

Como salía a caballo, generalmente con don Justo, durante las tardes, conforme el viento permitía la jornada, muy pronto me puse apto para viajes mayores.

No había practicado jornadas más extensas que de Fiambalá a Los Baños o de aquella aldea a Saujil, más o menos iguales; pero el andar a caballo todos los días,

ir a Medanito, recorrer las lomadas ripiosas de los alrededores, soportar fuertes vientos sin temor y sin pronunciada molestia, me dejaron el cuerpo apto para realizar verdaderos viajes.

Experimentaba además un fuerte deseo de recorrer distancias, de trepar cerros, de dilatar horizontes, de acometer aventuras en las inmensas soledades. No se me ocultaba que me aguijoneaba, y aún me estimula, el recuerdo de Alicia. Volver a su lado hecho ya todo un hombre, según el concepto común, era para mí un sueño romántico. Es, todavía...

¿Un sueño?... ¿Pero me atrevo a pronunciar la palabra?

No; un sueño, no. Es la busca de una ventaja al lado de Alicia. Deseo, porque me conviene, parecer un hombre interesante por más de un aspecto cerca de ella. Que ella comprenda que tiene a su vera todo un hombre capaz de soportar y hasta de dominar el medio...

Y entonces vendrá la realidad de mi vida, la realidad de un hombre sano y optimista que trabaja y progresa. Eso es todo. Busco la madurez de una realidad.

■

El hecho fue que yo mismo le insinué a mi ya querido amigo don Justo Pedraza la conveniencia de que fuéramos por las estancias cimeras.

Faltaban pocos días para elegir diputados nacionales. Y don Justo, que por gravitación natural de su personalidad era un fuerte caudillo, podría hablar con sus principales amigos en vez de mandarles un mensaje, como solía.

Y previnimos el viaje.

Hizo preparar don Justo mulas cargueras y aparejos; y un día muy temprano salimos alegremente, con la frescura matinal, en dirección a la villa de Medanito, desde donde debíamos tomar la del este, entrar en la sierra y trepar la cumbre, en busca de la casa de Juan Cicharro.

Contratamos para la jornada a Juan de Dios Chanampa, que oportunamente llegó a Saujil de recorrer

los interminables caminos, especie de Ashaverus voluntario cuya vida y única felicidad consistían en trasponer horizontes y dejar atrás leguas y leguas para, una vez vencidas, tomarlas otra vez por delante.

Él conocía ya todos los senderos. Le habían ocurrido infinitas aventuras, y agotó casi la posibilidad de que le pasaran cosas nuevas por su modalidad, salvo el encontrarse en una de tantas sendas con la muerte.

—Es un hombre original —me dijo don Justo—; tiene el vicio de las leguas.

—Me parece que este hombre, de tanto darles alcance, dejarlas atrás y enfrentarlas de nuevo, ha domesticado ya las bestias azules y ariscas de los horizontes —le observé.

Cuando partimos, llevaba don Justo en las mulas cargueras abundante yerbamate, azúcar, harina, tabaco, maíz y trigo para distribuirlos entre los amigos o vendérselos a mitad de precio de costo, según me dijo.

A las ocho de la mañana comimos un abundante churrasco en Medanito y nos lanzamos páramo arriba, hacia la montaña casta y pura, en busca de la vivienda de Juan Cicharro, la primera que debíamos tocar.

Era necesario realizar una jornada tremenda para alcanzar la casa, colgada de una nube, de Juan Cicharro.

Imponente es el desierto corvo que se atraviesa para llegar al cuerpo sólido de la montaña.

El arenal inmenso "hace pie" en el valle y lanza su masa porosa sobre el monte, con aspiración de cima. Y ha trepado ya, en parte, hasta los tres mil metros de altura.

Fáltale una jornada, un tercio de monte para llegar a la cumbre. ¿En cuántos siglos ha realizado la ascensión? Nadie podría decirlo. ¿Cuánto tiempo le falta todavía para cumplir su designio? ¿Quién podría calcularlo con exactitud? ¿Cuánto tiempo aún mantendrá su multisecular voluntad gris?

Sea como sea, esa voluntad se dilata con el tiempo, y su táctica es segura. Entrega al soplo del aire su cuerpo inagotable; y así, impulsada por él, trepa sin cesar la arena invasora.

En un esfuerzo multisecular se ha lanzado la arena

en parábola desde el plano del valle hacia la cumbre, corva y tenaz, como una espalda sobre la ruda tarea. ¡Y vencerá!

Vencerá, sí, porque trabaja con la decisión de la entraña agria qua ya no abriga más ilusión que la dolorosa de alcanzar, de poder, de llegar. Tiene un alma feroz ese pedazo de tierra. Es la fiera gris que ha olfateado la humedad de la cumbre predilecta del rocío y de la nube pasajera.

Cuando la contemplo, oigo con los ojos el bramido mudo para el oído que lanza como un clamor inmenso que rebosa todo el amplísimo valle. Brama como un innumerable criadero de leones erizado de poder, de dolor y de ansiedad.

¿A qué aspira? El arenal reseco (donde pasa un año y aún más sin llover), poroso, inmensamente desamparado, aspira a sentir sobre su grano gris olvidado por Dios, el roce húmedo, la caricia blanda, consoladora, de la nube que en jornada aguanosa ama las cimas.

Él desea cubrirse la cabeza cálida que ha luchado contra la fatalidad inmutable y contra Dios mismo, y que padece de fiebre blasfema, con el paño blando y húmedo de una nube. Él anhela rozar su arena maldita con la bendición fugaz y bienhechora del nublado que llega a menudo a la alta región del monte. Él sueña dormir cien mil noches seguidas en las cumbres estrelladas, recibiendo en el pecho abierto la palpitación de los orbes y el descendimiento imperceptible y renovador del rocío, allá abundante y muy fresco.

Y lo conseguirá... salvo que llegue un día en que Dios ordene a los vientos que soplen hacia lo bajo del valle... Pero él esperará entonces su triunfo de ese fatalismo tan conocido por los griegos que vence a los dioses, para tenderse, hacia el agotamiento, quizá, de los días, por las cumbres y las ondulaciones hoy verdes y pastosas en que pace el ganado mugidor, allá donde el ternero llama con voz húmeda y lechosa a la madre, y donde la vaca, con su lengua dulcemente áspera, peina el alboroto de pelos del ternero.

Cruzar a mula ese desierto corvo (tendida a la mirada está su amarga curvatura), es un tormento dantesco.

Si sopla viento, la arena en acecho acude a la ocasión de subir.

La imaginación cambiante, el espíritu versátil, cuántas cosas imaginan envueltos por la nube de polvo volandera. Ya es esa tierra una mujer gris, eternamente deseosa, que espera en todo instante al viento, que llega maullador y cálido, y le levanta las faldas blancas en un idilio monstruoso.

Ya es uno de los círculos del infierno dantesco. Y los que lo cruzan, son las almas condenadas que luchan con desesperación por no ser absorbidas por la tierra sedienta y porosa. Se hunden hasta las rodillas... Van a ser inmersas en el fuego gris de la entraña arenosa y, entonces, consiguen libertar el miembro hundido, cuando ya el otro miembro es aspirado por la ansiedad implacable de la arena. Y así se prolonga la lucha bajo la eternidad.

O bien es un lecho universal para el definitivo, para el amarillo sueño. Allí reposará toda la humanidad y toda la vida. El lecho se ampliará, ocupará la redondez del globo y, al fin, toda la tierra será como el ataúd blanco de la luna, y vagará convertida en tumba en el espacio.

Mientras todo eso imagina el viajero, se ciñen las pantorrillas a los flancos de las mulas, aprietan los puños, en tensión, las riendas, el ceño se frunce, y se avanza con la resolución que emana del león en los paisajes.

Una "oscuridad blanca" envuelve al viajero. Se espesa, si acrece el viento, el arenal soliviantado, y apenas se ve, a tres metros de distancia, la sombra del guía que, fantástico, "gritonea" con energía a la mula. Y, aunque muy despacio, se avanza siempre. Ya se saldrá de aquel suelo poroso que se lanza al aire. Ya se pisará sobre el flanco firme de la montaña.

No desespera por eso el hijo de la tierra. Él tiene también el corazón gris, como la arena, lleno de fuerza. Su pupila fría no tiembla al mudo rugir del paisaje.

No se termina el paso cuando ya el hondo rastro es cubierto por obra del viento y la arena, que no dejan señal de la vida fugaz que la surca.

Allá no hay solares ni divisorias, ni mojones, como las almas no se dividen el infierno, ni el fuego astral parcela el infinito. No hay más mojón que el índice de la eternidad, que señala desde las cumbres a los astros que aquí palpita un planeta andariego y fervoroso.

Al fin obtiene esa marcha lenta y tenaz el premio de ultrapasar el infierno gris y de poder medir el paso sobre el piso firme de la montaña.

Se respira un aire redimido y se dialoga en azules frases con el cielo. El sol dora nuestros pensamientos y las palabras gozan en bullir como abejorros en un ambiente puro y luminoso. Y las palabras abejorros zumban y se lanzan a lo alto, a lo alto, hasta hundir las patitas amarillas en la miel azul de las cumbres.

Ingiérese espacio puro a grandes tragos y se satura el pecho de cielos.

En un solo deleite tendido hacia lo alto se llega a la cumbre.

Aparece el inmenso valle de Medanito indecisamente, tembloroso, irreal, en fantástica hondura, desde la cima.

Da cierta lástima contemplar los bajíos donde se mueven las pobres almas. Y uno imagina que tal vez en altísimas regiones del aire, donde todo es luz y serenidad, vivan seres etéreos, comparados con nosotros.

Ya en la cumbre, el casco de las mulas roza los pastizales, y los hocicos, en diestras estiradas, mientras se marcha, aprehenden plantitas verdes que, al ser masticadas y machucadas entre el freno, producen una espuma vegetal cuyo olor de alimento fresco y de verdura feliz absorben con deleite las narices de las bestias.

Se anda, se flanquea, se contramarcha, en una región casi sideral, y al fin se llega a la "casa" de Juan Cicharro, situada en una hondonada de la cumbre.

Un pircado circular de ochenta centímetros de alto con una abertura de medio metro de luz, sin techo alguno, es todo el palacete del montañés, que tiene la suprema gracia, la sonriente poesía, de haber sido construido con piedras celestes y doradas, de cielo y de sol, en la divisoria misma en que separan sus dominios la esfera azul con la esfera morena.

En vez de un relato circunstanciado, en detalle, he querido dejar impresa, por única vez, la emoción que me ha causado la primera parte del primer viaje de importancia que he realizado en el país de la raza sufrida.

Esa emoción es también una realidad íntimamente unida al dato objetivo que hirió mi cerebro en sensaciones fuertes, como golpes.

*

Estamos en un bajo nivel de la cumbre.

Llegamos a la "casa" de Juan Cicharro, y un perro flaco pero decidido nos ataca con fiero ladrar y con evidentes intenciones de morder el garrón de las bestias.

Juan de Dios descabalga y mide las costillas del can con un azote que repercute en la acústica siempre alerta de la serranía.

Y nos posesionamos del pircado, que no parecía tener otro dueño o cuidador.

De un vistazo hago el inventario de las cosas que allí están: una montura con dos caronas al parecer, tres cojinillos y cinchas con hilos cortados, cubierto todo por la parte superior con un cuero de ternero, y visible por los costados; un balde de latón; un asador de hierro; y una olla renga de hierro también. Veo asimismo un como baúl de cuero tosco, jergas, sobrepelos.

—¿Ésta es toda la vivienda de Juan Cicharro, amigo don Justo, y éstas todas sus comodidades? —le pregunto.

—¿Y cree usted que pueda necesitar otra cosa un hombre que lleva su vida? En el balde tiene agua para beber. En la olla cocina su grano. En el asador asa sus churrascos. En aquella petaca guarda sus provisiones y sus ropas de bajar al poblado. ¿Cree usted que con esos elementos no puede vivir, y hasta con comodidad, un hombre? —me contesta.

—Pueda que sí en cuanto al comer y beber; pero ¿dónde, bajo qué techo se guarece Juan Cicharro cuando llueve o cuando nieva? ¿Nunca se sombrea bajo el solazo, ni se resguarda del frío?

—Ésas no son necesidades para él, amigo. Le llueve y le nieva encima, y después se le secan las ropas en el cuerpo. Y en cuanto al sol... ¿qué puede hacerle a Juan Cicharro? Además, usted nota la frescura de este ambiente, bajo el puro y espléndido sol que tenemos.

—¿Y cuando se enferma?

—No se enferma. La región es, además, saludabilísima. Aquí jamás ha llegado una epidemia. Y quizá a usted le toque experimentar que uno aquí no se resfría aunque le llueva encima y se le sequen las ropas en el cuerpo.

—¿Pero qué vida es la de este hombre en esta soledad? ¿Es soltero? ¿Nadie lo acompaña?

—Vive solo con sus perros.

—¿Y a qué hora viene de los campos a su casa? Tengo impaciencia por verlo.

—Cuando el campeo es largo, vuelve a la oración o apenas entrada la noche. Y si es corto, regresa a media tarde. Posiblemente a la puesta del sol ha de llegar.

Del lugar donde estamos no parece el valle.

Hacia el Norte la cumbre se yergue en un mogote áspero, pedregoso, entre cuyas rocas emergen alegres, pujantes, verdes, las pajas jóvenes.

Pero en la depresión de la cumbre donde se asienta el pircado circular de Juan Cicharro, apenas si se notan algunas piedras entre el verde y tendido pajonal.

Rubicundez de sol y verdeguear de pastizales es toda la cumbre.

Sí; toda la cumbre es una solana erguida y coloreada donde se tuestan el cuerpo y el alma envueltos por la secura propicia del aire.

El sol cae con tal fuerza punzante sobre la piel entre ese aire rarefacto, que uno lo siente llegar hasta los huesos.

Hacia el lado oeste de la depresión cimera donde el pircado se asienta, pártese la montaña en una honda quebrada, de modo que al frente aparece la otra ladera. Y como el declive rápido comienza a dos metros de la "casa", la *pirca* es como un pretil sobre el abismo.

En el fondo serpea escurridizo y largo como un pez de plata un hilo de agua.

Placenteramente se respira con profundidad el fresco y asoleado cielo en que estamos sumergidos. Una brisa constante inclina el pastizal que rumorea quedamente.

Almorzamos un churrasco preparado por Juan de Dios y nos echamos de costado sobre jergas tendidas en el pajonal.

Me adormezco en la frescura del aire, bajo el sol; no sé bien si sueño o imagino que navego a cubierta en una nave que cruza la Vía Láctea entre islas de oro incandescente. Y en puerilidades celestes se pasan las horas.

Me incorporo.

—¿Dónde estoy? —pienso.

—¿Ha dormido bien? —me dice mi excelente amigo Justo Pedraza.

—¿He soñado, pues?

—Señal de buena salud, de inmejorable estado físico. Yo temía que la puna le quitase el sueño.

El sol se ha hundido ya detrás de la Cordillera, y chisporrotea en las aguas del Océano Pacífico.

Se tiende ampliamente abierto por todo el Oeste un abanico luminoso, rojo, cuyas varillas son rayos solares que franjean el infinito.

Qué profundamente sereno marca su tic tac, en mi pecho, el péndulo que mide los segundos de mi vida.

Me parece que todos estamos sumergidos en el Oeste clamoroso de luz y que el abanico solar nos traspasa y nos colorea el alma.

Pero me sacan de ese imaginar unos gritos humanos que ondulan caudalosos y rebosantes en la depresión donde estamos.

—Juan Cicharro, que viene —dice don Justo.

—¿Dónde? —le pregunto.

—No aparece aún, pero ya asomará.

—Va a salir por el mogote, Don —agrega Juan de Dios.

Y a los pocos minutos vemos sobre el filo erguido varias figuras que no distingo con precisión.

Don Justo, después de mirar, me alarga sus catalejos, sonriendo.

—Vea eso...

Miro. Sonrío también bajo los anteojos.

Un hombre trae tomada de la cola una vaquillona a todo trote por entre la áspera y pedregosa bajada. Se sirve de la cola como si fuera un timón.

Cuando él tira hacia la izquierda obliga a la vaquillona a variar el rumbo a la derecha; y así la trae por donde quiere en áspero y apresurado trotar que la pendiente precipita.

—¿Es original, no es cierto? —me dice don Justo.

No sé si es cómico o sencillamente fuerte y hermoso. Este hombre parece que se ríe de la fragosidad de la montaña y se chancea con los precipicios.

Muy pronto está cerca de nosotros Juan Cicharro. Tres perros lo acompañan al trote sin hacer caso alguno del animal.

El perro que estaba con nosotros ha huido al encuentro de su dueño a los primeros gritos de Cicharro.

Llega, sujeta a la vaquillona por la cola al lado de un poste que ha plantado como a quince metros del pircado, y grita:

—Traiga un tiento, ño Juan de Dios, pa que la atemos. Y la ata al poste.

—¿Cómo te va, Cicharro? —saluda don Justo.

—Ordene, señor. De arriba loi conocío. Ji, ji, ji.

—El doctor Ventura Quinteros; te lo presento.

—Ordene, pues, Don. Ahijunita —agrega reteniéndome la mano en la suya— primer doutor que pisa mi casa. Ji, ji, ji.

Los "ji, ji, ji" de Juan Cicharro montados en el aire seco, recorren la cumbre en brioso galope. Juan ríe como si relinchara.

Su vestido es original como todo él.

Le ajusta la pierna un calzón que le llega a la rodilla, hecho de un tejido de lana tan burdo que los gruesos hilos están a la vista. Lleva una chaqueta corta del mismo tejido al estilo de una tricota.

La media, alta, se une con el calzón con trabas de metal y tiene una hendidura cosida, aparente para dejar aparte el dedo grande del pie, que cobra con ello verdadera individualidad.

Calza "ushuta"; y por entre el dedo grande y el

siguiente va el lazo de cuero (tiento de la "ushuta"), que asegura la ojota en la planta del pie.

Trae un sombrero de un tejido semejante al descripto con una cinta hecha de varios cintillos unidos, de distinto color, a la que llaman "toquilla".

(Me explica don Justo que los tejidos burdos se fabrican en las estancias, como trajes para hombres y mujeres, por las compañeras de tales varones.)

—¿Ha andado mucho hoy por el campo, amigo Cicharro? —le pregunto para oírlo hablar.

—Desde esta mañana tempranito, pues, después del mate y el churrasco.

—¿Y qué anduvo haciendo, Cicharro?

—I juntao unos cinco novillitos pa venderlos a don Inocencio, pues. Además i encerrau en la ensenada las vacas preñadas.

—¿Y ya le dio la plata?

—Parte me ha dau en plata y parte en vicios, pues, y en trapos de abajo.

—¿Trapos de abajo?

—Géneros del valle —me explica don Justo.

—¿Y cómo se atreve a guardar dinero aquí y a dejarlo sin cuidado alguno?

—Si no lo dejo aquí, pues. Ji, ji, ji.

—¿Lo lleva al valle cada vez que realiza una venta?

—¿Al valle? Cuando yo casi nunca bajo al valle, pues.

—¿Y entonces?...

—Aquí no más, en la montaña, lo entierro.

—¿Y hace mucho que entierra dinero en la montaña?

—Desde qui tenío vacunos y empezau a vender, pues.

—¿Y los otros hacen lo mismo?

—Pero lo mismo hay ser, pues, doutor. Ji, ji, ji.

—Sólo hay dos estancieros en el cerro —explica oportunamente don Justo— que tienen sus dineros —muchos miles de pesos— en el banco. Los demás lo guardan enterrado en lugares secretos, durante años y años. Este muchacho Cicharro ya debe tener una fortunita enterrada. ¿No es así, Juan?

—Nu'hay cómo será, pues, señor...

Y se llevó la mano al bolsillo, de donde sacó unas hojas secas y masa pastosa de color gris-sucio que llevó a la boca y masticó con placer en el lado derecho de la misma.

—¿Usted nu'hay saber coquiar, no? Ji, ji, ji.

—¿Coca es lo que mastica? ¿Y esa pasta grísea?

—La llicta, pues, harina con ceniza de jume.

Como teníamos que cenar a pleno día por falta de comodidades, ordenó don Justo a Juan de Dios que trajese leña para prender un buen fuego.

Pero el "domador de horizontes", como yo lo llamaba sólo en pensamiento, que conocía todos los campos y toda esa vida, había tenido la previsión de arrancar de la ladera, mientras ascendíamos, buenos tallos de tola, con que inmediatamente hizo una reconfortante fogata.

La brisa, que disminuía en velocidad, se puso tan fría, que me obligó a emponcharme y a colocarme junto al fuego, a pesar de la molestia del humo.

Me pareció que de todo el inmenso incendio solar del poniente no nos restaba sino unas llamitas, condensadas en la tola, y que nosotros rodeábamos temerosos de que se nos escapara hacia el occidente.

El fuego proyectaba nuestras sombras, que se desvanecían en el espacio.

Prendíamos nuestro pequeñito resplandor de leña de tola en las fauces del abismo y nos absorbía la infinidad.

¿Éramos fantasmas que en una noche mágica nos citamos en la cumbre de la montaña?

Pero no, no... Yo soy Ventura Quinteros, "el doutor", un pobre hombrecillo de allá, de los bajos... Un hombrecito que tiene pequeñitas aspiraciones, un amorcillo, un recuerdo perfumado de mujer, un dolor insignificante y unos anhelos indecisos que jamás termina de concretar... Como todos los hombrecillos de allá, de las tierras deprimidas...

—Venga, don Juan de Dios, vamos a ulpar un frangollito. No ha de estar muy fierazo. Ji, ji, ji.

Me reconquistó de las garras de las fantasías y de una melancolía incipiente la voz de Juan Cicharro.

—¿A "ulpar" un "frangollito"? —le pregunté a don Justo.

—El frangollo es maíz o trigo machacado, resquebrajado, que luego se ablanda en agua hirviente. Y "ulpar" (o "cochar") significa comer.

El abanico de varillas solares había desaparecido del Oeste misterioso.

Una inmensa mancha rojiza era todo el occidente.

Como nuestro pequeño fuego disipaba nuestra mezquina sombra en el espacio, la hoguera ingente del Oeste difundía en lo infinito la sombra obsesionante de Dios.

Como no quiero ser presa de las imágenes en aquella soledad, pregunto:

—¿Y cuando llueve mucho, ño Juan Cicharro, por cierto que no sale a campear?

—¿Porque llueva mucho, no más, Don? Ji, ji, ji.

—¿Y cuando nieva o graniza?

—¿Porque nieve no más? Ji, ji, ji.

—¿Entonces?...

—Salgo toitos los días, patrón. Siempre hay que rondar la hacienda. ¿Y qué más v'hacer uno, aquí?

—¿Y los leones? ¿Los cóndores? ¿Y los cuatreros?

—Par'eso tengo el wíncher, pues. Ji, ji, ji.

Las primeras sombras, ralas, tranquean, pasan en un trote fantástico por el aire. Se espesan.

Como lejanas chispas de la hoguera del occidente, brillan las estrellas.

—Aquí tiene, doctor Quinteros, una excelente cama, muy abrigada —dice don Justo—. Y con este pañuelo de seda átese la cabeza, cubriéndola, para que no lo resfríe el rocío —agrega.

Las sombras se han espesado ya.

En cinco minutos más, sobre mi sueño de criatura humana, titilará Dios en lo infinito, pienso.

—Pero hombre, ¿qué manía mística se me ha metido en el alma? —me pregunto a mí mismo, en silencio.

Y es mi última pregunta de aquel día.

*

Sólo con la aurora me desperté.

Juan de Dios y Cicharro habían ya traído las bestias que la noche anterior largaron acollaradas en el campo.

Conforme hacía en la cama el menor movimiento me parecía que me daba en la piel el remuzguillo que soplaba.

No había previsto que en la cumbre hiciera tanto frío al amanecer, en estación aún estival.

Me encogí y metí la cabeza bajo las cobijas y así dormité una hora más, soñando a ratos. Y no sin gran frío me levanté.

Era tiempo, porque ya estaban ensilladas las bestias. Fuime a la vera de un espléndido fuego de tola donde calenté el cuerpo no acostumbrado a la frescura sutil de las cimas.

Qué diferencia entre las horas que llevaba de cumbre y las blandas, cómodas y mimosas pasadas en Fiambalá.

Sin embargo, si me hubiera sido posible retrotraer las horas y los hechos, no hubiese jamás desistido de mi salida a la cumbre, ni siquiera del terrible paso del desierto corvo que se cruza para llegar a ella.

La belleza de la cumbre tiene siempre algo de heroico. Es una belleza pura, simple y fuerte, como el alma de un joven héroe.

Y esto lo comprendí más aún cuando partimos, no sin que don Justo dejase a Juan Cicharro un regalo de harina, de coca, de yerba mate y de azúcar.

Percibí cuando le dijo:

—Ya sabes que hay que ir a votar. Avisa de mi parte a los amigos de siempre.

—Está bien, señor... Pero si viera cómo se me destroza el aperito, viejo ya, en cada salida pa votar. Y la mulita está vieja, Don Justo; se me cansa y se me enflaquece. ¡Las chirolas que me cuesta cada salida! Y los centavos que tengo que dar a los amigos...

—Pero hombre, si tú sabes que yo les pago el alquiler de los animales y de las monturas de ellos mismos, para que se trasladen.

—Claro que sí, Don. Pero cuando vuelven, empiezan a decirme que tienen que componer un aperito; que

yo los hi visto pa que vayan... Son terribles, señor; muy interesáus. La gente se ha puesto muy...

—Bueno, Juan, yo te pagaré la flacura de tu mulita vieja, la descompostura de tu apero viejo también, además del alquiler de ambos, y te daré para los reclamos de los muchachos.

—Así ya se puede dir uno p'abajo. ¡La pucha qu'es cara la política, Don!

Partimos.

Juan Cicharro nos dijo que nos acompañaría sólo hasta la cima del mogote del norte, por donde lo habíamos visto descender el día anterior, pues él tenía que campear por el lado del sur.

Una vez más pude admirar la elasticidad y la alegría muscular de sus movimientos, pues se comprendía que su cuerpo gozaba en andar, así como mi pulmón se exultaba con recibir el aire casto, sutil y fuerte de las cumbres.

No llevaba sombrero. En su greña abundante, larga, envedijada, gruesa y oscura, un peine saltara en pedazos.

Juan llevaba en la cabeza un matorral intrincado. Y con tal motivo, se me ocurrió que quizá podría ser domeñada la selvatiquez de su greña con una hoja de cacto erizada de espinas, a modo de cepillo.

Con fatigoso esfuerzo de las bestias llegábamos a la cima del mogote.

Dos pasos más, y quedaría oculta a la vista la maravilla de simplicidad que era la vivienda de Juan Cicharro.

Detuve la marcha de la bestia y me di vuelta para contemplar el pircado por última vez.

Se percibía claramente el pircado circular, con su abertura. Y hasta distinguí a través del aire puro que destilaba gotas de luz, uno o dos bártulos de Juan, que habían quedado fuera de la pirca.

Ya en la cima del mogote, Cicharro se despidió de nosotros.

—Güelva, Doutorcito —me dijo— aquí las noches son fresquitas, lindas pa dormir. No se acobarde, pues.

Y traiga trapitos de abajo —añadió significativamente.

—Cuando usted me preste su cuerpo para machacarlo en el viaje voy a volver, amigo, con los "trapitos de abajo".

—¿Qué, se ha cansau? Ji, ji, ji.

Y retornó su cuerpo oscuro y reidor a su vivienda solitaria y silenciosa seguido de sus cuatro perros.

Movía con ligereza su cuerpo, de regular estatura, más bien alto que bajo, y algo gordo. Sus músculos jugaban con su sólido peso.

Difícil me será olvidar su figura original, sus ojos negros, su piel oscurecida por la estirpe y el sol, sus pies enormes de trepador de cimas, sus manos recias de dedos cortos y gruesos.

Juan de Dios Chanampa va adelante por la senda estrecha. Lo sigo yo.

Voy pensando en algo que no puedo solucionar, y pregunto:

—Dígame, Juan de Dios, ¿cómo se las arregla Cicharro en asuntos de mujeres? ¿O tiene alguna "novia" en los pueblos vecinos?

—Noi sabío, señor.

—¿Y los demás puesteros?

—Muchos son casados y otros viven con mujer, así no más.

—Por ahí debe de tener alguna Juan Cicharro.

—No tiene, señor.

—¿Y entonces?...

—Le achacan con las potrancas, doutor; y disculpe.

Seguimos.

El sol nos cubre con su dorada tibieza, tonificándonos el cuerpo destemplado por el frío matinal.

Sobre el mogote tiéndese un pajonal bastante plano. Lo pasamos todo entero sin hablar, bajo el sol.

Descendemos por una cuchilla, pasamos un flanco, bajamos a una quebradita pedregosa y nos internamos en un laberinto de quebradas, de cuchillas, de aristas, de laderas que se suceden unas a otras.

En ocasiones las mulas encogen los miembros traseros, alargan, tensos, los delanteros, y resbalan volun-

tariamente, mientras arrastran piedras pequeñas en su descenso.

Aquel andar se me antoja una funambulia sobre las aristas del abismo cuyos flancos dan en la muerte.

Pero no cae, siquiera, una sola de las mulas cargueras.

Así tocamos en uno y otro puesto. En todas partes don Justo Pedraza cuenta con amigos a quienes regala los artículos que lleva. Y a todos los invita a concurrir a las elecciones, encargándoles, además, que den aviso a los correligionarios políticos que viven lejos. Para varios de ellos deja también don Justo "vicios" (yerbamate, azúcar y coca) y harina.

—¿Qué tal, doña Ríspida? —saluda don Justo a una puestera.

—Así no más. Ay, don Justito, bien venío por estos peladares. Bájese, pues —contesta doña Ríspida.

Descabalgamos.

—¿Y su marido?

—Ayer s'ido, señor. Ay, si bia sabío qu'iba a venir su mercé, no se va, pues.

—¿Y cuándo vuelve?

—Cuando irá ser, pues, señor.

—¿Y para dónde ha ido?

—Pero pa Chile, pues, señor.

—¿Y qué va llevando?

—Tres mulas cargadas con cueros y dos torazos, señor, pa venderlos allá.

—¿Qué necesidad de irse tan lejos podía tener?

—Pero nenguna, pues. Si yo lei dicho, "si querís vender, vendele a don Justo, pues, como otras veces".

—Teniendo él necesidad, le hubiese comprado los cueros y los toros.

—Pero qué necesidá, Don. Si él tiene sus cosas. Si nu'es eso, pues.

Y como don Justo no la interroga, pregunto yo:

—Y entonces, ¿para qué ese viaje tan largo y penoso sin necesidad?

—De vicio, señorcito, pues. Pa pasar la Cordillera y dirse pa Chile, no más.

—Al menos habrá ido bien prevenido para los fríos y las tempestades.

—Así no más, como siempre, pues.

—¿Cómo "así no más"?

—Arriando él los animalitos, pues.

—¿Arreando él los animalitos?... —Y lo miro a don Justo sin creer en lo que sospecho.

—Sí —me dice don Justo— ellos se van a pie, arreando sus animales.

—¿Todo el trayecto a pie? ¿Y las nieves? ¿Y las tempestades? ¿Y el terrible frío? ¿Y los vientos? ¿Y la puna? ¿Cómo es posible cruzar a pie la cordillera de los Andes?

—Como lo oye, doctor. Además, usted no debe olvidar que aquí andan en invierno entre las nieves y soportan vientos helados sin el menor inconveniente, sin sacrificio, con una perfecta adaptación al medio. Agregue un mayor esfuerzo, una increíble capacidad de soportar la rarefacción del aire, desde luego manifiesta, así como un frío muy intenso, y lo concebirá perfectamente. La Cordillera no es en extremos para la vida muchísimo más que esto.

—Siempre es admirable. ¿Cuántas jornadas hay que aguantar de acá al pie de la Cordillera?

—Tres jornadas de un día cada una. Pero le advierto que ellos andan a pie tan rápidamente y aún más que una buena mula a todo *marchao*. Y gritan a las bestias, las dirigen y las vuelven a las sendas.

—Pero señorcito —me dice doña Ríspida, asombrada de mi admiración—, si estos cristianos son muy cuerudos y muy curtíos pal frío y pal sol, pues.

Nos despedimos.

Vamos a dormir en un puesto más bajo, guarecidos por techo de ramas.

Nuevo andar por cuchillas, filos y laderas ásperos. Nuevo y aún más intrincado laberinto.

Al atardecer pasamos un breñal cuyas breñas espinudas se me presentan a la vista y al tacto como el vello áspero del torso de la montaña.

En esas andanzas nos sorprende la oración.

Juan de Dios guía sin vacilación alguna, con la ca-

beza inclinada, siempre silencioso, fumando o coqueando.

Mi admiración por su persona se acrecienta a causa de su memoria fidelísima. Recuerda paso por paso los innumerables escondites y vueltas de la senda, que a veces va por sobre crestones de granito y a veces se pierde completamente entre las pajas avanzadoras y tupidas.

—¿Anduvo por aquí, hace cuántos años, don Juan de Dios?

—Diez años y meses, doutor.

—Entonces usted tiene metidos los caminos en el alma, y para siempre. ¿Sabe que se me figura que su alma es un mapa donde están grabadas todas las montañas, los ríos, las sendas, las rocas y las pajas de todo Tinogasta y de parte de Chile y Bolivia?

—Así será tal vez, señor.

Sombra y silencio.

Monótono andar, siempre andar.

Llevo el cuerpo dolorido y tengo sueño.

Descendemos. Descendemos por una senda de trecho en trecho más áspera.

Como distingo algo todavía, noto los peligros de la andanza. Pero las bestias no dan ni una mala pisada. Y el genio mnemónico de Juan de Dios nos ampara.

Un ladrido de perros nos anuncia que estamos próximos al puesto.

Por fin llegamos.

No experimento apetito.

Jamás he sentido los nervios tan tranquilos. Tengo el cuerpo dolorido y laso.

La noche se me adentra en el alma. La quietud es inmensa.

El Silencio vigila la montaña.

El viento ha replegado las alas y se ha guarecido en el fondo de la quebrada como un pájaro en lo espeso de un árbol.

Imagino la montaña como un inmenso templo cuyos fieles ya se han retirado y cuyas velas han sido apagadas, en tanto que las divinidades duermen también en lo denso de las sombras.

Pero están, sí, están allí...

No ceno más que un té de cedrón y unas frutas que ha traído don Justo.

Me desvisto y entro en mi excelente cama con verdadera delicia.

Me doy en imaginar, pero con calma, con pereza, cosas que son nuevos sedantes de mis nervios.

..."En este instante «ella» tiende el mantel para cenar... se sienta con doña Petrona a la mesa. —¿Cuántos días sin volver, ha visto, mamá? —Muchos ya; pero mejor es así. Saujil es muy saludable. —Volverá quemado por el sol, fuerte y alegre. —Fuerte, sí; y ¡qué güeno, Dios mío! Yo nunca hi visto un hombre así. Y te quiere, sí, te quiere, Alicia. Y vos muy poco lo querís; ¡tan tonta! —¿Y cómo sabe que lo quiero poco? Yo le tengo cariño, mamá. Si yo me acuerdo todos los días de él. ¿Y cómo sabe que él me quiere mucho, a ver? —¿Cómo sé? ¿Creís que soy zonza, acaso? ¿Por quién se ha ido a Saujil?; ¿por quién se va a dir a la Cordillera, a ver? ¿Por quién quiere demostrar que es todo un hombre? ¿Por mí hay ser, no? —¿Y yo qué sé? —Sí, nu'hay saber, la inocente. Que le pase no más algo en sus andanzas... ¡Capaz que te mato! Si lo quisieras no lu'habrías dejau dir. —Él se va porque tiene gana, mamá. Desea andar, desea conocer.

"Después de comer toman un té de yuyos y a los pocos minutos se acuestan a dormir.

"Reina el silencio... De repente se oyen pasos quedos. Alguien entra en la pieza de Alicia. Se aproxima a su cama. Inclina el rostro y la mira, la mira mucho... Ella duerme con tranquilidad. ¡Con qué confianza se entrega al sueño! ¿Pero quién es él, Dios mío? ¿Es acaso Quipildor? ¿La quiere asesinar, tal vez, porque a mí me profesa un suave cariño? Pero no le causa daño alguno. La mira, solamente, la mira mucho... No debe de ser él Inocencio Quipildor. ¡Pero si yo soy; yo mismo! ¡Cómo me he atrevido a hacer semejante cosa! ¡Y en la pieza de Alicia, de noche, como un ladrón, como un ladrón y un cana-

lla!... El corazón me late, agitado. Es necesario salir sin que se despierte... Y salgo.

.. ..

"¡Qué iba a ser Inocencio Quipildor! Él anda en las cumbres, entre las nieves y las rocas, acorralado como una fiera por la policía.

.. ..

"—Necesitamos que usted nos acompañe, doctor Quinteros —me dice el sargento—. Es un hombre terrible. No respeta ni a los hombres, ni a las mujeres.

"—¿Ni a las mujeres?...

"—¡Menos a ellas! Mujer que lo mira con cariño, está perdida. Donde la encuentra, le clava sus ojazos azules. Y la seduce, sin remedio. Y la deja arruinada y despreciada, o se la roba y la tiene lejos, si le gusta mucho, pero por poco tiempo. Quién sabe no más si también...

"—¿También... a quién? ¿A quién se refiere usted? ¡A ella, nunca! ¡Aquí estoy yo, entre ellos! —Y cierro los puños. Mi corazón da golpes retumbantes en el pecho.

"—Sí —grito al sargento— yo estoy entre ellos, ¡yo!, ¡yo!"

Y con mi propia voz, despierto. Al imaginar tranquilo, siguió un sueño cada vez más agitado.

Sopla el remuzgo matutino de la cumbre.

Con tres silbos como jabalinas de plata hiende el zorzal la tersura de la mañana.

—He dormido ocho horas y media, más o menos, "de un solo tirón" —me digo.

Aunque el cuerpo aún me duele, siéntome activo, con un apetito apremiante y deseoso de andar, de poner en tensión los músculos, de recorrer el campo quebrado.

Me levanto, desayuno, respiro profundamente el aire de la mañana.

Mi buen cuadrúpedo de viaje está sólo enfrenado. Yo mismo le coloco el sudadero, cuando llega Juan de Dios y termina de ensillarlo.

Me voy a andar a pie por la aspereza serrana con un paso audaz, rápido, desparejo y confiado.

Bajo al arroyo y me lavo con delicia.

Hundo en las aguas escasas y cristalinas, de nuevo, las manos, y acaricio aquéllas como a una joven pura.

Me parece que ellas me contestan con un leve rumor, frases cariñosas y pulidas, y que me expresan pensamientos hialinos.

—Yo te quiero, agüita serrana —digo en voz alta.

Inclino todo el cuerpo apoyándome en las dos manos y rozo las linfas con mis labios... y bebo así, con la simplicidad de las bestias, como un ternero alegre y retozón.

Tengo adentro la alegría de la mañana, la frescura de la brisa y del agua.

Esta agüita serrana me enseña la belleza inocente del mundo y experimento la verdad del Génesis según la cual es bueno lo creado.

Buena es el agua, bueno el aire, la brisa matinal, el sol, el cielo, la peña y la paja que a su vera crece suavizando su cuerpo duro.

Buena es la fatiga en las quebradas tierras, el sueño de sus noches castas y hasta el amor de Juan Cicharro... por las potrancas. ¿Por qué no? ¿No vive él con la simplicidad de las bestias?

Ahora comprendo. Él ama libremente sobre los campos y relincha a las potrancas entre el aire azul. Ama por sobre la virtud, el vicio y el pecado, en un ambiente simple y celeste; y es en su amor inocente, impetuoso y obsceno como un potro joven.

Y recuerdo de su cabellera gruesa, brillosa y obscura como una crin, de sus manos gordas y cortas, de su trotar detrás de la vaquillona por la serranía áspera, del "ji, ji, ji" de su risa, como un relincho henchido de vida y galopador en el aire...

Quedo contento de haber absuelto en mi conciencia a Juan Cicharro, porque de otro modo la cumbre y su cielo hubiesen sido manchados por el basto mozo.

He comprendido que algo me molestaba y que he podido, al fin, librarme de ello mediante las nuevas ideas que me ha dado la agüita serrana. Ella ha lavado en mi alma la mancha del amor de Juan Cicharro.

Ella ha redimido, en mi conciencia, el aire celeste de la cumbre del espectáculo bárbaro del mozo.

¿Y acaso yo mismo no he acariciado con mis dos manos la agüita serrana? ¿No la he besado antes de beberla?

En el fondo son cosas semejantes, igualmente inocentes y primitivas, realizadas por dos temperamentos y dos culturas. Y, también, por dos edades. Cicharro vive en épocas primarias, y yo en los últimos días de la humanidad. Somos dos eslabones distanciados de la misma cadena.

Mientras pienso en ello oigo que me llaman. Y acudo.

Las bestias están ensilladas.

Cuando montamos y empezamos a andar, experimento un frío saludable en mi cuerpo y me tiembla un poco el labio bajero.

Pasamos por un puesto. Luego por un segundo.

En el primero, don Justo habla con los dueños de casa un instante, desde el caballo, y ordena a Juan de Dios que deje el consabido regalito.

En el segundo, nos detenemos algún tiempo y descabalgamos.

Es el mejor puesto que hemos conocido, aunque el rancho sólo tiene un techo de ramas, sin revoque. Pero a los diez metros de él se ve un amplio corral de pirca.

Supe que el dueño de casa tenía dos puestos más, uno de ellos en los faldeos, y que hacía trashumar su ganado de puesto en puesto, lo engordaba y lo vendía. Además, era arrendatario de una porción de ganado.

Su mujer era robusta, activa y trabajadora. Sus hijos, fornidos adolescentes, eran ya domadores de distancias y perseguidores de horizontes.

—En este puesto se nota cierta actividad industrial y comercial —observé a don Justo.

—Sí; lo habita una familia numerosa y todos trabajan. Note que desde el tejido de la ropa con que se cubren —y la ropa misma—, son fabricados aquí.

—¿Y cómo efectúan el comercio?

—Los niños van al valle con ovejas, cabritos, cueros pequeños, etc., y los cambian en el comercio por ha-

rina, maíz, trigo, azúcar, yerba mate y algunas veces vino. Y cuando los acompaña el jefe de la familia conducen todos, cueros de vacunos, lanas, novillos, etc. También cambian sus productos por artículos que necesitan, en parte, y reciben en dinero —que entierran en la montaña— el resto de los valores.

—¿Fabrican algo más fuera de tejidos burdos?

—Queso, muy poca manteca, riendas y hasta fustas muy toscas.

Antes de mediodía tocamos el tercer puesto, desde la salida de la mañana, luego de la lección de simplicidad que me dio la agüita serrana.

En ese tercer puesto descansamos durante una hora y almorzamos.

Debíamos ascender a la parte más alta de la cumbre y descender luego por la ladera del poniente al valle de Medanito, para "caer" al bajo, como a dos leguas al norte de la población.

El día anterior había ocurrido en el próximo puesto, de Tomás Pucheta, una desgracia.

Lo contó el dueño de la casa, don Rufino Maspacho.

—Es lamentable, amigo —dijo don Justo—. En estas soledades debían de ser hermanos y luchar para arrancarle cada vez más fruto a la naturaleza; para que todos tengan más comodidades y vivan mejor.

—Así debía ser, pues —contestó don Rufino—, pero sia desgraciau el hombre.

—Estarían enlicorados, de fijo.

—Sí, con el vino que les ha tráido don Inocencio.

—¿Anda Quipildor por acá?

—Sí, señor; ha venío por su negocio, y hoy o mañana si'ha dir ya.

—¿Cómo ha ocurrido la muerte de Amafindo Chaile?

—Es que ño Tomás Pucheta le ha dau unos cueros por vino a don Inocencio, ¿sabe?, y ha mandau invitar a algunos puesteros...

—¿Y tú también fuiste?

—Es'ues. Don. Y se m'uas enlicorau, pues.

—¿Y por qué pelearon?

—Es que ño Amafindo Chaile empezó a gritar qu'él

era más hombre que toitos, pues. Y no le ha gustau a ño Tomás, pues.

—¿Y qué le contestó Tomás Pucheta?

—¡"Muas de ver quién es más hombre, carajo"! Y se toparon, pues. Y han peliau un güen rato a secos.

—¿Y después de los trompazos?

—No se les pasaba la rabia, pues; y ño Amafindo ha alzau una piegra tamaña y lia gritau: "¡vení otra vez, cochino, qui ahura te vu'hacer c...!" Y ño Tomás ha levantau un asador puntudo e fierro y se lia ido, también.

—¿Y Amafindo?

—Lia pegau en el hombro zurdo una piegrada tremenda, pues, y casi lu'ha voltiau.

—¿Y Pucheta?

—Así, medio torcido, se li'arrimau, no más, y lu'ha ensartau en la barriga con el asador y lu'ha traspasau, pues.

—¿Y?

—Y ha cáido ño Amafindo, señor, y ha derramau sangre qu'era un gusto, pues.

—¿Y qué ha hecho Pucheta cuando lo ha visto caído a Chaile?

—Li'ha dicho: "¡decí quién es más hombre áhura, carajo!" Y ño Amafindo revolvía los ojos muy fiero, señor. Yo creo que lu'ha maldecío, pues. Y lo muas puesto en una jerga, y lo muas curao con un emplasto e barro con yuyos, pues. Pero sia muerto, no más.

—¿Y qué han hecho del muerto?

—Lu'han velau con una vela e sebo, lian rezau un rosario y lu'han enterrau, pues. Y han dicho toitos que l'iban a preguntar a usté qué se v'hacer de la haciendita qui'ha dejau, pues.

—Que la entreguen a la mujer que vivía con él, por lo pronto. Cuando sepa esto la autoridad ha de venir a tomarlo a Pucheta y a buscar el ganado.

—Y qué lo van a pillar a don Tomás, pues. Ni a la haciendita tampoco, porque la van a esconder.

—¿Quién es el teniente de policía, en el cerro?

—Don Tomás no más es, pues.

—¿El "teniente"? —pregunto a don Justo.

—Así llaman al único representante del Estado que hay en todas estas estancias. El "teniente" es un comisionado policial sin sueldo, el cual puede tomar preso a un ciudadano dentro de su jurisdicción y remitirlo a la policía de Medanito, Saujil o Fiambalá. Pero en el hecho sólo se concreta a denunciar lo que ocurre, si es una alteración grave, e indicar los autores.

—Y ahora, ¿qué se hará?

—Pucheta se esconderá, sin duda. Es imposible que lo hallen. No podrán llevar tampoco el ganado que le pertenece, el cual pasará a poder de su concubina; y eso será todo. Y usted, Maspacho, hágale llegar a Pucheta que trataremos de salvarlo, pero que, si se vuelve a "desgraciar", irá a la cárcel. Al fin y al cabo es un buen hombre. No es un criminal.

—Qué va ser, pues. Lu'han provocau, señor. Ha estau machau también y sia desgraciau, pues.

Una vez que salimos del puesto de Maspacho nos encaminamos directamente a lo más alto de la cima.

Yo tenía deseos de asolearme más aún en mi último día de cumbre. Y hubiera de buena gana borrado de mi memoria la muerte de Amafindo Chaile.

Ascendimos.

Algo pasado el mediodía pisábamos la cumbre.

Todo era rubicundez de sol y enverdecimiento de pastizal.

Viajábamos hacia el norte y veíamos por momentos el valle de Medanito con sus viñedos plantados en medio de la arena, diminutos y geométricos, temblantes bajo la vibración solar.

En eso vimos que venía hacia nosotros una figura pequeñita, oscura entre el verde pastizal. Colegimos que venía porque se agrandaba y precisaba por momentos. ¿O se agrandaba porque nosotros íbamos hacia ella?

Primero fue como un punto de tinta en la página verde de la cumbre. Después como una hormiga negra. A medida que mutuamente nos aproximábamos iba apareciendo un jinete en su cabalgadura. Luego aparecieron a su vera figuras ínfimas que resultaron ser tres perros.

Conjeturaba don Justo sobre quién podía ser, cuando dijo Juan de Dios: "Es don Tadeo Chumbita con sus tres perros".

—¿Y en qué diligencias andará? —pregunté a Juan de Dios.

—Ha de traer encargo de buscar algún animal perdido.

Y nos topamos, en efecto, en la soledad de la cumbre, con don Tadeo Chumbita.

—¿Qué hace por aquí, don Tadeo? —pregunta don Justo.

—Hi sentío ganas de subir, no más.

No acabó de decir "no más", cuando una perdiz-martineta tamaña como una gallina, de alas coloradas, se levantó con sonoro aleteo y grito repentino, entre el sol chispeante, como una rodañuela bulliciosa de fuegos artificiales.

A todos nos sorprendió como una broma que con nosotros gastase la cumbre.

Los tres perros de don Tadeo se lanzaron a la persecución.

Pero don Tadeo gritó: "¡Bayo!, ¡Coloráu!"

Y los perros aludidos se quedaron plantados, heridos por el grito enérgico en los centros nerviosos.

—¡Dejenló solo al Barcino, sus maulas!

Y sólo el Barcino siguió la persecución de la martineta, en tanto que los otros dos se quedaron gimientes de ansiedad a nuestra vera, y al parecer doloridos, cual si les hubiera azotado sobre el costillar como un latigazo el grito restallador del viejo.

(Y me parecieron idénticos los gritos de don Tadeo al latigazo que Juan de Dios asestó al can rebelado de Cicharro.)

El Barcino siguió, ladrando, el vuelo de la perdiz, que se hundía como una bala de cañón en el aire azul.

—Acerquesén si quieren ver —dijo con cierto imperio don Tadeo; y partió al galope.

Todos lo seguimos.

—No voló, al parecer, más de doscientos cincuenta metros la martineta, y se asentó en lo tupido y alto de unas pajas.

El perro parecía, a la distancia, olfatear con verdadera ansiedad.

Me le aproximé, curioso, hasta muy cerca.

Olfateaba con sumo empeño mientras corría en trote sinuoso, dilatando y encogiendo las fosas nasales, como si siguiese con seguridad la marcha oculta de la perdiz. Para él debían de estar el aire y las pajas impregnadas del olor de la perdiz-martineta.

Cuando un grupo tupido y alto de pajas obstaba el trote nervioso, saltaba sobre ellas, elástico, seguía la persecución en idas y venidas, vueltas y sinuosidades.

"¿Quién triunfará en esta carrera mortal en que ambos contendientes ponen todo su instinto y su sabiduría de bestias?" —pensaba yo.

De repente el perro se detuvo, con la mano derecha alzada, atento y tan quieto como en un cuadro de pintor.

"Vacila, duda —pensé yo—; comienza a triunfar la perdiz" —añadí.

Ella se escurría entre los tallos, astuta y mimética, sin perder ni un instante el tino, por lo visto, en su desesperada carrera.

Yo me sentía entusiasmadísimo con el drama inesperado, en la asoleada soledad de la cumbre, del instinto cazador contra el instinto de conservación, astuto y mimético. Me parecía que el drama que se libraba era un resumen de la vida y de la historia, pues se me había encendido en magnificaciones la mente.

De repente el Barcino describió, al trote, con el hocico pegado a las pajas, un amplio arco de círculo que abarcaba todo el escenario de las anteriores marchas y contramarchas.

No sé si por el instinto de cazar que duerme en los hombres, comprendí la estratagema del Barcino.

Él describía el arco que debía cortar forzosamente el "rastro" de la perdiz. Y en el punto de intersección lo tomaría de nuevo. "¡Genial perro! —pensé, entusiasmado—. Es un perro geómetra y brujo."

No bien tocó de nuevo la trayectoria de la perdiz, el perro la siguió, sinuosamente, con menos prisa y más cuidado que primero.

Repentinamente avanzó un espacio como de diez metros en tres saltos; y se quedó plantado, con la mirada viva, penetrante, en un punto fijo, encogido, en actitud de saltar. Con qué elocuencia, con qué categórica afirmación, más convincente que cualesquiera palabras, indicaba el Barcino que allí estaba la martineta.

—¡Agarrala! —tronó la voz de ño Tadeo. Y juntamente con el grito saltó el Barcino... Pero apenas dio, sin duda, unas uñadas en las plumas de la perdiz y la rozó con el hocico, donde le quedó pegada una pluma pequeña, porque aquélla voló otra vez, sonora y vibrante, dejando caer dos o tres plumas por el aire.

Se repitió la escena anterior; pero el vuelo de la perdiz fue más corto y la búsqueda del Barcino más breve.

Cuando don Tadeo gritó nuevamente, "¡agarrala!", el perro saltó y la perdiz no alzó el vuelo...

El perro salió de lo espeso de unas pajas, airoso, con la perdiz sujeta en la boca por el tronco de un ala.

Trotó unos breves metros en dirección opuesta a la nuestra, cuando...

—¡Aquí, canalla! ¡Traela! —rugió don Tadeo.

Volvióse el perro, obediente, hacia su amo, quien descabalgó y tomó en sus manos el pobre bicho. Le quebró luego de un apretón el espinazo y la ató por el pescuezo a la parte trasera de su montura, con uno de los innumerables lacillos de ésta.

Montó de nuevo.

El Barcino, moviendo la cola como pidiendo una caricia, lo seguía, gimiente. Y ño Tadeo:

—Güen perro —dijo.

Se serenó entonces el Barcino. Había recibido la aprobación del amo.

—Si quieren que cacemos otra, podimos andar un rato más. Ésta es pa don Justo —dijo ño Tadeo.

—Gracias, amigo —contestó don Justo—. Vamos a bajar ya al valle; se nos puede hacer tarde.

Y don Tadeo nos acompañó en el regreso.

Cuando terminamos de recorrer la escasa parte de

cumbre que nos quedaba (dos o tres cuadras antes de tomar la cuesta de descenso al valle), nos topamos con Inocencio Quipildor, que, acompañado por su hijo, arreaba unas vacas, además de mulas cargadas con cueros y árganas[1] llenas de quesos.

Todo ello era el resultado de cambios por harina, fósforos, telas, yerba mate, coca y azúcar con que comerciaba él en las estancias.

Como íbamos a tomar la misma senda, nos aproximamos y nos saludamos. A don Justo y a mí nos dio la mano.

Tenía el rostro agestado e imperioso.

Media cuadra antes del descenso, en un pequeño bajío, estaba una bestia sujeta por un ronzal a un rimero de pajas y de arbustos. Era de don Tadeo, y cargaba carne de un guanaco (y su cuero), que el viejo viril había atrapado con sus perros hacia el norte.

"El hombre había venido por carne" —pensé.

Él tomó el ronzal de la mula carguera, anudólo en la argolla de la cincha y siguió camino con el animal de tiro.

—¿Es bueno el cuero, don Tadeo? —sonó secamente la pregunta de Quipildor.

—Bueno, señor.

—Véndamelo, ¿Cuánto vale?

—Llévelo, señor; no vale nada.

—Tome —y le dio dos pesos que el dueño recibió en silencio.

"El último negocio de la jornada —pensé—. Vaya con el modo de tramitarlo."

—¡Y llévelo usted, pues hombre! Yo no se lo compro para cargarlo, sino para tenerlo allá —añadió con imperio y con un cierto acento de provocación.

—Está bien, señor —contestó humildemente el viejo.

Y no habló más Quipildor. Su mirada era imperiosa, y tenía las cejas algo contraídas.

[1] Especie de baúl muy tosco de cuero que se carga a lomo de mula.

Tal vigor emanaba de su persona, que la fuerte y hermosa mula que llevaba antojóseme humillada entre sus muslos.

Por la abertura muy pronunciada de la camisa se le veía el pecho quemado y fuerte.

En un momento en que nos separamos un poco, me dijo al disimulo don Justo:

—Cuando Quipildor está así, es peligroso encontrarlo en el campo. No lo hable; contéstele sólo lo que le pregunte.

Asentí.

En el preciso instante en que íbamos a comenzar el descenso, una vaquita joven, avispada, evitó la senda y se lanzó parando la cola cumbre adentro, a todo correr, como si embistiera con sus agudos cuernos el espacio.

El niño Quipildor, fornido adolescente, lanzóse en su persecución.

—¡Paresé, amiguito! —gritó don Tadeo. Y el chico se detuvo.

—¡Colorau, múrdela! —ordenó con un grito tan enérgico que lo identifiqué otra vez con un latigazo.

Los tres perros se lanzaron a la persecución.

—¡Barcino! ¡Bayo! —gritó el viejo, y dos de sus perros se detuvieron repentinamente.

—¡Aquí, canallas! —y los perros volviéronse. Solamente el Colorado siguió.

No le costó mucho, por cierto, al Colorado, alcanzar la vaquillona.

La puso desesperada, loca a fuerza de ladridos, mostrar de dientes y mordeduras en la punta de la cola.

En vano la bestia, furiosa, lanzaba con los cuernos tremendos puntazos al Colorado, o pretendía aplastarlo con sus patas. No lo alcanzaba. El Colorado le mezquinaba el cuerpo como la sombra de los niños que no se deja atrapar cuando éstos la corren para pisotearla; así estaba en todo momento el Colorado de próximo a la vaquillona, y así era intangible para ésta.

Por fin la bestia rebelada comenzó a cansarse y a ceder, dejándose conducir hacia el resto de la tropilla.

Cuanto más se acercaba, más recio era el sostenido ataque del perro, hasta que, por fin, la vaquita, como medio de librarse de la persecución, entró en lo espeso de la tropilla.

—¡Dejala! —gritó don Tadeo Chumbita.

El perro había llenado su cometido brillantemente.

—Ahora no falta sino que se luzca el Bayo —le dije a don Tadeo.

—Ése es el más rico de los tres, señor —me contestó con orgullo.

—Usted, amigo, tiene un tesoro en sus perros —continué.

—El Colorau es bueno pa un arreo. Mucho me lo codician los arrieros pa llevar el ganau.

—¿Y el Bayo?

—Sirve pa toito, señor. Cuando salgo con él solo, es como si saliera con los tres. Es'es como mi asistente y mi seguridá, señor. ¡Me va tocar naides, hombre o animal, estandu'él! ¡Ni qué pensarlo, señor! Pero lo qu'es pa cazar, eso sí, como mi Barcino nu'hay.

—¿Y cómo ha conseguido esos prodigios de perros, amigo?

—L'educación, pues, señor. Naide sabe lo que me cuesta la educación d'estos perritos.

—¿Y quién se los ha educado, don Tadeo?

—Pero quién hay ser, pues, señor; yo no más.

—¿Y cómo fue eso, amigo?

—A uno por uno l'oy educáu, pues. Al Barcino l'u hacía oler un quililo, ¿sabe? L'u hacía oler mucho. Después lu'encerraba. Entonces ataba el quililo de un hilo y lu'arrastraba por los yuyitos hasta esconderlo baj'un matorral. Lu'hacía desatar al perro por algún chico vecino y le gritaba: "¡Barcino!"; y él venía a todo lo que daba. Y yo lu'animaba p'olfatiar, señalando el suelo por donde había arrastrau al quililo, pues. Así muchas veces, cien veces, hasta que lu'hallaba. Y las pruebas eran cada vez más difíciles. Y a

cada falla, látigo no más, por las costillas. El látigo es mucho p'educar un perro, señor.

Bajábamos la cuesta.

Yo me puse inmediatamente detrás de don Tadeo para complacerme con su conversación.

—Pero así, Barcino se habría educado para cazar quililos, bichos que para nada sirven.

—No, pues, señor. El quililo tiene el olor de las perdices, ¿sabe?; y en las cumbres nu'hay quililos. Caza una y otra vez perdices, y se olvida ya de los otros bichos.

—Mejor sería enseñarlo con una perdiz.

—P'olfatiar es lo mesmo. Y pa qué gastar la perdiz, pues.

Me obliga a suspender la conversación la inclinación amenazante de la bajada.

—Aflueje no más la rienda, señor, que va bien montau —me dice ño Tadeo.

—Una mala pisada, amigo, puede terminar con nosotros.

—Nu'hay cuidau, señor, nu'hay cuidau.

Pero llego a un paso donde nó me atrevo a continuar montado y sujeto el animal para bajarme. Tiene que saltar la bestia una depresión repentina de la senda como de ochenta centímetros de altura y caer sobre la exigüidad del camino, cubierto, para peor, de aristas pétreas y de cantos, y muy empinado.

—No se baje, señor, eso nu'es nada —me dice don Tadeo, que se ha erigido en guía y maestro mío, y que, sin duda, me está "educando" para mayores asperezas.

Y como yo insisto en bajarme:

—No se baje, le digo, Don. Si viera pa la Cordillera... Allá la cosa es fierita.

Pienso con algo de vergüenza en mi proyectado viaje a Chile, restribo, aprieto las piernas a mi buena bestia, la animo, y con toda felicidad y no sin energía salgo del mal paso.

Don Tadeo no deja de sorprenderse de mi repentino valor.

—¡Guapazo va ser el hombre! —dice.

Seguimos.

Miro por postrera vez las lejanas cumbres, sucesivas, encadenadas del poniente, cuyos últimos picos, con reflejos de nieve pálidos por la distancia, son ya cordilleranos. Bajo el cielo, a la vez, se yerguen y se encorvan como bestias enormes que se restregan en un sólido azul. Porque aquel cielo es un estregadero de cumbres.

La bajada es tan áspera como rápida.

Adelante van las mulas cargueras y la tropilla de Quipildor. Inmediatamente detrás va éste; su hijo en seguida; luego Juan de Dios; síguele don Tadeo, que ha echado delante de él su mulita carguera; yo inmediatamente después; y último de todos, don Justo.

De tal manera sólo puedo conversar con don Tadeo y con don Justo.

En cuanto a Juan de Dios, va mudo, como siempre, inclinada la cabeza, con un ponchito de lana teñido de azul sobre los muslos. Y a mí se me ocurre que al ponchito lo ha mandado tejer con la lana que ha trasquilado en sus eternas andanzas a los guanacos azules de los horizontes.

A poco entramos en la parte blanda de la montaña.

Afortunadamente el viento que corre no es impetuoso.

Y después de hondos y trabajosos pasos llegamos al bajío amplio del valle.

Poco antes de comenzar la parte arenosa y blanda del descenso, nos despedimos, a gritos, de Quipildor, pues habíamos determinado entrar por invitación de su dueño, en la casa de Tadeo Chumbita, unos momentos.

En una quiebra estrecha, bajo inmensos roquedos, próxima a un hilo de agua, se levanta la casa del viejo, que vive (únicamente con sus tres perros) como un topo que a veces se transforma en águila.

La "casa" está hecha del siguiente modo: una pirca circular como de medio metro de altura y de un metro con cuarenta centímetros de radio, con su abertura

en vez de puerta, sostiene varios palos inclinados que se unen a tres metros y medio del suelo, formando un cono prolongado hacia la base en un cilindro abierto de piedra.

Entre los palos el hombre ha colocado ramas espinudas en distintas posiciones, enlazadas las unas a las otras, sobrepuestas, enredadas de mil modos, como si el constructor hubiese tomado su abundante greña de modelo.

Ha revocado de paja con barro la enmarañada ramificación en un espacio de un metro solamente, a contar desde la pirca, donde se asientan los palos, dejando así rematada su vivienda por un bonete espinoso y áspero, en el cual silba a veces, irónico y veleidoso, el viento.

El soplo frígido del solano no da con la abertura de la pirca, en invierno, cuando baja del cerro como un venado, saltando de peña en peña y de mata en mata de pajas quemadas por los hielos.

Jergas, sudadero, pellones terrosos y un palo travieso son su cama, y tres troncos fragmentados, de rugosa corteza, las sillas.

De dos a cinco trebejos como un jarro abollado, una olla renga, una parrilla de óxido y grasa, un tarro para conservar agua, una piedra plana para la vela de sebo que sudaría suciedad si hiciera calor, y quizá una olvidada lata cenicera, completan el moblaje y la vajilla de la casa.

Sobre una "sábana" de arpillera doblada, casi tiesa, porque un día lejano fuera bolsa de azúcar, reposa con su piel de paquidermo hecho a los ataques y contramarchas del tiempo y la intemperie, ño Tadeo.

El hombre "anda" en los sesenta y ocho años. ¡Y qué andar, el de ño Tadeo!

Es un andar como para que el viejo semeje, como es su aspecto, un monumento de argamasa sobre el que soplara y lloviera el tiempo más de un siglo.

El hombre come al día dos olladas de maíz sancochado, fuma cigarros tan ásperos como la quincha embarrada, toma mate en un "porongo" desparejo en cuyos desniveles la yerba se refugia durante varios

meses, y con una azúcar mezclada con arena y negro de uñas, pues la cuchara del viejo son sus dedazos gruesos, toscos, siempre contaminados de diversa materia, como una mano de mortero.

En cuanto a tarea, salvo algunas salidas, la suya es pasarse echado en el rancho al lado del fuego.

Creció respirando más humo que oxígeno. Por eso su bronce autóctono está barnizado de hollín.

Su piel recibe agua la rara vez al año que llueve (con excepción de cuando se lava y viste para ir a las poblaciones) a través de las ramas del techado; y la gota que le cae en el rostro le deja por algún tiempo impresa su trayectoria en un pequeño surco de materias oscuras.

Este hombre hase acostumbrado a la vida solitaria.

Su individualismo crónico, visceral, acrecentado en el medio grandioso, le profundiza el alma.

Entre sus perros es un César, un dueño absoluto.

Para ser acabado señor sólo le falta domesticar el viento, la nieve, los rigores del clima; pero, de todos modos, él está hecho a su clima y no lo abandonaría sin duda por otro.

Él jamás ha abonado un centavo de contribución ni pagado impuesto alguno, pues no existe el impuesto a la soledad, a la libertad y a la intemperie.

En cambio, es dueño de la extensión abierta en cuanto la domina con su presencia, con su fibra que resiste a la intemperie, con el galope de sus bestias de montar y el correr y la ciencia de sus perros.

Él es propietario. Sus títulos de propiedad están escritos en las rugosidades de su piel y autenticados con la rúbrica intrincada de sus cejas.

Es alto y corpulento, aunque no gordo.

Los años aún no lo han vencido.

Con lo que vi, con lo que conversé con él, con los datos que obtuve de don Justo y de Juan de Dios, pude completar mi conocimiento de tan interesante persona.

Cuando nos despedimos de Chumbita apresuramos la marcha.

Ya en el valle, cruzamos el río de Medanito, arenoso, y comenzamos a viajar hacia el sur.

Seguimos la larga y casi única calle de Medanito, completamente de noche.

Yo estaba cansado, pero deseoso de regresar pronto a la excelente vida de Saujil; y apresuramos aún más la marcha.

A las once de la noche llegamos.

Y después de una ligera cena, no supe nada de mi humanidad ni de los afanes de mi existencia, durante nueve horas seguidas.

Y tuve un suave despertar en una mañana espléndida de luz y de paz aldeana.

Y mi cuerpo sonrió con placidez a la vida suave de Saujil.

VI

POLÍTICA, AMOR Y NEGOCIOS

Como a don Justo no le satisface, según me lo ha dicho hoy, el estado del ganado que proyecta conducir a Chile, va a tener que retardar unos días el viaje. Además piensa aumentar la torada.

Con este motivo, mis deseos de ir por dos o tres días a Fiambalá, se acrecientan.

Pero voy a aplazar el viaje hasta después del domingo próximo, día de elecciones nacionales, en el que se aplicará por primera vez en la República Argentina el voto secreto y obligatorio.

No es difícil que ese día pueda serle útil en algo a mi generoso anfitrión.

*

Creo que he olvidado de dejar constancia de que había escrito unas dos líneas a mi gran amigo cordobés Héctor Fuensalida, encargándole un cinto "recio" de cuero que contuviese un puñal de buena calidad y un revólver marca Smith.

Hoy, viernes, han llegado esos artículos a mi poder juntamente con una carta de Fuensalida y otra de Rufino Cuello. Éste me invita a concurrir a su casamiento, "que se efectuará el jueves de la semana entrante".

Pienso satisfecho que mi regalo de bodas, el cinto con el puñal y el revólver, será el más útil para Rufino y el más valioso de todos.

A continuación transcribo la carta de Fuensalida.

"Distinguido y muy estimado amigo:

"Cumplo hoy con su encargo. Le remito el puñal, el revólver y el cinto, envío muy a propósito para ese «escenario de leones» donde usted vive.

"No se imagina cuánto me congratula su excelente estado de salud.

"Ojalá estuviese usted allá unos meses más hasta asentar completamente su biendanza física y dar estabilidad definitiva al equilibrio funcional de sus órganos.

"Pero ¡qué digo! No recordaba que usted piensa quedarse allá para toda la vida.

"Aquella larga carta, extraña y bella que usted me escribió, le aseguro que me dejó vacilante; pero el tiempo transcurrido ha borrado su impresión, y ahora comprendo que no puede quedarse usted allá; que tendrá que volver.

"Ya llegará un día en que usted se aperciba para el regreso. Y volverá lleno de energías y hecho otro hombre, eso sí, pero volverá.

"Los bienes suyos algo producen. Espero sus órdenes para girarle su importe.

"Su amigo affmo., que altamente lo estima.

Héctor Fuensalida."

"¿Conque no me voy a quedar por acá, eh?" —digo en alta voz, y sonrío.

▪

Los ciudadanos que deben dar su voto para diputados nacionales mañana domingo llegan del norte, este y oeste del valle.

He preguntado a uno de ellos por quién votará, y me ha contestado que por don Justo Pedraza.

—Pero don Justo no es candidato, amigo. Usted tiene que votar por los candidatos proclamados por su partido. ¿A qué partido político pertenece usted?

—Yo... pertenezco a él, pues, a don Justo. Si yo vua votar por él, señor.

—Y su voto, ¿ya lo tiene?

—Ya, pues.

—¿A ver?

—Éste hay ser. Don Justo me ha dicho que lo ponga en un sobre, en un cuarto oscuro.

El voto decía:

P. P.
(Partido Principal)

Voto para diputados nacionales por el distrito electoral de Catamarca por los ciudadanos:

Doctor Ramón Pocofondo
Doctor Alfredo Tilingues
Señor Dardo Pilla y Stron.

—Ya ve, amigo, usted no va a votar por don Justo, sino por Pocofondo, Tilingues y Pilla y Stron.

—Pero don Justo... Hay ser lo que él diga.

—Ojalá votara la mayoría por este hombre de excelente criterio que es Justo Pedraza.

—Y diga, pues, señor: ¿cómo voy a meter el papel en el sobre si el cuarto es tan oscuro?

—Adentro debe tener una luz, amigo. Sin esa lucecita interna... no se debe votar.

Ha llegado uno de los candidatos, el doctor Pocofondo, en campaña política, y se hospeda, como yo, en la casa de don Justo. Regresa hoy mismo a la capital del Departamento.

Se han reunido los ciudadanos amigos de don Justo y juegan a la taba, comen buenos churrascos y beben vino. Después de sufragar, recibirá cada ciudadano dos pesos como un regalo amistoso, además de lo que cobre por "flete" de la mula y de la montura que lo han traído.

También las "bestias electorales" estarán bien comidas en las alfalfas de don Justo.

Con don Justo y el doctor Pocofondo vamos a la reunión ciudadana. Sus hombres, medio ebrios, dan al primero palmadas amistosas y lo vitorean.

Él presenta en dos palabras al candidato.

—¡Qui'hable el doutor Pocofondo! —dice uno.

—¡Qui'hable! —repiten todos.

El doctor Pocofondo, rechoncho, de voz chillona y potente, sube sobre un cajón y dirige una palabra cálida y promisoria a sus correligionarios políticos. Se muestra optimista, generoso, confiado en el porvenir.

Él hará construir caminos, canales, el deseado ferrocarril a Chile y hasta gestionará por medio de la diplomacia la supresión de todos los impuestos a nues-

tro ganado en la vecina república. No se puede dudar: vivimos en una tierra de promisión...

—Como cumpla hay ser bueno, patroncito... —suena una voz conocida para mí, la de Tadeo Chumbita, que está medio chispo.

El candidato se enfurruña. Nadie puede dudar de él. Él "ha crecido, ha sido amamantado en el seno de la democracia, y para ella vive y trabaja".

Agita la "testa leonina" y se descompone un poco su tocado de carantoña.

Distingo entre los concurrentes a Juan Cicharro, completamente chispo. No ha venido con su "escarpín" partido sobre el dedo mayor. Calza enormes botines toscos y viste pantalones y saco de algodón, camisa de lienzo y un pañuelo colorado al cuello.

—¿Y cuándo va ser eso, patroncito? Ji, ji, ji —pregunta y ríe Cicharro.

Pocofondo interpreta los "ji, ji" de Cicharro como una burla y le escuecen más que un mojicón. Agita la cabeza fieramente y le sacude el cabello un viento de elocuencia. Sus voces cobran una sonoridad extraordinaria. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, lanzan rayos iracundos; y él se impone al auditorio.

—¡Muy bien! —dice alguien.

—¡Ansina si'habla al pueblo, caramba! —comenta otro.

Pocofondo ha conquistado sin duda su auditorio. Su furia desaparece y la arrogancia campea en sus palabras, brilla en su actitud y en sus ojos.

Cuando se baja del cajón, todo el mundo aplaude.

Un viejo buido quiere tocar al grande hombre.

—Déjeme que lo toque siquiera, patroncito. Ahijuna qui'habla bien.

Pocofondo lo abraza.

Luego se retira el candidato entre aclamaciones. Y el perro bayo de Chumbita se pone a aullar, como si lanzara un pronóstico...

*

El sábado, en la tarde, llegó a casa de don Justo el ciudadano, de más de cien años de edad, don Daniel Muñoz.

Llega çaballero en su borrico. Viene de la estancia El Tatón, situada a dos leguas y media al norte de Medanito, lugar éste donde ha descansado una noche y medio día más.

Detiénese ante la puerta de torno del alambrado y, con gran paciencia, saca el pie derecho del estribo, inclina todo el cuerpo hacia adelante, hasta abrazarse del pescuezo del borrico; lleva la pierna diestra con centenaria lentitud sobre el anca del asno en continua somnolencia; pónese de través en la complicada y astrosa montura; se desliza primero de abdomen y luego de pecho, lentamente; y al fin queda parado junto a su tranquila bestia.

Pasa la puerta de torno del alambrado, avanza cuidadosamente y, para subir al plano del piso de la acera de tierra de la casa, como de treinta centímetros de altura, sostiene un porfiado combate con la vejez, que lo tira ya hacia la tierra en todo momento, obstinadamente.

La muerte le juega en todo instante malas pasadas, lo vigila, lo asecha.

Embiste la subida; pero retrocede, rechazado por el desnivel, y cae sentado. Se levanta lentamente, con gran trabajo, y dice para sí propio, aunque en alta voz:

—Cuand'uno llega a esta edá, ¡carajo!...

Embiste de nuevo y retrocede otra vez, pero no cae.

—¿Por qué Dios no me habrá lleváu ya cuanta?... Esta edá cochina, ¡carajo!...

Por fin sube y penetra en la casa sin llamar a la puerta. Pasa una galería, luego un patio, y se detiene ante dos hombres que trabajan en la galería del frente que cuadra dicho patio. Allí el mismo don Justo, amante de todo trabajo, lanza hacia arriba adobes que en el aire recibe el "maistro" albañil y coloca en la pared. Don Justo está bastante desconocido, pues se cubre con una lona de cintura abajo y guarda su cabeza del polvo con un pañuelo rojo.

—¿Está don Justo? —pregunta el viejecito.

—Nu'está —le contesta el "maistro" albañil.

—Y pande s'ido?

—Pa Buenos Aires.

—¿Pa Güeno Saire?

—Sí. Ha vendío casa, finca, ganados, todo, a ese turco qu'estái —dice, señalando al mismo don Justo.

—¿A ese turco?

—Sí, pues.

—¡Pero qué va a comprar este turco, que parece más pobre que yo, hombre!

Callado ya, vase a la galería del oeste y se sienta en un catre de tientos.

—Hay ser así, pues —dice en alta voz—. Y ya mi jodío, pues... ¿Dónde voy estar como aquí, en Saujil?... Y cuando me güelva pal Tatón, ¿quién me va dar triguito, maicito, azuquítar, pa llevar?...

Luego medita en silencio. Parece adormecerse, sentado. Su pensamiento se esfuma, como una niebla, en lo pretérito. Recuerda... Medita casi como si fuera vida de otro, en su propia vida, en cuyo extremo débil, como pendiente de un hilo gastado, luido, todavía él se sostiene esperando por instantes que el hilo se corte para caer en la nada... ¿Pero él es, en efecto, aquel que fue?...

—Las brujas mi'han jodío —dicen ahora en alta voz.— Mi han hecho el mal, pues. Yoi sío rico. Yoi tenío estancia, casa linda, mucho ganado pa llevar pa Chile... Yoi tenío mujer, bah... Y después qu'ella sia muerto, yoi tenío muchas mujeres, bah... Pero las brujas... Y pa pior áhura don Justo... ¡Mi jodío, carajo! ¿Qué vu'hacer ya?

Llega la noche. Cena, pensativo, el pan del turco. Quién sabe hasta cuándo lo soportará el nuevo propietario...

Después de cenar conversa consigo mismo en alta voz. Y yo experimento emoción, siento que su lengua sucia y realista es conmovedora en su simpleza. Ese hombre es un náufrago en el mar de los años... y ya ni conoce el puerto seguro donde está.

Reflexiona:

—Puta qu'hay mosquitos en El Tatón. Aquí es más lindo. Agua güena, comida güena, cama güena. ¡Puta qu'es fiero, allá!

Le han preparado una cama en la galería.

Se acuesta.

Dialoga un momento con palabra cada vez más apagada, ininteligible, al fin.

Duerme.

Sueña. Abre apenas los labios para decir palabras vagas. Sus visiones deben de ser imprecisas, incongruas, y tan inconsistentes como su vida. Porque él, en plena vigilia, flota en un mundo mucho más relativo que el del resto de los hombres.

Hasta se diría que la vida estuvo también soñando cuando creó la imagen de Daniel Muñoz.

Silencio. Largo silencio.

Otra vez mueve los labios pero no se desliza por entre ellos la voz. La voz se le ha echado, cansada, en los labios rugosos, como una bestia vieja, extenuada de andar inútilmente, se tumba en una hondonada del desierto. Ya todos duermen.

Una paz grávida pesa sobre los párpados; pero a través de ellos, el ensueño, sutilísimo, se cierne como por un cedazo. Y flotan sobre los cuerpos dormidos imágenes vagas.

Al otro día el viejecito parece visiblemente preocupado por la venta de las propiedades de don Justo Pedraza.

Se acerca al mismo don Justo y le dice:

—¿Pero, no es usté don Justo?

—Sí, claro que sí.

—¿Y qué no dicen que s'ido pa Güeno Saire?

—Me ha faltado el turco. No me ha dado la plata. Y yo me he vuelto de Tinogasta, no más. Ya no hay venta.

—¡No digo! Qué iba a comprar ese turco e maula, más pobre que yo.

Don Daniel Muñoz está contento. Como por milagro ha desaparecido la complicación que se le presentaba a los ciento diez años de su vida.

Las criadas jóvenes de la casa le ofrecen unos tragos de buen vino. Luego, juguetonas, le traen una guitarra.

Él, que ha pulsado las cuerdas durante un siglo, las maneja ahora con suma torpeza.

Incontables veces se levantó su voz en las danzas nativas, al compás de la música por él suscitada. Pero ahora está casi del todo sordo. Como un rumor lejano siente la vibración de las cuerdas que él mismo pulsa.

Su propia voz le es como un eco difuso en lo remoto, que apenas le roza el oído.

Sus dedos, torpes, no obedecen a las posturas mecanizadas durante un siglo de repetir los mismos ejercicios. Bajo las durezas de su mano derecha resbalan las cuerdas sin dar la nota precisa.

Se adivinan aún compases retardados o quebrados en su tartamudeo musical, como pasos de centenario. El aparato acelerador de su organismo armónico está ya enmohecido y funciona intermitentemente.

Pero, en los trozos más simples, don Daniel Muñoz arranca aún de las cuerdas y del pasado el aire de una antiquísima cueca. Aún no se ha agostado del todo la cigarra ya aterida del alma.

Todos aplauden.

—¡Muy bien, don Daniel! —grita la más picaresca de las criadas.

—Si noi sío manco, niña.

—Pero si todavía es buen mozo, don Daniel.

—Noi sío fiero como áhura, niña. Si a mí también mi'han querío las mujeres, pues. Y yo también hi sabío querer como se debe. Yo también hi sío joven, niña. Pero las brujas mi'han jodío.

—¿Qué brujas?

—Las brujas, po. Las que mi'han hecho el mal y mi'han dejau sin nada.

Después de un silencio, pregunta don Justo:

—¿Por qué partido político va a votar usted, Muñoz?

—A votar hi venío, don Justo. Y me voy pa Fiambalá. Ahi mi han dicho que voto yo.

—¿A qué partido político pertenece usted?

—Yo soy conservador, don Justo, ya lo sabe. ¿Y usté, de qué partidu'es?

—¿Por quién va a votar usted?

—Por usté tiene que ser. Usté me tiene aquí quince,

veinte días, hasta que me voy, cuando ya estraño El Tatón. Y me da triguito, maicito, pa llevar.

—Bueno. Tome este voto. Cuando le den un sobre en la mesa receptora, en Fiambalá, póngalo dentro de él.

—Güeno.

—¿Y la libreta de enrolamiento?

—La tiene ño Fortunato.

—¿Y por qué se la ha entregado?

—Porqu'él me da yerbita, pues.

—¿Quiere decir que va a votar con él?

—Así hay ser... Pero oiga: si lo vu'engañar a don Fortunato.

Pidió su libreta a don Fortunato y se fue en su burrito a Fiambalá, paso a paso, después de un reconfortante desayuno, con una papeleta de voto en el más "inextricable" de sus bolsillos.

Apenas cerrado el comicio, el día domingo, está de regreso de Fiambalá don Daniel Muñoz.

Mientras se encuentra en prolijos trabajos para descabalgar, el asno vuelve la cabeza hacia un costado. Y don Daniel:

—Estate quieto, carajo. L'alfita e don Javier te tiene engalláu. ¡Movete otra vez, no más!

Al fin se apea.

No sin algún pequeño accidente entra hasta la galería, y allí se sienta en espera de don Justo Pedraza.

Llega éste y le interroga:

—¿Cómo le ha ido, don Daniel?

—Bien hay ser, pues, señor.

—¿Y con quién ha votado?

—Con don Javier del Pando, señor.

—¿Pero no sabe que ése es el caudillo conservador de Fiambalá?

—Nay si'él mia echao a la juerza en un birloche, pues, señor, apenas llegau a l'orilla del pueblo. Y yo diva ya cansau, pues. Y lu'ha puesto al burrito en alfalfa, señor. Y a mí mi'ha dau vino y un churrasco muy lindo, pues.

—¿De modo que él lo ha conducido a la mesa?

—Mi'ha echau en un coche, birloche, que será, de

cuatro ruedas, señor, pero sin caballos, y que ventosia muy hediondo. Yo noi quería subir; pero mi'ha echau, no más. "Est'es un votito perdido que tenía", ha dicho, riéndose; y mi'ha llevau.

—Es el único automóvil que hay en todo Tinogasta —me explica don Justo—. ¿Y después, don Daniel? —le pregunta.

—Mi'han pedío la libreta, pues. Y mi'han echau a un cuarto solito, pa que ponga el voto en un sobre que mi'han dau.

—¿Y?...

—Y puesto el voto de usté, pues. Éste es el voto que mi'ha dau don Javier del Pando, señor —y le entrega una papeleta del Partido Conservador, muy arrugada.

—¿Y qué más le ha dado don Javier?

—Mi'ha dau dos pesitos, señor, pa que chupe a su salú, dice.

—¿Y la libreta de enrolamiento?

—Aquí la tengo, pues. La vua llevar pal turco Fortunato. Él quiere tener libretas, pues; y él me da yerbita, señor. Pero la vua llevar después, porque áhura me vua quedar en su casa, don Justo. Saujil está muy lindo.

Así cumple sus deberes cívicos don Daniel Muñoz, ciudadano de ciento diez años de edad que lleva de ejercicio cívico todo el tiempo de la ciudadanía argentina, y que ha sufrido mil vicisitudes y se ha metido en infinitas revueltas.

Él luchó contra las razas autóctonas, las domeñó y explotó a su antojo, peleó en el desierto, cruzó en incontables ocasiones la cordillera de los Andes, anduvo mezclado en el diluvio de sangre con relampagueo de bayonetas de la montonera; y después de mil contingencias entra ahora en el cuarto oscuro de la ley del voto secreto, siguiendo las sinuosidades que le juega la nueva vida.

Es cierto que él se ha hecho más ingenioso al apremio de la implacable evolución; pero también lo es que antes, en la soledad de los campos, era grande aunque bárbaro.

Él fue una gota de sangre semi-indígena que puso su manchita roja en la nieve cordillerana... ¿Y ahora?

Ahora es una manchita gris oscura que, llevada por la antigua fiebre ambulatoria, cruza aún los campos al paso perezoso de su borrico y murmura diálogos vagos con su yo antiguo y difuso que se mueve como un fantasma en los nebulosos aledaños de su propio espíritu.

*

Apenas he saludado a Alicia y a doña Petrona, de regreso de Saujil, han llegado a verme mis jóvenes amigos de esta próspera y animada villa de Fiambalá.

Comprendo que las simpatías que despierto con mi carácter franco y animoso son cada día más intensas.

Algo así como una gratitud al mundo y a la vida cobra aliento en mi pecho.

Siento una plenitud serena y amplia en mí mismo.

Pero lo que más influye en esta feliz disposición de ánimo que experimento es, sin duda, mi don de simpatía.

¿Por qué no ha sido él clasificado como una de las altísimas cualidades del ser humano?

Ahora me atrevo a afirmar que la felicidad de cada individuo está relacionada con su "don de simpatía". Se es más feliz cuanto más se simpatiza con las cosas y los hombres; así como se es más desgraciado cuanto más se odia.

La sola vista de un tamarindo joven y airoso me emociona; y no puedo negar que experimento por él un sentimiento de fraternidad.

Cuando bajo las viñas ando despaciosamente o a la sombra que proyectan reposo en las horas de mayor vigor solar, mi vida se infunde en las hojas, en los tallos, en los sarmientos tendidos, en la savia circulante; y hasta converso, en pensamiento solo, con las buenas cepas, en vegetal fraternidad.

Un gallo garboso, un pájaro que canta, un ave cualquiera que cruza el espacio, encienden mi sangre en

animosa simpatía, como si fuese la primera vez que se abren mis ojos al espectáculo verdaderamente mágico del mundo.

Y en cuanto a los amigos, una sonrisa, un chiste, una mirada, una incidencia cualquiera, no sólo tienen para mí una sustancial significación, sino que hasta cobran sentido estético y me parece que son objeto digno del poema.

¿Qué decir de una mirada de simpatía de la que ya es señora de mi alma?

El hecho solo de ver andar una mujer con su paso lleno de gracia me produce una armonía interna que me induce a mirar las cosas como si fueran cuerdas de un inmenso instrumento musical que va a romper en un himno a lo creado.

¿Las formas de la mujer y de las cosas son, en efecto, musicales?

Porque yo siento que los contornos de un tamarindo "suenan" en mí armoniosamente, y de distinto modo que las formas tendidas de un viñedo.

Para mí un árbol joven y verde es un canto gozoso entre el aire y la esplendidez solar; una viña de claro verdor es una modulación íntima, una sonatina que sólo anhela embriagarnos un momento y sumergir nuestro espíritu en el aroma de un ensueño tranquilo y sedante.

Un pájaro, un árbol, la ribera de un río, las líneas limitativas de una montaña, cantan en mí sin necesidad de alzar la voz.

Los colores son sonidos y los sonidos son colores. Y las formas son (o al menos yo así las siento), musicales. La música tiene contornos como los objetos visibles. Pero esta riqueza de armonía, esta universalidad de resonancias, sólo en Fiambalá las percibo. En otras partes también cantan las cosas; pero sólo ciertas cosas y en determinadas circunstancias. En Fiambalá todo irrumpe en una sinfonía universal.

¿Acaso es amor este estado de espíritu?

*

Antes de partir de Saujil a ésta, el lunes por la tarde, don Justo me dio a elegir entre sus animales una mula de viaje "rica en experiencia de nuestras sierras", y un caballo para mis paseos cotidianos. Porque ahora casi no concibo la vida sin salir a caballo todos los días.

Y a pesar de mi afecto por el bruto que me prestó el mismo Pedraza "por todo el tiempo que quiera", resolví cambiarlo por otro no muy manso, de gran energía muscular, de porte altivo y de cabeza seca, que se imponía, rebelde, en los aires, y en cuyos ojos, a veces fieros, brillaba un orgullo de raza.

No quise que ningún peón me acompañase. Sólo me hizo compañía don Justo Pedraza unas pocas cuadras.

Al despedirse me dijo que al siguiente día me enviaría la mula destinada a mis futuras excursiones.

No dejé de notar en el callejón de salida de Saujil un conjunto como de siete perros en que iban los tres de Chumbita, quien aún no había regresado a su guarida roquera.

Los perros seguían detrás de una perra "salida", al trote, inquietos, elásticos, heridos en su sistema nervioso, mediante la vía olfativa, por un hedor de fecundidad y de sexo.

De vez en cuando alguno de los perros daba media vuelta y se enfrentaba con el que le seguía, amenazándolo con un fiero arrufar.

Luego se embestían; echaba el uno al otro al suelo, mordíanse, cubiertos de polvo, de rabia y de fatalidad; y desgarraban el aire con dentelladas que sonaban, secas, en el alboroto.

La perra era quizá de algún viajero fiambalense, porque seguía el mismo camino que yo llevaba.

Mientras peleaban unos en procura de la dolorosa satisfacción que los urgía, los otros ganaban terreno alejándose con la perra deseosa pero fugitiva.

Llegó a interesarme el alboroto perruno, porque pensaba en el determinismo misterioso que a la perra le castigaba el flanco, obligándola a huir hacia la misma fatalidad que esquivaba...

"¿Qué contradicciones son ésas, clavadas en el tronco del instinto que agita la materia viviente? —me decía a mí mismo—. ¿O hay un objeto —añadía—, alguna finalidad de especie en este angustioso drama? ¿Una finalidad de selección?"

Nuevos perros se incorporaban a la comparsa castigada por el deseo, e inmediatamente eran posesos del mismo espíritu agresivo de los otros.

Una psiquis común los llevaba a todos camino adelante.

Era un conjunto de distintos perros envueltos por la nebulosa, preñada de contradicciones, de una sola alma.

Entre las dentelladas, algunos ladraban lastimeramente y, encogidos de dolor, se quedaban en la senda, tristes, vencidos, manchados de polvo y sangre y parcialmente apelambrados.

Cuánta enseñanza brillaba en aquel cortejo rabioso, cómico y trágico.

Mientras se detenían en fieras revueltas les daba alcance mi caballo y hasta pasaba a su vera bizcando, como si mirase de soslayo la fatalidad. Pero luego la perra tomaba la delantera en el camino (ya por las arenas de la Pampa Blanca), seguida de su cortejo tumultuoso.

Y vi que algunos perros desistían de la empresa.

A no mucho andar predominaron los de Tadeo Chumbita, que conocía yo: el Barcino, el Colorado y el Bayo.

Noté que entre ellos sólo se amenazaban con gruñidos y mostrar de caninos. En las grescas con los otros resultaban siempre triunfadores.

Por fin, ya cerca de Fiambalá, sólo persistieron en la empresa los tres perros de Chumbita. Todos los demás se quedaron en el trayecto y se volvieron a Saujil al trote corto, más flacos al parecer que al empezar la jornada, porque regresaban doloridos y humillados.

Llegaba el momento en que los tres perros tenían

que disputarse la satisfacción del instinto que los fustigaba.

Y ellos, los compañeros de andanzas por las cumbres luminosas, los que en las empresas por las cimas parecían engendros solares que señoreaban aquella maravillosa naturaleza, se arremetieron también y disputaron a dura ley la preferencia del instinto.

El Bayo venció al Colorado y al Barcino, después de muchos encuentros en los que los vencidos no supieron unirse contra el más fuerte y afortunado. Pues entre ellos pelearon también. Dominados de modo definitivo, lastimados, sangrientos, con el pelo erizado todavía, ladraron lastimosamente entre la soledad de las arenas.

Y era como si lamentaran en la vasta naturaleza que les dio vitalidad, su destino de perros.

Y era como si protestaran de la rudeza con que el amor maltrataba toda la especie.

Gimientes aún, los dejé atrás, entre las arenas.

Sólo siguieron la perra y el Bayo.

Corrieron de nuevo, me aventajaron en la marcha, y se perdieron de vista detrás de una ondulación de arena.

A la entrada de Fiambalá, les di alcance.

Estaban (en el camino) unidos ya por el sexo. La fatalidad se había cumplido.

Todavía sufrieron el escarnio de ser lapidados por los muchachos.

Los amantes, siempre unidos, huyeron, seguidos por otros perros y otros muchachos, entre gritos, ladridos y pedradas.

Ellos seguían atemorizados, doloridos, pero en silencio, mientras la burla les castigaba el flanco, los lapidaba sobre los costillares.

Los hombres que los encontraban se reían, diciendo frases y chistes a ellos alusivos.

Topé en el camino a Crisóstomo Vargas, quien, alegre, me abrazó, y me dijo:

—Aquí hace falta un escribano, doctor, para que dé fe de este acto público.

Ese mismo día, a la oración, pasaba el Bayo, de

regreso, convertido en una calamidad perruna. Estaba herido, parcialmente apelambrado y triste. La especie había cumplido su designio...

Me pareció imposible que ese ser oscurecido por el instinto fuera el que realizaba verdaderas hazañas en la soledad luminosa de la cumbre.

*

—¿Qué li'ha pasau, doutor, qu'está tan lindo y tan juerte? —me dijo el día de la llegada doña Petrona, conforme me invitó los primeros mates—. ¡Y tan quemau, Dios mío!

—Está rejuvenecido, Quinteros —agregó, halagüeña, Alicia.

—Los baños de Saujil, las jornadas en que anduve, los aires de la cumbre, los soles que he tomado me han fortalecido, sin duda, y me han de haber rejuvenecido, también, lo que buena falta me hacía —les contesté, sonriendo.

—¡Así qui'ha subío pa las cumbres, Dios mío!

—Algo más de dos días anduve en ellas.

—¿Y a qué cumbres subió? —se interesó Alicia.

—A las espléndidas del este, sobre el valle de Medanito.

—¿Así que cruzó el arenal?, ¡santo Dios! —insistió doña Petrona.

—No pondere tanto, señora. Sí, he subido por el arenal al que se refiere. Si empiezo a resultar un héroe a sus ojos no le contaré las demás cosas que hice.

—Cuente, Quinteros —volvió a interesarse Alicia—. ¿Con quién anduvo?

—Con don Justo Pedraza y Juan de Dios Chanampa.

—¿Y qué puesto han topau primero?

—El de Juan Cicharro.

—¿Y después?

—Varios otros. De regreso, antes de tomar la cuesta que cae como a dos leguas al norte de Medanito, topamos a Inocencio Quipildor, que bajaba al valle con ganado y cueros.

—Siempre comerciante, Inocencio. No piensa más

que en el centavo pal vino y pa sus chinas —lo zahirió doña Petrona.

—Me olvidaba: mientras anduvimos por la cumbre han muerto a Amafindo Chaile.

Alicia palideció y, con gran esfuerzo, contuvo su palabra. Dio tiempo a doña Petrona para que preguntase.

—¿Y quién lu'ha muerto, señor?

—Tomás Pucheta.

Con disimulo observé a Alicia. Lanzó un pequeño suspiro de alivio.

—¿Usted creía —le dije no sin maldad— que era Quipildor el *asesino*?

El golpe fue certero. Le subió la sangre a la cara; y contestó, titubeando:

—No... doctor... ¿por qué?... ¡Dios mío!

"Lo quiere, lo quiere" —pensé yo, con despecho.

Una viva y escrutadora mirada no poco dolorosa, nos lanzó a ambos doña Petrona.

Y sobrevino un violento silencio, hasta que sonó la voz de la buena viejecita, que se esforzaba por sonreír:

—¿Cuántos mates ha tomau ya, don Ventura?

Rara vez me llamaba "don Ventura", y ésta lo hizo con un acento cariñoso, pero con cierta íntima vibración de dolor, subrayada por su malograda sonrisa.

Todo no fue más que un roce. Mas comprendí que la reunión sólo artificialmente podría prolongarse; y con un "hasta luego", más o menos, amable, me fui a mi pieza.

No dejé de reprocharme la perversidad que había azarado mi primera entrevista con Alicia, a mi regreso de Saujil.

Pero, a la hora de la cena, desde la mesa con flores, hasta el postre, en todo, reconocí la cariñosa mano de ella.

"¿Qué hay, al fin, pensé, en esta incidencia, sino una sospecha sin fundamento, sin prueba alguna? ¿Por qué me he dejado arrastrar a pronunciar esas palabras malvadas?"

Y aunque a los dos días había renacido la con-

fianza y la sinceridad en nuestras relaciones, todavía me brillaba en el alma la mirada inquieta y dolorosa de doña Petrona.

Acaso ella era la que jugaba más en el asunto: el alivio de la inmensa pena de su vida.

"Cuántas veces los hombres desbaratamos con una palabra perversa, lo que la suerte prepara, en nuestro bien, laboriosamente", pensé.

*

No sé si por deferencia a mí, Alicia y doña Petrona fueron invitadas insistentemente al almuerzo y baile que daba don Edmundo Cerrero con motivo del casamiento de su hija Laura con mi amigo Rufino Cuello.

Pero no pude conseguir de Alicia que asistiera a la reunión.

No fue pequeña la sorpresa que recibí de Alicia, el jueves, día del casamiento, antes de mi concurrencia a la boda.

Me obsequió dos presentes para mí muy valiosos y útiles: una bufanda de lana de vicuña blanca, suave al tacto como una caricia, bordada con hilo de lana de vicuña también, hilo colorado, y unas riendas con sus cabezadas con virolas de plata.

—Tengo que vengarme de usted —me dijo con una sonrisa humilde y algo picaresca al mismo tiempo— por el atrevimiento de su malicia.

—Estoy deseando su venganza —le contesté con amabilidad.

—¿Y por qué, a ver?

—Porque si la sola amenaza contiene tanta gracia femenil, presumo que la venganza será un dechado perfecto de tan preciosa cualidad.

—Ha vuelto usted muy galanteador de las cumbres. ¿Se ha ejercitado en ello?

—Sólo que hubiera cortejado a la brisa serrana y a las puestas de sol... Que en cuanto a mujeres, las pocas que he visto no son para cortejarlas sino por el Arcipreste de Hita, de quien le hablé un día pasajeramente.

—Entonces su galantería puede tener como causa su poquillo de arrepentimiento...

—La verdad es que de las cumbres llegué algo grosero... Pero, ¿qué está escondiendo?

—La venganza, pues. Aquí la tiene —dijo con cierta energía ofreciéndome con sus dos manos la bufanda y las riendas.

—Muy cierto es que son hermosas —le dije, al recibirlas, apretándole las manos, no sin atrevimiento, con las mías, como para darle a entender que las manos eran las hermosas. Y nos miramos con cariño.

—Estamos definitivamente reconciliados, ¿no es eso? —me dijo con encantadora gracia.

—Definitivamente. Y yo, muy agradecido, amén de creer que estoy encantado...

—He procedido con usted algo semejante a lo que acostumbro con mi mamá las poquísimas ocasiones en que reñimos.

—¿Cómo es eso? ¿Quiere contarme?

—¿Tanto le interesa?

—Más de lo que usted puede imaginar.

—Bueno; dígame primero por qué le interesa tanto.

—Desoblígueme de ello. ¿No ve que me pone en el caso de formularle una declaración de amor?

—Pues bien; se lo diré. El día en que reñimos con mi mamá, al irme a acostar, por la noche, no puedo menos de darle un beso. Y en ese momento siento que todo disgusto pasa. El alma se me despeja y me acuesto tranquila.

—Encantadora explicación, sin duda. Ese beso supera en fuerza expresiva a todas las palabras, a todos los perdones, a todas las explicaciones, a los más elocuentes argumentos —le dije, conmovido.

—Aunque sea casi a los tres días del agravio, le traigo este presente... ¿No ve que es muy semejante la forma de reconciliarnos?

—Renunciaría a estos valiosos obsequios si empleara las formas que con su mamá...

—No sea atrevidito, Ventura.

—Nada he dicho... Le quedo muy agradecido por

estas "joyas" que no cambiaría por un collar de perlas. ¿Usted ha tejido esta bufanda?

—Sí.

—¿Y la ha desflocado también?

—Sí.

—¿Y con sus manitas ha hecho estos bordados? ¿Y con sus ojos...?

—Sí, sí, sí, hombre —me dijo con gracia. Y añadió—. ¿Sabe que ha vuelto algo transformado de la cumbre, y...?

—Un poco atrevidón, ¿no es eso?

—Y otro poco galanteador, también.

—Y todo eso, porque he bajado del cielo, diré así, con un inmenso caudal de vida que pienso ofrecer a una personita muy amada...

Apenas pude notar su rubor, cuando se fue, en puntas de pies, porque al mismo tiempo que unos golpes en la puerta, sonó la voz de Crisóstomo Vargas:

—Lo esperamos, doctor. Abra.

Abrí.

—Hemos resuelto ir todos a caballo, aunque vestidos con los "domingueros". La distancia es muy corta y no estropearemos los pantalones.

—Bueno, amigo, así lo haremos. ¿Qué le parecen estas cabezadas y estas riendas?

—De mi flor. ¡Caramba, doctor, qué cosa buena ha conseguido! Y mire que yo entiendo tanto de cosas de caballo como usted de letras y de leyes.

—¿Y esta bufanda?

—Magnífica, amigo. Esto huele a regalo, ¿eh? ¿Quién...?

—Doña Petrona y Alicia.

—Hum... Estoy sintiendo olorcillo a matrimonio, o... no sé qué le diga.

—Hombre, porque le obsequien a uno...

—Y todos lo dicen, doctor. Cuando el río suena...

—¿Y cómo a mí, nadie?...

—No le decimos a usted porque todos lo respetamos mucho, para bromearlo, doctor. Y sepa: lo queremos también, lo apreciamos mucho. Es tan caballeresco, nos decimos entre nosotros, tan suave, tan

bondadoso, tan hombre. ¡Ojalá se quedara a vivir en esta tierra!

En ese momento entra la Juanita con una silla en que está colocado mi traje "dominguero", limpísimo y planchadito.

Me alegro a su vista porque pienso en las manos que lo han arreglado tan prolijamente.

Afuera siento algazara de voces, risas y tropeles.

Salimos a ver. Llegan los amigos bien montados y vestidos todos de traje de saco casi tan limpio y planchado como el mío.

Mi caballo sujeto al tronco del tala del frente con un fuerte ronzal, tira, forcejea violentamente, bufa.

—¡Caramba, doctor! —me dice César Vargas—. Su caballo es demasiado quisquilloso... o usted ha vuelto hecho todo un jinete.

—Creo lo primero; pero, en fin, nos probaremos, si llega el caso, amigo.

Estoy alegre, expansivo, rebosante de vida.

Cuando se baja Rufino Cuello, que ha tenido la deferencia de venir también, lo abrazo.

Voy con las prendas de montar que me han regalado en derechura de mi inquieto caballo; pero Rufino Cuello y César Vargas me las toman de las manos y van a ensillar el bruto.

Todos admiran las cabezadas y las riendas.

—Sólo le falta el bajador —dice Crisóstomo.

—Yo le voy a obsequiar el mío —añade Rufino.

—No se lo puedo aceptar, amigo; a usted le hace más falta que a mí esa prenda.

—No me desaire, doctor, que me voy a resentir con usted —dice, y va a sacar su bajador de su propio caballo, que lo tiene puesto.

—Pero amigo... —insisto.

—Vea, doctor; esto es cosa terminada.

Y entre él y César Vargas ensillan mi caballo.

—¿El de cuero de danta, che?... —pregunta Crisóstomo Vargas.

—Sí —contesta Rufino Cuello.

—Bajadorazo, sí. Vea, doctor; aunque ate un toro

con los lazos de ese bajador o con el pretal, no van a ceder.

Y a mi soberbio caballo le sienta el bajador.

Necesito bastante fuerza y agilidad para poder montar en mi inquieto sillonero; pero no permito que lo sujete nadie de las riendas.

Partimos, reprimiendo el brío de las bestias. No queremos galopar para que no se nos estropeen los pantalones. Mi caballo va con un *marchao* elegantísimo, levantado, y con el cuello y la cabeza en brioso arco.

Aprieta el bocado con energía, dilata las narices y, a poco andar, cubre de espuma los sabores.

A pesar de ir contento, satisfecho, hablo poco en el camino.

Pienso en "ella", pienso en mi salud, al fin alcanzada, pienso en mi permanencia definitiva en Fiambalá.

Y, por primera vez, asoma en el horizonte de mi alma el problema económico.

Mi forma sencillísima de vivir, fácilmente se costea con mis escritos para los diarios y revistas de Buenos Aires, con el agregado de que cada vez recibo más pedidos de ellos, pedidos a los que ni siquiera contesto. Por otra parte, intervengo en pleitos y evacuo consultas jurídicas que nunca nadie me remunera porque yo así lo quiero.

Pienso exigir una remuneración por mis actuaciones judiciales y en satisfacer los pedidos de escritos que recibo de Buenos Aires.

"...Pero todo eso no me será suficiente. Debo adquirir una propiedad y, para ello, dar instrucciones a Héctor Fuensalida de que venda mis pocos bienes" —medito.

Antes de llegar a lo de Cerrero resuelvo el problema de mi vida en Fiambalá. Con unas hectáreas de viñedos y otras de alfalfa, además de mis escritos y mis actuaciones judiciales, tengo para sostener, modestísimamente, una casa...

"Es cosa resuelta" —pienso, dando por solucionado un transcendental problema de mi vida.

—¿Le pasa algo, doctor, que va tan pensativo? —suena la voz de Crisóstomo Vargas.

—Lo único que me sucede es el encontrarme bien, tranquilo. Y pensaba, precisamente, en la manera de quedarme para siempre aquí —le contesto.

—Casadito, ¿eh?

—Le aseguro, amigo, que de eso no hay nada todavía —le digo con seriedad.

Él lo cree, sin duda; y no insiste.

*

El almuerzo y el baile transcurren en un franco ambiente de alegría.

Yo estoy contento también, sereno, tranquilo, sin expansiones, y algo reconcentrado en mis proyectos, que en mi conciencia se afianzan definitivamente. Y no me intereso en especial por ninguna de las muchachas presentes.

Rufino Cuello me expresa su admiración y su agradecimiento por mi obsequio de bodas; y hasta la novia me dirige miradas bondadosas y de gratitud. Soy en la reunión el preferido de los agasajos de todo el mundo.

A las cuatro de la tarde se realiza la ceremonia del casamiento religioso, a la que todas las mujeres juzgan el "verdadero matrimonio", eterno, indisoluble, consagrado por Dios.

Rufino está sin duda algo emocionado, pálido y con una mirada a la vez tierna y decidida.

En cuanto a la novia, Laura Cerrero, se muestra en todo momento sonriente, sonrosada y hasta dicharachera.

Converso con Alcira Figueredo, ya en la sala de baile.

Ambos sentimos que una intimidad nacida de mutua confianza en nuestras dotes espirituales nos aproxima y pone nuestras conversaciones en un tranquilo ambiente de sinceridad, lejano del amor, pero muy propicio a la amistad y a la confidencia.

—¿Sabe —le digo— que noto una pequeña injusticia?

—¿Cuál?

—Me parece que con Crisóstomo Vargas las señoritas se muestran algo reservadas y hasta, quizá, despectivas.

—¿Y eso le parece una injusticia?

—¿Por qué no? ¿Hay razón para que un hombre venga a menos porque sea alegre, tenga de la vida una filosofía de cosa ligera y abuse un poco de los buenos vinos fiambalenses?

—¿Y puede comparar usted, doctor, esa manera de ser con la de César, por ejemplo, hermano de Crisóstomo, o con la de Rufino Cuello?

—La comparo para establecer su diferencia; pero no me parece inferior Crisóstomo, con su afición alcohólica, a los que usted ha nombrado, sin que eso quiera decir que no reconozca los méritos de ellos.

—¿Pero con qué cualidades compensa Crisóstomo su vicio alcohólico y sus costumbres demasiado libres y hasta descaradas? ¿No sabe usted que a veces se lo ha encontrado dormido en la calle, borracho?

—Lo sé. Pero también usted sabe que Crisóstomo no es un ebrio consuetudinario. Y posee, en mi criterio, una preciosa cualidad que contrapesa sus defectos, que es la alegría de su alma. La vida para Crisóstomo es una mañana en la que su corazón es un pájaro alegre que canta. Su inteligencia es, además, clarísima, y él vive de acuerdo con su filosofía de la vida, que lo induce al contento y a la alegría.

—¿No prefiere usted un hombre más serio?

—De ningún modo. Todos los temperamentos son necesarios en el mundo y en la vida. Lejos estoy de desdeñar la caballerosidad, la seriedad de César Vargas o de Rufino Cuello; pero le aseguro a usted que la alegría de Crisóstomo da más tono, más relieve a Fiambalá que el caballeresco comportamiento de Rufino.

—Si usted lo pinta como un filósofo que practica su doctrina...

—No; de ningún modo. Yo creo que la filosofía

práctica de la vida, de Crisóstomo, deriva de su temperamento. La alegría es un valor espiritual muy alto. Para una buena valoración de las cosas, Fiambalá sin Crisóstomo es como un bosque sin pájaros. La sociedad necesita de quien la alegre, como un árbol "necesita" también al pájaro que cante en sus ramas. Yo le aseguro a usted que en el restablecimiento de mi salud, por ejemplo, no sólo han influido el clima de Fiambalá, los cuidados de Alicia y de doña Petrona, la amable estimación con que me han favocido hombres y mujeres, sino también la alegría de Crisóstomo Vargas.

—¿Y por qué no hace usted la vida de Crisóstomo, a ver?

—En primer lugar, porque mi salud no me lo permite. Y en segundo, porque vivo yo con mi temperamento, como él con el suyo.

—Pero tiene sus extralimitaciones imperdonables.

—¿Porque a veces se embriaga? ¿Pero no ve usted que él no se embriaga por el vicio en sí, sino por la alegría, por la vida, por la belleza de las mujeres, por el regocijo de su sangre? ¿Condenaría usted a Anacreonte porque cantaba su embriaguez en deliciosos versos? Tenga presente, Alcira, que la borrachera armoniosa de Anacreonte es célebre y hasta un timbre de honor para la humanidad. En escala infinitamente menor, la alegría de Crisóstomo puede ser la gracia o uno de los encantos más preciados de Fiambalá.

—Usted defiende sus ideas con demasiado calor. No es posible contradecirlo con éxito. Pero le voy a advertir que no se trata sólo de la alegría, del modo de vivir, de la embriaguez a que usted se refiere...

—¿Y de qué más?

—De otra cosa bastante fea...

—Dígamelo, Alcira. Tenga confianza en mí. Hablamos como dos amigos.

—Bueno, sí; pero reserve, doctor. Usted inspira seguridad en su discreción y en su reserva.

—Muchas gracias.

—¿No sabe usted que en estos días de su ausencia,

Crisóstomo ha abusado de la confianza que le dispensó una buena muchacha, amiga nuestra, que ahora está arruinada por él?

—¿Él lo ha divulgado?

—Tanto como eso, no sé. Pero el hecho es público. Y ella no tiene cara para ver a sus amigas de antes. Y hasta se dice que ella se encuentra en estado...

—Las cualidades de unos se sostienen y brillan a veces mediante el dolor de los demás. Es una ley de la vida.

—¿De manera que usted aprueba lo que ha hecho Crisóstomo?

—No lo apruebo; y hasta me es doloroso. Pero sin conocer detalles, jamás me atrevería a condenarlo. El valor de un hombre suele ponerse de relieve porque reparte duras lecciones y humilla a otros hombres. Al talento mismo se le conoce porque triunfa de otras inteligencias. Para un victorioso hay muchos vencidos. No olvide usted que con dolor y miserias se fragua la grandeza de los hombres y muchas veces el esplendor mismo de la vida. ¿No ha podido rendirse en holocausto a la alegría de un Crisóstomo Vargas la belleza de su amiga?

—No deja de extrañarme oírlo hablar así, doctor. Los otros hombres lo condenan todos a Crisóstomo.

—Tal vez lo condenen por galantería... Yo lo condenaría también si tuviese bases de convicción para ello. Pero tenga por seguro que si lo condenara no le otorgaría una franca amistad. Los otros, ¿por qué se la otorgan, sino porque en el fondo no lo condenan?

En ese momento sacaron a bailar a Alcira, y yo me fui a conversar con los esposos Cerrero.

No hablaban sino de las bondades del yerno. Doña Jesús de Pedraza lo ponía por las nubes.

Prevalido de la consideración respetuosa que se me rendía y de la tolerancia con que se me juzgaba, abandoné la reunión, previas las despedidas y las felicitaciones del caso, no sin comprender que en otra persona habría sido mal visto el temprano retiro de la fiesta amistosa.

Ya en la calle di un instante de soltura al brío de mi caballo, que se estiró en una potente y resonante carrera. Lo sujeté no sin algún trabajo. Sobre su poderosa musculatura en acción, me sentía fuerte y musculoso yo también, y seguro. Ésa era también mi situación en la vida, la seguridad.

*

No pasarían cinco minutos desde el regreso a casa, cuando se presentó en mi busca el comerciante de la localidad, Roque Zelarayán, y me habló en la más absoluta reserva.

No quiso que tratásemos del asunto que me plantearía ni en mi propia habitación.

En consecuencia, salimos hacia sus plantíos de viñedos, como si fuésemos a que yo los conociera.

Ya en su quinta, bajo las parras, sin testigo posible, me dijo con rostro avispado y en voz baja:

—¡Tengo que proponerle un gran negocio!

La fiebre del oro brillaba en sus ojos.

—¿Cuál es él? —le contesté.

—Aquí se va a informar de todo —me manifestó, sacando del bolsillo interior del saco cartas de comerciantes de Córdoba y papeles pequeños, sucios y arrugados, escritos a lápiz y con caracteres de niños de escuela.

Curioso, más que interesado en ganancia alguna, repasé las cartas y los papeluchos.

En las primeras le proponían compra de pieles de chinchilla a mil quinientos pesos la docena. Las firmas eran de comerciantes serios que yo conocía personalmente o de nombre. Además, había oído decir a los fiambalenses que Roque Zelarayán era un negociante correcto en el cumplimiento de sus tratos, aunque hábil e implacable en la obtención de ventajas y en la exigencia de los pagos.

Los papeluchos eran de "chinchilleros" que trabajaban entre las rocas y las nieves en la caza de la chinchilla.

Imaginé que los papeles habían sido escritos sobre

una piedra, después de mucho trabajo para conseguir un lápiz de algún otro ser arriesgado y solitario que morase en el áspero y helado desierto andino.

Le ofrecían a Roque Zelarayán, unos, una docena de pieles; otros, dos docenas; media docena un tercero; y así, muchos le proponían la venta de diverso número de cueritos.

Casi todos los chinchilleros fijaban el precio de doscientos pesos por docena de pieles en el lugar donde ellos trabajaban. Le proponían que mandase el dinero o fuese él mismo a recoger las pieles, e indicábanle con suma precisión, al parecer, el lugar de la guarida roquera que habían tomado por habitación y el paso cordillerano que correspondía seguir.

El negocio, en líneas generales, no podía ser más claro ni más espléndida la ganancia, si se andaba con alguna suerte.

—Volveremos por lo menos con catorce docenas de pieles —afirmó Roque.

—¿Y cuál sería mi participación? —le dije sin el menor propósito de emprender el negociado, sino por simple curiosidad.

—Doctor Quinteros, catorce docenas de cueros de chinchilla a doscientos pesos la docena hacen dos mil ochocientos pesos. Yo tengo disponibles solamente mil pesos. Necesito que usté contribuya con mil ochocientos pesos, más doscientos para gastos de chasquis, mulas, peones, forrajes y artículos alimenticios para los hombres que es menester contratar.

—Supongo que no tendremos necesidad de ir nosotros allá —le observé.

—Al contrario; ése es el negocio. Yo conozco muy bien estas cosas y puedo asegurarle que si nos limitamos a mandar, fracasaremos.

—¿Pero no tiene usted un hombre de confianza...?

—Nadie es de confianza en estas empresas, doctor, se lo aseguro. Cuando ya se está en la Cordillera pasando ciertos peligros, huyendo de la autoridad, trabajando con toda clase de tapujos, los hombres se olvidamos de los deberes y hacemos muchas cosas malas, doctor.

—¿Cómo qué, por ejemplo? —le dije, quizá dudando de sus palabras, pues no lo recuerdo con exactitud.

—Supongasé que viene de vuelta el enviado. Trae las catorce docenas. Puestas aquí, fácilmente encuentra quien le dé, en vez de doscientos, cuatrocientos y quinientos pesos por cada una. ¿Qué resulta? Que a usté le dice que no ha conseguido más que tres docenas y él se queda con once, y le devuelve su plata. O le dice que el viento blanco le ha hecho perder las mulas cargueras que él, en realidad, ha enviado a Chile. ¿Qué le parece el negocito? La piel de la chinchilla es muy tentadora, doctor; corrompe al hombre.

—Entonces usted podría irse, solo...

Al punto comprendió mi sospecha; y sin ofenderse, me contestó con viveza:

—No, doctor. Los dos nos iríamos. Usté con su plata y yo con la mía. Y los dos hablaríamos con los chinchilleros y compraríamos.

—¿Y la reventa?

—Yo me encargo de eso. Después de la reventa nos partiríamos la plata por mitá, eso sí. Usté, doctor, pondrá más dinero; pero yo pongo mi conocimiento del negocio, que no es poco. Creo que es justo.

—En eso no podemos disentir, amigo. Tiene usted demasiada razón.

—¿Y en qué, entonces? ¿Tiene miedo del clima? Usté es fuerte, doctor, y, además, ha andado ya por las cumbres. Yo lo voy a cuidar más que a las pieles y que a la platita. Yo conozco esa vida. No le va a pasar nada, doctor, tenga confianza.

—Es que no es eso lo principal, amigo. Usted sabe que me está proponiendo un delito. Usted sabe que la ley prohíbe la caza de la chinchilla.

—¿Y usté es hombre para fijarse en eso? —me dijo con cierta indignación—. ¿No sabe que aquí todos ¡todos!, han hecho negocio con chinchilla? ¿No lo estima usté tanto a su amigo don Justo Pedraza, y él a usté? Pues también él ha hecho ese negocio. ¿Y no sabe usté que la autoridá es la primera en negociar con esos cueros? ¿Y no es la Cordillera libre pa los

hombres, a ver? ¿Acaso la autoridá nos da la Cordillera? ¿O la Cordillera sólo es del comisario, para que él solamente la esplote? ¡No, señor! Hay que ser hombre. No hay que tener el corazón tan chiquito. Y usté es hombre, doctor. Así lo dicen todos.

—Pero si la Cordillera es libre, si la ha hecho la naturaleza o Dios para que los hombres la exploten, como quieran y puedan, ¿por qué el gobierno de Chile establece impuestos a la entrada del ganado argentino? ¿Por qué los dos países mantienen sus aduanas?

—Precisamente, doctor, esos impuestos no debían existir; usté lo sabe mejor que yo. Y las aduanas sólo debían ser para la seguridad de los dos pueblos; para que no pasen ladrones y asesinos libremente, y para proteger a la gente buena o para dejar constancia de los negocios que se realicen. Ningún hombre trabajador, ningún hombre del pueblo, ningún hombre libre de uno y otro lado de la Cordillera deja de pensar como yo. Sólo la autoridá, ¡siempre la autoridá, caramba...! ¿Cree usté que un solo hombre pagaría esos derechos si los pudiera evitar? ¿Ni el mismo su amigo don Justo Pedraza, que es tan cumplidor y tan caballero?

—Pero los políticos, los estadistas...

—Una cosa es lo que hacen esos políticos y otra es lo que quiere todo el pueblo, doctor. Yo no sé; yo no soy sabio en nada; pero sí sé que la autoridá, que los estadistas, como usté dice, están traicionando el sentimiento de los dos pueblos. De uno y otro lado de la Cordillera somos una sola cosa. Todos necesitamos trabajar para vivir y todos negociamos y esponemos la vida en la Cordillera. Hay que burlar la autoridá, doctor. Hay que ser hombre. ¿Por qué no le prohíben a Inocencio Quipildor, a ver? Porque ése es hombre y medio, pues. Porque ése sabe lo que es el derecho de los hombres y lo que es el abuso de la autoridá y las canalladas de los estadistas que dice usté. Inocencio, ése es hombre; ése sabe arreglar cuentas con la autoridad. Ése no necesita engañar. Ése interpreta los sentimientos de todos con sus actos, con su libertá indomable, a fuerza de corazón. Por eso lo respetan

hasta las piedras. Por eso lo defendimos todos y le avisamos cuando viene la partida de policía a hacer la parada falluta de tomarlo. Sí, doctor, decídase. Déjese de esos escrúpulos que no son para hombres que valen, como usté. ¡Eso, aquí ni siquiera las mujeres, bah!...

—Amigo, le encuentro bastante razón —le dije casi sin meditarlo—. Mañana a la tarde le voy a contestar definitivamente.

Y en un momento de silencio, me dije interiormente: "esto te prepara tu destino, Ventura. Aprovéchalo. Sé audaz. Con la ganancia que obtengas tendrás tus viñedos y tu vida segura y feliz al lado de Alicia. Éstos no son sueños. Es la realidad que te busca". Y no bien me lo dije, sonreí, incrédulo, como para satisfacer mi conciencia en el sentido de que no podría tomar en serio semejantes supersticiones.

Cuando me separé de Roque Zelarayán, me dijo éste con el índice cruzado sobre la boca:

—La más absoluta reserva, doctor.

—Así será —le contesté.

■

Esa noche sólo por momentos pude dormir. Y aún en sueños, la imagen de la Cordillera y sus tempestades, de las esquivadas a la policía, de Alicia, de mis negocios tranquilos de labrador, en el futuro, me obsedían. Y comprendí que iba a ceder a la tentación del negocio; que a mi real, a mi efectiva e íntima conciencia de hombre, la empresa daba realce a mi persona; y, finalmente, que era yo un alma más conquistada por la grandiosa, por la audaz madre Cordillera, que infundía en sus hijos el amor a la empresa peligrosa, a la rebeldía y a la firme libertad del hombre.

■

El día siguiente, temprano, mandé a la villa de Tinogasta, cabecera del Departamento del mismo nombre, un chasqui con un telegrama pidiendo a Héctor Fuen-

salida el inmediato envío de tres mil pesos, para resarcirse de los cuales le daba instrucciones de vender mis bienes.

*

En la tarde del mismo día comuniqué mi aceptación de la propuesta a Roque Zelarayán; y desde el día siguiente nos apercibimos para el gran viaje.

*

Llegaron mis tres mil pesos.

*

Confieso que, desde la determinación del negocio, me sentía más hombre, más digno de Alicia y, además, algo así como un hijo adoptivo de la gran Cordillera. Yo también afrontaría sus caricias de madre heroica, dura, pero bien amada; sus caricias mortales de forjadora de almas firmes en aquel "escenario de leones", de empresas varoniles y de hombría fuerte a través de duros trances.

VII

LA RUDA SOLEDAD

Por segunda vez me encuentro en la población de Saujil, de blanda vida, ya en los finales días abrileños, y en un otoño pronunciado.

Las hojas doradas, amarillas, bermejas, arrástranse al impulso del viento en callejones arcillosos, donde se revuelcan y maculan.

La vida comienza a retraerse en los interiores, así como las puertas a cerrarse más temprano que solían.

En los carrizos el remusguillo matinal silba sin algazara pero con notas delgadas y penetrantes que parecen frías y agudas, dejando la sensación de que, sin ellas, fuera menos intenso el picor fresco de la mañana.

Las aves en las ramas, las palomitas en los alambres tensos que cercan las fincas, se acurrucan, recogiendo el pescuezo, en tanto que las encrespa un airecillo delgado.

Las gallinas, los pollos, danle el flanco al invierno incipiente y andan con pasitos traviesos, en simulada busca, en horas de holganza. Pues el holgar de las buenas gallinas es fingir una busca cualquiera.

El sol mismo se ha embozado con un manto azul.

Los caballos, las vacas, los asnos, se protegen con un pelo crecido y lanoso con que afrontarán las ráfagas frígidas y los hielos inminentes; y hay algo de queja en el balido de los terneros de nariz fumosa.

Un aire menos impetuoso que el del verano, pero más prolijo, en apariencia, hurga con cierta malignidad las viviendas, busca los rincones y se cuela como un duendecillo en escondites donde se acurruca la tímida tibieza otoñal.

Es época de timidez, de espera resignada, de palideces repentinas, de maternal zozobra, época en que

las almas se despiden de algo y participan de los temblores de la hoja en la rama...

Fuese el vigor opulento del verano y no ha llegado aún la firmeza aguantadora del invierno, en la que los rigores de los hielos encuentran su correspondencia en la resistencia con que toda la vida los afronta, desde la rama despojada y nudosa que silba entre las rachas frías, hasta la bestia de pronunciado esqueleto, de largo pelo y de impresionante cuadril.

Entre esta inseguridad, entre esta timidez de la vida, yo me pregunto a veces por qué mi alma espera las cosas futuras con una inusitada firmeza, con una fuerza íntima que jamás la ha acompañado en su andanza por el mundo. ¿No dependerá ello de la salud perfecta de mi organismo después de tan largos años alcanzada?

Ahora ha dejado de ocurrirme el ver los hechos como soñados, como velados por el tiempo antes del transcurso de un día desde que ellos fueron.

Acabo de pasar por grandes emociones, por verdaderas aventuras; acabo de cruzar la formidable cadena andina y de exponerme a mil contingencias y peligros; y, sin embargo, mi alma mira lo que fue como realidades que tengo a la vista, no como cosas soñadas.

Desde días antes de salir de Fiambalá con Roque Zelarayán, ya experimentaba esa visión real, sólida, de las cosas y de la vida, y ya empecé a caminar con paso firme por los flancos de mi propio destino.

A la indecisión, al ensueño tal vez, al concepto sumamente relativista de las cosas, han sucedido la firmeza, la seguridad, la visión realista del mundo y de mi propia vida. ¿Por qué?

Apenas si me ocupo de averiguarlo. Me interesa el hecho en virtud del cual me siento fuerte y seguro.

Lo cierto es que, con toda clase de reservas, casi secretamente, prevenimos con Zelarayán la estupenda jornada.

Pude proveerme de botas altas y forradas de grueso paño escarlata, de guantes y de gorra de montaña para usarlos en caso de excesivo frío en la Cordillera. Porque sobre todo cuando la estación está avan-

zada, es necesario ser con la gran montaña audaz y prudentísimo, pues así como puede ofrecer un tiempo primaveral, durante el cual hay que lanzarse en el seno de las interminables cadenas, puede también sorprender con fríos, nieves y tempestades propios de la plenitud del invierno.

En casa de Alicia me notaban, ésta y doña Petrona, decidido, despreocupado, alegre. Un optimismo cada vez más franco me fue ganando el espíritu, hasta el extremo de dar por hechos mi negocio, mis proyectos, mi estada definitiva en Fiambalá... y por logrados mi hogar aldeano y mi amor.

Ni siquiera se me ocurrió preguntarme si los sentimientos de Alicia respecto de mí me eran definitivamente favorables. Yo contemplaba una situación sin duda propicia a mis proyectos, y dejaba la terminación y el logro de ellos para cuando todas las condiciones de su cumplimiento estuviesen ya en mis manos. Y el cumplimiento de esas condiciones era cuestión del transcurso de unos días, quizá de un mes, así como del cruce andino, dificultado por contingencias y peligros que antes que yo habían sobrellevado todos los hombres de Tinogasta con menos precauciones y recursos que los por mí adoptados y conseguidos.

Naturalmente, en la elaboración del plan de nuestra campaña fue Roque quien decidió. Pensamos si era conveniente comenzar las compras por el sur o por el norte. Teníamos que recorrer varios pasos y desde ellos internarnos adonde indicaban los papeluchos que Zelarayán guardaba como un tesoro.

Después de muy pensado el asunto, decidimos comenzar el negocio por el norte. Los pasos de la Cordillera, por donde debíamos penetrar en la montaña, eran, de sur a norte: Barrancas Blancas, Los Patos, San Francisco, Aguas Calientes, Socompa y Socaire.

El camino que lleva al paso de Barrancas Blancas queda muy lejos, al sur de Fiambalá. Los pasos de Socompa y de Socaire quedan muy lejos, al norte, fuera ya de la provincia de Catamarca, en la gobernación de Los Andes. Por este motivo, y porque en Socaire no aparecía muy claro y seguro nuestro ne-

gocio, disuadí (o al menos se dio por disuadido) a Roque de llegar a tan extremos lugares. Nuestra jornada debía concretarse a incursiones por Barrancas Blancas, Los Patos, San Francisco y Aguas Calientes; y aún así, resultaba una excursión tremenda.

Brevísimos días tardamos en nuestros preparativos.

Muy poco antes de lanzarnos a la inmensidad de los campos, apareció como traída por la Providencia la imagen fugitiva y desvaída de Juan de Dios Chanampa, en Fiambalá. Venía de sus interminables viajes. Me miró con simpatía y me dijo, subrayando la frase con una leye sonrisa cariñosa:

—¿Cómo le va, niño? Caramba, que lo veo güenazo y juerte.

—Andamos bien, don Juan de Dios. Lo esperaba, precisamente.

—¿Esperarme, a mí? —me contestó, incrédulo.

—Cierto es, amigo, que a usted no se le espera, porque de todas partes está ausente y es el eterno fugitivo; y, sin embargo, ya ve, tengo que proponerle un viajecito...

—Eso ya es otra cosa. ¿Y pa dónde, Don?

—Para la Pampa Blanca ya no ha de ser, porque ahora la cruzo en tres saltos de mi Tordillo.

—Así no más es. Ya'está criollo... ¿Y pa dónde, señor?

—Dígame, primero, si puedo contar con usted por muchos días de viaje, quizá cerca de un mes.

—Por ser con usted, doutor... siempre que sea prontito.

—Pues bien; tengo su palabra. Mañana, a las dos de la madrugada, saldremos, según lo ha dispuesto Zelarayán. Llevaremos mulas cargueras. Yo iré al principio del viaje en el Tordillo de don Justo, y la mula alazana será llevada a cabestro para usarla sólo al subir la Cordillera. Porque, ¿sabe?, tenemos que pasar y repasar los pasos desde el de Aguas Calientes hasta el de Barrancas Blancas, y aún penetrar por sendas y "desechos".

—Ordene no más, patrón.

—Véase con Roque Zelarayán, prepare sus "pil-

chas" y... ¡a andar! En el camino contrataremos los peones que necesitemos.

—Está bien, patrón. Con su permiso, entonces. —Y se retiró.

—¿Y el precio, y lo demás?

—Ya'es sabido, Don —dijo, en marcha.

Para mí era una adquisición inapreciable la compañía de Chanampa. Con ella, desaparecía de mi espíritu toda duda, todo temor. Y en ese mismo momento formé el propósito de regalarle, a nuestro regreso, una suma apreciable si se la relacionaba con sus reducidos gastos.

*

¡Andar y andar! Me parecía que íbamos a andar siempre, durante toda la vida, a través de campos interminables.

A veces al trotecito, a veces a paso lento, a veces al *marchao* de nuestras bestias, contemplaba la caravana en que yo mismo iba, inmergida en la inmensidad.

Muchas veces sentí pesar en mi alma el tedio, brotado como un vaho de los campos.

La salida en la alta noche, en plena oscuridad, con sigilo, a sabiendas de que casi nadie conocía la proyectada aventura, me halagó íntimamente. Pasamos frente a las casas dormidas en cuyos umbrales se detenían, como aves nocturnas, los ecos de nuestras pisadas. Algún perro vigilante nos seguía por espacio de treinta o cuarenta metros, apuñalando con sus ladridos el espeso silencio nocturno. Pero éste se espesaba más aún al disiparse la algazara perruna.

Tan íntimamente me consustancié con la soledad y con la noche, que apenas me parecía ser, por momentos, nada más que una sombra fugitiva entre el pleno dominio de la sombra inmensa.

Otras veces me parecía que el silencio, cual si fuera friable, descendía en sutil polvareda sobre mi alma desde la eternidad.

El espíritu se dilataba en la noche como un ave

inmensa que extendiera sus alas, en serena apertura, de confín a confín del espacio ensombrecido.

Pronto comencé a andar zaguero en la compañía nocturna.

Desde el último árbol de la población de Fiambalá, saltó de repente un grito irónico y casi violento, por lo repentino, de un gran pájaro al que los aldeanos llaman brujo, quizá porque tiene la costumbre de vocear en la plenitud de la noche y del silencio; y me pareció que decía al pasar yo frente a él: "¿adónde vas, Quinteros?"

Estremecíme todo entero, y le lancé en voz alta una fiera interjección.

—¿Qué le pasa, doctor Quinteros?, sonó la voz risueña de Zelarayán.

—Ese bicho del diablo... —le contesté, sin saber qué responderle. Y por disimular mi turbación—: ¿qué bicho es ése, don Juan de Dios?

—El pájaro brujo, Don.

"El diablo se lo lleve", dije en mi interior.

Continuamos. No íbamos por el camino de salida de Fiambalá hacia el norte, sino que enderezamos al oeste en derechura del desierto, para faldear más tarde la Cordillera hasta llegar al pie de la cuesta de Aguas Calientes.

A campo abierto me pareció la noche mucho más clara. Borrajeábamos con nuestra andadura un silencio chispeado de astros. Con retardado paso nos movíamos como hormiguitas en un flanco de la inmensidad. ¿Polvo sideral levantaba el casco afanoso de nuestras bestias? ¿Rumbeábamos en lo infinito por un sendero de estrellas?

Anduvimos y anduvimos. El terreno arenoso, blando, subía poco a poco hacia la montaña que cierra el valle fiambalense.

No tardó en helarnos las orejas un remusguillo de alba. Y muy pronto el sol, invisible, con su hurgón de oro, comenzó a atizar la hoguera del oriente, cuyas brasas había conservado bajo la ceniza de las sombras.

El día era menos propicio para viajar que la noche en aquel desamparo arenoso de los campos.

A medida que se levantaba el sol aumentaba el ímpetu de un viento sud-sudeste que era como un aliento ancho de la naturaleza.

El paisaje apareció en su extensión imponente y triste, porque era a la vez grandioso y desolado.

Tan desconsoladora era la amplitud abierta como el detalle diminuto. Al frente, una montaña que hacia el norte y el sur se perdía de vista, y que ocultaba la imagen brava y nudosa de la gran cordillera andina. Y en todo rumbo, hasta el pie de aquélla, terreno arenoso y a veces ripioso, con un ripio rojizo a grandes espacios que daba impresión de una remota violencia, de irreparable aridez, de sequedad eterna.

Era un campo siempre igual, sin más accidentes que el color desolado y cambiante de las arenas gruesas, y los avances en bóvedas blandas a la pisada que realizaba el terreno para llegar a los faldeos de la montaña próxima.

Si uno quería distraer la vista, ilusionarse siquiera por algunos instantes, y buscaba lo pequeño y gracioso, no tenía dónde encontrar un refugio para el espíritu sino en los diseminados arbustos sembrados como por un castigo en la tierra sedienta.

La papilla, arbusto de color verde desleído, se alzaba hasta medio metro sobre la arena, dura al tacto y al paladar amarga. El junquillo crecía en matitas dispersas. También tuve la curiosidad de tomarle su sabor amargo... El jume, el cachiyuyo, el badre, la tramontana, el tacu-zorro (degeneración del algarrobo, achaparrado y rastrero en las lomadas de arena)... Toda era población de secadal, individualista, diseminada, descolorida, áspera, con hojas como tronquitos desagradables al tacto, sin la más remota apariencia del ensueño de la fronda.

Era campo sin un hilo de agua, sin un trino de pájaro, sin un ondular de mariposa, sin la sombra de un solo vuelo, siquiera fuese de una nubecilla, que flotara a la deriva en lo azul...

Un incesante tedio, coloreado de un pálido azul, caía desde la alta atmósfera como impalpable polva-

reda, y un aburrimiento bruno se levantaba de las arenas tendidas en grísea eternidad.

Al lento paso de las bestias, que apenas desfloraban la extensión, íbamos por un paisaje siempre igual, de alma penitente, escueto y raso de toda poesía, de toda gracia, de toda veleidad, y cubierto con su saya franciscana, como un monje que siglo tras siglo esperase el fallo de la justicia sin apelaciones.

La noche nos encontró acampados al pie de la montaña que por el oeste trazaba con línea desigual, ondulada y recia, el valle fiambalense.

Nos alojamos en un puestecito de los primeros alcores del monte, a la entrada de una quebrada que surcaba el cerro y junto a un hilo de agua mínimo y transparente como el alma de un pajarito.

El rancho, de una sola pieza, tenía un aspecto de vetustez simplísima, y apenas era un sombrajo sostenido por horcones y prolongado por una quincha áspera, hasta el suelo. Calzaba, como un chambergo viejo, un alero apocado por la intemperie, raleado, que debía de proyectar, bajo el sol, sombra equívoca, listada de rayas de luz.

Sin duda no podía yo quejarme de la manera solícita con que me atendieron Roque Zelarayán y Juan de Dios. Dormí nueve horas y media seguidas con un sueño de mineral, y me levanté alegre, aunque con el cuerpo dolorido, y dispuesto a una jornada mayor aún que la formidable que acababa de cumplir.

Cuando me levanté, sólo faltaba acomodar mi cama para continuar el viaje. Y en pocos minutos más emprendimos la marcha, luego de ingerir un abundante y tierno asado de cabrito.

En brevísimo espacio de tiempo pisamos los pajonales de la cumbre. Unos pasos más hacia el oeste aún cubierto, y vería por primera vez, de cerca, la cadena andina, bajo cuyo influjo incontrastable hacía tiempo me encontraba.

De súbito el oeste se dilató poderoso en cielos nítidos y duros, los cielos de un viril azul de la cordillera de los Andes. Un viento distinto del que soplaba en el campo oriental, un viento íntimamente nevoso y

cargado de francas violencias, nos topó de pecho, nos desordenó momentáneamente las ropas y retardó el paso de nuestra andadura.

Y la Cordillera se apareció a mi vista en bravas desigualdades, fantástica y espinal. Blanca, azul, lívida, gris o castaña por trechos, marcaba toda entera la violenta línea del oeste, erizada de níveos arietazos sobre el azul, así como de agrias dentelladas en las laderas rocosas. Los promontorios roqueros y nevosos se me presentaron a la imaginación como vértebras; y se me impuso la imagen de que el gran monte era el espinazo de la tierra.

No pude menos de detenerme y contemplar, a pesar de que el viento chasqueaba en nosotros como un continuo azote.

Pero, en seguida, una impaciencia de llegar a la inmensa cadena, la marcha de los compañeros, el viento estimulador del sistema nervioso, me obligaron a seguir, como lo hice, la jornada.

No obstante ese viento, parecía que en parte, al menos, de la Cordillera, reinaba la serenidad, pues más o menos a medio monte, hacia el norte, se tendía una franja de nubes inmóvil, blanca, de suelta línea, tranquila. Era esa porción de monte y de cielo, un paisaje estático, matemáticamente delineado y en apariencia fijo de modo perdurable. Era como un cuadro en el que el pintor no hubiese procedido por partes, sino lanzado sobre la tela, de un golpe, con justas medidas, con exactos contornos, las imágenes, la perspectiva, los colores, las líneas.

Pero nosotros no íbamos a gozar de esos días de buen tiempo, porque teníamos que andar mucho aún hasta el pie de la Cordillera y dirigirnos hacia el norte hasta dar con la entrada del paso de Aguas Calientes. Mucho había que menearse aún sobre las bestias.

Bajamos aquel monte precordillerano, nos dirigimos con rumbo noroeste y anduvimos y anduvimos por tierras arenosas, áridas, desoladas.

Dormimos al final de la segunda jornada a campo raso y, al día siguiente, en vez de mi caballo tor-

dillo, bastante estropeado ya, me presentó Juan de Dios para montar la mula alazana.

—El Tordillo va medio mal —dijo—. Y sería una lástima... Animal tan noble. En cambio la mula necesita adelgazar un poco pa entrar en la Cordillera. A ésa no le hace nada; puede irse pa Bolivia sin que lo sienta.

Harta razón tenía Juan de Dios, sin duda. Además, mi cuerpo le quedó agradecido, pues el *marchao* de la mula era más suave y más "rendidor" que el del Tordillo.

Por fin dormimos una noche al pie de la Cordillera, sobre el camino de Aguas Calientes; y al siguiente día, temprano, nos lanzamos a la gran montaña. Los animales estaban muy delgados, no sólo por la jornada, sino también a causa del poco pasto (y a veces ninguno), que se halló; pero, según Juan Chanampa, bastante fuertes aún gracias a las raciones de maíz y avena, que no escasearon. La mula alazana, me aseguró Chanampa, encontrábase en excelentes condiciones para el gran esfuerzo que la esperaba.

Debido a nuestro cruce a campo traviesa, evitamos las jornadas comunes y ganamos tiempo, cosa muy importante si se considera que el verano declinaba ya visiblemente.

Por otra parte, Roque quería evitar los encuentros con partidas policiales y empleados de aduana, que realizan insolentes registros, muchas veces, de lo que conducen los viajeros, buscando artículos de contrabando. Y sobre todo seríamos vigilados y registrados al volver con los cueritos.

—Vea, doctor —me dijo Roque— muchas veces no lleva el pasajero un cuerito de chinchilla; pero porque no es decidido o porque los de la partida son muchos, registran, simulan encontrar y quitan lo que quieren. Ésos son los verdaderos bandidos, los más repunantes, doctor, porque son bandidos disfrazados de autoridá.

—¿Y eso ocurre a menudo?

—No tema, doctor. Ocurre pocas veces porque los puercos saben muy bien que exponen la vida. ¡Cualquier día lo van a hacer con nosotros! Nos molestarán,

quizá, y eso será todo. Y solamente a causa de las mulas cargueras y de la ida para la Cordillera, que pueden hacer suponer la adquisición de cueritos.

Pero nosotros íbamos armados de winchesters, revólver y puñal.

Lo que para mí asumió las proporciones de una verdadera contrariedad, fue la separación de Juan de Dios Chanampa, un día antes de llegar al pie de la Cordillera.

—¿Usté tiene confianza en Juan de Dios? —me dijo Roque.

—Absoluta —le contesté— he viajado con él, lo conozco mucho, tanto por haberlo observado como por referencias de mi gran amigo Justo Pedraza. Éste me dijo un día: "en ese hombre puede uno confiar".

—Entonces, es necesario darle una misión, eso sí, bajo su responsabilidá, doctor.

—No tengo inconveniente de responsabilizarme; pero, ¿de qué misión se trata?

—Doctor —me dijo a la vez con calma y con firmeza— no podemos perder de comprar los cueritos que nos ofrecen en el paso de Socompa. Además, allá no hay que ir muy lejos, ni demorar, porque los vendedores son solamente dos y la partida es buena. Que vaya Juan de Dios, mientras nosotros compramos en Aguas Calientes y San Francisco.

—No es posible, don Roque. A Juan de Dios lo necesitamos, lo necesito especialmente yo.

—¿Para qué? ¿Acaso no lo voy a servir yo mejor que el más ducho? ¿Y qué cree usté de Juan de Dios? Es fuerte, sí, no hay qué cosa no resista; pero ni lo entiende al tiempo, ni conoce mejor que yo las mañas pa la Cordillera. ¿Qué vamos ganando con su compañía?

—Yo no puedo desprenderme de Juan de Dios...

—¿Entonces quiere que vayamos todos a Socompa? —me dijo con voz enérgica y el entrecejo fruncido—. Los negocios son como son, y hay que hacer lo que se debe. ¡Si conviene que Juan de Dios vaya, debe ir!

—¿Pero adónde nos volveremos a ver con Juan de Dios?

—En el paso de San Francisco, al pie de la Cordillera, donde yo le indicaré a Chanampa, después de terminados nuestros asuntos en ambos pasos. Y vea, doctor —añadió en voz más baja y con un aspecto sigiloso—, así ganamos lo que él hará y lo que no nos verá hacer a nosotros.

—Pero, ¿qué podemos ocultarle?

—Usté en estas cosas no sabe, doctor; disculpe. Cuanto más secreto, cuanta mayor reserva hay en el negocio de chinchillas, mejor. Juan de Dios tiene que ir, no más.

Comprendí que Roque tomaba en todo la jefatura de la expedición, no obstante ser, para mis cuidados personales, un eximio mozo de mano. Mi situación respecto de él era muy original. Me servía a pedir de boca, con actividad, con inteligencia, con acabado conocimiento del medio; pero, en el negocio en sí, en la marcha de la expedición, jamás cedía ni un ápice en lo que era, a su juicio, lo más conveniente y razonable. En todo caso, fue mi peón y mi jefe. Su carácter se me fue revelando como inquebrantable y bravío. Poseía la fuerza, la desconfianza, el sigilo. A veces se me aparecía como un zorro y a veces como un león.

El hecho es que dimos a Chanampa el dinero necesario para el viaje, hasta para alquilar otra mula en el trayecto, así como el justo para las compras a realizar. Y no sin pena lo vi alejarse de nosotros. (Roque mismo se encargó de las dos mulas cargueras y de mi caballo tordillo.)

Al menos, tuve el placer de regalar algunos pesos a Juan de Dios, para imprevistos del viaje.

*

Como el caballo tordillo nos iba a resultar un estorbo, Roque lo mandó al primer puesto donde se lo pudiera mantener, con un peón que regresaba de la Cordillera.

Difícil nos fue conseguir algún grano alimenticio para las bestias; pero, de uno y otro viajero, nos pudimos aprovisionar.

Ya con todo listo, emprendimos la entrada a lo grueso de las cadenas.

Apenas caminamos unas pocas cuadras, topamos a Inocencio Quipildor, que iba hacia los valles en una mula baya, nerviosa, alta y delgada, de apresurado paso, y que mientras andaba, hacía crujir el freno, mordiéndolo.

—Buenos días, don Inocencio —le dijo Roque, parando su mula.

—Buen día —contestó Quipildor, al parecer sin propósito de detenerse; pero, cuando me vio a mí, me saludó con cierta amabilidad y contuvo su mula para darme la mano.

—¿Usted también, doctor pa la Cordillera? —me dijo algo sorprendido. Y vi que con rápida ojeada observó a Roque y las mulitas cargueras. Iba a contestar, cuando Roque se apresuró:

—Ya ve, don Inocencio; vamos en viaje pa escribir, ¿sabe?

—¿Pa escribir?

—Sí, pues. El doctor ha recibido de Buenos Aires, adonde él manda sus papeles, como todos sabemos, propuesta de muchos escritos sobre la Cordillera. Que cómo es aquí, que cómo es más allá; si por aquí se puede hacer un camino para camiones; si más allá se puede tender una línea férrea; si cómo es el suelo, en fin, cosas pa que se distraiga la gente de abajo, no más, pa los porteños...

—Sí; ya sé que el doctor escribe.

—Y yo lo acompaño, pues —dijo Roque con viveza—. ¿No ve que voy ganando en el viajecito, por día, como conocedor y compañero, mientras dejo a la mujer atendiendo el boliche? —añadió, sonriendo.

Confieso que no comprendí las razones que tendría Zelarayán para engañar a Quipildor. Creo que disimulé perfectamente el asombro con que lo oí. Además, no era a mí a quien Quipildor observaba con el entrecejo rugoso. Parecía dudar de las palabras de Zelarayán, pero se convenció al fin de la superchería.

—Tendrá muchos temas, doctor —dijo. Pero creo que hoy y mañana va a tener que andar con cuidado en la Cordillera. Este viento que aumenta, tiene olor de nieve. Pero lleva compañero conocedor. Siempre el

refugio cerca pa caso de nevada y se salva. Pero vea la casualidad —agregó luego— *van dos veces que nos encontramos...*

Cambiamos dos o tres palabras más.

El viento arreciaba por minutos.

En tanto, llegaron dos peones conduciendo cuatro mulas cargueras y dos asnos, con sus aparejos de cargar.

—Sigan no más —ordenó Quipildor a los conductores, que pasaron con sus bestias a tranco largo, envueltos ya por un recio viento.

En seguida nos despedimos de Quipildor.

Él siguió imperante y fuerte hacia los bajos. Me dio la impresión de ser el dueño de los Andes. La fiera fragosidad del suelo cordillerano estaba trasuntada en su espíritu. Llevaba en su mirada y en sus músculos la fuerza del huracán.

Sereno y recio cruzó hacia los valles, envuelto en una racha, como si llevase en ancas de su mula el viento.

—¿Por qué le ha mentido? —dije a Roque una vez alejado Quipildor.

—¿Y por qué le voy a decir la verdá, a ver?

—No comprendo qué necesidad tenía... ¿No hacíamos lo que él, en el peor de los casos?

—Hum... Vea, doctor Quinteros, usté no conoce la Cordillera.

—Al que me parece que no conozco es a usted, Zelarayán. ¿Qué misterio hay en todo esto?

—¿Conque le gusta desconocer a los amigos? —dijo, y lanzó una carcajada que me pareció medio burlesca y medio desafiante.

Y porque comprendí que aquel hombre se tomaba demasiadas atribuciones respecto de mí, le contesté seriamente:

—No somos *tan amigos* como usted se piensa.

El rostro de Zelarayán abortó una sonrisa y seguimos viaje.

Anduvimos más de una hora sin hablarnos. No pensaba que iba a descubrir en mi acompañante y socio un orgullo bastante pronunciado.

La incidencia insignificante tenía para mí cierta importancia por el solo hecho de que no la comprendía. Pensar que Zelarayán hubiese engañado con tanta frescura a Quipildor nada más que por negarle la verdad, por un espíritu exagerado de reserva, no me satisfacía, no lo encontraba lógico. "Por algo le ha mentido", dije para mí solo. Ese "algo" era lo que yo no comprendía.

Además *¿con quién* me había aventurado yo en semejante viaje? Encontrarnos con Quipildor, a quien todos temían, en la soledad de la naturaleza, y permitirse engañarlo con la más perfecta frescura, no me parecía nada común.

La situación creada, por otra parte, me molestaba. Y comprendí que en ella Zelarayán tenía una posición mejor que la mía, pues era el jefe, el conocedor, el amigo de la brava naturaleza en cuyo seno ya estábamos. Y, para peor, el viento continuaba siempre recio, y el frío me calaba el cuerpo.

No debía prolongar ni un minuto más una situación inconveniente a todas luces para mí y que había sido creada por motivos insignificantes. Por otra parte, la lección que debí dar estaba ya dada.

Me le puse muy cercano y le dije:

—¿Qué anda haciendo por acá, Quipildor, a su juicio?

—Anda en su negocio de abastecer a los mineros de La Azufrera y también a los chinchilleros que tiene trabajando entre las peñas.

—¿Qué es La Azufrera?

—Una mina de azufre que está más allá del hito.

—¿Del hito que separa los límites de ambas naciones? ¿Una mina chilena, entonces?

—Justamente; Quipildor es muy relacionado más allá de la línea. En Chile nunca se ha desgraciado y se lo considera bien.

—Ya lo sabía. ¿Y qué chinchilleros son los que tiene trabajando entre las peñas? ¿Cuántos son? ¿Cómo es ese negocio?

—En realidá ahora trabaja de ese modo por rareza. Hace tiempo que ha dejado esa manera de negociar.

—¿Y cómo es?

—Contrata varios hombres (ahora debe de tener alrededor de doce, según mis informes) para que trabajen entre las rocas y las nieves, aislados unos de otros, sin más recursos que el aguante de cada cual. Él los lleva en sus mulas y los tiene allá trabajando diez, doce, dieciocho meses. Baja a las poblaciones con sus animalitos cargueros, se aprovisiona bien de conservas, yerba, azúcar, galleta, granos, harina, y regresa a las guaridas para proveer de todo ello a sus hombres. De tiempo en tiempo los provee de nuevo.

—¿Y los otros?

—Allá se lo pasan en la soledá de Dios, cazando chinchillas.

—¿Y cómo viven?

—En las guaridas de piedras, pues, don Ventura. En la Cordillera hay muchas partes donde meterse. Es cuestión de conocer, no más.

—¿Y cómo es el negocio?

—Él los lleva, los aprovisiona, los vuelve; y ellos le entregan la mitá de los cueritos conseguidos. Pero la provisión es muy escasa, y él les da a cuenta otros artículos. Todos le quedan debiendo, y le pagan al final con cueritos de chinchilla. Además, Quipildor siempre tiene buenas monturas, maneas, riendas, frenos, en fin, cosas que trae de Salta y de Chile, y que también las cambia por cueritos.

—¿Y lleva bastimento a La Azufrera?

—No, don Ventura. Los mineros de La Azufrera se proveen en Chile. Sin embargo, siempre consigue colocar algunos artículos allá. Los distribuye también en las poblaciones apartadas del comercio, y gana siempre mucha plata.

—Quipildor produce, en efecto, la impresión de ser hombre de dinero. Sus animales son excelentes y sus vestidos riquísimos.

—Tira plata a manos llenas, doctor, por donde va. Yo quisiera cambiar todo lo que tengo por la quinta parte del dinero que ha ganado Quipildor. Quedaría rico.

—¿Y él no lo está?

—Nadie puede saberlo. Como él vive siempre fuera de la ley, perseguido, sin hogar estable, ¿cómo va a comprar propiedades? ¿No tendrían derecho a reclamarlas los deudos de los que ha muerto, como daños y perjuicios?

—Sin duda.

—Por eso, tal vez no se le verá la riqueza. O por eso lo tirará todo. Sin embargo, el hermano de Inocencio ha comprado dos fincas de bastante valor, una en Medanito y otra en Fiambalá.

—¿Con dineros de Quipildor?

—Así dicen algunos... vaya usté a saber.

—Los chinchilleros que mantiene le deben de haber producido mucho dinero.

—Pero ya no trabaja así. Ahora, por rareza. Algo más ha de tener en vista. Quipildor es muy vivo. Tal vez tiene chinchilleros en las proximidades de este paso, porque debe venir pa La Azufrera. O ha relacionau las dos cosas, en fin. Si no fuera que está trabajando mucho la mina, creo que no tendría chinchilleros por acá. ¿Cómo será, al fin?

—¿De modo que no trabaja por ahora sistemáticamente, en chinchillas?

—Claro que trabaja, don Ventura; pero de otra manera.

—¿Cómo?

—Él conoce las guaridas, los ranchitos, y anda mucho por la Cordillera... Y les compra a los cazadores las pieles o las cambia por sus artículos.

—¿Pero no les conviene más a los chinchilleros vender ellos mismos las pieles?

—Así sería. Pero no olvide, doctor, que la caza de la chinchilla es prohibida, y que la autoridá es muy cruel con los contraventores. Además, en el seno de la Cordillera, es bastante difícil no tratar con Inocencio...

—Verdad es que se dice que ha muerto a muchos chinchilleros.

—Yo no digo eso, doctor, vaya a saber... Sólo Dios, las nieves y las rocas...

—El hecho es que muchos chinchilleros han desaparecido, ¿eh?

—Así será, doctor. Yo no me meto en eso... Son cosas muy delicadas y que nadie las puede saber; sólo Dios —agregó con cierta solemnidad—. Él se las tomará en cuenta, si son ciertas.

Y ante mí se abrió el abismo de la divinidad, el abismo del alma humana y el abismo de los secretos insondables de la inmensa cordillera por cuyas garras estaba, al fin, asido. Un intenso frío me surcó la espalda. Me parecía que me enfrentaba con Dios, con la enigmática tragedia humana y con el misterio insondable del Universo...

Y anduvimos un largo espacio sin hablar con palabras externas.

Al cumplir una legua de camino cordillerano, ya Roque Zelarayán había hecho un buen acopio de leña de cuerno, vegetal bastante caprichoso en su forma y en su crecimiento. El medio le ha enseñado que si bien en el aire está la vida, también asecha en él constantemente, la muerte. Le es necesario respirar y al mismo tiempo huir de los terribles fríos de una atmósfera a menudo cargada de nieve y de exterminio.

El cuerno huye de los hielos creciendo hacia abajo. En la superficie no es sino una bovedilla dura, enjuta, leñosa, pegada a la tierra. Desarraigado el cuerno cobra la forma de un paraguas. Su raíz larga y recta calienta en la hoguera exigua los miembros ateridos. Es la leña por antonomasia en la cordillera de los Andes.

A poco andar, antes de finalizar la legua, encontramos un peón montado en una mula que iba perezosamente a los valles. Zelarayán lo contrató para mozo de mano mío.

—Éste es hombre de confianza; puede ir, con él, seguro —me dijo.

—¿De confianza... *cordillerana?* —le contesté, con ironía.

—Esu'es —respondió con la más perfecta y natural seriedad—. Aquí la vida nu'es como en los valles.

—¿Cómo se llama, amigo? —interrogué al nuevo compañero.

—Nasario Chamijo, señor; para servirlo —me respondió con cierta donosura criolla que me agradó muchísimo.

Pero, al menos al principio, hablamos muy poco.

No dejó por cierto de llamarme la atención la facilidad con que Chamijo tomaba otra vez rumbo a lo bravío y áspero de la Cordillera, después de estar ya casi completamente a salvo de sus peligros. Eso sólo me indujo a mirarlo con algún respeto.

Desde el primer momento se mostró como un hombre práctico en aquel medio.

Conforme veía, sobre las laderas, un buen arbusto de pata de perdiz, también enjuto y leñoso, con varillas espinudas distribuidas en la forma que su nombre indica, bajábase prontamente y lo recogía.

Cuando dejamos atrás la región donde se ve alguna leña, llevábamos sobre las mulas cargueras una apreciable cantidad de aquellos generosos arbustos que son muchas veces garantía de la vida en las rudas soledades.

—No nos va faltar leña, Don —me dijo, satisfecho— aunque nos pille un güen temporal.

Provistos de todo lo necesario, avanzamos resueltamente. El viento no cejaba en lo mínimo en su reciedumbre helada. Era un soplo de muerte vivo y silbante que cruzaba con rozamiento rudo del cuerpo y en tangencia siniestra sobre el alma.

Era un aire a la vez violento y sutil. A pesar de ir abrigado yo con dos pantalones, y de ser de gruesísimo paño el exterior; a pesar de mis botas muy altas, botas "granaderas" que me llegaban a medio muslo, forradas de grueso paño rojo; a pesar de mis guantes de montaña y de mi gorra de gruesa lana que además del cuero cabelludo me cubría casi toda la cara; no obstante todo ello, no obstante la camiseta, la camisa de invierno, la tricota y la chaqueta de montar, sentía como si el viento me soplara en la piel.

Porque era un viento penetrante que me clavaba en los poros centenares de agujas heladas.

Sin embargo, mi organismo no flaqueaba. Sentíame animoso y hasta olvidaba el frío por apreciables espacios.

Sólo más tarde experimenté un viento aún más sutil y más frío que no se contentaba con calar las ropas, sino que se diría soplaba en el alma, humillándola, derribando sus energías como el huracán de los bajos desgaja los árboles y los abate sobre la tierra.

Y comprendí que en realidad era el viento el león implacable, el león de los leones, en la desolada aspereza.

Y, para mayor desconsuelo, soplaba la fiera su ira inmisericordiosa sobre la áspera soledad, en cuyos promontorios irremediablemente estériles, dijérase que había clavado sus saetas el Todopoderoso.

A ambos lados se dilataba una aspereza gris oscura. Las peñas casi negras presentaban un aspecto de vetustez estropeada por la eternidad, por el viento y la nieve. Y con sorpresa vi más de un peñón oscuro traspasado de parte a parte por agujeros a través de los cuales se veía el cielo henchido de resplandor.

De pronto la senda se levantó por una ladera y comenzó a descubrir perspectivas tan violentas que encogían el ánimo más viril.

Una sucesión de cimas se lanzaba a profundos tajos en laderas rápidas erizadas de rocas agudas y de aristas como enormes cuchillas de aquella soledad belicosa.

Ni un arbusto incipiente distinguía la mirada. Todo era roca y viento.

Los distintos planos con que las cumbres parecían precipitarse al abismo, sus cuchillas agrias y sus dentellados promontorios daban la impresión de un mar de rocas sacudido por una tormenta sísmica.

Sobre las altas laderas, en grandes montones diseminados, dormía la nieve su sueño entre el fragor silencioso de aquella epopeya de abismos y de rocas.

El viento no acrecía su celeridad. Apenas gemía con voz delgada entre los peñascos. Pero el paisaje era de por sí violento.

Anduvimos más, y muy luego bajamos por otra ladera a un brevísimo llano de roca resquebrajada en mínimas porciones y de color castaño subido. En toda dirección, menos al sudeste, sólo veíamos laderas rojizas, bayas, oscuras, que bajaban al llanito como pidien-

de un descanso de tanta violencia, cual toros que después de la lidia ocurriesen a un estanque a beber. Ocultos al ojo fueron los altos taludes y las cumbres nubosas y nevosas. Se me antojó el cuadrito como un remanso roquero. O quizás había amainado la tempestad rocallosa, y la piedra resquebrajada en porciones menudas era la espuma dejada en ese hueco del inmenso acantilado de la infinitud.

Pronto subimos hacia mayores fríos y mayores furias del aire y de las rocas.

Distinguimos otra vez las crestas cuajadas de una nieve crespa alterada por los vientos. Una sucesión de laderas uníase con cierto orden, en un bajío sinuoso, bajío largo cuyo término no se distinguía, y por cuyo fondo un riacho, casi del todo helado, viajaba con senil paso, con quebradizo andar, con cascada voz de anciano que buscase, en un tardío desconsuelo, su descanso...

Así era la áspera jornada. En general subíamos, subíamos cada vez más; pero a veces bajábamos a porciones remansadas del innumerable pedrerío. A veces se abrían enormes perspectivas. A veces nos encerrábamos en un pequeño espacio. De repente una ladera se tendía en pedregullo desmenuzado. De repente otra ladera se levantaba recortada en incontables cuchillos de rocas, de un filo desigual y dentellado en el cual imagina el viajero que se lastiman y desangran los vientos, o que son cilicios con que se macera el torso, como un monje austero, el Infinito.

Pero nada me causó tanta sorpresa, tanta admiración y lástima a la vez por la criatura humana, como el encuentro de un pastorcillo en tan duras soledades.

En las primeras horas de la tarde bajamos a una cañadita apenas terrosa en la que brotaba una agüita tímida casi toda helada. Matitas de un pasto incipiente se veían esparcidas. Y allí un niño como de doce años hacía pastar un grupo de más o menos treinta ovejas.

Esa verdura incipiente había sido descubierta por el afán lucrativo del hombre cordillerano. Y una vida humana en comienzo se aventuraba a extraer, de entre el mezquino seno de piedra, aquel saldito de afirmación

vegetal olvidado por la negativa pertinaz de la roca.

—¿Qué haces por aquí? —le pregunté, asombrado.

Sacóse el sombrero de lana tejido en la misma Cordillera, y me dijo con una humildad infinita que contrastaba dolorosamente con su vida heroica:

—Ando con mis ovejitas, señor.

—Y de aquí, ¿adónde irás?

—A buscar otro pastizalcito, pues, señor.

—¿Y si te toma la noche?

—Y siempre me toma, pues, señor.

—¿Y adónde duermes?

—Entre las cuevas de piedra, pues, señor, con los cueritos de ovejas.

—¿Y las ovejitas?

—Ellas también se meten entre las peñas, pues, señor.

—¿Y cuando hay tempestad?...

—Me voy pal ranchito si hay tiempo, allá muy abajo, pues, señor.

—¿Y tienes padres, hermanos, en el ranchito?

—Nay sí, señor, pues.

—Y ellos, ¿también?...

—Sí, señor, todos salen con ovejitas.

Tenía la cara quemada, inexpresiva, oscura, rasa de emoción, de fantasía y de pensamiento, como si por dentro no hubiese ni un retoño de alma. En sus ojos grandes, ingenuamente abiertos, no se veía ni el rastro de un dolor, ni mucho menos la sombra florida de un contento... ¿Pasó alguna vez sobre aquel rostro desamparado y frío el vuelo de una ensoñación? ¿Pensaba en algo? ¿Aspiraba a algo aquel extraño ser? ¿Tenía alguna necesidad además de la de guarecerse en su agujero de peñas?

Bastaba ver ese rostro humano para resolver toda interrogación por la negativa. Pues aquel muchacho no sufría, ni se alegraba, posiblemente, nunca, ni derramaba, salvo por causa del frío, la alegría triste de una lágrima... Porque una conmoción de dolor moral tenía que ser un regocijo para esa alma inánime, adosada a la insipiencia absoluta.

Era ese niño cordillerano una amargura infinita para el contemplador y una inconsciencia para sí propio,

una vida incipiente de hombre, una vida apenas insinuada, mucho menos vital que, entre la flora, el pastito apenas perceptible que ingerían las ovejitas, comparado con la magnificencia de la selva.

Creo que en las rocas recortadas en el acantilado de la eternidad había más expresión de naturaleza y de Universo que en aquel rostro humano...

Vacié de monedas mis bolsillos y se las di, y apuré el paso... Y quizás una estela de sorpresa surcaría la nada blanca de sus ojos grandes.

Seguimos. Un pico agudo se calza el chambergo gauchesco de una nube.

Un amontonamiento de rocas se precipita en un estrecho abismo que abre tragaderas pantagruélicas para absorber la vida medrosa que a su vera cruza en silencio a paso de mulita prudente y segura...

Otro pico álzase piramidal, agudo y delgado hacia la cúspide como una lezna con que la montaña quisiera agujerear el cielo y desangrarlo de éter y de estrellas.

Y en fin, aquel promontorio semeja la figura de un gaucho emponchado que, medio ebrio con jugos de destilación sideral, cruzara a pasos desiguales un sendero de altibajos.

A veces parecía el horizonte, ese abrazo azul del infinito al talle de la tierra, lejano como una leyenda en la perspectiva de los tiempos.

Ora nos sumergíamos en honduras como pozos de cielo en la tierra.

Ya la vista se reducía a una pampa azul hacia arriba y a una arista de ángulo diedro a nuestros pies.

Ya, finalmente, distinguíamos tal cúmulo de materia amontonada, que no parecía ella hechura de nuestro débil planeta, sino una gigantesca lapidación lanzada con sísmico esfuerzo desde los astros cercanos.

No faltaba tampoco la visión agradable y hasta admirativa de lo pequeño. Que a veces la sendita trepaba un enorme peñascal rojizo como si fuese una corzuela que en ágiles saltos clavara su delicada pezuña en la enfurruñada aspereza.

¿O el hombre había clavado su intrepidez en el lomo

hinchado de la bestia rocosa, y la senda rojiza era el escurrimiento de la sangre cordillerana?

Me parecía imposible salir del torbellino de roca, de viento y de eternidad en que estaba inmerso.

Me parecía por momentos que iba a vagar siempre entre las rocas como una insignificante manchita movida por desquiciado afán bajo lo azul.

Sí... nunca me iba a zafar del apretón con que la garra pétrea de los Andes me tenía.

¿Cuál sería mi acogeta en los momentos en que me aventara sobre los abismos la nevasca?

En el instante en que me lo preguntaba colmó mi emoción de estar perdido irremediablemente, la vista de un túmulo digno de la escena.

Sobre un promontorio, a la vera del sendero, se veía un amontonamiento de piedras llevadas allí a propósito por el brazo del hombre. Palabras de desamparo y de desolación proferían las piedras allí reunidas por el esfuerzo humano. Una elocuencia dura y escueta emanaba del amontonamiento como un vaho espiritual.

—¿Qué es esto, Chamijo? —sonó mi pregunta castigada por los duros signos.

—Un finau pircado, señor —me contestó; e hizo la señal de la cruz, sombrero en mano.

—¿Lo mataría algún bandolero, tal vez?

—Vaya a saber. Nadie sabe cómo mueren los hombres en esta soledá, señor.

Afortunadamente la emoción de estar perdido entre la tempestad de rocas pasó pronto y templó de nuevo mi sangre el ánimo seguro.

Lo peor de nuestra andadura comenzó cuando abandonamos el camino de cruce a Chile para penetrar por el roquedal sin concierto alguno, hacia el norte.

Seguíamos un sendero formado de manchas que indicaban un sucesivo asiento de cascos en la peña.

Para Zelarayán y Chamijo esa sucesión de manchas era una senda. Para mí, una aspereza insoportable.

Mi mula alazana andaba, sin embargo, como si tuviese aprendido de memoria el trayecto.

Anduvimos mucho a lento y estorbado paso.

El sol había tramontado la Cordillera. Desde el lado opuesto del monte rasaba los picos, las cuchillas, las nieves, con varillas de luz que penetraban divergentes el espacio.

Toda la montaña resplandecía con el halo solar en que rutilaban los filos.

Las nieves de esos filos eran, en la caída de la tarde, sangre coagulada y resplandeciente que el sol, lastimado en las asperezas, derramara al cruzar la montaña.

Imaginaba oír el silbo de los rayos solares al rozar los contornos cimeros rumbo al infinito. Porque traducíase el espectáculo por una inmensa sinfonía de potentes rayos y de quebrados reflejos.

En determinados instantes los picos se me antojaron instrumentos musicales en que iba a prorrumpir el sol en una sinfonía cósmica expresiva de todo lo increado.

Esa música ondularía en el infinito y, en las playas de las esferas remotas, rodaría como una sonora espuma de oro según un ritmo universal.

Distraído iba en esas visiones que cantaban sinfónicas dentro de mí, cuando distinguimos entre altas rocas una figura estrafalaria que se movía con lentitud.

Me era imposible definir qué animal podía ser aquél. ¿Cómo pudo trepar a esa inexpugnable aspereza?

Herido por las anteriores visiones, el ánimo predispuesto a la sorpresa y a la fantasía, se me antojó la criatura oteada en las rocas un monstruo raro de creación cordillerana, un engendro roquero.

Me sorprendió la voz de Chamijo:

—Hay ser ño Pedro Churpay.

¿No era tan fantástica como un monstruo roquero la vida de un hombre allí?

La realidad teje, en el Universo, mayores asombros que el hilo volandero de nuestra fantasía.

Abocinadas las manos sobre la boca, gritó Chamijo:

—Ño Churpay, ño Churpa...y...y...y.

Y el que se me antojara monstruo roquero contestó con una voz escalonada que cruzó violentamente por nuestros oídos. Y comenzó a aproximarse.

Ya próximo, desapareció un instante para reaparecer de nuevo con algo en la mano.

—Ha sacado el wíncher —observó Chamijo.

—Ajá —respondió Zelarayán.

Comprendí que el tal Pedro Churpay era uno de esos denodados chinchilleros que sólo conocía por referencias.

Hubiera observado detalle por detalle con espacio, y así lo hice por momentos; pero el frío agudo que me surcaba la espalda en intensas vibraciones, comenzó a deprimir mi vitalidad, amenguando mi poder de observación.

Se me ocurría que mis ojos emanaban una mirada inánime que iba a caer rígida de frío sobre las piedras. Y con sorpresa palpé a través de mi guante una lágrima que el viento frígido me arrancara y que en uno de los ángulos de mi ojo se había convertido en hielo. Suspiré por un refugio, por una acogeta de roca entibiada con un fuego de cuerno o de pata de perdiz; pero, sin embargo, nada dije.

Restribaba a cada instante para sentir mis pies, pues no experimentaba la sensación de tenerlos; y me frotaba las manos.

Parecíame que el aire hialino se resquebrajaba sobre nosotros en porciones microscópicas de hielo.

El frío estaba a punto de elidir de una sola vez todos mis empeños, todas mis esperanzas.

A pesar de mi estado de postración, no pude menos de reparar en el chinchillero, que llegaba.

Nunca he visto más raros pantalones que los suyos. Construidos con cueros de ovejas, se colocaban con la lana por dentro. Cubrían todo el cuerpo de la cintura abajo, inclusive los pies, de modo que el chinchillero pisaba con la parte inferior de aquéllos. Ajustábanse en la cintura y podían abrirse por la pantorrilla derecha hasta el pie, por la parte de adentro. Abrigábale el busto una chaqueta gruesísima de basto tejido de lana. Su gorra, también de lana burda, resguardábale la cabeza, las orejas y la frente, dejándole libre buena parte de la cara.

Su mirada era a la vez fría y recelosa. En ella se advertían los extremos arrestos.

El chinchillero no confiaba, sin duda, en nadie más

que en su winchester. Éste era la dura ley de esa vida roquera y nevosa.

Zelarayán no se comportaba con menos sigilo que el habitante de los roquedales y neveros.

Con todo disimulo le mostró uno de los papeluchos que yo conocía. El chinchillero le hizo una leve señal y se apartaron.

Hablaron en voz muy baja.

No sé si un momento de reacción de mi cuerpo flagelado por el frío, me permitió atender en mínimos detalles a aquellos dos hombres que, sin más testigo que Chamijo —pues yo era parte— tramitaban su negocio en profunda reserva en aquella absoluta soledad, donde la muerte, en cualquier instante, podía cubrir todo afán con su espeso silencio.

Alcancé a oír algunas palabras. "Don Inocencio", "dieciocho cueritos", "él sabe de algunos", "los tengo escondidos"; y otras expresiones tocantes a la venta de pieles pude percibir.

El hecho fue que los antecedentes que conocía y las expresiones que oí, me permitieron construir el fondo del animado y breve diálogo que sostuvieron los dos hombres.

Comprendí que Pedro Churpay era uno de los cazadores costeados por Inocencio Quipildor. Pero el ladino chinchillero sólo había dado cuenta a su patrón de haber cazado cierto número de chinchillas, en tanto que tenía escondida una buena partida de pieles.

Y no dejó de indignarme la conducta de Roque, aunque resolví callar en ese momento.

Sólo después de concluido el contrato, Zelarayán me presentó al chinchillero.

—Este hombre es don Ventura Quinteros —indicó a Churpay.

No dejó de satisfacerme la admiración que produjo al chinchillero el hecho de que yo me atreviese a andar por el desierto helado y áspero donde él vivía.

Muy pronto decayó de nuevo mi ánimo. Mi médula espinal era una guía de hielo.

—Don Ventura s'está por helar —dijo el chinchillero a Roque.

El viento aumentaba su reciedumbre. Una nube de color ceniciento, como brotada de las peñas, avanzaba sobre nosotros. Un delgado y ralo granizo comenzó a traer el viento.

—No se asuste, don Ventura. A pocos pasos hay guaridas para todos. ¿Hay tiempo, eh? —preguntó Roque al chinchillero.

—Sí, pero si se apuramos.

Desviamos hacia la derecha.

Entre Chamijo, Roque y Churpay, colocaron los animales en guaridas de piedra.

En una de esas "casas" de piedra nos alojamos el chinchillero y yo. Él se contentó con unas "pilchas" y unas pieles, y para mí se me tendió una cama que habíamos conducido en las mulas cargueras, con agregado de caronas y cueros lanudos de oveja.

Tuvimos también brasas de leña de cuerno y ceniza.

Churpay fuese a su guarida y volvió con cueros duros y sonoros entre la nieve que ya caía en abundancia.

—Fiera se va a poner, pero va a limpiar pronto, niño; no se asuste. Mañana va a ser un día lindo.

A pesar de que el chinchillero era más joven que yo, estuvo muy lejos de disgustarme el trato de "niño" que me diera. Me encontraba apocado por el frío, por la ingente soledad, por el fragoso aullar del viento en esa tierra amarga; y una palabra que significara un amparo, era para mí valiosa y confortante.

En la guarida de roca, junto a las brasas, no podía dudar de que estaba a salvo. Y recordé la recomendación de Quipildor. Poco a poco recobré mi buen ánimo.

Afuera caía cada vez más nieve y era cada vez más furioso el huracán.

Injurias terribles contra Dios, la naturaleza y los hombres se me antojaban los baladros del viento.

Destacábase él frente a la imaginación exaltada, como si fuese un profeta de la destrucción y de la nada, que considerase cosa infecunda, nada misma, al Universo.

Profeta sarcástico y ateo, descreído de todo, se burlaba del afán de la vida y de la misma materia forjadora de formas que no eran más que vanos sueños.

El baladrar de las rachas en soltura era el chasquido

de una risa satánica sobre la forjación del Universo, la negación sarcástica del Universo mismo.

"De esta montaña no quedará piedra sobre piedra, porque todo nada es, y lo que aparenta ser, se disipará y se disolverá" —clamaba en las cuchillas la voz del viento.

Se calmaba por instantes y, cuando iba a tornar la serenidad a la sangre levantada en mareas de alteraciones, rugía de nuevo, castigaba las rocas arrancándoles fragmentos, levantaba las nieves, arrojándolas sobre otras laderas; y tornaba a sus terribles conceptos.

"Dios es un buhonero —dijo en momento en que pensé en la divinidad— un buhonero que lleva a su espalda la falsa buhonería del Universo, para venderla al hombre por su dolor acerbo y las ilusiones engañosas."

Con más calma, pero con voz ronca, dijo en seguida: "En estos huecos rocallosos se esconden criaturas humanas. Ni las narices se atreve a asomar el diosecito fanfarrón del hombre... ja, ja, ja."

De todos lados soplaba la furia del aire porque, al dar en las rocas, se desviaba y tomaba las más caprichosas direcciones.

El viento era como una infinidad de alas que, anhelosas por volar, batieran plumas violentas en toda dirección.

Imaginaba una multitud innumerable de cóndores ciegos que en loco ímpetu se lanzasen a los espacios, se estrellasen contra las cuchillas, se hiriesen en la aspereza de las rocas, se tumbasen en los abismos.

Afortunadamente la pequeña gruta donde nos refugiábamos Churpay y yo era muy angosta de entrada; y aquél había podido cubrir ésta con cueros, piedras y estacas, traídos de su vivienda.

De tal manera, solamente nos llegaba un aire filtrado y soslayado, aunque con presión y muy frío.

Pugnaba el viento por entrar en nuestro escondite con todo su ímpetu, con un torbellino de nieve, pero no le era posible. Y tenía que contentarse con pasar gruñéndonos, como un perro.

Otras veces lo imaginaba como una bestia enorme

que se restregara en las rocas laderas de la gruta y mugiera estentóreamente.

Tan formidable era el estruendo, que parecía derrumbarse toda la Cordillera. No podíamos cambiar una palabra con Churpay, aunque nos gritásemos al oído.

Antes de cerrarse la cueva con cueros, miré repetidamente hacia afuera; pero no distinguí ni picos, ni cuchillas, ni rocas, ni nada.

El viento nevoso se precipitaba a los abismos como una inmensa bestia blanca de blando cuerpo que cubriese todo el espacio.

La nieve que caía desde las nubes y la que el huracán levantaba, llevábala éste en su cuerpo a la vez fugaz y presente. De modo que el viento era una ingente masa blanca, helada y maulladora.

No creo que ninguna bestia fuera capaz de persistir con vida una vez aventada por ese aliento de la montaña.

Soplaba sin duda el famoso "viento blanco", que en esa ocasión sólo vi de costado; pero pude comprender que su rozadura tenía que ser mortal para el hombre.

Así se pasaron horas y horas. Lucecillas fugaces prendíamos en nuestra noche prematura; lucecillas que desde fuera debían de parecer un tímido resplandor entre un caos de abismos, rocas, nieve y huracán, como la inteligencia del hombre entre el seno confuso del Universo.

A causa de la puna estuve más de tres horas seguidas sin poder dormir, violentado por una taquicardia, hasta que al fin concilié un sueño pesadísimo pero poblado de imágenes como vestiglos extravagantes.

Era un sueño asaltado por la algarabía más estruendosa que jamás mis oídos percibieron; sueño conciliado en el flanco del abismo y en el seno de la tempestad, como el de la vida, el del poder o el de la gloria.

A las ocho de la mañana me despertó mi acompañante, ese raro Churpay que parecía un engendro de las rocas y de los abismos.

Sorpresa experimenté cuando vi a mi lado su figura en un silo de rocas. Por un segundo me juzgué transportado al mundo del hombre primitivo, Pero en seguida ubiqué mi conciencia en el átomo de universo al que estaba asida.

Un puro resplandor de aire glorioso se veía por las rendijas de la entrada en prolijo cierre de nuestra gruta.

—Qué modo e dormir, tan lindo, bia tenío. Así puede andar pande quiera, don Ventura.

Me restregué los ojos. Un aire frío rozaba mi piel.

—¿Pasó la tormenta, Churpay?

—Al alba ha pasau, señor. Corre todavía el viento, pero el cielo está limpito.

—¿Muy fuerte el viento?

—Regular, apenas. Ya n'uase el ruidaje de anoche.

—¿Se puede andar?

—Pa andar mucho hay qu'esperar que se redita la nieve.

—¿Mucha nieve, Churpay?

—Toda la Cordillera es nieve y sol, niño.

—Si se consiguiera agua para lavarme, y un desayuno, Churpay... Tengo un hambre apremiante.

—Ya li'han d'estar preparando, pues. Voy a trairle.

Casi me cegó la luz del día cuando Churpay apartó los cueros de la entrada de nuestra gruta.

Por fortuna tenía allí lentes amarillos que protegerían mis ojos de los reflejos del sol en las nieves.

Pronto volvió Churpay.

Me lavé con un agua deliciosamente tibia. Me desayuné. Y, sumamente abrigado, salí.

—Si camina, don Ventura, se apuna —sonó la voz de Zelarayán.

Sólo caminé breves pasos.

Todos pronosticaron buen tiempo.

Apenas doblado el mediodía pasamos por cerca de la alta vivienda de Pedro Churpay.

Hacía catorce meses vivía el criollo en su soledad erizada de puntas y de filos, en lo escabroso de la Cordillera, cazando chinchillas.

Al pasar lo vimos en pleno trabajo, en lo alto, con

una barra en la mano, esparrancado sobre una peña y observando una de sus rajas. Porque la chinchilla vive en las laderas rocosas y anida en lo hondo de sus grietas.

La soberbia bestia humana parecía un jinete montado en la Cordillera para domar el huracán y la nevasca.

Su alma era tan dura como su mirada; y su mirar hecho de nieve, de racha helada, de abismo y de fragosidad, parecía herir la roca juntamente con la barra.

Alzado sobre la vida muelle de los valles, había invadido el chinchillero la patria de las águilas, de los cóndores y de las vicuñas.

Alzado también sobre las leyes y la vida reglada de la sociedad de abajo, ejercía el oficio prohibido, rigurosamente penado, de la caza de la chinchilla; y su alma fuerte y libre, que había renunciado al vivir protegido por leyes y autoridades, desconocía esa ley y esa autoridad a las que nunca pediría el menor amparo.

Una lógica de acero trababa su alma y su vida: había renunciado al amparo de la sociedad; pero se desligaba también de su régimen, de su gobierno.

En su República Fragosa han creado también los chinchilleros su derecho de roca, de ventisca y de libertad.

El orden social consiste en la suprema libertad de las supremas alturas.

Para el que perturba la vida de esos hombres la sanción es inmediata, la muerte.

Ningún representante de la "autoridad" de abajo ha abrigado jamás la ridícula idea de imponer su "orden" entre los chinchilleros, allá en la República Fragosa. Quien lo hiciera, se toparía con la bala certera como ninguna del winchester ya tradicional, o recibiría en sus entrañas el cuchillo montés. Así son también de violentas las violaciones, la rara vez que ocurren, del Derecho Roquero entre semejantes jinetes de la áspera soledad.

Todo se fragua al tenor del medio natural en aquella permanente crujía de nieve, de aspereza y de ventisca.

Y aquel derecho sólo tiene por sostén el balazo certero, que dirige con precisión ya célebre en el oeste el habitante de las altas regiones andinas.

Él caza las vicuñas mientras corre flanqueando un grupo de ellas, de modo que en un minuto deja tendidos seis, ocho de los animales que ha elegido al correr ladero, con suma celeridad, a la manada fugitiva.

¿Qué podría hacer una partida policial contra uno solo de esos hombres fortalecidos detrás de su roca y su derecho?

Almas forjadas en una fragua de roca, viento y sol, rechazan con extrema virilidad todo régimen, todo dominio proveniente de la sociedad organizada de los valles.

Para ellos no hay otro derecho que el tácitamente establecido por sus costumbres bravías.

Es un régimen de jornadas de epopeya.

Es un régimen que parece emanar de la epopeya cordillerana de abismos y de rocas.

Por eso esa tierra está, como la del Génesis, "llena de violencia".

Por eso el trabajo es rudo en la tierra áspera como una maldición.

Allí resuena, multiplicada y reforzada por los ecos restallantes, la voz de la *Biblia*: "Maldita será la tierra... con dolor comerás de ella todos los días de la vida."

Y con un dolor heroicamente soportado, come el chinchillero su "harina tostada" entre la hazañosa tragedia de sus días. Más aún: el "dolor" de su vida no alcanza a ser dolor para su alma arduamente forjada. Él ha superado la maldición bíblica.

Abrigado con cuero ovejuno, que coloca sobre su vestido de montañés (como lo usa Juan Cicharro), persiste con ciclópea paciencia en su infierno de nieve y de ventisca.

Su alimento principal es trigo tostado a las brasas y resquebrajado ("harina tostada") al que le añade agua y grasa. Sus únicos vicios son el uso de la coca y su amor por la Cordillera y sus peligros.

Es necesario buscar la chinchilla en lo hondo de las grietas de las rocas de peligrosa subida, donde el desgraciado animalito ha quedado reducido como en una última fortaleza. Pero hasta allá va el afán lucrativo del hombre cordillerano y el amor a la vida más bravía y ruda que corona con su epopeya el redondel de lidia del globo.

Tiene que subir a fuerza de uñaradas en la roca para depositar sus trampas de alambres o de piedra sostenida con "celadores".[1]

No le vale a la chinchilla su incipiente experiencia. Penetra, tras del cebo, en la jaula, que se cierra detrás de ella, o lo tironea bajo la piedra plana sostenida con palillos quebrados, hasta que la piedra cae y la aplasta; pero, ¿cuántas veces el chinchillero resbala y rueda a los abismos nevosos, donde desaparece para siempre? ¿Cuántas veces, al hurgar una peña, otra peña superior cae y lo arrastra a la muerte en un derrumbe que resuena trágicamente en la soledad?

¿Hace dos años no ha vuelto el chinchillero tal a su aldea nativa? ¿Está todavía luchando en la soledad helada y rugiente, o ya es huésped sepulcral de los peñascos? Nadie lo sabe, y su nombre se olvida...

Quizás ha reñido por unos cueritos de chinchilla aquel otro huésped de la siniestra ladera... Donde él estuvo agarrado a la peña, sólo ha quedado una mancha de sangre, un rastro de fuego y un resto alimenticio. ¿Quién puede saber nada? ¿Qué secretos esconde la soledad insondable?

¿Quién podía colegir siquiera con la floja probabilidad humana si aquel Pedro Churpay que convivió conmigo durante una noche de tormenta, iba a vivir dos, tres días más, o dos o tres años más? ¿Cuántos chinchilleros, sorprendidos por las nevasca, amanecen un día helados sobre la roca frígida?

Pensaba en ello mientras marchaba después de contemplar por última vez, a la distancia, la silueta extravagante de Pedro Churpay.

[1] Palillos de quebradura correspondiente que se colocan uno sobre otro.

En vano me habían hablado más de una vez de esa tremenda vida; la imaginación no supo alcanzar el valor épico de las jornadas levantadas voluntariamente a los más altos niveles del sacrificio por héroes oscuros e infecundos que, en su ignorancia, no se valoran a sus propios ojos.

Son tales hombres los héroes que graban en un pliego áspero de rocas la página más ruda de la epopeya cordillerana.

Para siempre me quedará en la retina su silueta de monstruos de greña envedijada.

Hijos de la abrupta soledad, preséntanse al ojo del viajero como vivos mojones de la audacia humana, que no solamente ha tomado dominio sobre los peces de la mar, y sobre los animales de la tierra, y sobre los pájaros, sino que también clava su trágica posesión sobre la roca flanqueada por la nieve, donde corcovean los vientos chúcaros, más potentes y relinchadores que los centauros del mito.

*

Anduvimos y anduvimos por flancos de cuchillas y de tragedias.

Vi nuevos chinchilleros, rugosos paisajes, perspectivas amplísimas.

Afortunadamente nos favoreció el tiempo.

El ingente nevero de los Andes emanaba un vapor que parecía ser el aliento invernal de la montaña.

En seguida el aliento se transformaba en nube; pero en las noches las nubes se condensaban alrededor de los picos y el cielo lucía el lacrimoso titilar de los astros.

Era cosa melancólica y poética ver descender por el espacio la lágrima cristiana de la estrella sobre las dentelladas de fiera del gran monte.

Como durante once horas consecutivas había descendido copiosamente la nieve, toda la Cordillera estaba tocada con una túnica blanca, rota por el cresterío basáltico o granítico que irrumpía a través de

...ca, como huesos del esqueleto geológico, y no llevar de paso jirones del albo sayal.

En noche de plena luna tuve ocasión de contemplar la Cordillera.

La luz saltaba como una bruja entre el blancor de los picachos. Y todo el monte quedó embrujado, quedó espiritado. Y fue un embrujamiento fantástico y triste. Y era como para esperar que una mano milagrosa exorcizase la montaña.

Una tristeza repentina —de esas que no experimentaba hacía meses— me cundió por la sangre ahogándome el corazón. Mi alma estaba sometida al sortilegio. Y se me ocurrió que nunca me libraría de esa tristeza fantástica, blanca, fría, cubierta con la túnica lunar.

Y al igual que la Cordillera, mi alma rasgaba su sayal de tristeza con fantasías que volaban por el espacio como aves de nevado plumaje; pero esas fantasías regresaban más tristes aún de su vagabundaje estelar... ¿Sería ya triste para siempre? ¿No me curaría del sortilegio blanco de la luna?

Encerréme en mi acogeta de rocas hasta que saliera el sol.

Mi sueño fue poblado de visiones blancas.

Al día siguiente salí de mi gruta sólo cuando el sol brillaba esparciendo una algarabía de resoles en todo el quebrado roquedal.

—Li'ha dau el mal de la tristeza, don Ventura —me dijo Nasario— pero ya li'hay pasar.

—¿El mal de la tristeza? ¿Suele enfermar así el viajero por aquí?

—Ya lo creo, señor. A los nuevos que vienen les da ese mal. Nu'hay que mirar mucho la luna en la Cordillera, pues.

—¿Y suele pasar pronto esa enfermedad?

—Cuando el tiempo es bueno como áhura, pasa prontito.

Así tuve conocimiento de que existen varias clases de tristeza, tintas de diverso color. Yo había experimentado la tristeza gris; la nieve, los picachos en

la soledad y la luna, me iniciaron en el conocimiento de la tristeza blanca.

Por fortuna, era límpido y esplendoroso el día.

Viajábamos con el alma cruzada por resoles, como ecos de la algarabía solar.

De repente, hacia el lado izquierdo, en la ladera de un monte erguido en forma de altar, aparecieron a nuestra vista, sucesivos y coloreados de rosa, de rojo, de oro, enormes bloques de hielo tallados por el viento, de más de cuarenta varas de altura, como una guardia de honor rendida al supremo colorista que, en un cielo límpido, henchía de resplandores el infinito. Eran los "cangilones".

Entre ellos los rayos solares enloquecían y, con quebrados saltos, iban de uno a otro "cangilón", coloreaban sus aristas y danzaban proteicos, tocados con la saya multicolor del iris.

De ese baile saltarín brotaban reflejos de reflejos que daban lugar a una proliferación innúmera de duendecillos solares que, en puntas de pie, escalaban los "cangilones" por sus flancos y sus aristas, dejando leves y fugaces rastritos de color donde pisaban.

Muy grande fue mi sorpresa cuando vi, en la base del monte como altar, a no más de cincuenta metros de distancia, en una depresión limitada por rocas erguidas y columnas y paredes de hielo, una manadita de catorce vicuñas, inmóviles, graciosas, cubiertas con su abrigo de lana bermeja en el lomo y en los flancos, y gris castaño en las partes inferiores del cuerpo, en el codillo, en el vientre, en las rodillas.

Apresuradamente tomé mi wínchester, descabalgué e hice fuego sobre el más hermoso de los fugaces mamíferos.

Pero mi sorpresa creció cuando vi que ninguno de los animales se movía, ni en lo mínimo. Estaban clavados, fijos, sin movimiento alguno en sus músculos elásticos.

Llegué a dudar sobre si eran una realidad o un engaño. Tuve presente el fenómeno del espejismo... Pero hube de admitir que las vicuñas eran una realidad. El relieve, la corta distancia, el denso color de

los cuadrúpedos no podían engañarme. Pero si eran realidad, ¿por qué aquellos seres permanecían inmóviles? Si no se movían, ¿podían ser otra cosa que engendros de la luz y del aire?

Con elementos tan simples se me presentaba un enigma. "¿Tan flaco es el razonamiento humano?", me pregunté; y, dispuesto a despejar dudas, apunté a la misma vicuña que primero, con mi wínchester... (Triste símbolo, en verdad, de la historia de los hombres.)

Entonces Roque Zelarayán, con el rostro lleno de risa, me gritó, antes de disparar: "¡no tire, don Ventura, que están heladas!"

—¿Heladas? —y se hizo la luz en mi cerebro.

Las vicuñas habían llegado, huyendo del viento nevoso, a la referida depresión, rodeada de rocas, en busca de un reparo. La nieve cubrió los claros entre las rocas que rodeaban la indicada depresión, y allí se quedaron presas las vicuñas. Se comprendía que trataron de salir; y resbalaron en los taludes de nieve convertida en hielo por la acción del viento. Y se quedaron allí, muertas de hambre y de frío.

No sin trabajo llegamos hasta ellas. Su aspecto era impresionante. Bajo el juego de luz de los "cangilones" estaban inmóviles, fijas por la muerte en la perspectiva adecuada, como si ella fuese un artista supremo. Pues el monte como altar, los "cangilones" y las vicuñas inmóviles al pie, eran un cuadro como no he visto en lienzo de pintor. La luz enloquecida y viviente entre los "cangilones" —elementos de naturaleza pasiva— contrastaba con las vicuñas de ordinario tan inquietas —elemento vivo— inmobles sin embargo, esculpidas por la muerte y el frío en el aire cruzado de resoles, casto y fuerte de la Cordillera.

La lana de las vicuñas se les arrancaba con porciones de cuero, quemado por el frío, según Zelarayán.

Gruesas lágrimas que el aire de aquel infierno helado les arrancara, habíanse congelado no bien brotadas de los ojos, sin duda, de modo que de cada ojo pendía una columnita de hielo en forma de vela.

"Llanto helado, tristeza suprema congelada en este infierno frío", dije para mí.

Aquellas vicuñitas habían llorado un dolor mortal que el ambiente cordillerano, con arte cumplido y cruel, congelara y fijara en escultura sobre un plinto alzado a millares de metros, entre aires tan nítidos y resplandecientes, que destilaban gotas de luz.

VIII

EL VIENTO BLANCO

Después de haber realizado de modo completo nuestro negocio en las inmediaciones de Aguas Calientes, descendimos sin novedad hasta el faldeo de la Cordillera y, dejando las ásperas veredas, emprendimos andanza faldera hacia el sur, en procura del paso de San Francisco, donde teníamos que buscar un número menor de chinchilleros que en el de Aguas Calientes.

A pesar de las dificultades que ofrecían escondidas sendas, parecíame andar por tierras redimidas de peligros y asechanzas. Mis compañeros eran, además, cumplidos conocedores del terreno.

Sabedores por un viajero de que el viejo Huaytima no andaba lejano de nosotros, mandamos a Chamijo en su busca, en tanto que Zelarayán y yo esperábamos en una quebradita, por cuyo fondo se deslizaba un chorrito de agua.

Descansarían, entretanto, las bestias, y comerían de pequeñas matas de pasto fresco.

Todos necesitábamos de un descanso, hombres y animales.

En el lugar escogido no había árboles, sino arbustos rudos y espinosos, bajo los cuales se pudo preparar un rincón resguardado del viento, donde se tendió mi yacija. En ella me lo pasé echado, de día y de noche, distribuyendo las horas sin proporción ni orden entre el sueño, la lectura y un pensar vago, somnífero y sedante.

Veía las imágenes de mi vida en Fiambalá de una manera suave y estilizada; y hasta... (¿debo confesarlo?) llegué a componer versos con un marcado sabor bíblico y tagoriano.

Mientras vagabundeaba mi pensamiento, se me presentó muchas veces la figura tiernamente esbelta de

Alicia. Ésta experimentaba (en mi imaginación) un apego cada vez más franco a mi persona, hasta que, de millares de atracciones débiles como una mirada simpática o una sonrisa, se formó un vínculo fuerte, pero de fuerza íntima, sin apariencias hiperbólicas de pasión.

Era lo que yo había deseado siempre, un amor sin nerviosidades, un amor suave, tranquilo, confiado, un amor oriental, en cierto modo, de ardimiento calmo, que llenase el alma de un apacible resplandor. Era eso lo que no había obtenido nunca. Lo alcanzaba con Alicia, esa rara y moderada criatura que parecía no saber amar y a quien yo le enseñaba un amor iluminado por la mayor belleza literaria producida por el hombre.

El tiempo se me pasaba aterciopelado y lánguido. Suave presente de alma otorgábame la naturaleza.

Yo era completamente feliz en aquella soledad cariñosa arrebolada por el nimbo multicolor del recuerdo.

•

La llegada de Chamijo con el viejo Huaytima me tornó a un mundo activo, a la formidable vida cordillerana.

—Con don Huaytima nu'hay peligro de tempestá, doutor —me dice Chamijo—, áhura no va ser como l'otra vez.

Huaytima acepta como cosa sencilla la observación de Chamijo.

—¿Cómo sabe, amigo Huaytima —le pregunto— cuándo va a ocurrir una tempestad de nieve?

—Por el cielo no más, señor.

—¿Y quién le ha enseñado tan valioso conocimiento?

—De mirar no más, pues. Ya soy viejo; y hey cruzau la Cordillera muy muchas veces.

—¿Y nunca lo ha sorprendido el mal tiempo?

—Nunca, señor.

—Sus tres hijos, ¿conocen también su ciencia?

—Mucho me ayudan los muchachos en las arrias.

—¿Y también ellos saben cuándo va a llegar el temporal?

—Algunas veces erran los muchachos... —y sonríe, el viejo.

—Y usted, ¿anda siempre por acá cerca?

—Cerca de los pasos, sí, casi toito el año. Acompaño las arrias hasta Chile, cuando los troperos me ven par'eso. Y después me ven otros, y otros.

—¿Así vive usted siempre?

—Desde muchachito, señor.

—¿Y no le convendría irse a vivir tranquilamente a alguna aldea?

—Así será; pero no puedo ya dejar la Cordillera. Yo soy pa la piegra como el *tumuñucu* pa las flores.

—Dígame, don Huaytima, ¿qué le dice el tiempo?

—Güenazo, Don. Chubascos, no más, tormentas ligeras.

—¿Es cierto que una vez supo que venía una familia desde Chile, y que usted predijo que los tomaría el viento blanco, y adónde?

—Cierto es, por desgracia, Don.

—¿Y?...

—Yo'estaba con una arria, pa deste lau. El tiempo parecía muy güeno; pero estaba esperando, Don. Yo vía en el cielo que el temporal se venía. Y entonces llegó un chasqui desde Chile. "En tal parte, dijo, hey topau una familia que viene muy despacio." "La va a tomar el viento blanco en tal sitio", le contesté.

—¿Cómo estaba el cielo?

—Sin una nubecita, Don.

—¿Y?...

—Cuando pasó el temporal, nubláito entuavía, se juimos con la tropa. Y en el lugar que dije, patrón, ahí estaban tiesitos, todos, por desgracia, muertitos, montaus en las bestias también heladas.

—Desgracia grande, cierto... ¿Qué señales ve cuando va a venir el temporal?

—Miro al cielo, señor, y sé, nada más.

—Por cierto que lo han de solicitar mucho para viajes de pasajeros y conducción de ganado, don Huaytima.

—En muy muchas arrias ando, patrón. Voy y güelvo toito el año.

—¿Y no lo cansa esa vida, amigo?

—No, señor, qué me va a cansar. Yo ya la quiero a la Cordillera. Yo soy pa las piegras, no más, pa la nieve, pal viento.

Llegó la hora de partir. Yo iba al lado del Viejo cuando lo permitía el camino, y a su zaga, si no. Me agradaba su lenguaje pintoresco. Lo observaba en las maneras, en el físico, y rumbeaba como en el sendero de una montaña en su alma sobria y escueta. Era cenceño en apariencia, pero membrudo en realidad. Bajo la reciedumbre de los aires cordilleranos su organismo se defendió cubriéndose de una piel áspera, dura, gruesa, poco menos que un cuero de cuadrúpedo.

Ostentaba dos colores al año, según me informaron, el viejo Huaytima. En verano era bronceado y en invierno netamente oscuro.

Miraban desde muy adentro sus ojos pequeños, que atisbaban escondidos bajo la maraña blanca de las cejas; y en los cielos volaban como cóndores y oteaban los secretos de horizontes remotos, allá donde preparaban su carga de nieve y huracán las tempestades.

El sombrero aludo sujeto por un barbijo le cubría toda la frente y parecía, sobre la barba y el bigote desgreñados, un guiñapo tendido al sol encima de un matorral. La nariz alta y recta semejaba uno de los filos regulares de los Andes, de laderas lisas, como figuras geométricas. Por la boca apenas entreabierta respiraba con fruición el aire sutil de la montaña, que rumoreaba en la amplia oreja del viejo, de paso, mensajes y secretos de las más hondas lejanías.

Sus manazas recias como un bronce bruto parecían forjadas en el oficio de empuñar espacios y de sofrenar borrascas.

Una ingente fuerza anímica emanaba de su cuerpo construido en taller de roca y de sol a martillazos de desamparo, y templado después en el nevero andino. Pero lo azul penetraba por su piel oscura hasta el alma soleada, encendiendo allá, adentro, claridades

de raras intuiciones, y otorgándole algo así como un don de profecía del abismo.

Mientras viajábamos hacia el sur por la falda andina, encontramos en las vegas grupos de llamas conducidos y cuidados por sendos pastores. Nos miraban ellas con ojos avispados. Las orejitas erguidas y los miembros delanteros muy tensos, les daban un aspecto de vigilancia. Parecían observarnos desde un pasado color de indio, como esforzadas inútilmente en comprender la vida nueva que se multiplicaba en su contorno.

En cambio los guanacos sólo atendían a su instinto fugaz. En largos y elásticos galopes cruzaban la extensión como concreciones del viento.

Viven los guanacos en los faldeos de la Cordillera. Menos audaces que las vicuñas, están siempre al resguardo de los más bajos fríos.

Cuando las tempestades conducen las nieves atorbellinadas hasta los parajes que ellos frecuentan, vanse al galope a las hondonadas y allí se guarecen de la extrema temperatura. Con un compás de vida elástica, rítmicos y alargados, huyen de la muerte. De todo ello me daba razón el viejo Huaytima. Su sabiduría, como el viento, extendíase a ras del suelo, tendíase por las laderas, y penetraba, por fin, en los abismos azules. O bien, su alma era como un ave que se posaba, si quería, en el hilo celeste de los más remotos horizontes.

También avistamos un avestruz menor que el de los valles, más oscuro, color de perdiz, el cual entre vueltas y esguinces, escapó a las balas de nuestros fusiles. Su defensa es mayor que la de su hermano más crecido. Vive al pie de la Cordillera. Quizá ha aprendido de la vecindad de la montaña que contiene innumerables altibajos y escondites, una mayor perfección del arte de ocultarse que las otras variedades del ovíparo. Lo cierto es que apareció ante mí de modo palpable el parentesco del avestruz con la perdiz, en una pintoresca lección de zoología. Aún más; el avestruz se me presentó como una caricatura en líneas magnificadas y grotescas, de la perdiz; caricatura realizada por la naturaleza, que a menudo se regocija

y sorprende al contemplador con líneas, colores, superficies y expresiones inesperados, manifiestos con suma riqueza de modalidades.

Cuando dormimos a campo raso la primera noche de la jornada, me recordó un grito melancólico y largo como voz de soledades sin medida. Decía él, "cho-coy", "cho-coy".

Tenía ese grito rara influencia en mis nervios. No podía prescindir de imaginar que era él queja de raza vencida, lamento de los indios en un raro idioma de sombras y soledades...

El día siguiente pregunté al respecto al que era ya mi maestro de vida andariega y traductor del idioma del desierto azul y de las voces raras de la tierra, el viejo Huaytima.

—Es el chocoy —me dijo.

—¿Qué es? ¿Cómo es?

—Un pájaro aperdizáu, chico, entre la perdiz y el pollo e l'agua. Nu'ay que matarlo porque avisa el mal tiempo.

Poco a poco haría mi aprendizaje de los signos y de las voces del desierto rugoso.

Seguimos nuestro viaje. Llegamos al alojamiento de San Francisco, del paso del mismo nombre.

Viento y nubes viajeras anunciaban un cambio de tiempo, y lo confirmaba el chocoy, al que vi revolar a la redonda, mientras gritaba largamente: *cho-coy, cho-coy, cho-coy.*

—¿Qué dice el tiempo, don Huaytima? —preguntó Zelarayán.

—Chubasco, no más, con granizo, viento y nieve. Desde medianoche va estar otra vez limpio.

—¿Y el frío? —interrogué yo.

—No se aflija, Don; lo vamos a acomodar bien.

En el alojamiento había casas de piedra, simples cuevas en rocas socavadas.

Vi por primera vez (cerca de las cuevas) piedras planas enterradas paralelamente por manos indígenas.

Cruza de norte a sur un arroyo en rocoso soliloquio, hasta acallar su voz pedregosa en la pequeña laguna

de San Francisco. Su agua trae el helor del nevero andino.

Sobrado tiempo tuvimos para acomodarnos, pues llegamos al alojamiento muy temprano y, antes de meternos en nuestras cuevas de roca, anduvimos bastante a pie. Vimos pasto de ciénaga en abundancia, como también leña de cuerno.

Me informaron de que a corta distancia se encontraban baños termales sumamente saludables.

Cuando vi las losas plantadas por los indios, me pregunté si ellos habían sido los constructores de las cuevas rocosas, y mi contestación fue afirmativa. Los brazos bronceados trabajaron allí para nosotros, oscuramente, con amor a la tierra y por amor de humanidad. Y nosotros ni siquiera hemos tallado, en su recuerdo, en un peñón andino, un rostro indígena, enorme, simple, pueril, doliente, que se vea desde lejos...

Apenas entrado el crepúsculo, granizó, nevó, dijo el viento los sarcasmos que suele; pero al día siguiente, completamente despejado el cielo, sólo soplaba una brisa límpida y azul.

—Debe de haber caído mucha nieve en la Cordillera, don Huaytima, ¿no es así? —pregunté.

—De fijo, pero ya pasau todo.

A eso de las ocho de la mañana comenzamos nuestro avance sobre la Cordillera. Luego de andar como quince kilómetros llegamos al Portezuelo de San Francisco, altura desde la cual se abre la perspectiva y se dominan amplios paisajes cordilleranos.

Al noroeste, hacia la derecha del camino, aparece el pico más alto de toda esa región, el Juncal, como expansión de ansiedad del globo cuajada en roca y coronado por la nieve entre un nimbo de cielo. Y un poco antes de él, casi a su pie, tiéndese en un remanso de la tierra violentada, la Laguna Verde, como una esmeralda líquida en engarce de roca morena.

El contraste es sublime, pues mientras el Juncal se levanta en un esfuerzo supremo, la Laguna Verde se extiende mansamente a sus pies, como una consolación femenil al dolor del titán heroico que se

rebela, lucha y sufre. Porque ella ama, sí, con su agua verde y dulce, al pico que soberbioso sablea el espacio con las cuchilladas de sus laderas.

A la vera de ese amor femenil cruza el camino.

A la derecha también destácase, pulido y liso, el Cerro Peinado, al que los paisanos denominan simplemente El Peináito; y a la izquierda del camino, en áspera contradicción, escalonado y rocoso, argumenta su controversia de piedra el San Francisco.

Pero la laguna siempre amante atrae de nuevo la atención porque a su ribera se ven las guaridas de roca que se está transformando en arena, cuevas en la piedra arenisca, en cada una de las cuales pueden guarecerse hasta diez jinetes con sus mulas en ocasión de temporal.

Así como la chinchilla es caricia imperceptible en las rocas y la vicuña el fugitivo paramento de las vegas, la "pariña" de las lagunas cordilleranas es gracia plumosa, una garza grande, de cuerpo de rosa, alas de nieve y cuello tocado con plumas azules.

Levantáronse en vuelo lento con suave rumor, a nuestro paso, las pariñas de miembros largos, de cuyas uñas caían en el ambiente prodigiosamente luminoso, gotas de agua que eran como gotas de luz.

En la paz excepcional de aquel día, levantada hasta los cielos por el monte, volaban las "pariñas" en ángulo silente, blanco y rosa, hundiendo el vértice en la luz profunda, mientras los lados batían alas níveas y perezosas detrás de cuellos lánguidos como proas en forma de S. S. que decían al viajador: "silencio, silencio..."

Nunca halagó ni halagará mi sangre una paz encantada, silente y luminosa como la de aquel día, enarbolada cual una bandera, para siempre, en la cúspide de mi alma.

Esas impresiones de infinitud y de eternidad, refundidas en una sensación de paz luminosa, escapan al esfuerzo expresivo de la palabra. Sólo fuera dable exteriorizarlas musicalmente por una bandada de notas que batieran alas, como "pariñas" en vuelo, sobre el sueño verde de aquella laguna dormida...

Hombres al fin que andábamos en persecución de mezquinos intereses, arrancamos el alma de la mágica paz y, dejando el camino, nos internamos hacia el sur por el farallonal violentísimo que cerca la laguna, en busca del chinchillero receloso y desmirado que transita por roquedales y laderas como un volatinero del abismo.

En el momento en que íbamos a abandonar el camino de cruce a Chile, sentí una voz de arreo, potente y palpitante de alegría de la naturaleza; y me fue ella una voz grata que me recordaba escenas felices no fijadas con precisión por la memoria.

Esperé que apareciera el que tales voces daba, cuando la figura de Cicharro, a pie, con el pintoresco traje con que lo conocí en la serranía del oriente, se presentó a mi vista, llenando de franca vitalidad humana el camino.

Arreaba un asno cargado con poco peso a juzgar por su fácil movimiento.

En cuanto me reconoció prorrumpió en su expresiva alegría:

—Don Ventura por aquí; ji, ji, ji.

Lo abracé.

—¿En qué anda, Cicharro? —le dije.

—Vengo de Chile, pues, patroncito; ji, ji, ji.

—¿Y a qué se fue?

—No pensaba dirme; pero se mia presentau l'ocasión de vender unos cinco toritos.

—¿Y ha resultado bien el negocio?

—Claro, pues; ya' están vendidos los toritos; ji, ji, ji.

—...¿Siempre a pie?

—Apiecito no más; ji, ji, ji.

—¿Y va, ahora, a su puesto?

—Paray voy, pal puestito.

Nos despedimos. Si hubiera sido supersticioso, habría interpretado el encuentro de Cicharro como un buen augurio; pero a pocos pasos del camino, al internarnos hacia el sur, otras dos sorpresas nos esperaban que hubiesen contradicho los auspicios de la primera.

Entre las rocas estaba de pie un toro inmóvil, picazo, en buena carnadura.

El recuerdo de las vicuñas heladas junto a los "cangilones" me enseñó que el toro había muerto de pie, bajo una nevada, por congelación de la sangre.

Sin duda se le extraviaría a algún tropero entre la "oscuridad blanca" de un viento nevoso. Lo cierto es que él daba testimonio de frío, de nieve, de huracán; y era una formidable advertencia. Le pendían de los ojos, como a las vicuñas, sendas columnitas de lágrimas congeladas, ya muy disminuidas, casi consumidas por la licuación del hielo. Éste volvía a ser lágrima que goteaba a nuestra vista, cual si el toro muerto, con aspecto de triste gravedad, ablandara su corazón de macho cornúpeto en fugaz recuerdo de la vida y su esplendor, y llorase por los campos perdidos, por las bestias que no vería más y por el advenimiento del día en la apertura propicia del paisaje.

Era en verdad triste ese llanto póstumo.

Algunos pasos avanzamos, cuando se presentó a nuestra vista uno de los espectáculos más imponentes que es dable imaginar.

En un diminuto plano circular entre las peñas, un viejecito sentado sobre su montura clavaba en el sur la mirada de sus ojos desmesuradamente abiertos.

Lo rodeaba un hato como de treinta ovejas y varios corderos, cuyos vellones destilaban gotas de nieve que terminaba de licuarse.

Las ovejas estaban en posición inclinada hacia el piso, con el hocico casi pegado al suelo y rozándose las unas con las otras. Rodeaban al viejecito como pidiéndole un amparo.

El viento había quitado al anciano el poncho y el sombrero, de modo que aparecía con su cabellera cana, simple y eterno, en la tersura cristalina del día.

Ovejas y conductor había dejado el viento blanco inmóviles frente a la eternidad.

Extraviadas las ovejas se agruparon circularmente en el terreno propicio, entre desesperados balidos, arrastrando a su conductor, hasta que la muerte paralizó el torbellino de vellones, canas y angustia...

Vi palidecer el rostro impávido por lo común de Chamijo, y tanto él como Huaytima descubriéronse,

descabalgaron y rezaron de hinojos en la dureza andina, una plegaria breve en bien del alma del anciano.

Zelarayán se arrodilló también, y yo quedéme parado pero descubierto, en respetuosa espera.

En aquella alta soledad, entre aquel cielo purísimo y en el silencio acabado junto a la muerte, rozábamos con la cabeza lo eterno y lo absoluto.

Apenas brotadas de los labios adoradores, entraban las plegarias en el alma de Dios. Al menos tal fue mi impresión del momento.

Como una pareja de garzas batían el aire límpido, en celeste vuelo, los dos rezos de aquellos hombres sencillos y fuertes.

Tendí la vista por el ambiente henchido de esplendor, y volvíla luego sobre el rostro del viejo. Del rostro sólo vi la mirada fija en el espacio. Como dos flores niveales los ojos del viejecito se abrían plenos en el palor de la cara. La mirada interrogadora y doliente se clavaba en la eternidad.

Alrededor de esa mirada, como el antiguo coro glosador, prorrumpieron en confusos balidos las ovejas, humillada la cabeza por la adversidad, hasta que la muerte heló la glosa irracional de las bestias al duelo semiconsciente del Hombre...

Sin pensar en los peligros de la puna, ayudé a dar sepultura al anciano según la costumbre de la región.

En un lugar muy visible, un amontonamiento de piedras sobre el cadáver; eso fue todo.

El túmulo era una plegaria de piedra rezada por la ruda soledad en sufragio del alma del viejecito.

...Y movimos nuestro paso, lentamente y en silencio, hacia el sur, con la mirada del viejo en la espalda, como un celaje mortecino.

Cuando regresábamos, libres de peligros, hacia el alojamiento de San Francisco, ya muy cercanos de éste, reproducía en la imaginación, en silencio, la imagen cordillerana, su noche límpida y clarísima aunque no hubiese luna, sus aguas dormidas en la serenidad inmensa, las pariñas, los picos, las rocas dentelladas... Pero también se me presentaba a la mente el dolor de las bestias y de los hombres.

De esto conversaba a menudo con mis amigos Huaytima y Chamijo; y pude apreciar cómo la fantasía de aquellos hombres se mezclaba a los hechos reales hasta darles un relieve indeciso y fascinador.

—Fiero es oír a eso de la oración en la Cordillera, el *hep, hep, hep,* de la mula'el muerto —me decía Chamijo; y en su rostro romo, de abultado bezo, relampagueaba un misterio de ultramundo.

—¿Cómo es el caso, Chamijo?

—A eso de la oración empieza, doutor; es fiero, se lo asiguro.

—¿Y sigue?

—A veces toda la noche.

—¿Pero qué cosa es?

—Una mula negra, charcona...

—¿Adónde?

—Por el paso de Barrancas Blancas. En la casucha se oye: *hep, hep, hep.* Nadie contesta, y pasa la mula.

—¿Y quién ha visto esa mula?

—Ceferino Ávila, patrón. Él ha contáu. Otros también l'han visto y toitos saben, pues.

—¿Cómo se lo contó Ceferino?

—Venía de Chile, bien montau. Medio a medio a la Cordillera, se apió, ató la mula en un *iro* de una vega (única vega por áhi), y se puso a asar un churrasco. Hizo juego con guano, pata de perdiz y tola. Llevaba, como todos, el asador de fierro en el apero. Tenía hecho el asáu y éste claváu en el asador, cuando se dio güelta y vido que llegaba una mula al trote largo, avispada, con las orejas paraditas; y le gritó: *hep, hep, hep.* El juego llamiaba en ese momento como si lo quisiera quemar a Ceferino. Y vido también (da miedo el sólo contarlo), un finái tendido encima e la mula, con la cabeza asentada en l'anca. El cabello del muerto caía hasta los garrones del animal. Ceferino se desmayó. Toita la noche estuvo sin sentido. Al otro día, todo igual. Sólo que la mula e Ceferino nu'estaba. El muchacho escondió por ahí no más la montura, s'echó encima el poncho y dos pellones y se jue pal pobláu argentino. Después de mucho andar, vio una mula que daba güelta alrededor de una piegra, güeltaj

e güeltaj, asustada entuavía. Era la mesma mula d'él, bien atada en una roca, y anudado el lazo. Se jue rápido en la mula hasta ande dejó el apero, ensilló y no paró hasta la Ciénaga Redonda.

—¿Y el asado?

—Nada mia dicho d'eso Ceferino. Se lo comería la mula, de fijo.

—¿Y nadie le ha contestado nunca a la mula cuando dice "hep, hep, hep"?

—Naides, pues. ¿Quién le va contestar, Don?

—Algún criollo valiente, como hay tantos. ¿No es así, don Huaytima?

—Valientes, hay, pero no pa eso, Don.

—¿Usted no ha conocido ninguno?

—Tanto como nenguno...

—¿Cuál, por ejemplo?

—El de la petaca, Don.

—¿Cómo fue eso?

—En el alojamiento e Los Jumes, por el paso e Barrancas Blancas, también, se'oye de noche un grito, que dice: "Donde está la estaca está la petaca". Naides contesta, Don. Pero un viejito pobrón y triste, que ya iba acabando de perder hasta la vida, se atrevió a contestar. Iba a bajar unas ovejas del Cerro Narváez, cuando, de noche, sintió el grito, que siempre se oye tres veces, largazo el grito, como lazo guanaquero: "Donde está la estaca está la petaca". Y el viejito ladino, flacucho, señor, de no creerle, le contestó: "¿y dónde está la estaca?" Y le respondieron: "De la punta'el morro que cae al río, como dieciocho leguas pa la cordillera, hasta una veguita, y de áhi, veinte pasos pal norte". Y el viejo volvió a preguntar, asustáu pero haciendo coraje: "¿dónde está la'estaca?" Y le volvieron a decir. Preguntó de nuevo el viejo ladino, y le contestaron por tercera vez.

—¿Y para qué tantas preguntas?

—En estas cosas, señor, hay que preguntar tres veces, pa que surtan efeto.

—¿Y?...

—Se jue allá el viejo, señor, se jue. Anduvo las leguas, llegó a la veguita, y a los veinte pasos, pal

norte, estaba plantada la estaca. Cavó y encontró la petaca con muchas monedas de oro y prendas de plata y oro también. Sacó algo y se jue pal Puesto e Narváez, donde entregó al patrón las ovejas, y él comió bien y se dio una güena macha con la plata que traía. Borracho contó, sólo a otro viejo amigo, lo pasau, y se quedó bebiendo tres días. Gastó todo, regaló zonceritas y jue otra vez pa la petaca, que la bia dejau bien tapada. Pero ya nu'había nada. El otro viejo lo sacó todo, compró fincas y está rico. Unos son los que guapian, y otros los que mascan.

—¿Y el viejecito valiente?

—Por áhi anda, señor, flacucho y pobre; yo lo veo siempre. Así no más es la cosa. Unos son los que guapian, hallan el oro enterráu, y otros los que enriquecen. Así no más es.

—Siempre resulta lo mejor trabajar, amigo; ¿no es así?

—Así es, señor —(creo que a ambos nos pasó por la mente la suave imagen del mozo yuguero).

—¿De Chile vienen muchos a trabajar a la Argentina?

—Muchos.

—¿También a pie, como van los argentinos, y con el burrito?

—Sí, señor, pero sólo en el verano y sin burro. Ellos mesmos cargan una bolsa al hombro y se largan. Vez pasada tuvieron noticia que se hacía al fin el tan sonau ferrocarril de Tinogasta pa Chile, y se vinieron muchos a trabajar aquí, engañaus por la falsedá.

—¿Y se volvieron?

—No, señor; ya bian echau la suerte; se jueron unos pal Ingenio Ledesma, en Jujuy, otros pal Tabacal y otros se quedaron por acá.

—Y los serranos argentinos, ¿desde dónde van a Chile, y en cuántas jornadas?

—Viajan también en invierno, eso sí, con su burrito pa cargarlo. Van a trabajar en las minas o a vender sus cositas. Llegan al pie e la Cordillera, olfatian la borrasca y, cuando está lejos, se largan. Se van desde las estancias de Saujil como los Coloráus, Loma Grande,

Palca, Agua Negra, San Buenaventura, Negro Muerto, Potrerillo, Mesada, Antico, Tatón. Del cerro, el este, Las Lajas, Agua Caliente o Agua'el Médano, se ponen en Chile en cinco días, si hay güen tiempo.

—¿Y siempre a pie, don Huaytima?

—¿Y pa qué en lo montáu? Hacen las mesmas jornadas que a mula, y en el mesmo tiempo, si no quieren apurar.

Seguimos un momento en silencio. A la vera del camino vi, con sorpresa, no obstante esperarlo, a Juan de Dios, con el cuerpo siempre inclinado, tranquilo, imperturbable. Imagen del silencio me pareció. Nos saludamos. Le puse la mano en el hombro con efusión.

—¿Y?... —le pregunté.

—Todo'está, Don. Traigo todo.

—Excelente, excelente. ¿No le ha sucedido nada?

—Nada, señor.

Dejé pasar al viejo Huaytima y a Chamijo adelante, y quedé a la zaga con Zelarayán y Juan de Dios. Nuestro negocio resultó a pedir de boca. Teníamos reunida una fortunita en cueros de chinchilla, porque hacia el sur del paso de San Francisco obtuvimos aún más de lo esperado. En consecuencia, nos apartaríamos del camino a dos kilómetros para seguir por donde no era transitado, faldeando hacia el sur la Cordillera.

Sacamos cuentas con Zelarayán de lo gastado y obtenido. Los resultados superaban a los proyectos. Nos quedaba muy poco capital para nuevas compras.

Como por esos días debía realizar su arreo de ganado don Justo Pedraza, mi culto amigo, esperaba por momentos tener noticias suyas. Experimentaba ansiedad de conversar con él. Después de la convivencia con los inmensos campos, anhelaba el trato humano y el suave contacto agrícola, pues Huaytima, Chamijo y Juan de Dios, no eran sino los campos mismos en humana forma. Deseaba yo el trato con el hombre-espíritu, despegado de la naturaleza en lo posible.

Luego de bajar por el paso de Aguas Calientes nos

internamos hacia el sur en pleno campo y encontramos un lugar donde descansar, bastante cercano del camino.

Desde allí, mandé a Chamijo a ver si aparecía don Justo con su arreo. Y a las tres horas estuvo de vuelta Chamijo con la noticia de que venía don Justo Pedraza con un gran arreo de toros y vacas, uno de los mayores que él había visto.

Salí a su encuentro. Venía a la zaga del arreo. Sólo muy cercanos ya, me reconoció, tan transformado estaba mi físico por los soles, las nieves y los vientos cordilleranos. Nos abrazamos con suma efusión. Le conté toda mi vida íntima en Fiambalá, mis amores, mi negocio de chinchillas, mi proyecto de quedarme para siempre en la región, las ganancias que tenía ya casi aseguradas. Era la primera vez, desde hacía muchos meses, que expresaba una confidencia amistosa, la que me supo a delicioso sabor espiritual.

Don Justo ni me aprobó ni me desaprobó. Sólo me dijo que había realizado un esfuerzo admirable y que el Departamento ganaría con mi permanencia definitiva en él.

Como le pareciera que mi capital no era aún suficiente, me ofreció comprometer mis tres mil pesos de base en el ganado que iba delante de nosotros. Me dijo lo que le costaba puesta al pie de la Cordillera, más o menos, cada bestia, y el número de las que eran mías, si aceptaba. Sentí de nuevo la tentación del negocio. Si nos resultaba todo bien, la ganancia sería espléndida. Si no, perdería mis tres mil pesos o parte de ellos. Don Justo no me aceptó la excusa de no tener el dinero contante, puesto que en pieles poseía ya varios miles de pesos. Conocía don Justo a Zelarayán. No podía dudar de que el negocio estaba logrado. Era, el hombre, sagaz, cruel para exigir el cumplimiento de sus tratos leoninos, muchas veces; pero también era cumplidor. Aclaradas las cuentas como las tenía con él, podía continuar con don Justo. Y así lo determiné.

Don Justo me esperaría mientras continuaba el arreo, hasta que volviese de hablar con Zelarayán. Con éste no hubo el menor inconveniente. Únicamente traje

conmigo a Chamijo con una mula de silla y otra cargada con mis cosas, y quedó dispuesta la nueva jornada. Sólo iríamos hasta la frontera con Chile, pues los capataces realizarían allá el negocio.

Y me lancé otra vez a la Cordillera por el paso de San Francisco. De todos modos, con Zelarayán hubiera penetrado también en la montaña por Los Patos y aún quizá por Barrancas Blancas.

Yo me sentía optimista y fuerte.

Mi negocio se ensanchaba.

Mi vida se afirmaba cada vez más.

Sólo allá, en el horizonte fiambalense, brillaba el resplandor de un alma a la que no había interrogado debidamente... Confiado, sin embargo, en el porvenir, pisaría por tercera vez la roca insegura del macizo andino.

*

Repasé el portezuelo de San Francisco en compañía de don Justo, detrás del hato de toros, novillos y vacas. Iban también peones y capataces colocados de trecho en trecho, delanteros y zagueros de los grupos en que se había dividido el conjunto del ganado.

Al principio la torada se disgregaba, y muchos de los toros jóvenes abandonaban el camino, hasta que los troperos los volvían a gritos, a latigazos y a empujones de las mulitas arrieras que, conocedoras de tales tareas, secundaban a los jinetes. Los gritos de "toróo", "huella, huella", "ala-hó", "ye-hée", resonaban largos y potentes. Bastaban los gritos, muchas veces, para que los animales volviesen al camino. Aquéllos les rebotaban en los flancos y les sabían a anticipo de latigazos. Pero las veleidades pasaron cuando comenzó la ascensión por el suelo áspero de la Cordillera. Mejor que gritos y latigazos disciplinó a aquella multitud cornúpeta el yermo bravo que se empinaba delante de nosotros cuajado de afligentes probabilidades.

Pronto el paso fue lento y la fatiga comenzó a castigar los pulmones y a hundir las ijadas.

De vez en vez se atravesaba en la línea de avance

un toro, y mugía con una angustia larga llena de la profecía del camino. Pero la voluntad del hombre estaba en sus costados y en sus remos como el viento en el flanco de la nube; y el pobre toro seguía, entre el limbo de sus instintos que le aconsejaban detenerse, retroceder... Seguía por la empinada roca, por la pendiente cuchilla, por el borde del abismo.

—Toróo, tóroo, ye-hé, ala-hó...

Y el conjunto continuaba en línea doble, triple, individual, según la amplitud del camino, fatigado, mugidor, espolvorizado de fatalidad.

Bajo el amparo de un peñón saledizo, una vaca aculada en la ladera se empecinó en quedarse; y remolineó el hato su indeciso movimiento de remos y astas, al empuje del arriero, hasta que cedió la vaca, disolviendo su tozudez en el vencimiento aplastador del conjunto.

Anduvimos y anduvimos. No había alojamiento adonde detenerse, salvo en alguna hondonada, sino después del tramonte, en Juncal, de modo que la jornada enorme era exigida. De Juncal se llevaría el ganado a La Ola, adonde debía de llegar antes de la oración del mismo día, y de La Ola a Potrerillo, en un día más. Allá se vendería esa carne castigada por el hambre, por la sed, el hombre y la naturaleza, al minero yanqui, para su regalo y para alimento del roto asalariado, que sudaba bajo la mirada tenaz del hombre rubio.

Daba la impresión toda la empresa de ser un largo vencimiento. En su punta sólo se veía un signo de triunfo: la mirada del hombre rubio. Hasta don Justo y yo íbamos atraídos por ella.

—Toróo, tóroo, huella, huella, ye-hé, ye-hé, ala-hó...

Los costillares de las bestias comenzaron a diseñarse bajo el movible cuero; los ijares se hundían cada vez más; el respiro de los cornúpetos se tornaba afligente; la cuesta era cada vez de más ardua ascención; la roca más y más hostil.

—Ala-hóo, ala-hó...

El grito de los troperos se alargaba y languidecía.

La marcha era lentísima. Los toros, serios, rugosa la expresión, iban tristes.

Descansaba el ganado en horas oportunas en las vegas pastosas y aguanosas y continuaba luego, lenta y mugidora, la marcha.

Al caer la tarde detrás de la Cordillera, ramales de frío comenzaron a escarabajearme la espalda; y me temblaba el labio bajero.

Faltaban aún algunas horas para la consumación del día. La calma era completa.

No se notaba en el aire ni en el cielo indicio alguno de borrasca. Sólo las cruces y los huesos a los lados del camino indicaban el soplo de la muerte y de la tragedia. Íbamos silenciosos. Al ver los huesos y las cruces, pensé: "son los rastros que deja el paso de la muerte".

Un caballo tronzo, escuálido, desecho de la vida, se alejó con suma dificultad para dar paso. "Bajo la primera nevada sepultarás tus penas", le dije mentalmente al jamelgo, y pasé.

Sobre el reposo de la Laguna Verde volaron en figuras melancólicas las pariñas batidoras de silencio con sus alas lánguidas.

Y yo sentí en mi espíritu el anuncio que expresaba, por su pesada calma y su grave mutismo, la naturaleza.

Un toro, desde una posición elevada, mugió sobre la laguna.

Y, como si le contestara, sonó significativamente la voz del chocoy.

Entonces me dirigí, disimulando el sobresalto, a don Justo:

—¿Qué dice el tiempo, amigo?

—Demasiada calma —me contestó, subrayando las palabras.

Vi que dos peones dirigían al espacio miradas investigadoras.

Muy poco gritaban los troperos. Por momentos, los animales caminaban silenciosos; pero bastaba que uno mugiese para que gran número de ellos contestase. ¿Acaso glosaban aquella "demasiada calma" de la

naturaleza? ¿Qué aflicción secreta conmovía el alma de los cornúpetos? ¿Interpretaban instintivamente el lenguaje calmo de la Cordillera?

Reinaba general expectativa cuando dejamos atrás la Laguna Verde.

De repente un cóndor pasó en violento aleteo sobre la frente del Juncal.

—Hay viento arriba —dijo don Justo.

A medio Juncal descendió el cóndor, tendió completamente sus alas, voló serenamente en amplia abertura, con el espacio empuñado en la garra y los horizontes ovillados en los nidos de luz de los ojos...

Cercano a nosotros lanzó su voznar de borrasca y perdióse de vista detrás de un cerro bajo, que supo ocultar con amor antiquísimo la cruz oscura de su imagen.

En mi vagabundeo de montañés, había ultrapasado la patria de los guanacos, de las vicuñas, de las chinchillas; crucé laderas donde anida el águila; pero no pisé los taludes donde el cóndor cría sus polluelos, porque su querencia no es la vega de las vicuñas ni las cuchillas de las águilas, sino que, altísimo "señor de la Montaña", pone su amor en el espacio y su pluma en el éter azul que nimba los picos.

Uno de los peones ve en el suelo un callo de herradura. Se busca al animal que lo ha perdido. Es un toro de tres años. Tres peones descabalgan. Un lazo. Un estirón. Un pial. Un estirón del lazo pialador contrario al primero, y el toro está caído. Fuertes brazos lo aprietan. Remolinea el ganado. Y a los cinco minutos el toro está otra vez de pie con su herradura completa, aturdido, sin darse cuenta de lo que ocurre. Unos cuantos gritos, y otra vez la manada sometida, militarizada, sigue el lento avance hacia la muerte final en los abastecimientos trascordilleranos.

Veo una cara contraída que mira a lo alto del Juncal... ¿Qué pasa?

Nada más que esto: sobre la frente del pico cruza, como enorme pariña, una nube blanca. Luego boga la nube en el espacio azul; otra nube cruza por el mismo lugar. Y otra nube más, y otra, se suceden,

próximas ya, como si se persiguieran con creciente apremio.

Sopla un viento frío sobre el ganado. Toros y vacas mugen a la vez.

La naturaleza nos habla ya sin tapujos. No es necesario ser un Huaytima para comprenderla.

Ascendemos por cuesta áspera y sinuosa. ¿Qué haremos cuando la nieve la cubra? ¡Es necesario llegar pronto al filo de la cuchilla! De otro modo, el ganado, aturdido con la nieve, se derrumbará y perecerá bajo el sudario blanco.

—¡Apurar hasta salir al filo! —suena, a la vez enérgica y temerosa, la orden de los capataces.

Los rostros de todos los hombres están fieros, ceñudos. Las voces suenan reforzadas; pero en el cuerpo robusto de esas voces se adivina un íntimo temblor.

Suenan los latigazos.

—Huella, huella, toró, vacá...

Los gritos no tienen la prolongación parabólica de otras veces. Estallan secos, terminantes.

La tronada despierta en las crestas tapadas por las nubes de color ceniciento.

Desde la cabeza del Juncal, de la del Cerro Peinado, de la del San Francisco, donde tiene sus nidos, se desparrama y salta por la crestería rocosa la pollada barullera de los truenos. Y los más desarrollados de esa cría altanera se tragan vorazmente el espacio y topetean, belicosos, en nuestras almas.

Una racha repentina por poco no nos arroja de las monturas. Con revuelos de gallo de riña restallan los ponchos al aire.

—Huella, huella, vacá, toró...

Los toros y las vacas mugen. Ladra por las laderas la perrada suelta de los vientos. En una erguida roca aúlla largamente el huracán. Los torbellinos arenosos silban y pasan girantes en una danza macabra. Las almas, las pobres almas nuestras, lanzan mudos clamores entre el espacio revuelto.

Los troperos gritan al ganado; pero, por momentos, no se percibe la voz humana. Una batahola es toda la Cordillera.

El huracán castiga ya con ramalazos de nieve granizada, por fortuna no muy abundante. Un chicotear de nieve resuena sobre las laderas.

Por fin la cabeza de la torada comienza a penetrar en la desenvoltura del filo de la cuchilla. Allá hay, siquiera, un espacio más o menos plano.

Con febril actividad continúa la subida. Un esfuerzo más y estaremos sobre el repecho.

Pero la nieve aumenta. Ya no cae a latigazos sino a espesos planchones. Y comienza a cubrirlo todo.

Me tiembla la carne. Restribo a menudo para sentir los pies, helados. Muevo el cuerpo sobre la montura y me froto las manos enguantadas. Los dedos me duelen de frío. Con claro tintineo cantan las estrellitas de las espuelas.

—El frío, amigo Pedraza —digo de repente sin habérmelo propuesto.

—Creo que pasará muy pronto, Quinteros; no se asuste —me contesta.

Seguimos un momento silenciosos. Arrecian el viento y la nevada. El suelo, el espacio, todo está blanco. Por la posición del cuerpo de la mula, comprendo que hemos terminado de trepar la cuchilla.

—¿Esto es el viento blanco? —grito, porque de otro modo es imposible oírnos.

—No... todavía.

Don Justo avanza rápidamente y trae a mi lado el primer hombre que encuentra. Los tres nos detenemos un momento. Damos pierna con pierna, temblorosos. Yo estoy entre ellos dos.

De pronto siento un ruido atronador, como si una crecida inmensa y tumultuosa descuajara las cumbres y se las llevara a flote sobre las olas blancas. Muchos bultos nos rodean. Son del ganado, que remolinea y muge a la muerte.

"Aunque estamos resguardados por mayores alturas —pienso— nos va a sacudir con furor el huracán. Posiblemente nos va a arrojar de las bestias para cubrirnos luego de nieve"...

Una visión de las tibias tierras viene a mi mente. "Doña Petrona está allá, en la casa tranquila. *Ella*

cose. Piensa en mí. De pronto experimenta un sobresalto. ¿Por qué? Intuye oscuramente que yo, aquí, entre el viento blanco, voy a..."

—¿Pero qué significa esto? —me digo en voz alta, alarmado. Reacciono con violencia. Me froto, me muevo, restribo. "Rodeado de hombres y ganado, no podrá derribarme el viento blanco, pienso. Estoy todo cubierto. Lentes cerrados protegen mis ojos. La mula sostenida por cuerpos sólidos, no ha de caer; y yo me tomaré de ella, me abrazaré a su pescuezo."

Llega la racha feroz. Descubre de nieve la acritud del roquedal y con siniestro chasquido golpea laderas opuestas a la que hemos trepado, aunque próximas, con la nieve levantada.

—¡El viento blanco!

Todo el espacio, el cielo, la tierra, los abismos, las laderas, son una "oscuridad" blanca, un infierno blanco en el que no se ve sino la informe, la siniestra blancura. En ella estamos todos poco menos que disueltos...

Los cuerpos vivos que me rodean se apretujan. Yo siento su empuje. Nos aproximamos más y más para oponer un compacto frente al sueño amarillo... porque en forma de "sueño amarillo" la veo a Ella.

Un poncho me cubre toda la cabeza y se me anuda fuertemente en el cuello. "Don Justo me protege", pienso.

El huracán salta sobre nosotros. En inmensa masa la nieve nos castiga el costado. Me abrazo al pescuezo de la mula, a la que alguien ha sacado el freno, pues con él puesto —como más tarde me explican— la bestia no hubiera podido abrir la boca endurecida.

—¿Por qué han sacado el freno a mi mula? —me pregunto.

—Ya lo interrogaré a ellos —me contesto.

Estoy algo locuaz conmigo mismo. Pienso en nimiedades.

Otra vez reacciono; me sacudo. Necesito de una tremenda voluntad para no abandonarme...

La mayor violencia ha cesado. Siento que la nieve cae raleada, como al principio. Una claridad se insi-

núa a través del poncho que me cubre la cara. Me enderezo y me descubro. Una súbita esperanza me alegra todo el cuerpo.

—No ha sido más que un chubasco. Pasó el peligro —dice mi amigo Pedraza.

Yo recuerdo la profecía de Huaytima: "chubascos, no más".

Pasó la nube de color ceniciento. La racha huracanada salta, hacia el sur, de cumbre en cumbre, de pico en pico. No disuelta aún, continúa su retirada la chubasquería hacia los horizontes del sur.

—¡Mover la torada a lo largo del filo!

—Toróo, vacáa, huella, huella, ala-hó, ye-hé...

Los gritos otra vez tendidos en parábola me anuncian que, en efecto, ha pasado el peligro.

Entre la nieve el ganado continúa la interrumpida marcha sin mayor dificultad, porque el camino sigue en buen espacio por el centro del lomo de la cuchilla.

Tres toros y dos vacas, que se movieron al azar bajo el viento blanco, han rodado ladera abajo y están sepultos por la nieve. Deben de haber muerto ya. ¡Adelante!

Es necesario llegar antes de la noche a la Cañada Mansa, donde se descansará hasta las doce del día siguiente.

Los peones están casi ciegos; pero, con la venda de la noche sobre sus ojos, curarán.

El viejo Anastasio ha quedado completamente ciego.

—¿Qué vu'hacer áhura, patrón? —pregunta.

—Te haremos curar, Anastasio —dice don Justo.

—¿Curar? Si ya'estoy ciego pa siempre, patrón. El *surumpio* no tiene cura. ¡El surumpio!

Solloza. Dos lágrimas ruedan de los ojos sin luz y se le congelan sobre las mejillas.

—Mi mujer; mis hijos... ¿Qué vu'hacer por ellos, ya ciego?

Don Justo, conmovido, le pone la mano en el hombro.

—No se aflija por ello, viejecito —le dice—. Usted y toda su familia tienen en mi casa habitación y alimento para siempre. Ayudarán, y eso basta.

—Gracias, patroncito.

Toma la mano de don Justo y la aprieta contra su cara. Sigue viaje "a oído".

Todos tenemos más o menos hinchada de frío la cara.

—A Sinforoso se le ha helado una oreja —dice uno de los peones.

—La perderá; no hay caso. Quedará "pilón" —contesta otro.

Seguimos viaje por sobre la nieve.

Poco a poco comenzamos a encontrar nieve escarchada.

Más de una vez pasamos sobre depresiones de tierra colmadas de escarcha, sin hundirnos.

Otras veces los toros hunden en la escarcha quebrada los miembros y sácanlos después de crudo esfuerzo. Levantan el cuerpo afirmando el hocico en la nieve endurecida hasta poder librar del cepo helado los miembros delanteros. Se rompen la boca, y el hielo queda manchado de sangre.

Varios troperos descabalgan y guían el ganado a pie, para no caer, mientras llevan de la rienda la mula.

Al bajar a la Cañada Mansa se produjeron accidentes de tal naturaleza; y hasta sonaron algunas risotadas.

Sobre la testa del Juncal alcancé a ver las últimas tropelías del huracán nevoso. El pico humeaba vapor emanado de la nieve.

Una racha levantó nieve pulverizada, a centenares de metros, y esa nieve descendió después sobre los bajíos, lentamente, casi con solemnidad. Ante aquella ingente fuerza los hombres no éramos más que un temblor de espanto, un signo de debilidad angustiosa.

Comprendí que si la racha aislada que cargó sobre nosotros no nos hubiera tomado en una relativa depresión de la montaña, nos habría estrellado contra el suelo y apenas hubiese quedado de toda la trashumante vida una débil ondulación en la fría espesura blanca.

Pero ni de eso hubiera necesitado la muerte. Unos minutos más de nevasca, y hubiésemos quedado, con-

gelados sobre nuestras mulas, tiesos, con los grandes ojos abiertos, espectrales...

Sólo por casualidad nos salvamos del aletazo helado del huracán, ese tropelero de los Andes.

Nadie durmió bien, en la noche, en la Cañada Mansa. El frío y la excitación nerviosa porque acabábamos de pasar, apenas nos permitieron un sueño intermitente y agitado.

Al día siguiente partimos un poco antes de la duodécima hora. La mañana estaba espléndida. A toda prisa se derretía la nieve.

Llegamos al hito. Era él una cruz de hierro plantada en mampostería. Su brazo transversal indicaba la dirección neta este-oeste. En la mitad oriental del brazo, decía: "Argentina". Y en la occidental: "Chile".

Pisé los primeros palmos de tierra de hermanos.

Miré sobre el oeste poderoso.

Una niebla de distancia inmensurable perturbaba la visión.

Como húmedo algodonal sensible al más leve viento, un cordón de nubes pegado a la aspereza de la roca se movía a nuestros pies informe y lentamente.

La ladera chilena es rápida y escueta, así como la oriental es larga y tendida. Una está de pie, mostrando el pecho rocoso como un frontón del infinito. La otra, tendida con largueza, recuéstase en el flanco de la eternidad, acodada en las cumbres, mientras recibe la titilación del misterio y el beso fecundante de la infinitud.

Me parecía pisar con pie que tranqueara en los flancos de la muerte, la línea bravía, quebrada, rocosa, que dividía el este del oeste sobre la superficie del planeta.

Mientras el alma se erguía con tales imágenes, un cóndor pasó con su cruz de plumas negras sobre la cruz oscura del hito.

No era esa cruz alada un signo cristiano.

El cóndor, en vuelo amplio y sereno, es la cruz de América. Es una cruz viril y alada que anhela espacio y clama libertad. La rebelión contra toda tiranía es su íntimo sentido, y la expansión del alma, en el

espacio y en la vida, su prédica constante. Cruz de un mundo nuevo, vuela sobre todo prejuicio, desdeña enfermizos escrúpulos, odia el servilismo. Al fin es cruz alada. Y vuela sobre todas las cruces... porque desdeña toda crucifixión.

El pájaro de América, heraldo de un mundo nuevo, sugiere también nueva alma, nueva civilización. No acepta ir a la zaga de Occidente. Anhela otras perspectivas espirituales, otros horizontes del alma, un acervo de renovadas posibilidades.

El pájaro heráldico de América predica con su vida la exaltación individual. Él cruza en amplia soledad el espacio y lo une de horizonte a horizonte con el signo consagrador de su figura. Clama por individualidad y universalidad.

Su vivienda es la más alta del globo. Mora en los picos entre las rocas y las nieves, por encima de las águilas, y anida en el costado del huracán, en las oquedades de los farallones, adonde lleva ramas, palillos, pajas de los bajos, así como se sirve también de plumas que él mismo se arranca. Es pájaro ingenioso.

Sobre todo, americanos, no olvidéis que el pájaro heráldico de América construye su nido con sus propias plumas...

Cuando su plumaje envejece, arráncase el cóndor sus plumas y espera el renuevo. Pero las arranca con intervalos, de modo que nunca le esté vedado el vuelo que ama sobre todas las cosas y que realiza con viril elegancia y con opulencia lírica. ¿Comprendéis al maestro alado?...

Nadie puede tocar su pollada altanera sin matar los padres previamente, porque el cóndor, en tal caso, ataca sañudo y tenaz al hombre mismo, lo hiere y lo derriba al precipicio. Cuando, al unir en un vuelo cumbre y cumbre, vozna tormentosamente, dice, quizá, palabras que es necesario interpretar, sobre la orientación espiritual de América.

Mientras pensaba en ello, los cornúpetos seguían hacia los valles de Chile. Pasaban penurias sin cuenta para ocupar allá, al fin de la jornada, los mercados

de carne, en pesados costillares, en sabrosos espinazos colgantes de los ganchos de hierro...

Ni siquiera eran una ofrenda de fraternal asistencia entre los hombres. Carne de lucro, carne de negociantes, iban a ser devorados por gente adinerada. Los tendría en su mesa el accionista yanqui, propietario de la mina chilena, el rentista de la República hermana, el burócrata, el peón minero que gana un salario más o menos alto en cambio del sacrificio de su vida, pero que deja casi todo ese salario en la proveeduría de los patrones por el alimento de alto precio, necesario para sostener su fatiga cotidiana... Y no probaría el sabor de esa cane flagelada, inconscientemente heroica, la gran masa de los "rotos", la familia del hombre yuguero, productor de riqueza, ni el mozo de jornal, ni el ayudante agrícola, ni el obrero de fábrica... Casi toda la gente productora de riqueza estaría privada del bocado de la carne argentina.

Y mientras tanto iban ellas, las buenas vacas maternales, y ellos, los toros valerosos, amantes de los prados nativos, cuesta abajo, por un camino de tan pronunciada pendiente que, para recorrerlo tenían, por extensiones hasta de setenta metros, que estirar los miembros delanteros y asentar el anca en la bajera, deslizándose así, trágicos, cómicos, grotescos y vencidos en el cuerpo y en el alma.

Seguros ya del éxito indudable del negocio, volvimos cara don Justo y yo a las aldeas argentinas.

Yo tenía apuro de llegar. Había salvado mi vida crudamente amenazada y había, además, resuelto de modo definitivo mi problema económico, en menos de un mes. Había endurecido mi cuerpo y mi alma en fatigosos riesgos y, lo que más me interesaba, supe conseguir, sin mayores flaquezas, un título de hombría capaz de reportarme amplia consideración social en las poblaciones tinogasteñas, en las que ya mi nombre se extendiera con ventaja.

Y aunque llevaba llena el alma de visiones de la grandeza andina, el ensoñar se me iba a las aldeas, al vivir manso y confiado del trabajo agrícola, al amor ingenuo y sencillo de la mujer campesina... A ella,

a Alicia, esa mujer rara, suave, a la que ni siquiera comprendía aún, pero que, cubierta de gracia, llenaba mi alma de un encantamiento misterioso... Misterioso, sí, porque todo el caudal de mis palabras amantes, sólo se lo dirigía a muchas leguas de distancia, en la soledad de mis horas andariegas, en la pureza de mi pensamiento y en el ensoñar de un porvenir muy próximo que se afianzaría en la promisoria humedad de la amelga cultivada y en el refugio solariego del hogar aldeano.

En los brevísimos días de descanso que llevo en Saujil, no he hecho otra cosa que contemplar, por momentos, la labor agrícola, escribir, no escatimar el sueño a mi cuerpo cansado y... debo confesarlo: esperar que las huellas del sol, del huracán y de las nieves impresas en mi cuerpo, desaparezcan por lo menos en parte.

Mis manos aún están negras (eran muy blancas) y con porciones de epidermis perdidas. Mi cara está negra también en el espacio que llevaba descubierto en la Cordillera. Mi nariz y parte de las mejillas están desprovistas de epidermis. En general la piel de mi rostro está aún reseca y hasta rasgada... ¿Cómo presentarme así, delante de Ella?

Pero, ¿qué estoy pensando? ¿Qué tonto amor a la distancia es el que me posee? ¿Qué modalidad femenil me ocurre ahora? Me desconozco, me desconozco.

Mañana mismo iré a mi casa, si es posible (¿y por qué no ha de serlo?), y me preocuparé muy poco de parecer de uno u otro modo, aun ante la misma Alicia.

Fiambalá; ése es mi centro, esa aldea activa, simpática, alegre, en permanente plenitud de vida; esa aldea donde yo me he transformado en hombre fuerte, sano y emprendedor.

*

Don Justo me ha contado que le ha ocurrido otra incidencia desgraciada a Inocencio Quipildor. Es un hecho sin duda extraordinario en su fuerte sencillez.

Hacia el norte, al pie de la Cordillera, en un ran-

cho de una sola pieza, beben vino y bailan al compás de la guitarra y el tambor seis o siete personas.

Una india fea, sucia (casada), se ha enamorado de Inocencio, y, según algunos, lo ha gozado con plenitud; pero según él "no hubo nada".

Él se encuentra completamente ebrio cuando penetra el esposo, fiero, a matarlo, con un winchester en las manos. Entra y dirige inmediatamente el arma contra Quilpidor. Al tiempo de sonar el disparo, Quipildor desvía apenas el winchester. El balazo le atraviesa la ropa.

Inocencio, ya sobre su adversario, desenvaina el cuchillo, tira, y luego toma el winchester, con el cual se queda. Sale el paisano y se acuesta en una cama tendida sobre un cuero, bajo el alero del rancho.

Quipildor deja el arma en un rincón y se sienta. A los pocos minutos está soñoliento y tranquilo.

Continúa la danza hasta el día siguiente.

Sale Inocencio en busca de su mula sillonera. Ve a su adversario dormido, y dice: "lo voy a despertar a este carajo". Toma unas riendas y se va a azotarlo. Lo empuja con el pie, diciéndole: "¡vení, baliame ahora!"

Pero el hombre está rígido, frío. Duerme, pero con el amarillo sueño...

—¿Quién lo ha muerto? —pregunta Quipildor. Sólo recuerda lo del balazo. Por lo demás, la escena ha sido tan rápida, que nadie se ha dado cuenta de la herida. Y tan ebrio estaba Quipildor, que ha herido sin saberlo, a puro instinto, con un instinto de defensa único y formidable.

El muerto tiene una herida profunda en el pecho.

Quipildor desenvaina su puñal; no puede engañarse; patente se ve la señal hasta donde ha penetrado en cuerpo humano.

—Parece que el matador soy yo —dice Inocencio Quipildor. Y agrega: "uno más... ¡El destino!, ¡carajo!"

Cabalga. Vase serenamente, fuerte, sin rastro alguno de desvelo o de embriaguez, a Fiambalá. Y antes de

caminar una cuadra se ha despreocupado del incidente...

*

Dos días más han pasado y aún estoy en Saujil. Pero me iré mañana sin falta. Ya se lo he dicho a don Justo.

Regresaré en mi brioso caballo tordillo. Lo he aceptado como un espléndido presente de don Justo.

*

Hoy parto, sí. Al despertar, como todos los días, se me han presentado a la mente las jornadas andinas.

Admiro esta tierra y admiro sus hombres. Rumor de epopeya cabalga permanentemente en los aires. En esta tierra hasta el amor se desenvuelve en rudas jornadas épicas. Ésta sí que es tierra de varones.

En Justo Pedraza no he notado ni un asomo de debilidad en los terribles momentos de la prueba. Un simple tropero es un héroe consagrado en cien combates contra la nieve, el huracán y el abismo.

En este suelo maduran, como fruto de epopeya, el brío sin límites, la tragedia, el heroísmo; no es tierra "metafísica"; ni es tierra para contempladores, o para vencidos, o para abúlicos, o para lamentables.

Tierra es ésta consagrada por el vuelo de acero de la cruz del cóndor, ese pájaro altanero y vencedor, cruel pero sublime.

Y estos hombres... no sé si son como son porque los ha forjado el medio formidable, o si han elegido instintivamente el paisaje porque son como son. Pero me inclino a pensar que las almas y la vida han sido condicionadas por el rigor de la tierra, de los cielos, de los aires, por el arrullo tremendo de nevascas y huracanes con que mece la existencia la enorme madre andina.

Interviene, además, sin duda, la fibra de la raza en el hombre actual, pues los indios de la región fueron indomables y resistieron el poder de España por más de cien años, hasta ser totalmente aniquilados o dispersos por lejanos puntos del país.

Pero esas almas ya brotaron de troquel cordillerano.

La Cordillera es la gran forjadora. Y su signo más expresivo es el cóndor.

Esa soledad roquera y flanqueada de abismos es expresada por el voznar áspero del cóndor y comentada por el viento en fragosos párrafos. La nieve, con figuras caprichosas, la ilustra, y un espíritu macho empapa en cielos rudos su pincel para dar fondo a los erizados contornos.

IX

TRANSFIXIÓN

Frecuentemente me solía ocurrir, como a todo el mundo, asombrarme de la celeridad con que pasa el tiempo.

Es muy otra mi impresión de ahora.

Aún no se ha cumplido un año desde mi llegada a Fiambalá; y, sin embargo, paréceme que han pasado muchos sobre mi vida.

Y acaso, en realidad, sea así.

Medimos el año por la vuelta que damos alrededor del sol. Pero ése es año para la tierra.

"Nuestros" años se deberían medir por el voltear del alma sobre la vida.

Otra vez, aquí, en la villa de Fiambalá, a mediados de mayo, me pregunto cuántos años he vivido desde mi arribo a este pueblo triste, de vida dura, sin amparo contra los zarpazos de la feroz naturaleza que lo circunda y penetra.

Y me contesto que he vivido muchos, muchos años...

Transformado estoy en alma y cuerpo. Ahora soy un hombre sano, fuerte, bronceado, con ojos de mirada intensa, cargados en su cielo blanco de nubes rojizas, que aumentan mi aspecto de fortaleza. Ahora soy una persona que ha "arreglado" su situación económica... ¿Alguna vez había pensado, antes, en ello?

*

Con qué seguridad en la vida, con qué optimismo, con qué fuerza de alma, estreché en un abrazo de despedida a don Justo Pedraza, mi noble y generoso amigo, allá, en Saujil.

*

Casi inmediatamente a mi llegada a Fiambalá, y aun antes de que hablase con doña Petrona, estuvo en mi casa un enviado de don Justo con la mula alazana y un macho pardo, fornido, para ser cargado en mis viajes.

Poseía, así, tres espléndidos animales obsequiados por don Justo, dos de silla y uno carguero.

Yo viajé, naturalmente, desde Saujil a este pueblo (Fiambalá), en mi caballo tordillo.

Con agrado sentía bajo mi cuerpo fortalecido, bajo mis muslos enérgicos, el empuje con que aquél atropellaba las distancias.

Había calculado llegar a Fiambalá algo pasadas las nueve de la noche; pero una nerviosidad excesiva del Tordillo, que hubiera puesto en peligro mi seguridad de jinete de estar yo menos ejercitado, me arrastró por la Pampa Blanca a paso presuroso.

Entraba al anochecer en la población de Fiambalá. Los cuerpos eran sombras. La esperada impresión de júbilo se disipaba como bajo el poder de un mal encantamiento. ¿Qué raro estado ansioso, qué desconsuelo surcaba el aire? ¿Por qué mi caballo extremaba su espantadiza nerviosidad?

Parecía no pisar el suelo el Tordillo en su trote ágil y elástico. Bizcaba algo en la oscuridad, caminaba arqueado y casi de través, tembloroso, pronto para darse a la carrera desenfrenada.

Ni un solo cantar agrícola, ni una sola copla bogaba en el ambiente. El aire no traía, como tantas veces, algazara de fiesta. Y el mismo pueblo me pareció extraño.

¿Dependía todo de que señoreaban aún en mi alma las imágenes de la Cordillera?

Pensé que, quizá, transitada la grandeza andina, inmergídose una vez, uno, en su esplendor, ya nada podía parecer sino pequeño y opaco.

Había determinado no volver a la Cordillera; pero desde la subconsciencia me subía la certidumbre de que tramontaría en una última ocasión la gran montaña, sin interés alguno, con puro espíritu de arte y de aventura.

Pensé sobre el asunto y confirmé, después, el viaje. Sería una aventura regulada y prudente. Me acompañaría con el viejo profeta del espacio. Llegaría al pueblo hermano que tanto amaba ya por saberlo heroico como el argentino; y al ver sus aldeas, sus alquerías, su trabajo minero, acabaría de comprender cuáles eran las aspiraciones, los ideales del pueblo, del verdadero y único pueblo que a uno y otro lado de los Andes vive, ama y lucha con la intensidad de los héroes antiguos.

Yo estaba seguro de descubrir una emanación de alma de América, genuina, generosa, grande, una vez traspuesta la valla andina.

"Sí —me dije— cruzaré y repasaré en una última oportunidad la Cordillera, con desinteresado afán, con seguridad y comodidad, acompañado por el viejo Huaytima; y conoceré a Chile y amistaré con el hombre trascordillerano."

Yo expresaría esa alma cordillerana y revelaría a mi país su profunda palpitación de astro en la noche.

Y refirmé mi personalidad. Y me sentí seguro. Y era mío el porvenir...

Cuando me detuve ante la puerta cerrada de mi casa, me palpitaba con increíble violencia el corazón...

No llamé. Vi que no estaba del todo cerrada la puerta callera de mi habitación. Había luz adentro.

Descabalgué y penetré en mi pieza. Estaba sola.

De inmediato noté algunos cambios que atribuí sin vacilar a Ella. Su mano palpitaba ligera y blanca sobre las cosas.

Una hermosa sobrecama de lana rojiza de vicuña. bordada con lana gris del mismo animal, cubría el lecho, y sus flecos llegaban casi al suelo.

Noté también una biblioteca hecha con gran esmero en el pueblo, además de una pequeña mesa ocupada toda ella por un florero cubierto de flores de papel.

En todo el arreglo reconocí "su" mano cariñosa.

Pensé que ella, con el presentimiento de los amantes, me esperaba esa noche.

Lógicamente, yo pude pasar un momento de soledad feliz durante aquel examen de cosas, en una

especie de sonambulismo lleno de la presencia de ella; pero, con todo, no experimentaba una sensación de plenitud real, fuerte, sino más bien de cosa fantástica, quizá porque yo andaba en puntas de pie, para no ser sentido.

De pronto me alarmó el hecho de que no apareciesen ellas. Hice ruido, caminé con fuerza, removí algunos objetos, y sentí pasos que venían, lentos, vacilantes... A pesar de mi ansiedad, no me engañé; no eran pasos de *ella.*

Doña Petrona apareció. Fui a abrazarla con júbilo, pero me detuve. "*Ella* ha debido ser la primera en venir", pensé. (Ahora no me parece justificada la pretensión.)

—¿Cómo le va, doña Petrona? —le dije, tendiéndole la mano.

—Ay, Dios mío —dijo a su vez— ¿cómo l'ido, don Ventura? ¿H'andau mucho por la Cordillera? ¡Qué negro está!

—Mucho he andado en la Cordillera. He conocido mucho.

—¿Y no lo ha topau la nieve, el huracán, el viento blanco?

—De todo he conocido, doña Petrona —contestéle con cierto orgullo.

—¡Ay, Dios mío! Ya nu'irá más pa la Cordillera, ¿no es cierto?

—Una última vez iré, doña Petrona. Apenas he pisado tierra de Chile; y deseo conocer sus aldeas, y su vida, y algunos de sus hombres en su propio medio.

—Mejor es que no vaya más, don Ventura...

Se interrumpió un momento el diálogo. Mientras hablábamos, flotaba sobre la conversación este pensamiento, como diluido en el ambiente de la pieza: "no me dice nada de *ella,* nada, nada..." Y, con amargura, me propuse no preguntárselo.

—¿Ha estado algunos días en Saujil, doutor?

La pregunta, forzada, sonó con una voz falsa.

—Algunos días, sí.

Otra pausa.

—Nu'haber venío antes... ¡Dios mío!

—¿Por qué?

Hubo un silencio triste en la faz de doña Petrona. Nuestras almas hablaban en un sentido diferente del de nuestros labios. Habían entablado una conversación baja y dolorosa. No sé, palabra por palabra, qué se decían; pero eran penas lo que se comunicaban ambas.

En los ojos de doña Petrona brillaban anuncios de lágrimas. Las arrugas de su cara rebosaban pena y desengaño.

—Güeno, doutor, le vua traer la comidita...

"*Ella* la traerá", pensé; y un relámpago de alegría cruzó por mi alma.

Doña Petrona tendió la mesa. Doña Petrona sirvió la comida...

Comí poco, lentamente, silenciosamente.

Cuando terminé, doña Petrona me dijo:

—Güeno, doutor, usté'hay querer descansar, hasta mañana.

Algo iba a preguntarle, cuando volvió la cara, y me dijo: "Alicia está en cama ya, un poquito resfriada". Y desapareció sin darme tiempo para averiguar cosa alguna.

La duda, la indecisión, el presentimiento, flotaron sobre mi alma.

Tarde era cuando me dormí; no desperté sino ya muy entrado el día.

Me quedé en la cama. Deseaba pensar sobre mi vida, sobre mi situación, sobre el camino a tomar en caso de determinadas circunstancias (que tan claras veía), sobre la novedad que sin duda alteraba el hogar de doña Petrona, casi, casi hogar mío...

Pero no imaginé nada razonable.

Como guachapea el cabalgar, presa del pantano, terminé por meterme en círculos viciosos, sin salida.

Para escapar de ellos, me aislé, me reduje a mí mismo, a mi *solo* y, a toda costa, deduje que yo estaba ganancioso y triunfante.

¿No había venido, en efecto, a Fiambalá, en busca de salud? Y no solamente me encontraba sano, sino también fuerte. Había rejuvenecido. Parecíame ridículo

el dudar, siquiera (como antes dudaba), de que un hombre de treinta y tantos años no fuese verdaderamente joven. Además, tenía dinero. Ésos eran hechos, sí, hechos que imaginaba ensiformes y como si golpearan en la realidad de las cosas: hechos tan categóricos eran...

Pero el contento de ellos no me duró un minuto. Yo estaba metido ya en una realidad. Me era imposible aislarme. Esa realidad había recortado mi vida y en vano quería suavizar sus bordes, y hasta suprimirlos, con el grujidor falso de un pensamiento artificioso.

Tenía que enfrentar la situación y, para enfrentarla, conocerla. Doña Petrona me la revelaría toda.

Como se espolvora un traje, sacudí de vacilaciones mi espíritu y quedé francamente determinado.

Escuché, hasta que un ruido cercano de bártulos me indicó la proximidad de Juanita. Llaméla.

Acudió la chica.

—Oiga, mi hijita —le dije—, diga a doña Petrona si puede venir en un momento más, pues deseo hablarla.

Fuese la chica.

Me vestí con rapidez.

Inmediatamente de entrar doña Petrona la interpelé con apuro, con vehemente deseo de esclarecer las cosas.

—¿Qué ha ocurrido en esta casa, doña Petrona, si se puede saber? Ustedes no son las mismas. Algo grave ha pasado en mi ausencia. ¿Es posible —lo dije con profundo resentimiento— que Alicia se esconda de mí? ¿Y cree usted que me dejo engañar con el comodín del resfrío?

Como andanada le dirigí las anteriores preguntas.

Ella marchitó la faz con la expresión de aniquilamiento de una hoja que se abrasa al sol, enturbió su mirar lejano de vieja que ha sufrido mucho, y me contestó:

—Cierto'es, doutor; pero yo se lu'iba a decir. Usté tiene que saber toitas las cosas de esta casa... Sí; yo se lu'iba a decir áhura mesmo...

—¿Alicia, entonces?... ¿Ella?...

—Sí, doutor... A mí me'ha preocupau muchas veces... ¡Ese bandido, ese asesino, ese lagrón!...

—¿Quién? ¿Quipildor? —pregunté con ansia; y me subió violentamente la sangre a la cabeza.

—Él, sí. Yo lo vide con ella, una tarde, hablando aquí, en la puerta. Me llené de rabia y de vergüenza, doutor. Y se lo dije después a ella. Le mandé que no hablase nunca con ese asesino, mal intencionau.

—¿Y ella?

—Ella estaba pálida, como siempre que la mira ese hombre funesto...

—Ah, era cierto...

—Y no dijo esta boca es mía; ni sí, ni no...

—¿Y después, doña Petrona?

—Después que yo me acostaba, hablaba con él; lo descubrí.

—Después que se acostaba... de noche... solos...

—Pero una vez los pillé, sí. La'entré a tirones pa su cuarto. Vení —le dije con toda mi juerza, pa qu'él oyese— ¡no quiero que hablís con asesinos, con lagrones!

—¿Y él?

—Largó una carcajada, ajuera, y se jue con pasos juertes, duros.

—Y ella, ¿no reaccionó?

—No sé más, doutor; no sé nada más. Esa noche tenía ganas de matarla. ¡Casi juí asesina, yo también!

Su cara se arrugó más aún. Cubrióse los ojos con sus manos flacas y oscuras, y lloró. Lloró doña Petrona con un llanto breve, casi seco, que resumía los largos dolores de su vida.

Levantó una faz que parecía llorar con todas sus arrugas y, con un vislumbre de esperanza en sus ojos turbios, me dijo:

—Hablelá usté, don Ventura, por favor. A usté le tiene cariño.

—Más cariño siente por usted, señora... Pero ¿qué haremos con cariño, si para él es la pasión, el amor de esa mujer única en el mundo?

—Yo la vua mandar con el desayuno pa usté. Ha-

blelá no más, doutor; a usté le tiene mucho cariño...

Y se fue.

No sé qué tiempo pudo haber pasado entre la ida de doña Petrona y la llegada de Alicia. Sería un tiempo breve, sin duda. Pero ese lapso contenía tiempo comprimido, espíritu de tiempo.

Diversos estados de alma y distintas resoluciones ocurrieron en mí.

Lo cierto es que dos cosas vi claramente durante las transmutaciones de mi espíritu: que no podía admitir en ningún momento ser rival —y menos infortunado— de Quipildor; y que mis "amores" con Alicia habían terminado para siempre. Ella dejaba de ser la que yo había "soñado" para mí. ¡Ay, había yo "soñado" una vez más!

La mujer que hablaba a solas con un hombre, de noche, ocultamente, en una puerta de calle, no podía ser mi novia, ni siquiera la elegida para mis cortejos de varón.

Así, se me presentó la conclusión forzosa de que dejaba de tener objeto alguno mi vida en Fiambalá. La profecía de Héctor Fuensalida me golpeó, como un martillazo, la cabeza: "No puede quedarse allá —decía una de sus cartas—, tendrá que volver. Volverá lleno de energía y hecho otro hombre, eso sí, pero volverá."

—¿Me iré yo? ¿Dejaré todo esto? —pensé; y un suspiro levantó mi pecho... ¡Hecho otro hombre, sí!...

Si no podía ser ni por un momento el rival de Quipildor, si Alicia no era ya nadie para mí, si mi salud había sido conquistada vigorosamente, si mis negocios estaban por completo logrados, ¿qué me quedaba por realizar en Fiambalá? Mi regreso a Córdoba era la solución clara, categórica de mi vida. "¿Y podré olvidar a Alicia?", me pregunté de súbito, en pensamiento puro, sin palabras externas, con sorpresa de mí mismo.

Esa pregunta me causó indignación. Alicia no era, al fin, más que una mujerzuela aldeana enamorada de un bandido. Yo no había venido a Fiambalá a

disputar mujerzuelas más o menos hermosas a los bandoleros. Yo había venido en busca de salud y podía ya regresar con ella y con bastantes miles de pesos para instalarme en Córdoba, por añadidura.

Yo había cumplido con exceso mi propósito. Mi amor, o lo que fuera, por Alicia, no había sido más que un incentivo para fortalecer mi organismo y para acumular el dinero necesario en una fácil lucha por la vida en Córdoba. Esta ciudad era el teatro de acción propicio a mis dotes, a mi temperamento, a mi cultura.

La superstición rasó de nuevo mi alma. Mi "destino" me había engañado con un falso amor, con el objeto de preparar mi personalidad para empresas dignas de ella.

Con tales reflexiones me pareció serenar mi ánimo. Nada podía interesarme lo de Alicia y su bandolero. Yo permanecería sereno entre ambos. Que se entendieran a su gusto. Y lo que es yo... ¡a Córdoba, lo más pronto posible!

En ese estado de mis reflexiones entró Alicia con el desayuno.

No puedo negar que me impresionó su hermosura. La noté más delgada, más refinada en la expresión de su rostro. Su aspecto femenil, que me cautivara, emanaba de todo su cuerpo, y especialmente de su mirada triste, dulce, vencida... y de su cabellera lisa, cual si un ternísimo cariño la hubiera asentado sobre la cabeza armoniosa... y de la sangría surcada en el brazo desnudo por una vena azul... y de las mejillas pálidas... y de la pestaña en arco...

Sentí a su sola presencia que mis reflexiones y determinaciones se me caían de la voluntad y de lo más elevado de mi ser, en el momento menos oportuno, cual pudiera caer por tierra la armadura mal puesta de un guerrero frente al duro adversario. Y sufrieron una recia sacudida mi presuntuosa indiferencia y mi convencional serenidad.

—Buenos días, doctor Quinteros —dijo—. ¿Cómo lo ha ido por la...?

Comprendí, sí. Dejó en suspenso la palabra Cordi-

llera, al pensar que por ella, por Alicia, había realizado las tremendas jornadas.

Colocó sobre una mesa el desayuno, sin decirme palabra de él.

—Muy bien, Alicia —le respondí.

Nos dimos la mano. La suave languidez de la suya me penetró la sangre, me atravesó de parte a parte el alma.

—¡Qué cambiado está, Dios mío!

—Éstos no son cambios, Alicia. Una piel teñida por los soles cordilleranos, un poco más de vigor... Cambios son los del alma, porque ésos afectan el verdadero "yo"... Cambio es la ingratitud de repente revelada...

—La ingratitud, ¿para quién? —me dijo, sin duda, por proferir palabra, con una voz suave, con una mirada tan tierna como no le noté jamás.

—¡Cambio es la inesperada manifestación de amores clandestinos en favor de personas a quienes debemos despreciar!

—¿Despreciar?... —Su rostro palideció más aún; su cuerpo tembló ligeramente. Su mirada era a la vez ternísima y dolorosa.

—¡Despreciar, sí, como se desprecia a los asesinos, a los ladrones!

Ella me miró con suma aflicción. Pero no reaccionaba ante mis terribles injurias. Antes acentuábase la ternura de sus ojos juntamente con el dolor que le producían mis palabras.

Y eso fue todo.

—Tome el desayuno, don Ventura —dijo, y salió.

"Perdida, perdida para siempre", dije en alta voz.

Me senté a la mesa. Mientras ingería el desayuno mecánicamente, reflexionaba.

"Yo debía serenarme, sí. Yo debía parecer indiferente. ¿Qué gano con insultar, con hacerme odioso? Si esto ha terminado, ¡a proceder como que ha terminado, pues! ¿No he sido siempre, acaso, todo un hombre? ¿Y voy a perder mi dominio ante una... mujerzuela enamorada de un bandido?" Así reflexionaba.

Otro punto consideró mi pensamiento: "¿pero a qué esa dulzura conmigo? ¿A qué esas miradas tiernas? ¿Qué mujer enamorada aguanta que injurien a su amado? ¿No es una pesadilla todo esto? ¿No se trata de un engaño a sí misma, de doña Petrona? Pero no... *Ella* no lo niega. En toda su actitud, su humildad incluso, lo confiesa. ¿Pero qué significa, entonces, ese cariño para mí? Sea como sea, esto ha terminado, sí, completamente. Indiferencia es lo que yo necesito demostrar!"

Había concluido el desayuno, pero me quedé sentado a la mesa.

Sentí la voz de Alicia:

—¿Puedo arreglar la pieza, don Ventura?

—Pase. ¿Debo salir para que arregle?

—Si le molesta...

Me quedé.

Ella barría con sumo cuidado de no levantar polvo, con una escoba muy mojada.

Yo tomé un libro, y lo comencé a hojear.

En un momento en que no sentí el desliz de la escoba sobre el piso, miré a Alicia rápidamente, casi sin mover mi cuerpo, y pude comprobar que mi sospecha era cierta: como un baño de triste ternura, la mirada de Alicia se derramaba sobre mí.

Mediante un esfuerzo de voluntad continué mi lectura, una lectura mecánica durante la cual mi pensamiento estaba fijo en la situación creada.

"No le diré palabra —pensaba—. Uno, dos días más, y ella me lo confesará todo. Pero no volveré a su amor aunque se arrastrare a mis pies. Indiferencia y olvido; nada más. Que se arregle con su amante como pueda y quiera. Ni con una palabra intervendré yo; mucho menos con un acto." Y sentí que era fuerte mi voluntad.

No saqué los ojos del libro hasta que ella terminó su tarea y fuese. Al irse, me pareció sentir en mi cuello, en mi mejilla, la tibieza de su mirada; pero no hice el menor movimiento.

Nadie sabía en la aldea que yo me encontraba allí; y yo mismo trataba de ocultarlo. No di ni un paso fuera de la casa ese día.

Confieso que sufría horriblemente.

En la tarde, a la "hora del mate", pedí a doña Petrona que me diera algunos cebados por ella. Deseaba conversar y olvidar.

Afortunadamente la viejecita presentóse tranquila.

—¿Qué tal ha estado la aldea en todo este tiempo? ¿Qué es de los muchachos Vargas?

—Crisóstomo, alegre, aficionau al vino y al baile, como siempre.

—Bravo muchacho; vive en su ley. ¿Rufino Cuello?

—Ése sí'es hombre, como usté, don Ventura. ¡Si viera cómo adelanta!

—¿En qué cosa o aspecto?

—Está formando una gran finca, una gran riqueza.

—¿Dónde, cómo?

—Ellos tienen un terreno grande, arenoso, a veinte leguas de aquí, pal lau la Cordillera. En esa arena se pierde un río de agua. A'esa soledá s'ido a vivir el mozo. Dicen qu'hecho ya grandes adelantos; que la finca será una riqueza.

—¿Y la esposa? ¿En plena luna de miel se ha ido Rufino a hacer verdear el desierto?

—Así'es el hombre. La muchacha vive con los pagres.

—Y él, ¿la ve de cuando en cuando?

—Toitos los sábados, al anochecer, ya está en la casa. Y toitos los lunes, a las cuatro e la mañana, sale pal fincau.

—Ése es un hombre. Será rico muy pronto y uno de los primeros en el progreso de Fiambalá. Con la misma decisión y la misma honradez con que enfrentó el amor y la felicidad, ahora se empeña en el fecundo y nobilísimo trabajo agrícola. Si la mayoría de los jóvenes fueran como él en este país, señora, formaríamos el pueblo más próspero y generoso de la tierra.

—Así hay ser, señor.

—La señora de don Justo, ¿siempre activa?

—Tiene que ser así; no la veo nunca.

De ese modo conversamos durante un buen espacio. Como criaturas que jugasen a las palabras frívolas para olvidar penas graves, ambos nos sentimos aliviados de nuestro respectivo dolor.

Cuando me quedé solo pude pesar las cosas serenamente y hacer mi composición de lugar. Y tal vez mi único pensamiento firme en todo momento fue aquél por el cual me juzgaba, en definitiva, separado de Alicia. Además, yo no intervendría en lo sucesivo para nada en sus asuntos y relaciones con otras personas.

Como todo el que arriba a soluciones concluyentes, obtuve para mi alma su porción de serenidad. Y, hasta la noche, con breves interrupciones de mi tornadizo pensamiento, pude entregarme a la lectura de mis amados libros.

Sin embargo, esa noche me fue imposible dormir.

Pasaba y repasaba mi existencia por mi cerebro, especialmente la transcurrida en Fiambalá.

Las imágenes de Alicia, de doña Petrona, de Quipildor (quien se me presentaba siempre montado en fogosa mula), iban y venían de cien modos por mi excitada mente.

Creo que por momentos pasaba a un breve sueño. Pero sólo podía distinguir el sueño de la vigilia en que las mismas imágenes aparecían, en el primero, fantásticamente. Un poco de fantasía y menor solidez... eso fue todo. El mismo ensueño doloroso extendíase sobre mi alma durante la vigilia y el sueño. Y así se pasaron horas y horas.

Yo estaba en posición supina sobre el lecho, inmóvil. Contrastaba la inmovilidad de mi cuerpo con la inquietud enfebrecida de mi pensamiento.

De repente percibí como un cuchicheo entre el ensombrecido silencio. Era una voz clara, delgada, leve, que yo conocía. Me sentí exaltado, pero no me moví. Agucé mis sentidos en la oscuridad. Y percibí una voz gruesa, baja, que también conocía yo...

"¡Dios mío! —dije mentalmente con gran exaltación—. ¡Es la voz de Alicia! ¡Es la voz de él!... ¡bandolero!" —añadí.

De mi pieza, hacia el sur, había una especie de *hall* feo, empedrado con cantos; y, más o menos a mitad de ese *hall*, estaba la puerta de calle de la casa. Mi pieza tenía una puerta, siempre en clausura, sobre el *hall* de entrada; pero mi cama encontrábase algo distante de aquélla.

Como inmediatamente de conocer las voces imaginara las escenas narradas por doña Petrona entre Alicia y Quipildor, determiné aproximarme con gran sigilo a la indicada puerta. Y en la oscuridad, sin calzarme, con el cuidado del mundo, me aproximé, en efecto. Y escuché con toda mi alma, con un ingente empeño de oír distintamente, de traducir en pensamientos las voces bajas y confusas.

Era la voz de él la que en el momento de aproximarme hablaba. Sólo podía percibir palabras sueltas.

—Mi prenda... la partida de policía... una desgracia... Barrancas Blancas... las casuchas... Copiapó.

Después sentí la voz de ella, débil, llorosa. Ni una sola palabra pude percibir.

El corazón me palpitaba sorda y siniestramente.

Imágenes de muerte me cruzaron por el pensamiento. Y recordé que a pocos pasos de mí tenía el revólver cargado.

Traté de dominarme a todo trance. Reflexioné que para proceder violentamente me sobraba el tiempo. Lo urgente para mí era saber qué se decían los dos amantes en la soledad absoluta, en el silencio de la noche, bajo la plenitud del Universo, allí donde sus almas hablarían sin tapujos, desnudas de artificios y vanidades. Así lo intuí confusamente. Sabía que podía conocer la verdad completa.

Hubo un silencio. Lo aproveché para tratar de reconstruir lo que acababa de expresar Quipildor.

La "desgracia" era ciertamente su último homicidio. La "partida de policía" significaba sin duda

el conocimiento de Quipildor de que debían llegar refuerzos a Fiambalá para apresarlo.

Y lo de "Barrancas Blancas", "las casuchas" y "Copiapó", debía de significar que él se escaparía por Barrancas Blancas e iría hasta Copiapó.

Quedaba por esclarecer la expresión "mi prenda", tan amarga para mí. ¿Indicaba el posesivo que ella se le había entregado ya? La sola duda exaltó mi ser; pero hice un esfuerzo supremo por serenarme. "No —pensé— el criollo dice 'mi prenda' como sinónimo de 'amada'."

Una aguda intuición de hombre me hizo comprender que él presentaba a Alicia el cuadro de su malaventura y de su fuga a Chile para enternecerla y obtener, en la despedida, el logro de su propósito. Y se me vino a la cabeza una frase que yo había escrito en alguna parte: "Sus intenciones son como la serpiente tortuosa". E imaginé a Quipildor como una serpiente tentadora, de ojos irresistibles, fascinantes... "¡Él la dominará, sí! —pensé— ¡Ella cederá fatalmente!" —añadí.

La juzgué en peligro. Para ese caso, ya no pensaba en reprimirme. Allí estaba mi revólver, en espera de mi mano vengativa. Todos verían al día siguiente al bandolero tendido en la calle, atravesado a balazos. ¡No podía dudar en defenderla, en vengarla a ella!

Otra vez sentí la voz gruesa de aquel hombre.

—Río Lama... San Francisco... Nunca he pegado un chirlo, allá... Chile.

"Eso es —pensé, reconstruyendo—: se fugará por Barrancas Blancas, pasará en Chile unos días, donde puede estar tranquilo, pues allá jamás ha peleado, y regresará (cuando la partida policial haya retornado a la capital de la provincia), por el Paso de San Francisco, en donde se encuentra Río Lama."

Y oí que insistía: "Sí, mi prenda".

"¡Ah, la exiges! —pensé, enfurecido—. ¡Ya verás!"

Fui en busca del arma y, tentando en las tinieblas, tomé por la empuñadura mi revólver.

Regresé a la puerta. La voz de ella me detuvo, su

voz suave y llorosa. Aun no cedía, sí; ni se percibía violencia alguna de parte de él. Me contuve.

Hubo otro silencio.

"¿Pero qué estoy por hacer?", sonó como un reproche mi voz en mi conciencia. Si yo había decidido esa tarde misma, pocas horas hacía, dejar a Alicia librada a su suerte, ¿qué afán de sangre extravasada me ofuscaba? ¿Me rebajaría tanto; caería tan en lo hondo? "No, nunca —me dije—, ¡sea lo que quiera!"

Me aparté de la puerta y me tendí en la cama. Acostado ya, en posición supina, noté que aún conservaba el revólver empuñado. Lo guardé en la mesa de noche.

Pero no pude permanecer un minuto allí. La inquietud me devoraba. Sentí un gran cansancio al levantarme. Un dolor me tornaba pesado el hombro y el brazo izquierdos. Mi corazón temblaba, más que latía. "Voy a caer", pensé. Pero me adosé, otra vez, a la puerta.

Percibí un rumor de besos. Comprendí, vi intuitivamente que él la estrechaba en sus brazos.

Era demasiado... ¡Y era el momento supremo de peligro para ella!

Fui en busca del revólver. Abrí con alguna torpeza el cajoncito de la mesa de noche, y me dirigí a la puerta de mi habitación que daba a la calle, con el arma empuñada... ¡Iba yo a matar!

Al sentir los pasos de él, me contuve. Quipildor se retiraba ya. No ocurriría, pues, lo que había temido... Y escuché, hasta percibir los pasos distanciados.

De más está el decir que no dormí ni un segundo aquella noche.

*

Poco después de aclarar completamente el día, levantéme.

A la hora acostumbrada, entró Alicia con el desayuno. Apenas le contesté el saludo.

Noté que ambos nos sorprendimos. Sin duda mi

rostro demacrado dejaba traslucir el dolor y la ansiedad de la noche. Pero ella... ¿por qué tan profunda tristeza? ¿Por qué sus ojos acababan, sin duda, de llorar?

Se aproximó mucho a mí, aunque sin rozarme, y me dijo con una voz húmeda en lágrimas:

—¿Está enojado conmigo, don Ventura? Me desprecia también, ¿no es cierto? ¡Ay!, si supiera... ¡Soy tan desgraciada! —y lloró con un diluvio de lágrimas.

Inenarrable es la lucha que sostuve por no dejarme enternecer.

—No la desprecio, Alicia; ni yo estoy enojado con usted —solamente respondí.

Ella se quedó un momento, esperando quizá que le dijera otra cosa; pero yo callé, y ella fuese tan llorosa como entrara.

No podía explicarme el estado de alma de Alicia. En la noche anterior no había pasado nada capaz de dejarla así.

La idea de que Alicia se había arrepentido de sus amores clandestinos con Quipildor, empezó a abrirse paso en mi espíritu.

Cuando entró en la pieza doña Petrona, le dije:

—¿Qué le pasa a Alicia? ¿Por qué está tan llorosa y tan enternecida?

—No sé, doutor. A cada rato me abraza, me besa, y llora. Y yo no la puedo rechazar... —Y doña Petrona frunció los ojos y lloró brevemente. Pero era un dolor dulcificado el suyo.

—¿Pero qué piensa, usted? ¿Qué es lo que hay?

—No sé, doutor. Tal vez se haiga arrepentío...

Confirmé mi sospecha.

Alicia transmitía a doña Petrona, a la casa, al ambiente, su tierna tristeza. Hasta se suavizó un poco lo acerbo de mi amargura.

Así se pasó todo el día. Entraba en mi cuarto con un pretexto cualquiera y me hablaba con suma ternura.

Y yo... lo confieso, llegué a preguntarme: "¿la perdonaré, acaso?" Me decía, a veces, a mí mismo, con la voz, que no la perdonaría, pero desde el

fondo de mi alma subía a mi conciencia la certidumbre de que sí...

Y tal es el poder del amor, y tal la capacidad purificadora del llanto y de las penas, que, al finalizar el día, llegué a decirme:

—Tan ingente es su dolor, tan tierno su arrepentimiento, que quizá la perdone...

Y esa noche dormí con un sueño profundo, por momentos agitado, sin despertar una sola vez.

▪

A la mañana siguiente, muy temprano, entró tan azorada y alborotado el espíritu doña Petrona, que temí por su vida.

Yo estaba aún en cama.

—¿Qué le pasa, doña Petrona? —dije antes de que ella profiriese palabra, alarmado.

Y ella me contestó, gritando, con gran agitación, estas palabras tan breves como fatales:

—¡Alicia nu'está!

Nunca había recibido yo tan recio golpe. Quedé en silencio.

Y, después de un momento:

—¡Voy a dar cuenta a la polecía, doutor!

Como yo siguiera en silencio, ella se retiró. Pero, reaccionando, gritéle:

—¡Doña Petrona, oiga usted!

Volvió la viejecita.

—No haga nada; sería un escándalo inútil. Si él se la ha llevado anoche, ¿qué puede hacer la policía? Usted sabe el temor que ese hombre inspira. ¡Nada hará la policía, doña Petrona!

—¿Entonces, don Ventura?...

La pregunta se me clavó como un flechazo en el pecho.

Sentí que estaba jugada la suerte. Estaban jugadas mi vida y mi alma. No era el caso de vacilar, ni de razonar. Una resolución fuerte me templó la sangre, y me serenó bastante. Y, con una calma rara, extraña a mí mismo, dije:

—Oiga, doña Petrona: yo le dije que volvería a la Cordillera, que llegaría a Chile. ¡Pues hoy mismo iré! ¡Yo iré, doña Petrona! Mande inmediatamente a la Juanita a buscar un peón que conozca los pasos a Chile; y que preparen mis animales.

Doña Petrona me miró profundamente. ¡Y vi algo fuerte en su mirada!... ¡Vi, sí, la muerte de Quipildor en los ojos de la viejecita!

Retiróse, y oí que daba órdenes.

Con la compañía de un peón partí inmediatamente después de almorzar, montado en mi mula alazana, con todos los menesteres cordilleranos.

—¡Por el paso de San Francisco, a Chile! Volveremos por Barrancas Blancas.

De más está el decir que comprendí de inmediato todo lo ocurrido en casa de doña Petrona.

En la noche terrible de la conversación de Alicia con Inocencio, ambos concertaron la fuga. Podían vivir tranquilamente en Chile, es claro, porque allá él "no había dado nunca un chirlo". No lo perseguirían, allá. Tal era el verdadero significado de las palabras oídas.

Y comprendí, también de inmediato, la ternura de Alicia, su dolor, sus lágrimas. Se despedía de doña Petrona, se despedía de mí, de Fiambalá, de toda su vida anterior... ¡la muy!...

¡Y yo, que la iba a perdonar!... "¡Imbécil", me dije; y me fui con el alma cortante como un filo de roca resquebrajada por las tempestades andinas.

■

Atravesamos campos que yo ya conocía y cuya inmensa soledad era hostil a mi alma.

Los campos dilatados, los horizontes mudos introducían hondamente en mi ser su propia amargura, silenciosa, árida.

Creí que la tierra libre y sola tendría para mí un eco amigable y un consuelo; pero ningún alivio brotó, para mi espíritu, de las interminables soledades... Y yo las cruzaba sin hablar por los ojos con el paisaje, como solía, sino en mudez de alma, en mudez de

encantamiento, en mudez de regocijo, en mudez hasta de lágrimas.

El espectáculo de la Cordillera me abrumó. Pesaba sobre mi corazón la gran montaña. Pesaba sobre él la eternidad cuajada en roca, en abismo, en ladera hirsuta.

La atmósfera serenísima y luminosa que me deparó la suerte, hasta llegar a las aldeas chilenas, era un desconsuelo para mi alma afligida, un desconsuelo hecho luz y serenidad, por el que volaron las "pariñas", de la laguna cordillerana con aleteos lánguidos e infinitamente melancólicos.

¡Apuraba el paso! ¡Quería llegar cuanto antes a las aldeas trascordilleranas! ¡Anhelaba librarme de una vez del peso de la naturaleza! ¡Las rocas eran tristes! ¡Los paisajes destilaban lágrimas!...

El reposo nocturno en los campos era para mí la mayor pena. Sólo conciliaba el sueño de día, intermitentemente, sobre el paso inacabable de la mulita alazana.

Rara vez las ideas que se me ocurrían provenían de los campos circundantes, sino que se presentaban a mi mente al contacto de mi recuerdo con los libros que leyera en Fiambalá, en Saujil, en mis felices andanzas anteriores y aun en épocas ya remotas de mi vida. Eran los libros sobre los que yo diera inolvidables lecciones a Alicia...

Otras veces —y eran mis momentos más amargos— se me presentaba el cuadro de felicidad aldeana y agrícola que yo había concebido junto a Alicia. "Estuve a punto de arreglar mi vida, de ser feliz —pensaba—; pero el hombre jamás llega a una serena plenitud; entrevé la felicidad a cierta distancia, apenas", agregaba.

Tramontamos la Cordillera.

Una vez que anduvimos, a contar desde el alojamiento de San Francisco, más o menos veinte leguas de monte, llegamos al pie de la Cordillera, del lado chileno, a Río Lama, nombre triste para mí, porque me llenaba la mente con la conversación que les oyera

a medias a Alicia y a Quipildor, así como de amargas imágenes.

Todo el alojamiento de Río Lama es un pircado circular, en una quebrada estrecha con pastizales a ambas márgenes del río.

Pasé de Río Lama a Pastillos, como a tres leguas del primero, y de allí a Ojo de Maricunda, como a ocho leguas de Pastillos.

Luego de andar como seis leguas a contar de Ojo de Maricunda, llegamos a El Bolo, en cuya casa el anfitrión chileno me hospedó con cortesía que parecióme fraternal cariño.

La fraternidad trascordillerana alivió mi espíritu de la enorme pesantez de los campos. Parecíame que había realizado la aspérrima jornada en busca de un cariño humano.

Por primera vez, desde la salida de Fiambalá, dormí toda la noche.

Conversé con el dueño de casa de jornadas y pasajeros, y supe así, sin preguntarlo directamente, que Quipildor no había tocado ese punto aún en su viaje.

Pasamos por Puerta de Paipote, donde se paga al Estado chileno el "talaje" (pastaje), a razón de diez centavos por cabeza.

Llegamos por fin a Puquio, desde donde doblaríamos hacia el sur, para regresar por el paso de Barrancas Blancas. Es población minera, como de dos mil quinientos habitantes.

Tampoco tocó esa aldea Quipildor.

Encontrábame cercano al Océano Pacífico. En un día y una noche de andar, hubiéramos llegado a Copiapó, ciudad chilena. Y en otro día y medio o dos días más, habríamos arribado a puerto Caldera, sobre el piélago cuyo rumor imaginaba oír, por instantes.

Tuve la tentación de conocer el Pacífico, pensando que su vista me retornaría al amor perdido por el paisaje y al encanto sin igual de la naturaleza; pero redujo a la cría veleidosa de mis anhelos un afán excluyente, constriñéndome al itinerario que le convenía.

Anduvimos en dirección de Tierra Amarilla.

Pasamos Tierra Amarilla y San Antonio y llegamos

a Juntas, pueblecillo como de quinientos habitantes, donde funcionaba la aduana chilena.

En la gente, el mismo espíritu cordillerano, resistente, aguantador: era la "raza sufrida" de uno y otro lado de la gran montaña.

(No olvidaré el fraterno hospedaje que, sin remuneración alguna, se me otorgó en tierras de Chile.)

No encontré huella de los fugitivos. Nada, siempre nada... No, no estaban en Chile; por lo menos, en la región en que creí posible encontrarlos.

Por otra parte, ¿no quería conocer yo el alma trascordillerana? ¿No era éste el meditado propósito de mi último tramonte cordillerano?... Me lo preguntaba, cual si tratara de engañarme a mí mismo.

El hecho fue que no llegué a esclarecer el particular. Yo había conocido a Chile, había conocido al chileno en su medio, lo había comparado con el argentino, y pude ver y palpar en uno y otro montañés un solo pueblo; ésos eran hechos innegables. Mas no distinguí entre ambos sus características porque mi espíritu encontrábase inhabilitado para la fina observación.

Lo cierto es que un urgente deseo de regresar me invadió el alma.

"¡A la Argentina! —me decía—, ¡a Fiambalá, otra vez!"

Y ascendimos la Cordillera por la falda occidental, sumamente empinada, ruda, escueta, mucho menos tendida que la de las laderas orientales.

Pasamos por Pircas Negras y el hito; penetramos en tierra argentina.

Visiones lúgubres estaban posadas a la vera del camino, y, en voz baja, nos comunicaban su advertencia. Así, en el Campo de los Helados, catorce cruces descubrió la vista. Toda una familia se extinguió allí entre la nieve y el huracán.

Arribamos luego a la "casucha" llamada "El Sanjón", de forma de horno y, tan amplia, que en ella pueden entrar cuatro y hasta cinco mulas y sus jinetes.

De estructura solidísima, las "casuchas" fueron construidas durante la presidencia Sarmiento, según me lo informaron los tinogasteños. Han salvado muchí-

simas vidas de hombres y bestias y perduran indestructibles en su obstinada benevolencia a través del tiempo y de las tempestades.

En seguida pasamos por la casucha de Barrancas Blancas, distante cinco leguas de la primera, y construida con idéntica solidez, forma y amplitud que ésta.

Anduvimos y anduvimos hacia la lejana tibieza de los valles. Cuando pasamos por la casucha de El Veladero (a cinco leguas de la anterior, como están distanciadas todas), ofrecía signos de descompostura el tiempo. Rachas heladas soplaban con intermitencias. Nubes sueltas separadas por largos espacios cruzaban el cielo como pájaros que en silenciosa ansiedad buscaran adónde construir su nido tempestuoso.

—Hay que volverse pal Veladero, patrón, hasta que pase la tempestá, o apurar mucho pa tener tiempo de ampararse en la casilla e la Laguna Brava.

—Vuélvase usted, Espinosa —le contesté al peón—, yo lo esperaré en Laguna Brava. El camino no puede equivocarse.

Como él se negara noblemente a dejarme solo, le di orden terminante. Acomodé como pude en mi mula dos gruesos ponchos *(puyos)*, apuré, no mucho, el paso, y seguí solo en derechura de la casucha de la Laguna Brava.

No dejó de conmoverme la tristeza con que el peón cumplió mi orden; pero, lo confieso, valía más, muchísimo más, en mi criterio, su vida que la mía.

En cuanto lo perdí de vista a Espinosa, dejé a la mula que marchase a su gusto. Ella era el mejor guía, sin duda. Además, encontré un triste agrado en abandonarme a su instinto.

De repente se detuvo la mula, puso tensas las orejas, miró hacia los bajos lejanos y lanzó un profundo rebuzno. Desde ese momento, anduvo inquieta, nerviosa y apresurada. Ganaba distancias, devoraba kilómetros con un andar premioso y largo.

Cada vez más se alborotaban las rachas. Las nubes se perseguían ya de cerca y comenzaban a percibirse ecos de truenos lejanos.

Pero la mula, que había olfateado la tempestad,

quería a toda costa llegar antes que ésta a la casucha de Laguna Brava.

Mientras la tormenta se formalizaba cada vez más, ganábamos terreno. Se libraba una carrera entre la mula y la nevasca.

Imponente era sin duda el espectáculo de la nieve que, lejana, se alcanzaba a ver alzada por un viento furioso.

Todo el cielo se cubrió de nubes. Una racha huracanada, como avanzada del ejército aéreo, casi me arrojó de la montura. Ceñí instintivamente mis piernas y ajusté mis ponchos. No estaba dispuesto a dejarme saquear por las tropelías del viento.

Un ramalazo de nieve me cruzó la cara. Los calofríos surcaban todo mi cuerpo.

¡Adelante, siempre adelante!

Una inmensa nube cenicienta. Nieve, nieve. Torbellinos. Huracán que salvajea en las laderas. Y un alma, con su dolor, inmersa en la revolucionada naturaleza.

La nieve se espesa. El aire es blanco; es una masa blanca, aventada por el huracán. El viento es blanco. Y blanco es mi infortunio. Blanca será (pienso), en breves minutos más, mi muerte, como son ahora mi desamparo, mi desolación, blancos.

De súbito la mula toca con su cabeza algo duro, de color gris; ¡es el muro de la casucha de Laguna Brava! Da vuelta alrededor de la casucha, y comprendo que busca la entrada. Estoy a salvo, sí... si acaso me puedo descabalgar, pues lo dudo, porque el frío ha endurecido mi cuerpo.

Descabalgo, no obstante. Con gran esfuerzo consigo desenfrenar la mula, cuyas mandíbulas están endureciéndose.

Voy a penetrar en el fondo de la casucha, seguido de mi admirable bestia, cuando dos ojos, en lo profundo, me clavan como dos chispas su mirada. A duras penas me repongo del terror sobreviviente, consigo empuñar mi revólver y avanzo sobre la llameante mirada.

Un velocísimo movimiento de mi adversario me deja inmóvil. Lanza un grito nervioso y cruza por mi lado

como un balazo hacia la salida de la casucha. La mula bufa y, como yo, le deja paso... Es un hermoso zorro colorado de la Cordillera que se ha amparado de la nevasca en el refugio construido por el genio previsor de Sarmiento, pero que no resiste al espanto de la compañía del hombre y prefiere entregarse al huracán nevoso...

Todo el resto del día y toda la noche siguió el huracán aullando, ladrando, alborotando alrededor de la casucha. No dudaba yo de que la nieve caía en enormes cantidades. Y durante la mañana siguiente, hasta mediodía continuó la nevasca.

Por fortuna tenía conmigo algunos alimentos, especialmente pan, en abundancia.

Con mis propias manos le invité a la mula una gran ración de pan, que comió gustosísimamente.

Santiago Espinosa se presentó en las primeras horas de la tarde. Con gran trabajo pudo retirar la nieve de la entrada de la casucha, para penetrar en ésta. Y hecho ello, después de dar de comer una porción de cebada a las mulas, continuamos el viaje, sin contratiempos.

La Laguna Brava era un círculo de escarcha de cuatro leguas de diámetro.

Pasamos por la casucha de Mulas Muertas y por Estanzuela.

Viajábamos después por el valle. ¡Seguro estaba ya de no pisar más la cordillera de los Andes!

¡Corría hacia Fiambalá!

Dejé atrás las nieves, el huracán, los abismos, la muerte. Pero tenía por delante el desierto, la aridez, la tediosa tristeza que emanaba de la tierra desolada.

¡Jamás una fronda risueña, un coro de pájaros, un horizonte halagador, un campito cariñoso!

No me explicaba cómo había pasado tantos meses (y hasta había sido feliz), circundado de semejante desolación, de semejante tristeza.

El horizonte me era un círculo amargo que estrechaba mi espíritu, que lo ahogaba como una cuerda siniestra.

Antes de llegar a Fiambalá, sobrevino la tarde, una

tarde serena, cuya calma penetró poco a poco en mi espíritu.

Una melancolía y una desgana de todo se apoderaron de mí. Y acentuó el crepúsculo ese nuevo estado de alma.

Juntamente con las primeras sombras llegué con la sombra de mi alma a las orillas del pueblo.

Una tristeza incontenible pesó, entonces, en mi corazón.

Me confesé vencido. Durante muchos días un tranquilo ensueño de amor había dorado mi vida. Había soñado, sí; y fui una vez más derrotado por los sueños.

Sin un sollozo, sin una contracción muscular externa, dos lágrimas se deslizaron por la piel de mi cara ultrajada por los soles y los hielos andinos.

Comprendí que el contraste había soplado sobre mi alma como el viento que en la tierra seca lleva la esperanza de lluvia.

Los tamarindos, que otrora me alegraran, condensaban en su copa la melancolía del ambiente.

Pasaron cerca de mí, al trote, silenciosos, perros crepusculares, cargados de tristeza.

Cuando, ya en la casa, doña Petrona me dirigió su mirada profunda como un amargo interrogante, me concreté a decirle: "ninguna novedad por el camino, señora. He andado por Chile. Fui por San Francisco y he regresado por Barrancas Blancas".

No me preguntó sobre cambios atmosféricos, sobre los peligros de la Cordillera; y, con su paso cansado, fuese a preparar mi cena.

Apenas probé bocado y me acosté.

*

A pesar del cansancio, levantéme temprano el día siguiente.

Sentía necesidad de distraerme, de estar activo (aunque no con una actividad física), de ocuparme de algo intenso, mentalmente. Pero mi pensamiento giraba alrededor de mi vida en Fiambalá.

Como el pájaro que escucha los gritos lastimeros

del compañero herido, revolotea y gira en palpitantes curvas sobre el sitio del suceso, así mi pensamiento, que percibía los mudos clamores de mi corazón, aleteaba constantemente sobre sus cuitas gemidoras.

En vista de ello, me puse en la tarea de revisar, para completar luego, mis apuntes sobre la vida en el amplio valle tinogasteño. Sólo esa tarea podía atraerme con intensidad.

*

He leído esos apuntes, los he completado.

Ahora me parecen una escritura extraña. Creía fijar en esa escritura, de modo fidelísimo, la realidad fluyente, en constante devenir... ¿De cómo he interpretado de tal manera la vida circundante y su naturaleza, así como mi propia vida?... He aquí un resumen de la andanza equivocada del Hombre: buscar la realidad vanamente por la acción y no por la contemplación.

¿Y qué haré de esos apuntes? Conmigo, serán un incómodo testigo de mi malaventura... Los dejaré, sí, en cualquier mueble. Doña Petrona hará con ellos lo que le plazca.

Y ahora que todo ha sido terminado, siento un vehemente deseo de abandonar para siempre a Fiambalá.

*

Hoy remito a don Justo Pedraza los admirables cuadrúpedos que me obsequiara. Le digo que les he cobrado cariño y que se los devuelvo porque sólo en su poder se encontrarán como merecen.

*

Esta tarde, después de almorzar, parto. En la villa de Tinogasta tomaré ferrocarril hasta Córdoba.

¿Sabré contener mis lágrimas cuando me despida de la tierna anciana, doña Petrona Cativa, mi madre amantísima durante largos meses?

*

Todo está listo. ¡Adiós, adiós por siempre, Fiambalá!

Con el conmovido "adiós" que precede, terminan los manuscritos de Ventura Quinteros.

Se los leí a doña Petrona palabra por palabra, y ella los escuchó con atención religiosa, con conmovido recogimiento.

En cuanto a Quipildor, había muerto a no muchos días del regreso de Quinteros a Córdoba, en la Cordillera de los Andes, en el Paso de Socompa, a traición, según algunos, de un tiro de winchester en el oído. Pero un amigo suyo, Crisóstomo Vargas, me aseguró que había muerto a consecuencia de una pulmonía, en un hospital de Copiapó, en Chile.

Yo creo que esta versión es la verdadera. Otras circulan también. El hecho es que el hombre era ya legendario en vida, y que el hada de la leyenda ha asistido a su muerte.

Cuando terminé de leer los manuscritos de Quinteros a doña Petrona, la desventurada viejecita, ella comenzó a narrarme, con voz cortada, algunas de sus desdichas; pero no pudo continuar. Arrugó, sin llorar, la cara, hundió los ojos, encorvó el pecho y se me ofreció, en suma, a la vista, como uno de esos trebejos abollados, carcomidos, que se los arroja con otros desperdicios a los rincones de los fundos o a la calle. Sus párpados se adelgazaron y casi se trasparentaron, quedando como una bizna.

El día siguiente, apenas aclarado, me levanté con el fin de arreglar mis cosas para mudarme de casa, pues me oprimía allí el pecho el dolor de un alma consumida por las penas. Y, casualmente, me encontré con doña Petrona en el "feo *hall* empedrado" de la casa, del que hablan los manuscritos. La detuve allí para comunicarle que me iba, cuando llamaron débilmente a la puerta de calle.

Yo mismo abrí.

Quien llamaba era una mujer demacrada, de mirar sumamente triste, y que tenía impreso el llanto en sus facciones.

En el primer momento no la reconoció doña Petrona; pero cuando la otra lanzó un apagado gemido, dijo casi con espanto: "¡Alicia!"

No hablaron.

Una mirada suplicante de Alicia, que parecía interrogar sobre su admisión en la casa, y otra mirada de aceptación, infinitamente dolorosa, de doña Petrona, fue todo...

Las almas se entendieron. Y Alicia entró en la casa.

Ese mismo día mudé de domicilio.

ÍNDICE

I. Primavera 15
II. La minga 31
III. Sangre, música y amor 65
IV. Idilio 97
V. La raza sufrida 151
VI. Política, amor y negocios 205
VII. La ruda soledad 237
VIII. El viento blanco 277
IX. Transfixión 309
Epílogo 337

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN FEBRERO DE 1968, EN LOS
TALLERES GRÁFICOS ZLOTOPIORO HNOS. S. R. L.,
SAN LUIS 3149, BUENOS AIRES

LA RAZA SUFRIDA

Carlos B. Quiroga

Esta novela, escrita con inspiración y dominio del tema, ha sido calificada con acierto como "novela telúrica". Sus auténticos protagonistas son la montaña, el paisaje, el clima humano y natural que conforman el escenario donde operan las pasiones y los hombres que las encarnan. . La lucha contra el medio da carácter y grandeza a una obra que es el homenaje a los pobladores de las cimas andinas, a sus luchas contra el ambiente que deben dominar para subsistir. Es, por todas estas circunstancias, un libro sacudido por los estremecimientos de una naturaleza bravía que nunca termina de entregarse a quienes la habitan y a los que termina por concederles sus mismas características. Con razón se ha dicho que **LA RAZA SUFRIDA** es la novela de la montaña en oposición a la novela de la llanura, la novela que muestra la grandeza del ámbito montañés y la ardua lucha de sus pobladores, que a la postre resultan los héroes cotidianos de un proceso que se renueva de continuo, sin pausas, sometido a las contingencias propias de lo que requiere para ser vivido, calidades varoniles, verdadera energía y obstinada voluntad. Una obra, en fin, donde la poesía y el realismo se combinan, en proporciones tan equilibradas que su resultado constituye un cabal triunfo literario.

ALGUNOS TÍTULOS DE EUDEBA

SALERO CRIOLLO Y CUENTOS / Fray Mocho.

CRÍTICA LITERARIA / Pedro Goyena.

SERMONES PATRIÓTICOS / Fray Mamerto Esquiú.

EL ÚLTIMO HEIDEGGER / Octavio N. Derisi.